EL

EVANGELIO MEDITADO.

II.

PARIS, IMPRENTA DE MOQUET Y COMP.,
Calle de la Harpe, 90.

EL

EVANGELIO MEDITADO

Ó

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

COMPUESTAS EN FRANCES

POR

EL ABATE DUQUESNE.

Nueva Edicion

revista y notablemente enmendada.

TOMO SEGUNDO.

MADRID,

EN LA LIBRERIA DE RAZOLA.

PARIS,

LECOINTE, QUAI DES AUGUSTINS, 49.

—

1837.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/elevangeliomedit0000elab_n5l4

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION XXXI.

SEGUNDO TESTIMONIO QUE DA JUAN BAUTISTA AL PUEBLO AL VER A JESUCRISTO.

San Juan. c. I. v. XXIX, XXIV.

No hay testimonio mas cumplido, menos sospechoso, ni mas autorizado.

PUNTO PRIMERO.

Testimonio cumplido.

Juan Bautista con este testimonio ha anunciado, primero *el sacrificio y la muerte de Jesus por los pecados de los hombres.* « El dia despues vió Juan á Jesus que venia á encontrarlo, y dijo: mirad el cordero de Dios: mirad el que quita los pecados del mundo. » El dia despues de la Embajada de los Judíos, habiendo llegado Jesus de Cafarnaun á Betania, compareció en las riberas del

3799

Jordan, y se estuvo quieto por algunos momentos en un sitio en que pudo ser visto de Juan, y de toda la gente que lo oia. El Precursor viendo al Mesías lo mostró á su Auditorio, y les dijo: « Mirad el Cordero de Dios... » Como si les hubiera dicho; mirad aquel que es mucho mas eficaz que todas nuestras víctimas, y está cargado de las iniquidades del mundo, para borrarlas con su sangre. — Han de ser abolidos los antiguos sacrificios; mirad, esta sola víctima digna de Dios, y capaz de pacificar su cólera. ¡ O Jesus ! Vuestro sacrificio se renueva todos los dias en vuestra Iglesia: ya que tengo la dicha de asistir á él, ¡ ojalá la tuviera de aprovecharme !

Lo segundo. *Juan Bautista con su testimonio anuncia la eternidad de Jesucristo en el seno de Dios.* — Jesus habiendo solamente comparecido, y dejádose ver, se retiró luego, y entonces Juan añadió: « Este es de quien yo he dicho, despues de mí viene uno, que es mas que yo; porque era primero que yo... » Jesucristo, aunque como hombre, fuese seis meses mas joven que San Juan, y hubiese comenzado despues de él su ministerio público; no obstante, como Dios era primero que San Juan, y engendrado del Padre por toda la eternidad: y como Hombre-Dios por la divinidad de su Persona, y por la grandeza de su ministerio era superior á San Juan.

Lo tercero. *Juan Bautista predice la excelencia del Bautismo de Jesucristo.* — « Pero el que me envió á mí

á bautizar en el agua, me dijo: sobre quien verás bajar y pararse el Espíritu, aquel es el que bautiza en el Espíritu Santo... » ¡Ah! Qué favor para mí haber recibido el bautismo de Jesucristo. No lo conocia yo cuando lo recibí. ¡Ay de mí! He estado tanto tiempo sin conocerlo. — Ahora lo conozco, o Salvador mio, hacedme la gracia de que en adelante os sea mas fiel.

Lo cuarto. *Juan Bautista anuncia la filiacion divina de Jesucristo.* — « Y yo he visto y he dado testimonio como él es el Hijo de Dios... » Esta es una declaracion bien formal en San Juan: declaracion, que merecerá un dia á San Pedro por parte de Jesus, ser establecido y constituido piedra fundamental de su Iglesia; y que hará que los Judíos den la muerte al mismo Jesucristo. — Aun cuando yo mismo debiese sufrir la muerte mas cruel por vos, o divino Salvador mio, he recibido vuestro Santo Bautismo; no desmentiré mis promesas, y confesaré por toda mi vida, que vos sois el Hijo de Dios, que habeis bajado del Cielo, y muerto por nosotros. — Haced, o Jesus, que la pureza de mi vida corresponda á la sinceridad de mi fe.

PUNTO II.

Testimonio no sospechoso.

Lo primero. *Porque en este testimonio no se podia sospechar adulacion, ni amistad natural.* — « Y yo

no lo conocia (dice San Juan); pero para que él fuese conocido en Israel, he venido á bautizar en el agua.... » Esto es, no me hallaba yo inclinado á favor suyo por algun motivo humano : ninguna cosa me tiraba hácia su persona ; no tenia yo con él algun vínculo.... Su mismo semblante me era desconocido antes que se presentase para recibir mi bautismo. Yo lo habria bautizado sin distincion como á cualquier otro Israelita del vulgo, si Dios, que me ha enviado para mostrar al Pueblo de Israel este Hombre-Dios, su Salvador y su Rey, no me hubiese prevenido á su favor con señales que he visto cumplirse sobre él... De hecho, Juan Bautista estaba aun en el seno de su madre cuando sintió la presencia de Jesucristo : despues pasó su vida en el desierto hasta los treinta años, sin haber visto jamas á Jesucristo. Durante toda su vida, le habló solo una vez y en pocas palabras; y solamente lo vió tres veces, de las cuales esta es la segunda : pero si no tuvo la suerte de tratarlo con mas frecuencia, tuvo la de pensar solo en él; de hablar solo de él, y de obrar solo por él. — ¡ Cuán feliz hubiera yo sido si hubiese tenido la misma dicha ! Tiempo precioso , pero irreparablemente perdido ha sido de cierto aquel en que me he empleado en otras cosas fuera de vos , o Dios mio. ¡ Ah ! no perderé ya por lo menos el que me concedais en adelante.

Lo segundo. *Porque no habia en el testimonio de Juan Bautista alguna mira de interes.*—Sus trabajos

eran continuos, y no lucrosos. La vida austera que pasaba, le hacia encontrar fácilmente el vestido y el alimento, sin el socorro de aquellos que instruia. Ninguna cosa esperaba sobre la tierra de aquel á quien consagraba tantas penas y tanta austeridad: y de hecho; ¿qué consiguió de la fidelidad á su ministerio? trabajos, prision y muerte.

Lo tercero. *Porque ni tampoco en su testimonio podia haber algun motivo de vanagloria.* — Juan habla del Salvador, para humillarse: ensalza la virtud del Bautismo de Jesucristo, para disminuir la del suyo: formaba discípulos solo para Jesucristo: instruia los Pueblos para aficionarlos á Jesucristo. « He sido enviado, dice, para hacerlo conocer á Israel. » ¡Cuán dignamente cumplió su mision! Cumplamos tambien nosotros el fin para que Dios nos ha puesto en este mundo; para que nos ha hecho Cristianos; y para que nos ha colocado en este puesto que ocupamos. ¿Cumplimos nuestras obligaciones con igual pureza, con igual desinteres, y con igual humildad?

Lo tercero. *Porque el testimonio de Juan Bautista no podia ser sospechoso de engaño ó de ambiciosa conjuracion.* — No se podia sospechar sin un absurdo palpable, que Jesucristo y San Juan hubiesen conspirado á una, y formado entre sí la trama ambiciosa, de que el uno hiciese pasar al otro por Mesías é hijo de Dios. Fuera de que ellos no se habian visto jamas, y de que Juan habia pasado toda su vida en el desierto, (cosa que ninguno ignoraba),

mientras Jesucristo habia pasado toda la suya en la casa de sus Padres en Nazareth, y bajo los ojos del pueblo : ¿ cuál habria sido el fruto de una semejante conspiracion, por la cual el uno todo lo cedia al otro, y de la que los dos no podian sacar otra cosa que trabajos, suplicios y muerte ? Si hubiera sido la ambicion el movil principal de todo este artificio, le estaba mejor á San Juan el darse á conocer por Mesías : su familia, como Sacerdotal, era mas conocida actualmente, y de mas consideracion que la de Jesus : él estaba en posesion de la estimacion y de la admiracion pública, antes que Jesucristo hubiese comparecido : el Pueblo pensaba que Juan fuese el Mesías : la Sinagoga le habia enviado Diputados para preguntarle si lo era verdaderamente ; y este hombre ambicioso se humilla y se abate para Jesus á ensalzar, á quien ninguno todavía conoce. Estas no son por cierto estratagemas de ambicion. El testimonio de Juan es superior á toda sospecha : la humildad y la sinceridad se hacen sensibles á todos : y es solo el Espíritu de Dios, el Espíritu de verdad, el que ha podido causar esta admirable union entre el Precursor y el Mesías. — Demos gracias á Dios, por las innumerables pruebas que nos da su Providencia de la verdad de la Religion.

PUNTO III.

Testimonio autorizado.

Lo primero *con la venida del Espíritu Santo.*— « Y Juan dió testimonio diciendo : porque he visto el Espíritu bajar del Cielo en forma de Paloma , y se paró sobre él.... » Es pues el Espíritu Santo el que por boca de Juan da testimonio de Jesucristo. San Juan ha visto esta Paloma, y ha sido instruido del misterio que se escondia ; y dice solamente lo que ha visto ; debo, pues, dar mas fe á él, que á unos hombres vanos que no alegan mas que necedades para destruir los hechos....

Lo segundo. *Testimonio de Juan autorizado por la voz de Dios Padre.* — « Y yo no lo conocia ; pero el que me envió á bautizar en el agua, me dijo : aquel sobre quien veas bajar y pararse el Espíritu, este es el que bautiza en el Espíritu Santo.... » Esto es, verás mi Unigénito que vendrá á presentarse á tí, para recibir el Bautismo que te he mandado establecer. Verás el Espíritu Santo que baja y se para sobre su cabeza bajo un símbolo sensible : entonces sabrás que aquel que se humilla delante de tí, es el Salvador de Israel, que por la virtud de su Bautismo , bien diferente del tuyo , comunicará la gracia y los dones del Espíritu Santo. — San Juan nos refiere simplemente lo que le ha revelado el mismo Dios. ¿Podia por ventura

decir, que no conocia esta voz del Padre, que hablaba en él, y lo instruia? Luego el testimonio de Juan es testimonio de Dios.

Lo tercero. *Testimonio autorizado por el caracter del mismo San Juan.* — ¿Qué hombre era, pues, este Santo Precursor? Su concepcion, su nacimiento, su vida solitaria, su vida pública, todo es en él maravilloso: y él mismo es un prodigio. Sus palabras son oráculos, sus aserciones verdades, y su testimonio una prueba incontrastable.

Lo cuarto. *Finalmente, testimonio de San Juan autorizado por el voto del Pueblo.* — El público estaba en estado de conocer á San Juan, y tenia de él tan alta estima, que no se habria atrevido á decir una sola palabra contra la reputacion de este grande hombre. Jesucristo mismo dió testimonio de él, y ni aun sus mas furiosos enemigos se atrevieron á desecharlo. — Esta estima extraordinaria y universal de que gozaba San Juan, se ha perpetuado de edad en edad, y se ha esparcido en todas las naciones, aun entre los pueblos que no tienen la fe de Jesucristo. ¿Cómo, pues, se podrá poner en duda lo que un tal hombre nos asegura que ha visto? « Yo lo he visto, y he afirmado que es el Hijo de Dios. » — ¿Se merecerán mas crédito ciertos vanos habladores que nada han visto, y que publican las extravagancias de su imaginacion y las quimeras de su corazon corrompido?

Peticion y coloquio.

Os doy las gracias, ¡o Padre Eterno! por haberme hecho vuestra verdad tan sensible. ¡O Divino Salvador! Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, á quien el deseo de mi salvacion ha puesto en una Cruz, y á quien la caridad ha sacrificado; haced que yo os ame, y muera por vuestra gloria. ¡O Espíritu Santo! que os mostrásteis en la figura de una Paloma; bajo de este símbolo me representásteis aquella dulzura, aquella pureza, aquella ternura, y aquel amor que debo tener para con Dios. Hacedme con vuestra gracia, dulce, puro, simple, pacífico, caritativo y fervoroso. Amen.

MEDITACION XXXII.

JESUCRISTO COMIENZA A LLAMAR DISCIPULOS.

San Juan. c. I. v. XXXVI, XLI.

Aquí el Sagrado Historiador nos hace ver lo primero la vocacion de los dos Discípulos de San Juan Bautista : lo segundo, la acogida que les hizo Jesucristo : y lo tercero, el celo de los dos Discípulos, que condujeron el tercero á su nuevo Maestro.

PUNTO PRIMERO.

Vocacion de los dos Discípulos de San Juan Bautista.

Consideremos lo primero *el fervor de estos dos Discípulos, que los detuvo con su Maestro San Juan.* — « El dia siguiente, hallándose Juan de nuevo con dos de sus Discípulos.... » Ya se habia hecho tarde, y declinaba el dia ; San Juan despidió el Pueblo, y sus Discípulos habian tambien pensado en retirarse, pero su fervor los detenia con su Maestro, sin que ellos hubieran jamas podido pensar la suerte feliz que les esperaba. — La perseverancia en los ejercicios de piedad jamas

queda sin recompensa. — La constancia de estos dos Discípulos les mereció la gracia del Apostolado, y la gloria de haber sido los dos primeros Discípulos de Jesucristo.

Lo segundo. *Cuán grande fue su fortuna viendo á Jesucristo.* — Juan viendo á Jesucristo que pasaba les dijo : « Mirad el Cordero de Dios... » El Salvador queria traer á sí estos dos discípulos del Bautista ; pero era necesario que primero empezaran á dar muestras de su fervor y de su fidelidad: se contentó el Señor con pasar por delante de sus ojos, y hacer que su Maestro les advirtiese, que él era el Cordero de Dios... ¡Qué favor para estos discípulos! ! Qué gracia ! ¡Qué ocasion mas favorable! Tambien á nosotros se nos muestra algunas veces como de paso, y por medio de un movimiento, de un deseo, ó de un cierto gusto de la virtud, que se deja sentir en nuestra alma, y la conmueve ; una luz interior nos dice entonces: mira á Jesus ; mira á aquel en quien se encuentran todos los bienes: afortunados nosotros si supiéramos aprovecharnos de estos felices momentos.

Lo tercero. *Examinemos cuál fue su fidelidad en seguir á Jesus.* « Y oyeron las palabras (de Juan) los discípulos, y siguieron á Jesus.... » Bien comprendieron estos el pensamiento de su Maestro, y la importancia de aquel momento en que Jesus pasaba : sabian que el dia antecedente este divino Salvador se habia dejado ver solo y de paso, y que luego habia desaparecido ; pero no sabian si

volveria á dejarse ver otra vez del mismo modo; y que el dia siguiente se habia de restituir á Galilea: y así luego lo siguieron, resueltos á no perder esta ocasion de hablarle, y ofrecérsele... ¡Ay de mí! ¡Cuántos por dejar pasar una ocasion han faltado y perdido su vocacion, su perfeccion, su conversion y su salvacion!

PUNTO II.

Acogida que Jesucristo hizo á estos dos discípulos de San Juan Bautista.

Primeramente. *Los previene, y les habla el primero.* — Los dos Discípulos de Juan caminaban detras de Jesucristo con impaciente deseo de hablarle; pero el respeto les impedia acercársele. — O, y cuán bueno es Jesus! Conoce perfectamente las disposiciones de aquellos que lo buscan: y ¡o cuánto le agradan estas disposiciones, cuando las acompaña el amor, el respeto, y el deseo de instruirse! Jesus previene su temor: y volviéndose á ellos, y viendo que lo seguian, les dijo con semblante lleno de dulzura y de bondad. « ¿Qué buscais vosotros? Y ellos le respondieron; Rabbi (que quiere decir Maestro) ¿dónde está tu habitacion? » Mostraron bastantemente con estas pocas palabras el deseo que tenian de recibir sus instrucciones, y de aprovecharse de ellas. — Aquí se ofrecen á nuestra reflexion dos importantes pre-

guntas: la una de Jesus á nosotros; y la otra, que nosotros le debemos hacer á Jesus. La que él nos hace es esta: *¿ Qué buscais vosotros ?* Esto es: ¿qué buscais en aquellos lugares donde andais; en aquellas compañías que frecuentais; en aquellos discursos que teneis; en aquellos negocios en que os ocupais; en aquellas obras que practicais? ¿Es por ventura la gloria de Dios, el reino de los Cielos, la edificacion del prójimo, vuestra santificacion, vuestra salvacion, ó es vuestro amor propio, vuestra sensualidad, vuestro interes, y vuestros placeres? Esto es sobre lo que algun dia tendremos que responderle. — La pregunta que nosotros debemos hacerle es la de los Discípulos: Maestro, ¿dónde está tu habitacion? ¡O Jesus! ¿dónde habitais? No en el tumulto de los negocios del mundo: no en las asambleas profanas: vuestra habitacion está en los Cielos, en el tabernáculo, en el retiro, en la oracion, en el recogimiento, y en la práctica de la virtud. Lo sé: y con todo eso, yo no os busco en estos lugares, no me entretengo con vos, no os escucho.

Lo segundo. *Jesus convida á los Discípulos á ir á su casa.* — Este Divino Salvador habita en un lugarejo vecino, ó en las cercanías de la ciudad: *Les respondió, venid y vereis. Venid*: palabra llena de amor, que llena estos Discípulos de júbilo y de consolacion: palabras que Jesucristo no cesa de decir sobre la tierra, y que repetirá el último dia en favor de aquellos que lo habrán escuchado y

seguido. ¿Resistiremos nosotros siempre á un llamamiento tan tierno?

Lo tercero. *Jesucristo detuvo consigo los dos Discípulos lo que faltaba de aquel dia*: « fueron, y vieron donde habitaba, y se estuvieron aquel dia; era ya casi la hora décima: » esto es, faltaban aun de aquel dia como dos horas, que ellos se detuvieron con Jesucristo. —¿Quién podrá explicar cuáles fueron las delicias de aquel dulce coloquio? ¿Cómo fueron veloces los momentos? ¡O vosotros que temeis seguir á Jesucristo, y de entreteneros con él, venid y vereis! Haced la experiencia, probad por vosotros mismos, si en el seguirlo y escucharlo no se encuentran dulzuras, mil veces mayores que en el vivir disipadamente, y en seguir y frecuentar el mundo: ¡O Jesus! retened con vos mi corazon: favorecedlo con algun momento de vuestra conversacion; y estoy cierto que no sentirá jamas pena ni disgusto en seguiros.

PUNTO III.

Celo de los dos Discípulos en conducir otro tercero á Jesus.

Este tercer Discípulo fue San Pedro: ¿Pero quiénes eran los dos primeros? El uno de los dos se llamaba Andres, hermano de Simon Pedro: « Andres, hermano de Simon Pedro, era uno de los dos que habian oido las palabras de Juan, y lo habian seguido... » El otro Discípulo no se nombra: pero

es facil de entender que era San Juan el Evangelista. Este que escribe esto, por modestia ocultó su nombre: la relacion tan menuda y tan circunstanciada de todo lo acaecido á San Juan Bautista en Betania, hace creer bastantemente que él era uno de sus Discípulos, y uno de los mas estrechamente unidos á él.

Andres, habiendo dejado á Jesus, el primero con quien se encontro fue su hermano Simon, y le dijo: « Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo; y lo llevó á Jesus; y Jesus habiendo fijado en él los ojos, le dijo: tú eres Simon, hijo de Jonás: tu te llamarás Cefas (que se interpreta piedra). » Consideremos pues:

Lo primero. *Que Pedro fue avisado, y llevado á Jesus.* — Los dos Discípulos se volvieron con él juntos, llenos de consuelo, luego que Andres encontró á su hermano Simon. La fe de que estaba penetrado; el celo que lo inflamaba, y el deseo que tenia de juntar Discípulos para su Maestro, lo movieron á decir á su hermano, hemos encontrado al Mesías; Juan Bautista nos lo ha mostrado; nosotros le hemos hablado, y justamente ahora venimos de estar con él.... A esta nueva Simon se alegró en extremo; era naturalmente vivo é impetuoso: y no pudo dilatarlo un momento. Andres impaciente tambien de mostrarle el bien que habia encontrado, y que Pedro deseaba conocer, *lo condujo á Jesus.* Es creible que el compañero de Andres, que suponemos ser San Juan, no lo desam-

parase ; y que los tres volviesen juntos á buscar al Salvador. Entre tanto el dia se hacia tarde : pero los Discípulos se imaginaron, y bien ; que el Maestro aprobaria su fervor ; y que su bondad escusaria su importunidad. -- El que dilata para mañana no tiene verdaderos deseos ; y corre riesgo de perder á Jesus, y sus favores.

Lo segundo. *Que Jesus mira á Pedro.... Y Jesus fijando en él la vista.* -- ¿Quién podrá explicar cuál fue la primera mirada del Salvador sobre un hombre que destinaba para ser el Príncipe de los Apóstoles ; el Pastor de sus ovejas ; el Doctor de sus Discípulos ; el Ecónomo de sus tesoros ; y su Vicario en la tierra ? ¿De qué amor no encenderia el corazon del nuevo Discípulo ? ¿De qué consuelo no lo llenaria ? Un dia vendrá que una mirada semejante lo colmará de dolor , y le hará derramar un torrente de lágrimas , cuyo manantial no se secará jamas. -- ¡O Jesus ! dignaos de poner sobre mí vuestros divinos ojos , con una mirada semejante á esta ; para hacerme llorar mis pecados , y para encenderme en vuestro amor.

Lo tercero. *Que Jesus muda el nombre de Simon en el de Pedro.* -- « Te conozco , le dice : tú eres hijo de Jonás , y te llamas Simon : vendrá un dia, y no está lejos, en que tendrás el nombre de Cefas: esto es, Pedro. » El Salvador le dijo mucho en estas pocas palabras á su Discípulo : pero ni él , ni sus dos compañeros comprendieron entonces el misterio de esta mutacion. -- Mas nosotros que lo sa-

bemos, honrando bajo este nombre al Príncipe de los Apóstoles, estemos inviolablemente unidos á esta Iglesia, de quien despues de Jesucristo es él la piedra fundamental: á esta Iglesia, que por una serie no interrumpida de Sumos Pontífices, sube á él, y lo reconoce por primer Vicario de Jesucristo en la tierra.

Peticion y Coloquio.

Os honramos, o afortunado Apostol, en vuestros sucesores; á vos obedecemos, sometiéndonos á las decisiones de la Iglesia! Ay de mí! ¡Si yo alguna vez me separase de vos! ¿Qué escusa llevaria al tribunal de Jesucristo; pues él mismo os ha dado el nombre de Pedro, esto es: de fundamento, sobre que está fabricado el edificio de la Iglesia? Haced, o Jesus, que fielmente unido á la fe, á la disciplina, al espíritu y á la Cátedra de Pedro, ponga todo mi gozo, y toda mi felicidad en creer lo que ella enseña; en practicar lo que ordena; amar lo que ella ama; y en caminar, y llegar por medio de ella á la eternidad de la gloria. Amen.

MEDITACION XXXIII.

OTROS DOS DISCIPULOS SE UNEN A LOS TRES PRIMEROS.
San Juan. c. I. v. XLIII, XL.

San Felipe nos da el mismo ejemplo de fidelidad y celo que nos ha mostrado San Andres: sigue á Jesus luego que lo conoce, y se acelera por hacerle conocer á Natanael.

La materia de esta meditacion será lo primero la vocacion de Felipe: segundo, la vocacion de Natanael: tercero, el discurso de Natanael con Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

La Vocacion de Felipe.

Lo primero. *Felipe es llamado por Jesus.*— « El dia siguiente quiso ir á la Galilea, y encontró á Felipe, y le dijo Jesus: *Sígueme.* » El Salvador dejaba á Betania, para volverse á la Galilea, con los primeros Discípulos Pedro, Andres y Juan: todos tres Galileos como él: Cuando encontró á Felipe. *Sígueme*, le dijo: y no fue necesaria otra cosa, para

aficionárselo. Tal es la eficacia de la palabra de Dios sobre las almas sencillas, inocentes, y fieles. ¿Cuántas veces Jesucristo nos ha dicho en el fondo de nuestro corazon, esta palabra llena de dulzura y de amor? *Sígueme*. Sígueme *á mí*, y no á la carne; *á mí*, y no al mundo; *á mí*, y no á tus pasiones, á tus caprichos, á tu avaricia, á tu ambicion; *á mí*, y no á otros mil objetos que vanamente te ocupan, y que jamas te podrán hacer feliz. ¿Resistiremos nosotros siempre á esta orden tan absoluta y tan caritativa?

Lo segundo. *Felipe se animó con el ejemplo de sus compatriotas.*— « Felipe era de Bethsaida, patria de Andres y de Pedro... » Si todos estaban en Betania, eran sin duda Discípulos de San Juan Bautista. No parece que Jesucristo haya tenido otro designio en venir á este lugar, que el de escoger Discípulos formados en la escuela de este gran Maestro. Felipe habia oido los testimonios que el Bautista habia dado de Jesucristo; veia á sus dos paisanos ya en su compañía; y oia que el mismo Señor lo convidaba á que lo siguiese.— ¿Podria resistirse á un llamamiento tan dulce? ¿Cuántos conocemos nosotros de nuestra misma nacion, de nuestra misma patria, nuestros vecinos y parientes que se han consagrado á Dios, que lo sirven con fidelidad y con fervor? Si sentimos pues, y conocemos que el Señor nos llama con ellos; su ejemplo nos debe animar; de otra manera, tenamos no sea que algun dia nos condene.

Lo tercero. *Felipe sigue á Jesus.* — ¡Qué docilidad! En el momento que Jesucristo lo llama, lo deja todo, y lo sigue... En materia de la salvácion todo depende de esta prontitud en obedecer. — ¡Ah! ¿Probamos nosotros, y experimentamos en nosotros mismos las ventajas que hay en esta obediencia? Vengamos, veamos y gustemos cuán dulce es el Señor *.

PUNTO II.

Vocacion de Natanael **.

Lo primero. *Consideremos en esta vocacion el celo de Felipe:* apenas es Discípulo de Jesucristo, que á ejemplo de San Andres, ya viene á ser un Apostol. Tenia un amigo, que se llamaba Natanael, era

* Salm. XXXIII, v. VII.

** Este Natanael se cree sea San Bartolomé. Bartolomé no es nombre propio: es un nombre que significa hijo de Thelemei, como en San Pedro Barjona, hijo de Jonás. Los tres Evangelistas lo llaman siempre Bartolomé; tal vez el uso hizo este nombre mas comun en él; pero San Juan lo llama siempre Natanael, que es su propio nombre; y entre otros Apóstoles lo nombra en el cap. XXI, v. II. Ni es creible que de los cinco primeros Discípulos, que Jesucristo juntó estando en Betania, que todos eran Galileos, Discípulos de San Juan Bautista, Natanael hubiese sido excluido del Apostolado; y mas habiendo sido él solo alabado por Jesucristo: solo él el que desde luego confesó el primero su divinidad: y finalmente habiendo sido este, á quien Jesucristo enderezó sus palabras cuando prometió á los cinco Discípulos que verian las maravillas de su santísima humanidad.

este uno de aquellos verdaderos fieles que esperaban la consolacion de Israel. Felipe corre á darle parte de su nueva vocacion: lo busca con la mayor diligencia de un amigo que quiere hacer feliz á otro amigo digno de serlo. Felipe encontró á Natanael, y le dijo: « Hemos encontrado aquel de quien escribió Moises en la Ley, y los Profetas: Jesus de Nazareth hijo de *Joseph.* » ¿Tenemos nosotros el mismo ardor por la salvacion de nuestros amigos? Los libertinos y los hereges estan animados de celo para engañarnos y pervertirnos, comunicándonos todo aquello que puede contribuir á mantenernos en el pecado, y en el error: ¿Y por qué nosotros no tenemos á lo menos el mismo celo para salvar á nuestros hermanos?

Admiremos aquí el orden de la providencia, que hace que unos seamos el instrumento de la salvacion de los otros; los maestros, para con sus discípulos; los pastores, para con sus ovejas; los padres y las madres, para con sus hijos; los amigos, para con sus amigos; y así de los demas. ¿Este sagrado vínculo, que se forma sobre la tierra, con qué amor mira en el Cielo los corazones de los escogidos entre sí? Pero al contrario, ¿el vínculo fatal que une los impíos sobre la tierra, de qué odio no llenará el corazon de los réprobos, cuando los unos se podrán echar en cara á los otros que ellos han sido la causa de su eterna condenacion? ¡Ah! encienda nuestro celo este pensamiento para procurar la salvacion de los otros; y háganos vivir circunspectos

para no dar jamas á ninguno motivo de escándalo.

Lo segundo. *Observemos cuál fue la prevencion de Natanael*: Al solo nombre de Nazareth, parece que se disgustó, y dijo. «¿ Por ventura puede salir cosa buena de Nazareth ?... » Tales son los hombres: Jerusalen despreciaba las demas ciudades: la Judea despreciaba la Galilea; en Galilea se despreciaba á Nazareth; y en Nazareth se despreciaba la familia de Joseph. En el hombre carnal todo es prevencion contra Jesucristo; pero prevencion de las tinieblas contra la luz; de las pasiones contra la virtud; del extravío contra el camino derecho; de la mentira contra la verdad; y de la muerte contra la vida.

Lo tercero. *Meditemos la respuesta de Felipe á Natanael*: Natanael le arguia, al parecer, con fuerza; pero él respondió con solas estas palabras: *Ven y verás*... De hecho, este es el mejor medio para destruir prevenciones. — No es prevencion en nosotros el no querer examinar lo que la Iglesia ha condenado, es docilidad. Pero fuera de este caso, ¿ cuántas prevenciones hay injustas contra la Iglesia, y contra aquellos que estan á ella estrechamente unidos, contra la virtud, y contra la devocion? No formemos juicio alguno de los discursos, y prejuicios de otros: antes de juzgar, examinemos, probemos, veamos. Así lo hizo Natanael; él tenia corazon recto, y así no se obstinó, y siguió á Felipe. Sigamos nosotros con docilidad los consejos de aquel amigo, de aquel director iluminado que no busca

otra cosa que nuestra salvacion, y curarnos de nuestras prevenciones.

PUNTO III.

Discurso de Natanael con Jesucristo.

Lo primero. *En este discurso Jesucristo hace ver que conoce el fondo de todos los corazones.* — « Vió Jesus á Natanael que venia á encontrarlo, y dijo de él: mirad un verdadero Israelita, en quien no hay dolo, ni fraude... » ¡Qué bello elogio en pocas palabras! ¿Ve Dios esta rectitud, esta franqueza, esta sinceridad enemiga de todo artificio y ficcion en mi corazon, en mis palabras, en mi conducta? ¡Ay de mí! ¡Qué doblez, por el contrario, qué disimulo, qué hipocresia!

Lo segundo. *Jesus hace conocer que ve en todos los lugares.* — Natanael acercándose á Jesucristo, oia lo que decia de él; y tomándole la palabra con aquella franqueza é inocencia que justificaba el retrato que el Salvador habia hecho de él, le dijo: « ¿pues de dónde me conoces tú? Respondió Jesus y le dijo: antes que Felipe te llamara, te ví cuando estabas bajo de la higuera... A estas palabras sorprendido Natanael, le respondió y dijo: Maestro, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. » ¡O gran Rey; cuán dulce causa es el serviros! Vos veis todo lo que se hace por Vos; y tambien lo que se desea hacer por Vos; y recompensais hasta nues-

tros buenos deseos. Vos me veis en todo lugar, y no me puedo esconder á vuestro divino rostro. ¡Ah! ¿Cómo he podido yo haceros traiciones bajo de vuestros mismos ojos; ofenderos, y quebrantar el juramento de fidelidad que os tengo hecho; y serviros finalmente con tanta facilidad?

Lo tercero. *Jesucristo nos hace ver que él es el Señor de todas las cosas.* — « Jesus le respondió, y dijo: porque te he dicho que te he visto bajo de la higuera, tú crees: verás aun cosas mayores que esta: » Y enderezando de aquí las palabras á sus Discípulos porque lo que iba á decir les tocaba á todos, les dijo con autoridad de Maestro que quiere ser creido: « en verdad, en verdad os digo, que vereis abierto el Cielo, y los Angeles de Dios ir y venir sobre el hijo del hombre... » De hecho, estos Angeles consolaron á Jesus en el huerto de las olivas; se vieron en su sepulcro dando testimonio de su resurreccion; y aparecer en su gloriosa Ascension. Se puede decir tambien, que en el tiempo de su predicacion, y principalmente cuando obraba milagros, que no cesó de hacer, los Apóstoles vieron siempre, por decirlo así, abierto el Cielo sobre él. Nosotros mismos en el último dia veremos el Cielo abierto; bajar los Angeles y los Santos; y volver á subir siguiendo á su Rey. ¿Seremos nosotros de este número?

Peticion y Coloquio.

La rectitud sola de mi corazon, o Divino Jesus,

me puede merecer ser testigo, y dar testimonio de vuestra gloria, y de participarla. ¿Pero quién me puede dar esta rectitud sino vos, o Salvador mio, que se la dísteis á Natanael? Echad igualmente sobre mí los ojos de vuestra misericordia: criad en mí un corazon puro, y un espíritu recto, para que pueda seguiros á ejemplo de este fiel Discípulo, veros, y alabaros eternamente con él, y con vuestros Angeles en el Cielo. Amen.

MEDITACION XXXIV.

DEL MILAGRO QUE JESUCRISTO OBRO EN LAS BODAS DE CANA GALILEA.

San Juan. c. II v. I, XI.

Este milagro nos debe lo primero empeñar á imitar los Esposos de Caná: lo segundo nos debe animar á poner nuestra confianza en María Santísima, y lo tercero nos debe asegurar en la fe de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Este milagro nos debe empeñara imitar los Esposos de Caná.

Lo primero. *Observemos estos esposos antes del convite.* — Convidan á Jesus y á María... «Tres dias despues hubo unas Bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesus, y fue tambien convidado Jesus con sus Discípulos á las Bodas...»

Jesucristo acompañado de los cinco Discípulos, que habia escogido en Betania, se encaminó rio arriba por la orilla del Jordan, y al tercer dia llegó á Caná de Galilea, á la parte superior del Lago de Genesareth: aquí un particular de la Ciudad que

celebraba la fiesta de las Bodas, lo convidó... Jesucristo prometió asistir, y llevar tambien consigo sus Discípulos. — Imitemos á estos Esposos convidando á Jesus y á María á todas las cosas que hagamos : antes de emprender alguna, y principalmente antes de abrazar un nuevo estado, roguemos á Jesus que nos ilumine, y á María que nos asista.

Lo segundo. *Consideremos la conducta de los Esposos durante el convite.* — Jesucristo no solo asistió aquí para autorizar la santidad del matrimonio, contra el que algun dia los hereges habian de vomitar sus blasfemias ; sino tambien para enseñar á los Cristianos á observar en este género de fiestas las reglas de la modestia, y de la templanza. Estos Esposos, y sus convidados estaban en la presencia de Jesus y de María, y por consiguiente la decencia no podia padecer ni ser turbada de alguna accion inmodesta, ni la pureza de algun discurso licencioso, la templanza de algun exceso, la caridad de alguna murmuracion, ni la tranquilidad de gritos ni de quejas : en fin todo se ejecutó con una alegría modesta, pura, é inocente. — Jesucristo no nos prohibe todos los placeres ; nos permite los inocentes ; él mismo no rehusa entrar á parte con nosotros, cuando sean racionales, y se contengan entre sus justos límites. — Sirvámonos de ellos ; pero con Jesus, en su presencia, y segun su espíritu ; que de esta manera nos serán tanto mas deliciosos, cuanto serán no solo inocentes, sino tambien santificados.

Lo tercero. *Pongamos nuestra atencion en lo que sucede á los Esposos casi al fin del convite.* — Estos experimentaron los efectos de la omnipotencia de Jesucristo, y la ternura de la bondad de María. ¡Qué consolacion debió causarles el fin de este convite, tanto por la vista de un estrepitoso milagro, cuanto por la seguridad con que quedaron de una proteccion continua sobre sí! — No sucede así ciertamente en los placeres tumultuosos y culpables con que nos embriaga el mundo. Los principios parecen bellos, lisongeros, deliciosos; pero ¡o! ¿y cuánta es la amargura que se les sigue? ¡Qué remordimientos! ¡Qué confusion! ¡Qué desesperacion! ¿Y qué será cuando todos acaben con la vida? ¿Cuánto mas contentos debieron estar estos Esposos por haber convidado á Jesus y á María? Serian ciertamente felices los matrimonios, y con buen ánimo y resignacion se vencerian sus penas inseparables, si se celebrasen con Jesus y María, con intencion pura y cristiana; y no con miras paganas y carnales: miras de ambicion y de avaricia.

PUNTO II.

El milagro de las Bodas de Caná debe animarnos á poner nuestra confianza en María.

Lo primero. *Confianza fundada en su bondad.* — « Y habiendo faltado el vino, dijo la Madre á Jesus: estos no tienen vino... » La Santísima Virgen

María conoció la necesidad en que se hallaban los Esposos, sin que ninguno se la advirtiese. — Lo que esta Señora hizo entonces, lo hace tambien ahora todos los dias : esta Divina Madre tiene siempre abiertos los ojos aun sobre nuestras mismas necesidades : ¿de cuántos peligros nos aleja que nosotros no tememos? ¿De cuántas desgracias nos preserva que nosotros no prevemos? ¿Cuántas gracias nos alcanza que nosotros no pedimos?

Despues habla María á su hijo, sin que ninguno se lo pida. Ella estaba en la mesa á su lado : conocia su poder : no ignoraba que para hacer un milagro, bastaba quererlo hacer ; tampoco dudaba que querria, si ella se lo pedia, y se lo pidió con efecto. — Si María solicita de este modo los favores de su hijo, sin que ninguno le suplique ¿qué no hará cuando enderecemos á ella nuestras súplicas, y le pidamos que interceda por nosotros?

Finalmente la Virgen previene á los sirvientes de lo que deben hacer, sin que lo pidan « dijo la Madre á aquellos que servian, haced lo que él os dirá... » María piensa en todo ; su caridad lo previene todo, y quita los impedimentos que podrian estorbar, que los Esposos lograsen el efecto de su peticion. Esta divina Madre nos advierte á nosotros ahora lo mismo, si queremos que Jesucristo la oiga cuando interceda por nosotros, escuchémosla, oigámosla cuando nos dice que obedezcamos á su hijo ; que hagamos lo que nos manda ; que vivamos santamente, y como fieles cristianos ; entonces nos

podemos prometer todos los favores de su mediacion.

Lo segundo. *Confianza en María fundada en su poder.* — ¡Cuántas circunstancias se unen aquí para probárnosla! Primera, *lo que pide esta Soberana Madre.* — Ella pide para obtener un milagro en una ocasion, que parecia no merecer un prodigio de la Divina Omnipotencia; porque aquí no se trataba de restituir un hijo único á una viuda desamparada; de sanar un enfermo cruelmente atormentado; ó de socorrer un infeliz en una extrema necesidad. Pero es María la que pide y obtiene. — Segunda, *la manera con que se hace la peticion, y se recibe.* — Se acercó al hijo; no le muestra viveza en el deseo; ni inquietud: solo le dice en dos palabras. *Estos no tienen vino.* ¿Qué necesidad tenia esta bendita Madre de decir mas? Esta súplica respetuosa, cubierta con la sombra de una narracion sincera, bastaba... Jesus sabe bien y conoce lo que desea; ella es su Madre; y le responde: «¿qué me importa á mí y á tí? No ha llegado aun mi hora...» María no hizo mayor instancia. Los asistentes, que no sabian de que trataban, no tardaron mucho tiempo en ser iluminados... Jesus empezaba entonces á dejarse ver con Discípulos: les queria hacer conocer que en las funciones del Apostolado no se ha de mirar á la carne y sangre.

Por otra parte el Señor habia determinado y señalado el tiempo, para manifestar y hacer resplandecer su poder á sus ojos; y este tiempo no habia llegado aun; y esto es lo que quiso dar á en-

tender á la Santísima Virgen; como si le hubiese dicho; ¿temes tú que aquel que me ha enviado no sepa señalarme el momento en que será preciso que manifieste su gloria y la mia? Aunque el tiempo de que habla Jesucristo estuviese ya muy cerca, con todo esto dice á la Santísima Virgen: no ha llegado aun mi *hora:* mostrando con esto su religiosa atencion á los momentos de la gracia, y la pureza de su celo por la gloria de su Padre.

Esperaba, dice San Agustin, que todos los convidados supiesen que ya no habia vino: y que la falta, y la necesidad fuese constante, y manifiesta, para que se conociese el poder del Hijo, y la gloria del Padre. La hora no habia llegado, dice este Padre, cuando María le habló en favor de los convidados: pero habia llegado ya cuando hizo el milagro. Por otra parte Jesucristo concediendo á María lo que le parecia, que no debia haberle pedido, nos hace comprender la atencion que tiene para con su Madre, y cuán poderosa es con él su intercesion.

Finalmente, *la manera con que fue oida la peticion.* -- Despues de la respuesta de Jesucristo que acaso habia sorprendido á los asistentes al convite, María no se alteró ni se desanimó: estuvo tan cierta, y tan segura de que su Hijo habia condescendido á sus ruegos, que llamó á los sirvientes, y les dijo: haced lo que él os dirá.... Apenas la Señora hubo dado esta orden, concedió el Hijo la peticion de la Madre « habia allí puestas seis tinajas de piedra,

segun usaban para su purificacion los Judíos, que cada una cabia dos ó tres metretas *. Jesus les dijo: llenad estas tinajas de agua; y ellos las llenaron hasta la boca: y Jesus les dijo: sacad ahora, y llevadle al Maestresala, y le llevaron. Apenas el Maestresala gustó el agua convertida en vino, que no sabia de donde lo hubiesen sacado, (lo que sabian muy bien los sirvientes que las habian llenado de agua), llamó al Esposo, y le dijo: todos sirven al principio del convite el mejor vino; y cuando la gente se ha saciado dan de otro inferior, pero tú has guardado el mejor vino para ahora. » -- ¿Qué no debemos esperar una tan grande Protectora como María? Ayudados de su socorro, y fieles á seguir sus ejemplos, ¿podremos nosotros temer que nos falte alguna cosa?

Lo tercero, *confianza en María, fundada sobre su gloria.* -- « Así Jesus en Caná de Galilea dió principio á hacer milagros; y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.... » Aquí resplandece la gloria de María. Primero. Por haber hecho Jesucristo á peticion suya el primero de sus milagros públicos, despues de haber empezado á juntar Discípulos. Segundo. Porque parece que Jesucristo á peticion suya, y por su respeto anticipó el tiempo de obrar milagros; y empezó de este modo las funciones de su ministerio público. Tercero. Porque en esta ocasion que se ofreció por disposicion

* Medidas de tres arrobas castellanas cada una.

suya, se comenzó á manifestar la gloria de Jesucristo; á creer en él sus Discípulos; y estos fueron confirmados en la fe. ¿Qué otra cosa desea ahora esta Divina Madre, sino atraernos á nosotros al conocimiento y al amor de su Hijo nuestro Salvador, y nuestro Dios?

PUNTO III.

El milagro de las Bodas de Caná nos debe afianzar á nosotros en la fe de Jesucristo.

Lo primero. *De este milagro no se puede dudar, por la naturaleza misma del milagro.* -- El agua mudada en vino era un prodigio inaudito y único: en él se reconoce el Criador de todas las cosas, el dueño de los elementos, y de toda la naturaleza: en él se ve manifiestamente la gloria y el poder del Hijo de Dios. ¡O! Y qué bien concuerda este primer milagro público de Jesucristo con el último de su vida mortal, cuando mudó el pan en su Cuerpo, y el vino en su Sangre.... Creyendo este primero, ¿qué dificultad puede haber para creer el último? — Yo creo los dos, o Dios mio, y los creo todos; adoro vuestro Soberano poder; me alegro de vuestra gloria, y os doy infinitas gracias por la bondad infinita que usais para conmigo.

Lo segundo. *Este milagro es estrepitoso por la manera con que se obró.*-- Fue hecho sin alguna ceremonia, sin aparato alguno; sin súplicas, sin ora-

ciones, sin invocacion. Jesucristo sin moverse del lugar en que estaba, dijo á los sirvientes: « Llenad aquellas tinajas de agua. Ellos las llenaron, y añadió, sacad ahora y llevad al Maestresala. » Este hizo el elogio del vino, como el mas delicado y generoso: esta mutacion se hizo en las manos de los sirvientes; y por decirlo así, por su propio ministerio, sin que apareciese que Jesucristo hubiese tenido allí parte. — El herege, el pretendido reformador no podrá contradecir á la evidencia de un tal milagro; y con todo eso ¿no querrá creer, que la mutacion del pan y del vino en Cuerpo, y Sangre de Jesucristo, que realmente se hace por la virtud del mismo Jesucristo, y por obra del Espíritu Santo, se puede hacer por el ministerio de los Sacerdotes, que para esto han recibido el poder de Jesucristo, y la vocacion del Espíritu Santo? ¡Ah! ¡Que el querer consultar los propios prejuicios, despreciando la voz de la Iglesia, muestra una grande corrupcion de espíritu, y una obstinada ceguedad!

La tercero. *Este milagro está confirmado por la multitud de los testigos.* — Ninguna cosa hay mas cierta, que el que fue puesta el agua en las tinajas; la habian llevado los sirvientes de casa: los asistentes al convite la habian visto, y todos fueron testigos nada sospechosos: y de que fuese realmente vino lo que antes habia sido agua; y vino el mas precioso, que hubiese podido salir de tinajas, el que ordenó el convite, los Esposos, los Discípu-

los de Jesucristo, y todos los asistentes fueron los Jueces; y no habia medio ni modo de poderse engañar sobre la verdad. — Consideremos cómo deberian mirar en adelante los Discípulos á su Maestro; ó por mejor decir, consideremos cómo lo debemos mirar nosotros: qué fe debemos tener en su poder; qué confianza en su bondad; qué respeto á su persona; qué deseo de agradarle, de llegarnos á él y de servirlo por toda nuestra vida.

Peticion y Coloquio.

¡O Divino Jesus! mostrad aun ahora vuestro poder, y vuestra bondad á favor mio, mudando mi corazon, ó sustituyendo en lugar de esta flaqueza y debilidad que lo domina, la fuerza, y la alegría de vuestro espíritu. Haced que santamente embriagado del vino nuevo de vuestra caridad, no tenga ya mas gusto en las falaces delicias del siglo; que suceda á la frialdad que en él reina el fuego de vuestro divino amor; y finalmente, que siempre docil á seguir vuestras órdenes, y hacer todas las cosas segun vuestra voluntad, y en su propio tiempo, reciba despues el premio en el dia de la recompensa. Amen.

MEDITACION XXXV.

JESUS SE DISPONE PARA IR A JERUSALEN A CELEBRAR LA PASCUA.

San Juan. c. II. v. XII, XIII. — San Mat. c. IV. v. XVIII, XII. — San Marc. I, XVI, XX.

Primero. Jesus desde Caná se vuelve á Cafarnaun : segundo, llama de nuevo á Pedro y Andres : tercero, llama tambien para que lo sigan á Jacobo y Juan.

PUNTO PRIMERO.

Vuelve Jesus á Cafarnaun.

« Despues de esto, fué con su Madre, con sus hermanos y con sus Discípulos á Cafarnaun : aquí permanecieron por poco tiempo; y estaba ya cerca la Pascua de los Judíos, y subió Jesus á Jerusalen...»

Lo primero. *Jesus deja la Ciudad de Caná,* no obstante que allí fue ilustrada su gloria por el milagro que habia hecho : la reputacion que se adquiere en un lugar, la gratitud que en él se encuen-

tra, ó cualquiera otra ventaja temporal que pueda resultar, no son á un ministro del Evangelio motivos para establecer allí su morada: él no debe reconocer otro lugar por propio, que aquel á donde lo llaman las funciones de su ministerio.

Lo segundo. *María Madre de Jesus lo siguió á Cafarnaun:* lo mismo hicieron sus Hermanos, esto es: sus parientes y sus Discípulos. El celo de un ministro del Evangelio debe animarlo á renunciar aun su misma familia por seguir su vocacion. No debe apartarse de su ministerio por ir á habitar con sus parientes: vayan estos si quieren á buscarlo, á encontrarlo, y á seguirlo, donde lo ha destinado la obediencia.

Lo tercero. *Jesucristo se detuvo poco tiempo en Cafarnaun;* porque se acercaba ya la Pascua, y queria ir á celebrarla á Jerusalen; como de hecho fué: es necesario disponer las cosas de modo que podamos en los dias de fiesta mas solémnes cumplir las obligaciones públicas de religion, y atender á la edificacion del prójimo. Jesus se preparaba para ir á Jerusalen, no para celebrar allí la Pascua como un mero particular; sino para manifestarse en calidad de Mesías; anunciar el Evangelio; y empeñar esta grande Ciudad con sus milagros, y con sus beneficios, á que creyese en él; y á que recibiese las palabras de la salud que le llevaba. — Bien conozco, o Jesus mio, que es el celo de las almas de que estais siempre lleno, el que os hace dejar la Ciudad de Caná, partir de Cafarnaun y llamar otra

vez vuestros Discípulos para que sean testigos, y despues imitadores de vuestro celo. Vos empleais todos vuestros pasos y dirigís todos vuestros designios por nuestra salvacion, mientras que nosotros no pensamos en aprovecharnos; y nos empleamos en cosas muy diversas y aun opuestas.

PUNTO II.

Jesus llama de nuevo á Pedro y Andres.

Luego que Jesus llegó á Cafarnaun, permitió á sus discípulos que se retirasen á sus casas hasta que los volviese á llamar. Si Natanael no se quedó en Caná, que era el lugar de su habitacion, se volvió allá. Felipe se retiró á Bethsaida su patria. Juan era de Cafarnaun: y aunque Pedro y Andres eran naturales de Bethsaida, tenian su domicilio y habitacion en Cafarnaun. Jesus, pues, queriendo ir á Jerusalen acompañado de algunos Discípulos, llamó primero á Pedro y Andres.

Primeramente. *Examinemos aquí quién son estos que Jesucristo llama.* — « Y caminando Jesus por la ribera del mar de Galilea vió dos Hermanos, Simon llamado Pedro, y Andres su hermano, que echaban en el mar las redes (porque eran Pescadores). » Eran Pescadores, gente de mar, sin letras, sin crédito, sin autoridad y sin bienes de fortuna, á excepcion de una barca, y unas redes; pero por otra parte personas sencillas, y de una vida inocente

y laboriosa ; y ocupados actualmente en el trabajo de su oficio y de su estado. — Estos son los que Dios prefiere á los grandes, á los ricos, á los sabios, y á los hombres vanos, ociosos, y voluptuosos.

Lo segundo. *Observemos el fin para que Jesucristo los llama.* — « Y les dijo : venid detras de mí, y os haré pescadores de hombres....» Era costumbre del Salvador, hacer en sus discursos esta especie de alusiones, por medio de objetos sensibles á las cosas espirituales: seguidme, pues, dice á Pedro y Andres, vosotros sois Pescadores de peces : lo sé : yo pesco hombres : venid conmigo y os enseñaré este arte divina. No comprendieron ellos ciertamente toda la extension de estas palabras. ¿ Y quién jamas se habria imaginado, que gente de esta clase, simple, rústica y de tan poco talento, debia un dia hacer mudar de semblante al universo; destruir la idolatría; y hacer reconocer á Jesucristo crucificado por Hijo de Dios? Hayan dicho, en hora buena, en otro tiempo un Juliano Apóstata, un Porfirio, un Celso; y díganlo tambien en nuestros dias los libertinos, y los impíos si quieren : que la eleccion de Jesucristo fue por política ; y que escogió gente ruda y simple, porque no pudo hacer que lo siguiesen los sabios, y la gente de espíritu; pero sepan que si Jesucristo no pudo hacer que lo siguiesen, sino gente simple, y hombres ignorantes : estos simples, y estos ignorantes se han hecho seguir de los sabios de la tierra los mas iluminados : estos simples, y estos igno-

rantes han convertido el universo, las Ciudades, las Provincias, y aun las Naciones mas cultas, y mas bien instruidas de todo el mundo. Los antiguos impíos nada han podido oponer á esta verdad: y los modernos jamas podrán destruirla. ? No es este un hecho auténtico anunciado por Jesucristo en aquel mismo tiempo, en que ni aun era verisimil; y cuya certeza ha pasado de siglo en siglo hasta nosotros, que estamos viendo su cumplimiento?

Lo tercero. *Consideremos cómo Jesucristo llama á Pedro y Andres* con una sola palabra y de paso: y ellos luego al punto abandonadas las redes, lo siguieron. ¡Ay de aquel á quien la pasion ó la distraccion impide oir esta palabra! ¡Ay de aquel que habiéndola oido no quiere comprenderla, la disimula, la restringe, la modifica! ¡Ay de aquel, que habiéndola comprendido, la desprecia, difiere el obedecer, espera que se la repitan, y sofoca la memoria, ó para no responder á ella, ó para retirarse vilmente despues de haber respondido! ¿Cuántas veces nos ha llamado Jesus para que lo sigamos; y para que lo sirvamos con una fervorosa y santa vida, sin que nosotros nos hayamos dignado de responder á un tan dulce y tan honroso llamamiento? ¿No es verdad, que siguiendo á Jesucristo, y estando en sus divinas manos hubiéramos tal vez sido unos Santos y acaso unos instrumentos de que se hubiera servido para la salvacion y santificacion de muchos? ¡Qué pérdida! ¡Qué desgracia! Pero no hay que desesperar: nos llama aun:

escuchemos su voz: empecemos hoy aunque tarde, á seguir este Divino Maestro; prometámosle seguirlo en adelante con fidelidad y con constancia.

PUNTO III.

Jesus llama á Jacobo y á Juan para que lo sigan.

« De allí caminó adelante; vió otros dos hermanos, Jacobo de Cebedeo, y Juan su hermano en una barca juntos, con su padre que componian las redes; y los llamó.... y ellos dejando las redes, le siguieron ....» Consideremos:

Primero. *Cómo Jacobo y Juan obedecieron con alegría:* Juan habia contado á Jacobo su hermano mayor, y á su padre Cebedeo el milagro que Jesus habia hecho en Caná, y de que él habia sido testigo, y otros milagros hechos en Cafarnaun. Este tierno padre estaba fuera de sí con tantas maravillas, y con la alegría de que el mas joven de sus hijos hubiese ya sido admitido en el número de los Discípulos del Mesías. El mas grande Santiago, ó Jacobo estaba lleno de una santa envidia de su hermano, cuando Jesus los llamó á los dos.... ¡Cuál fue la alegría de estos dos hermanos! ¡Cuál el júbilo de los cuatro amigos, al verse reunidos en la compañía de Jesus, su comun Maestro! El que no mira la vocacion de Dios como un insigne favor comienza á hacerse indigno; y corre riesgo de ser presto infiel.— Cebedeo su padre, que se vió de

un golpe privado de sus dos hijos, bien lejos de lamentarse dió gracias al Señor, porque multiplicaba sobre él sus favores y sus beneficios. — ¿Un padre cristiano podrá mirar de otra suerte la vocacion de sus hijos al estado eclesiástico ó religioso?

Lo segundo. *Cómo Jacobo y Juan obedecieron con generosidad.* — Se separaron de un padre tiernamente amado; no van ni á despedirse de su madre, de quien tambien conocian la ternura: dejan como los dos primeros, la barca y las redes en manos de los mozos, y de su padre, sin saber cuándo, ó si en algun tiempo las volverán á tomar: y finalmente todos abandonan un género de vida á que estaban acostumbrados, y la ocupacion que formaba todas sus riquezas. — Pero acaso dirá alguno que todo era poco: ¡Ay de mí! Yo respondo, que aquello que impide seguir á Jesucristo con una fidelidad completa y entera, y lo que Dios nos manda dejar por su amor, seguramente es en sí cualquier cosa de menos, y con todo eso no podemos resolvernos á dejarlo.

Lo tercero. *Obedecen con prontitud*: luego, en un momento, sin dilacion, al primer eco de la voz lo abandonan todo. — Modelo perfecto de obediencia religiosa. La prontitud, segundo indicio del fervor, hace el principal mérito de la obediencia, que para ser digna de Dios, no debe ser menos pronta que la de las criaturas inanimadas, que obedecen sin dilacion á la voz de su Criador: ella debe ser

semejante á aquella que ó de grado ó por fuerza tendremos en la muerte, cuando nos llame: obediencia que no se podrá retardar entonces un momento, ni por negocios comenzados, ni por otra ninguna causa que tengamos entre manos.

Peticion y Coloquio.

Sí, ¡o Dios mio! Cuando se tratare de vuestro servicio, no me dejaré entretener de algun otro interes: renunciaré, si es necesario, cuanto mas estimo en este mundo, y abrazaré lo que sea mas difícil, por obedecer á vuestras órdenes y por mostraros mi docilidad. Sostened esta resolucion con vuestra gracia, o Señor, para que yo sea vuestro en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION XXXVI.

PRIMER VIAGE DE JESUS A JERUSALEN PARA LA FIESTA DE LA PASCUA.

San Juan. c. II. v. XIII. XXV.

Primero, Jesus echa fuera del Templo los profanadores del lugar santo. Segundo, responde á los Judíos que se lamentan de esto Tercero, penetra el fondo de los corazones.

PUNTO PRIMERO.

Echa fuera del templo los profanadores.

«Y estaba cerca la Pascua de los Judíos, y Jesus subió á Jerusalen ...» Esta era la primera Pascua, despues de haber comenzado su vida pública. Hasta este tiempo no se habia dejado ver en la capital. Era en ella conocido solo por el testimonio de su Precursor, y por el estrépito de los milagros que habia ya hecho en Galilea. Esto, sin duda, era suficiente para disponerla á aprovecharse de la presencia de Jesucristo y á prevenirla en favor de

su doctrina, si su obstinacion no hubiera sido siempre insuperable. Jesus entró en ella algunos dias antes de la Pascua seguido de cuatro Discípulos que habia llamado, pasando á la ribera del mar de Tiberiades, Pedro, Andres, Jacobo y Juan. Habiendo llegado se fué luego al Templo, donde quiso darse á conocer con un acto de autoridad, que debió ser de grande estrépito, echando de la Casa de Dios los profanadores que la deshonraban, y que los Sacerdotes ya de mucho tiempo sufrian, sin pensar en remediar este desorden.....

Lo primero. *Consideremos ¿quiénes eran estos profanadores?* « Y encontró en el Templo gente que vendia bueyes, ovejas y palomas, y banqueros que estaban sentados.... »

Estos profanadores eran en parte Judíos interesados que tenian una especie de mercado en el primer atrio del Templo, vendiendo las cosas necesarias para los sacrificios; y en parte eran banqueros que por la pública comodidad, hacian un comercio muy lucroso, dando con cierta ganancia monedas de metal bajo, en cambio de las de oro y de plata, que se le suministraban.—¿Cuáles son ¡ay de mí! los profanadores de nuestras Iglesias infinitamente mas respetables por la presencia sacramental, y real de Jesucristo, que el templo de Jerusalen? Son personas que vienen solo por ver, y ser vistas, que entran hasta los pies de los altares con mucho menos respeto y compostura que en la casa de un grande del mundo; que compare-

cen con tanto fausto, orgullo, inmodestia, é indecencia, como si fueran á presentarse en una asamblea profana; que allí hablan con mas libertad que en una sala de espectáculo, que en el tiempo mismo en que parece que quieren en lo exterior dar á Dios algun obsequio, tienen el corazon y el espíritu ocupados con objetos inútiles ó malos; y que finalmente salen con mayor disipacion y agravados de mayor número de pecados que cuando entraron. ¿No soy yo, acaso, tambien de este numero?

Lo segundo. *Observemos cómo Jesucristo trata estos profanadores.* — Su escandalosa profanacion e toleraba, habia pasado á uso y costumbre, y ya no se hacia caso de ella. Era vista de todos la negociacion, y ninguno la reprobaba. Jesucristo no pudo sufrir este escándalo: se indignó: el lugar santo que se probaba con tan poco miramiento, era la habitacion de su Padre, y á él tocaba tomar la venganza. « Y hecho como un látigo de cuerdecillas de junco, á todos los echó del templo, y las ovejas, y los bueyes, y echó por tierra el dinero de los banqueros; y derribó los bancos. A los que vendian las palomas dijo: quitad de aquí estas cosas, y no querais hacer la casa de mi Padre casa de negociacion.... » ¡Cuántas cosas, que nosotros mismos escusamos en nosotros, y miramos como ligeras, y como autorizadas, ó á lo menos toleradas con el uso y con el ejemplo de los otros, no son miradas por Jesucristo con semejantes ojos!

La Iglesia es casa de Dios. Y nosotros somos templos vivos del Espíritu Santo. Examinemos si en nuestros corazones hay alguna cosa que quitar, que pueda ofender los ojos de Jesucristo, y traer sobre nosotros el rigor de sus castigos. Aprendamos, pues, á regular nuestra conducta, y nuestros juicios, no sobre el uso de los hombres, sino segun la norma de la santidad de Dios, á quien servimos.

Lo tercero. *Consideremos el celo que mostró Jesu-Cristo en esta ocasion;* celo profetizado, celo abrasador. — *Celo profetizado.* Los cuatro Discípulos, testigos del suceso, y que habian visto siempre en Jesucristo un aire y semblante de bondad y de dulzura, quedraron sorprendidos á vista del rigor de esta accion. *Se acordaron que está escrito* en el Salmo * que frecuentemente se rezaba en sus sinagogas: *el celo de tu casa me ha consumido*, y vieron que esta profecía se verificaba perfectamente en la persona de su Maestro. — Este oráculo se debe tambien cumplir en todos aquellos que Jesus ha llamado á su ministerio.

Celo de Jesucristo, *celo abrasador*, y devorante, que tenia por principio á Dios solo. Este Divino Salvador estaba penetrado de la grandeza de Dios su Padre, y lo amaba con un amor perfecto: de esto nacia aquel celo vivo, y ardiente, de que estaba animado.-- ¡Ah! Si tuviéramos por Dios nues-

* Salm. LXVIII. v. x.

tro Padre los mismos sentimientos de respeto, y de amor, ¡cuánto mas ardiente, sabio, iluminado, y eficaz seria nuestro celo! El celo que tiene por principio la pasion, que es nacido de un espíritu selvático, y crítico, de un temperamento ardiente é inquieto, de la cólera, de la antipatía, y del odio del prójimo, del orgullo, y del deseo de hacerse visible: un tal celo se manifiesta por sí mismo, se hace despreciable y exaspera los culpados.... Pero el que viene de Dios está lleno de decencia en sus movimientos, de santidad en sus palabras, de gravedad en sus órdenes, y de autoridad y magestad en la persona que de él está llena. A un celo semejante todo conviene que ceda; y nada hay que pueda resistir.

PUNTO II.

Jesus responde á los Judíos.

Primeramente: *Examinemos la pregunta que le hacen los Judíos.* -- « Respondieron, pues, los Judíos, y le dijeron: ¿con qué señal manifiestas el poder hacer estas cosas? »

Estos Judíos tenian sin duda alguna autoridad en el Templo, como los Sacerdotes, los Escribas, y Levitas. Su pregunta da á entender por lo menos en ellos mucha animosidad, envidia, é incredulidad. Para remediar, decian ellos, los abusos públicos es necesaria la pública autoridad; una mi-

sion extrordinaria del Cielo: muéstranos, pues, tu poder, y las señales de una legítima autoridad que justifiquen lo que has hecho; ó si eres Profeta, y enviado de Dios, da pruebas de esta cualidad haciendo aquí algun prodigio: danos una señal de tu mision, obrando algun milagro.... Pero la accion que Jesucristo habia hecho ¿no era en sí una señal sensible de su divino poder, y una prueba de su autoridad? Cuatro Galileos rozos, Discípulos de Jesucristo habian reconocido en esto el cumplimiento de una profecía que mira al Mesías, y estos sabios de Jerusalen no ven aquí cosa alguna grande, y antes se escandalizan.... Mas si para ellos se necesitaba otra prueba, ú otra señal, no era necesario que esta se diese con un milagro. ¿Los testimonios de Juan Bautista, de que ya habian oido hablar, no eran otras tantas pruebas en su favor? Cuando ellos mismos enviaron diputados al Santo Precursor, estaban dispuestos, segun decian, á creerlo si les hubiese dicho que él era el Mesías; ahora, pues, ¿no era Juan por ventura mucho mas digno de fe, cuando les nombró otro, sabiendo todos que el Mesías indicado por Juan era Jesucristo? ¿Por qué, pues, pedirle ahora un milagro?.... Y finalmente, si era necesario un milagro, ¿el suceso de la accion hecha por Jesucristo, no lo era ya de esta naturaleza? ¿Cómo un hombre solo si no estuviese autorizado por Dios, habria podido emprender, y ejecutar un semejante proyecto, sin que entre tantos interesados en

odonérsele, ni uno solo se atreviese á hablarle, ni á defenderse? ¿Cómo todos estos vendedores, y todos estos banqueros se habrian dejado tratar de esta manera, si no hubiesen sentido la impresion de la divinidad que estaba en Jesucristo? ¿No es un milagro, dice San Gerónimo, que un hombre solo, sin comparecer revestido de alguna autoridad, hubiese hecho, sin la mas mínima resistencia, lo que habia hecho Jesucristo? Conviene, pues, decir, dice este Padre, que un fuego celestial resplandeció en sus ojos, y que vieron en su frente la Magestad Divina.... Y si se requerian aun mas milagros, ¿ignoraban acaso estos Judíos lo que Jesucristo habia hecho en la Galilea? ¿Los mismos que los habian visto no se hallaban entonces en Jerusalen puntualmente para celebrar la Pascua? ¿No los habian contado? ¿Qué? ¿Eran estos tan insensatos, ó tan mal intencionados? ¡Ay de vosotros endurecidos! Jesucristo los hará en Jerusalen; vosotros los vereis; pero no los creereis.... Cuando el corazon está enagenado por una pasion, ninguna cosa hay poderosa para ganarlo. Se necesitaria, segun los incrédulos, que Dios hiciese un milagro para cada uno de ellos en particular; y que lo hiciese en la especie y en la manera que ellos lo quisiesen. ¡Ah! No lo usa hacer así el Autor del Universo. Él no puede aceptar la ley de sus criaturas, sus caminos son mas elevados, mas magestuosos, mas dignos de él, y mas independientes. No concede prodigios á aquellos que estan empeñados

en pedirlos por la incredulidad ó por la malignidad; porque con semejantes disposiciones no se piden para convencerse, sino para impugnarlos.

Lo segundo. *Observemos cuál fue la respuesta de Jesucristo, y en qué sentido la tomaron los Judíos.* « Les respondió Jesus, y les dijo; deshaced este templo, y yo en tres dias lo volveré á poner en pie. Dijeron, pues, los Judíos: este templo fue fabricado en cuarenta y seis años, y tú lo volverás á poner en pie en tres dias?.... » Este mismo es el temperamento de nuestros espíritus fuertes que en las cosas de Religion, lo toman todo en un sentido grosero, y puramente material. ¿Y qué? Judíos que se gloriaban de estar instruidos, que estaban acostumbrados á los sentidos figurados, á los enigmas, á las Parábolas ¿no sospechaban alguna cosa semejante en las palabras de Jesucristo? Cuanto mas imposible les parecia la cosa, tanto mas debieran juzgar que no se debian tomar los términos de la respuesta como sonaban. Debian, pues, pedirle al que la dió, que les declarase, en qué sentido la entendiese, ó si no se atrevian á pedírselo, debian, como lo hicieron los Apóstoles, esperar á que el tiempo les revelase el misterio, y les diese la explicacion.— Lo mismo debemos hacer nosotros cuando encontramos oscuridad en la Escritura, en nuestros misterios, y en la conducta de Dios para con los hombres. Seamos siempre igualmente fieles á Jesucristo, y sumisos á su Iglesia. Dios tiene sus momentos: y el tiempo lo descubrirá todo.... Pero

este partido es demasiado humilde, y demasiadamente cuerdo para los sabios orgullosos.... Estos comenzaron á discurrir sobre el templo material en que se hallaban; á calcular eruditamente cuánto tiempo se habia empleado en construirlo, y ponerlo otra vez en el estado en que estaba; á deducir que la palabra del Salvador incluia una contradiccion manifiesta: y finalmente se retiraron mas incrédulos de lo que habian venido.... Justo castigo de su orgullo, y de su voluntaria ceguedad. *Él, pues, hablaba del templo de su cuerpo....* De aquel cuerpo divino, que los Judíos habian de clavar en la cruz, y que despues debia ser sepultado; y á los tres dias resucitar.— ¡O cuerpo adorable! Vos sois efectivamente el verdadero templo de Dios; en vos reside la plenitud de la divinidad, y por vos nos acercamos á Dios, y nos unimos á él, recibiéndoos en el divino Sacramento.

Lo tercero. *Consideremos qué efecto produjo despues la respuesta de Jesucristo.* — Esta respuesta era una prediccion con la que el Salvador decia á los Judíos: vosotros sacrificais el templo de mi Padre á vuestra avaricia, y del mismo modo sacrificareis mi cuerpo á vuestra envidia. ¿Y qué sucederá? Que aquel mismo poder que ha obrado lo que ahora os ocasiona escándalo, y confusion, hará al fin un prodigio que vosotros no sabreis comprender, y bajo cuyo peso quedareis oprimidos. Este prodigio es la resurreccion de mi cuerpo, que se hará á los tres dias, que seguirán á la destruc-

cion que habreis hecho. Yo entonces seré vencedor de la muerte, y mi resurreccion establecerá perfectamente la verdad de mi mision. Esta prediccion tuvo su efecto en el tiempo destinado. « Esto es, entonces cuando resucitó de la muerte se acordaron sus Discípulos como él habia dicho esto ; y creyeron á la Escritura, y á las palabras de Jesus.... » Así la misma palabra cegó á los Judíos indóciles, y ocasionó la muerte á Jesus ; consoló á los Discípulos de este Divino Salvador ; y aseguró su fe cuando vieron su cumplimiento: convirtió á los Gentiles, y los convenció de la divinidad del Mesías.— ¡O! sabiduría divina: y cómo con una palabra sola castigais vuestros enemigos ; os sacrificais por nosotros, formais vuestra Iglesia, y consolais á los que creen en vos !

PUNTO III.

Jesus penetra el fondo de los corazones.

Lo primero. *Conoce á los que no creen en él.*— « En el tiempo, pues, que estuvo en Jerusalen por la Pascua, y por la solemnidad, muchos creyeron en su nombre viendo los milagros que hacia... » Jesus no rehusó dar al Pueblo, que habia concurrido entonces á Jerusalen, la grande prueba de su mision. Los Judíos le habian pedido un solo milagro, y él hizo tantos, y tan grandes, que muchos creyeron en él. — ¡Ah! ¿Por qué no creyeron to-

dos? Por su obstinacion. Jesus los conocia. Conoce tambien ahora á todos los que no creen en él. Él solo conoce hasta qué punto cada uno de ellos es culpable; porque él solo conoce la medida de las gracias, y de las luces á que han hecho resistencia. Pero sin examinar hasta qué punto son culpables, cosa que no toca á nosotros, compadezcámonos de ellos: roguemos por ellos: y consideremos que nosotros mismos seriamos culpables, si tuviéramos la desgracia de ser del número de los que no creen.

Lo segundo. *Jesus conoce los que creen en él.*— « Muchos creyeron en su nombre... Pero Jesus no se fiaba de ellos porque los conocia á todos... » En el corazon de aquellos Judíos volubles é inconstantes que fueron arrebatados de la admiracion de los milagros de Jesucristo, mas que del amor por la verdad, y de la estimacion de su persona, leia el Salvador claramente, que un dia pedirian su Sangre, y que entre ellos no habia seguridad alguna para él. Conocia que aquellos hombres que entonces parecian tan dedicados á él, y que creian tambien en el, estando rodeados de aquellos que no creian, no habian de tener por la mayor parte una fe bastante firme para resistir al ejemplo, á la autoridad, á los artificios, y á las calumnias de estos. Estaba por tanto resuelto á no fiarse del afecto presente que le manifestaban, ni de la admiracion improvisa de que los veia sobrecogidos.— Nosotros creemos en Jesucristo; y en ciertos tiempos renovamos los sentimientos de penitencia, que edifican

la Iglesia; pero ¡ay de mí! ¿Puede Jesucristo hacer cuenta con nosotros, y fiarse de nuestras promesas? ¿Ve en nosotros aquella generosa determinacion de observar su ley en todas las cosas, de superar todas las dificultades, de vencer todas las tentaciones, de despreciar todos los respetos humanos, de resistir á todos los malos ejemplos, de evitar todos las escándalos, y de huir todas las ocasiones de ofenderlo? ¿No ve al contrario en la mayor parte de nosotros, fieles sin fe, corazones sin piedad, voluntad sin accion, ó á lo menos una fe tan debil, y tan lánguida, que presto ó tarde cede, y sigue el torrente, la multitud, la política, y el mundo?

Lo tercero. *Jesus conoce el hombre en el hombre mismo, sin el testimonio de alguno.*— « Y porque no tenia necesidad de que alguno diese testimonio del otro. Porque por sí mismo sabia lo que habia en el hombre... » ¡O! ¡Y cuán ciego es el testimonio de los hombres! No pueden pensar, juzgar, hablar, y dar testimonio de los otros, mas que sobre las exteriores apariencias. ¿Y qué cosa hay mas expuesta á engaños? Aun aquellas apariencias que deberian echarse á buena parte por la caridad, ¿no se echan las mas veces á mala, por la perversidad? Por esto en orden á nuestro prójimo, sobre quien no tenemos algun derecho, no hagamos de él jamas juicio alguno sobre el testimonio de los hombres. Creamos caritativamente el bien que de él se dice, y edifiquémonos, y no demos fe alguna

al mal que de él se puede decir. Respecto de aquellos de quienes tenemos derecho de informarnos; en el recibir el testimonio de los hombres, consultemos la caridad, la prudencia, y la justicia; implorando al mismo tiempo las luces de aquel que no tiene necesidad del testimonio de alguno. Finalmente respecto de nosotros mismos, hagamos poco caudal de los discursos, y de los pensamientos de los hombres. No debemos ensoberbecernos por las ideas favorables que se puedan tener de nosotros: ni inquietarnos por cuanto puedan algunos pensar, y decir en contra. Jesus ni nos conoce, ni nos juzga por el testimonio de nuestros amigos, ni por el de nuestros enemigos. En el bien que de nosotros se dice, debemos hallar de qué humillarnos, y en el mal de qué instruirnos: y referirlo todo á aquel que nos ve en nosotros mismos, sin solicitar merecer la aprobacion de otro, que de él mismo.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! Señor; ¿qué es lo que he hecho cuando he buscado la estimacion de los hombres? He procurado engañarlos sin pensar que me engañaba á mí mismo, y que no podia evitar la penetracion y la severidad de vuestra vista. ¿Qué es lo que he hecho cuando me he conturbado por el desprecio que de mí hacian los hombres? Me he olvidado que merecia los vuestros, y que los de los hombres sufridos por vuestro amor podian servirme

para satisfacer por mis pecados, y para purificarme á nuestros ojos. Sed, o Jesus mio, el único testigo de mi vida, el solo de quien tema los desprecios, y el solo de quien reciba los consuelos, las complacencias, y los favores. Amen.

MEDITACION XXXVII.

CONFERENCIA DE JESUS CON NICODEMUS.
San Juan, c. III, v. 1, XXII.

Esta conferencia nos enseña que hay obstáculos para la fe difíciles de vencer, de los que triunfó Nicodemus. Primero, por parte del mundo: segundo, por parte del espíritu: tercero, por parte del corazon.

PUNTO PRIMERO.

Obstáculos por parte del mundo vencidos por Nicodemus.

« Y habia un hombre de los Fariseos, llamado Nicodemus, de los principales entre los Judíos: este se fué de noche á Jesus, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado por Dios para enseñar, porque ninguno puede hacer los prodigios que tú haces, si no tiene á Dios consigo.... » ¡Cuántos obstáculos á la fe, y á la piedad se encuentran aun en el mundo, que fueron vencidos por Nicodemus!

Lo primero. *Los vínculos con un partido acredi-*

tado. — Nicodemus era de la secta de los Fariseos. Esta secta hacia profesion de una moral severa, y de una observancia rigurosa de la ley : pero al mismo tiempo era supersticiosa, hipócrita, orgullosa, é indocil ; habia ya manifestado su odio contra el Precursor, y no escondia la aversion que tenia á Jesucristo. — ¡O! ¡Y cuán importante es, que cada uno considere bien con qué compañías se empeña, y con qué personas hace liga!

Lo segundo. *La altura de una clase distinguida.* Nicodemus era uno de aquellos que se llamaban Príncipes de los Judíos, ó sea cabezas de familia, que eran miembros del soberano consejo de la Nacion. — El fausto, y las riquezas, que acompañan la cualidad, los honores, y las dignidades del siglo, dificilmente se concuerdan con la humildad, que es la basa del cristianismo. Puesta una persona en alta gerarquía fácilmente creeria bajarse demasiado si viese lo mismo que ve el Pueblo; si se moviese de lo que se mueve el Pueblo; si profesase la misma religion que profesa el Pueblo.

Observemos lo tercero. *El crédito de una edad avanzada.* — La madurez de los años de Nicodemus no sufria que oyese las lecciones de un hombre á quien no se daban aun *cuarenta años*.... Cuanto mas adquirimos de crédito, y autoridad por nuestra edad respetable, tanto mas observada es nuestra conducta; tanto mas se murmuran nuestros cambiamientos; y tenemos menos fuerza para despreciar los juicios de los hombres, y para vencer nues-

tros propios hábitos. Guardémonos, pues, de dilatar á un tiempo tan incierto, y á una edad tan debil, la ejecucion de los buenos deseos que el Cielo nos inspira. Es ciertamente muy tarde, empezar en esta edad á instruirse en la propia religion, á creer, y á emprender la mudanza del corazon, y á disponerse á una nueva vida; principalmente cuando se ha pasado la juventud en el libertinage, y se ha llenado el espíritu de dudas, y de ciertas quejas insípidas sobre la religion. Nicodemus no se hallaba en esta situacion: pero leyendo la ley no habia estudiado su espíritu.

Los obstáculos de que hemos hablado eran grandes; y ciertamente Nicodemus los venció. Se fué á Jesucristo, pero no sin manifestar alguna flaqueza.... Tenia el corazon recto, y á pesar de sus prejuicios, quedó sorprendido de los prodigios de Jesucristo: de hecho era dificil el no sentir su impresion. ¿Y cómo todos los Judíos de aquel tiempo, y todos los incrédulos del nuestro pueden sostener su esplendor sin caer á los pies de Jesucristo? Nicodemus fué á encontrar al Salvador; pero de noche.— ¡O temor del mundo! ¡O respeto humano! ¡Cuántas conversiones has impedido? ¡Cuántos réprobos has hecho! No se atreve, pues, ¡o sabiduría divina! no se atreve á hablaros en medio del dia, ni á declararse abiertamente por vos. ¿Un grande del mundo se reputaria deshonrado, ¡o Rey de la gloria! si fuese hallado conversando con vos, y recibiendo vuestras instrucciones? ¡O Jerusalen,

que tienes en tal esclavitud tus habitadores! ¿qué diluvio de pecados, y de desgracias por ellos, no tiras sobre tí? Nicodemus mostró aun mas flaqueza en sus sentimientos, que en su proceder.... « Maestro, dijo al hablar á Jesucristo, nosotros conocemos que has sido enviado por Dios para enseñar, porque ninguno puede hacer aquellos prodigios que tú haces, si no tiene á Dios consigo,.. » Era esta, á la verdad, una confesion principiada, que hacia de la divinidad de Jesucristo, pero no una confesion decisiva. Mejor habian pensado, y hablado de Jesucristo los primeros Discípnlos del Salvador, antes de haber visto algun milagro. « Andres dijo á su hermano: hemos encontrado al Mesías... Felipe dijo á Natanael: hemos encontrado aquel de quien escribió Moises en la Ley, y los Profetas... » Natanael á una sola palabra, que le dijo Jesus, gritó: Maestro, tú eres el hijo de Dios... He aquí á donde los habia guiado el testimonio de Juan, y la circunstancia del tiempo señalado por los Profetas para la venida del Mesías; y he aquí donde no llega este grande, este docto, este Fariseo, que debia estar mejor instruido que los Discípulos, y que ademas habia sido testigo de tantos prodigios... Con todo Jesucristo no lo desechó, tuvo compasion de su flaqueza, no desdeñó sus anticipadas protestas, aprobó sus primeros esfuerzos, lo acogió con bondad, y lo instruyó tambien de los mas altos misterios, de una manera proporcionada á su situacion; pero sin tener demasiada atencion á su deli-

cadeza, y á sus prejuicios. — Cualquiera obstáculo ó impedimento que se nos ponga por delante en orden á nuestra salvacion; no desesperemos, recurramos á Jesus, por grande que sea nuestra flaqueza, y nuestra debilidad, representémosela, y hagamos algun esfuerzo de nuestra parte: él es la misma bondad; nos recibirá, nos fortificará, y nos instruirá.

PUNTO II.

Obstáculos de parte del espíritu de que fue librado Nicodemus.

Primer obstáculo para la fe: Un espíritu fuerte; que entiende materialmente las cosas, y nada cree. — « Respondió Jesus, y le dijo: en verdad en verdad te digo, que cualquiera que no nacerá de nuevo, no puede ver el Reino de Dios... Díjole Nicodemus; ¿cómo puede ser que un hombre nazca de nuevo, cuando ya es viejo? ¿Puede él por ventura volver á entrar en el seno de su madre, y renacer?» El docto Fariseo tomando las palabras del Salvador en un sentido material, y grosero; y sin pedir alguna declaracion, empezó por sí mismo á explicar lo que era necesario para recibir este segundo nacimiento, de que se le hablaba. Habria sido necesario, segun su manera de pensar, que un hombre, aunque avanzado en edad, entrase otra vez en el vientre de su madre, y volviese á salir de nuevo por la segunda vez; de donde concluia, pero sin decirlo, sino dándolo suficientemente á entender,

que la cosa era imposible, y que en sí contenia contradiccion. — He aquí como lo piensan nuestros espíritus fuertes, toman el equívoco en todas las cosas: tienen ideas bajas, y viles: no ven otra cosa en el hombre, que materia, prejuicio en la virtud, y en el vicio; en la Iglesia no ven mas que política, en el orden del universo no ven otra cosa que acaso, y en los designios de la creacion, nada mas que el siglo presente, de lo que concluyen, que cuanto se dice en orden á lo mas noble, y á lo mas elevado repugna, y es imposible. — *Jesus*, que habia visto el hierro de Nicodemus y que queria que sirviese para su conversion, le respondió: « En verdad yo te digo, el que no renacerá por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne; y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. No te maravilles si te he dicho; es necesario que nazcas de nuevo » Como si Jesucristo le hubiese dicho: es necesario que el hombre renazca, no del vientre de su madre, sino por medio del agua, y del Espíritu Santo. Y como el primer nacimiento que viene de la carne, da una vida carnal, y animal; así el segundo, que viene del Espíritu Santo, da una vida espiritual, santa, y divina. No te maravilles ya, pues, de lo que te he dicho, que es necesario un segundo nacimiento para entrar en el Reino de Dios: yo te hablo de una nueva regeneracion espiritual que te ensalza sobre la ley de Moises mucho mas de lo que la ley te ensalza sobre la natu-

raleza. Nosotros hemos recibido este segundo nacimiento del agua, y del Espíritu Santo, por el cual hemos venido á ser hijos de Dios, y de la Iglesia. — Demos gracias al Señor por tan grande beneficio. Tenemos en nosotros las dos vidas; la primera que hemos recibido del primer Adan, vida terrestre, y del pecado: la segunda, que hemos recibido del segundo Adan; esto es, de Jesucristo, por obra de su espíritu; vida celestial, vida interior, vida de retiro, de mortificacion, vida de recogimiento, y de oracion, vida de union con Dios, vida de fe, de esperanza, y de amor. ¿De cuál de estas dos vidas vivimos nosotros ¿¡Ay de mí! Apenas conocemos la segunda.

Segundo obstáculo á la fe. Un espíritu presuntuoso, que pide razon de todo, y que nada concibe. — Nicodemus reconoció su error; pero tenia aun muchas dificultades, y estaba aun muy lejos de la sumision que pide la fe. Jesus para sosegar, y calmar su espíritu sobre la posibilidad de este segundo nacimiento, y de esta segunda vida, bien que invisible, le hizo esta comparacion *, y le dijo: *el espíritu inspira donde quiere.* El viento sopla, sin que alguna potencia humana pueda suscitarlo, calmarlo, dirigirlo, ó pararlo... *Tú oyes el sonido*, tú sientes la impresion, tú sabes que él existe; pero no lo ves... *Y no sabes de dónde venga*, donde haya tenido su principio *ni á donde va*, ni á dónde irá á

* Esta comparacion es tanto mas bella, y mas enérgica, cuanto en la lengua original, la misma palabra significa *el viento y el espíritu.*

terminar : *así le sucede á cualquiera que ha nacido del espíritu :* como si le hubiese dicho ; este renacimiento, ó segundo nacimiento , de que te hablo , que se hace por obra del Espíritu Santo, no se ve con los ojos, pero no es menos real. El viento , que no te ve ; y cuyo sonido se oye, y se ven sus efectos es una imagen de este Espíritu Santo, que no se ve obrar dentro del hombre donde expira cuando le agrada , y como le agrada ; pero que ciertamente , hablando por lo regular, no obra sin que de él se vean efectos exteriores... No podia Jesus haber escogido mejor figura, ni mejor ejemplo. Entre todos los fenómenos de la naturaleza, el viento , por su irregularidad, por su fuerza, y por su invisibilidad es uno de los mas propios para dar á conocer la potencia de Dios , y la incomprensibilidad de sus obras ; y para hacer percibir al hombre su debilidad, y su dependencia. El ejemplo no tenia réplica, para uno que hubiese querido creer ; pero Nicodemus queria comprender, y *respondió : ¿cómo puede ser esto ?* ¿Cómo? ¿y por qué ? he aquí el escollo en que en todos tiempos ha ido á romperse la presuncion , y por el que ha naufragado. — No puedo creer, dice el impío , lo que no concibo. ¡Ah impostor! Crees ciertamente , sin conocerlos, los fenómenos de la naturaleza por sola la relacion de tus sentidos ; ¿y no puedes creer cosa alguna por la relacion del que ha criado la naturaleza, y te ha dado los sentidos?.... Crees mil absurdos que se contienen en tus sistemas , y los crees por la rela-

cion, y autoridad de quien te los vende, aunque no los entienda mejor que tú, y sin darte prueba alguna; ¿y no crees sobre la autoridad del Hijo Unico de Dios, que ha visto lo que te anuncia, y que ha probado su mision con muchos y estrepitosos prodigios? Empieza á creer: este es el camino mas seguro y el mas digno de la grandeza de tu Dios, y el mas proporcionado á tu debilidad. El Filósofo mismo cree los fenómenos, que se fatiga en comprender, y de que busca los principios, y las causas; y si alguna vez Dios hace gustar la verdad de sus misterios, y descubre su economía, y su belleza, lo hace á un corazon humilde, y sumiso que los cree; y no á un espíritu presuntuoso que antes des creerlos, pide la razon, y la inteligencia.

Tercer obstáculo á la fe. Un espíritu altanero, que dogmatiza sobre todo, y nada sabe. — Habia quedado aun en Nicodemus un residuo de orgullo farisáico, y era necesario humillarlo. Jesus habia conducido el espíritu de su Discípulo al punto que era necesario, para que pudiese sufrir con humildad una operacion tan delicada. « Respondió Jesus, y le dijo: tú eres Maestro en Israel, ¿y no entiendes estas cosas? En verdad en verdad te digo, que nosotros hablamos de aquello que sabemos, y atestiguamos aquello que hemos visto, y vosotros no creeis nuestras aserciones. Si yo he hablado de cosas de la tierra, y no me creeis; ¿cómo me creereis si os hablase cosas del Cielo? » Jesucristo no da en rostro aquí á Nicodemus, con que no concibe; sino

con que no sabe, y con que no cree. Deberia saber de hecho, que frecuentemente en la Escritura * se habla de un espíritu recto, y renovado : de un corazon puro, y criado de nuevo: y de una agua pura, que debe borrar todas las manchas del pecado. — Nosotros no podemos concebir los misterios de nuestra fe; pero debemos saberlos, creerlos, adorarlos, y callar. Si estamos encargados, y con la obligacion de enseñar, debemos tambien tener un conocimiento mas particular; debemos saber en qué términos los propone la Escritura, y en qué hablan de ellos los Santos Padres: en qué sentido se deben entender los términos de la Escritura, y de los Padres: qué errores ha condenado la Iglesia sobre estos misterios, y qué puntos ha decidido... Pero el orgullo excede todos los límites, y reune en sí una extrema audacia, con una profunda ignorancia. El orgulloso habla de todo, y de nada se instruye. Ignora aun los primeros elementos de la doctrina cristiana, y decide sobre las cuestiones mas espinosas. ¿No somos por ventura nosotros de este número? ? No ignoramos acaso lo que tenemos obligacion de enseñar, y pretendemos enseñar lo que no debemos saber, y lo que efectivamente ignoramos ?

Si la reconvencion hecha á Nicodemus fue mortificante, fue tambien saludable. El Fariseo humillado no respondió ya mas: su silencio fue prueba

* Salm. L. Ezech. c. XI. v. XIX. c. XXXVI. v. XXV.

de su docilidad: y por ella mereció que Jesucristo continuase á revelarle los misterios mas sublimes * , y que al fin de la conferencia quedase consolado.

PUNTO III.

Obstáculo por parte del corazon, de que fue preservado Nicodemus.

El mismo Jesucristo distingue aquí estos obstáculos, y dice: que entre los hombres hay algunos que huyen la luz: otros que prefieren las tinieblas á la luz: y otros que vienen á la luz.

Lo primero. *Hay algunos que huyen la luz:* « y la condenacion (dice Jesucristo) está en esto; que vino al mundo la luz, y los hombres amaron mas las tinieblas, que la luz; porque sus obras eran malvadas... » Jesus es la luz, el Cristianismo es una Religion de luz, el Evangelio es una ley de luz. La fe católica nos descubre lo que debemos temer, y esperar en la otra vida, y lo que en esta debemos huir, y buscar. Todas las otras pretendidas religiones, todas las sectas, todos los sistemas de los incrédulos son tinieblas. La luz ha venido al mundo, resplandece en todas las partes, si en el mundo hay pocos fieles, no es por falta de pruebas, y de conocimiento: el mal está en el corazon, y en la voluntad. Los hombres han amado mas las tinieblas, que la luz; han preferido libremente las tinie-

(1) Véase la Meditacion siguiente.

blas á la luz, y he aquí el motivo de su condenacion. — ¡O! ¡Y cuán culpable es delante de Dios esta preferencia! ¡Cuántas veces yo mismo me he hecho culpable!

Lo segundo. *Hay otros que prefieren las tinieblas á la luz:* ¿y porque? porque sus obras son malvadas... « Porque (dice Jesucristo), el que hace mal aborrece la luz, y no se acerca á la luz, para que no sean reprendidas sus obras... » Cuál es, pues, la causa de una tan injusta preferencia? Por la mayor parte sus obras, sus pecados, y su apego á la maldad: obras vergonzosas, y obras de las tinieblas. Se aborrece, y se huye una luz importuna, que nos da en rostro con ellas. La naturaleza enseña á esconderlas á los ojos de los hombres; cada uno procura esconderlas á sí mismo, excusándolas, ó no conociendo la ley que las prohibe, ó que exige una confesion humilde, y sincera; y se imagina, con no creer nada, que las esconde al conocimiento del mismo Dios, y al rigor de su justicia. No nos maravillemos, pues, no nos escandalicemos de ver tantos impíos, que desechan la fe, y tantos apóstatas. Si estos estan abandonados á las obras de las tinieblas; esta es la causa, porque huyen la luz. En vano los incrédulos exclaman contra este juicio: él ha salido de la boca de la misma verdad; y sin embargo de sus hipócritos discursos, la obscenidad, de que estan llenos sus libros, sirve par confirmarlo mas. Temamos, pues, y huyamos el pecado, que puede por grados disminuir, y al fin apagar en

nosotros todas las luces de la fe. La seduccion, y el engaño en materia de Religion empieza, y acaba siempre por caidas vergonzosas.

Lo tercero. *Hay otros que vienen á la luz.*— « Mas el que obra, segun la verdad, se acerca á la luz; para que sean manifiestas sus obras; porque estan hechas segun Dios... » Los que obran segun la verdad; esto es, los que obran bien, ó se arrepienten, y se acusan del mal que han hecho, aman la luz. El que no ha sido corrompido del vicio, y que ha seguido la ley de Dios estampada en todos los corazones; ó que habiendo seguido sus pasiones, gime bajo el peso de sus pecados, y se purga de sus desórdenes, recibe con júbilo la luz del Evangelio: porque estando de acuerdo con su conciencia, lo está tambien con Dios. — ¿No sentimos nosotros mismos que nos acercamos á Dios, con confianza, cuando hemos seguido santamente su ley, cuando hemos obedecido sus inspiraciones, cuando hemos hecho resistencia á nuestras pasiones, y conservado nuestras resoluciones? Pero si al contrario, nuestra conciencia nos reprende, nosotros nos sentimos alejar de él; experimentamos una cierta pena al ponernos en su presencia, y al practicar nuestros ordinarios ejercicios de piedad. En este estado, volvamos á entrar prontamente en los caminos de la verdad; acusémonos, humillémonos, busquemos la luz que nos hará conocer nuestra culpa, y encontraremos en nuestra humillacion la paz, y la confianza que hemos perdido.

Nicodemus no era de estos corazones corrompidos, que tienen su interes en aborrecer, y huir la luz; tuvo el consuelo de reconocerse en el retrato, que Jesucristo hacia de aquellos que la buscaban. Se alegró de haberla encontrado, y á ella estuvo constantemente unido. Si usó alguna circunspeccion durante la vida del Salvador; usó menos despues de su muerte, y mucha menos, sin duda, despues de la venida del Espíritu Santo, cuando ya la profesion de la fe vino á ser tan necesaria para la salud, como la misma fe.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! No permitas, Señor, que por la multitud de mis pecados caiga en esta incredulidad del impío, que le hace amar sus tinieblas, y temer la luz. Dadme, o Dios mio, aquella fe viva, que hace aborrecer las tinieblas, buscar, hallar, y seguir vuestra luz: creo, o Divino Salvador mio, vuestros misterios incomprensibles; no quiero, para creerlos, otro fiador de su verdad, que vuestra palabra. ¡Ah! ¿Quién soy yo para examinar su profundidad? Aumentad mi fe, o Señor: hacedme la gracia de que viva segun mi fe, para que pueda ver en el Cielo, lo que solo puedo creer, y adorar sobre la tierra. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE OTROS MISTERIOS QUE JESUS REVELO A NICODEMUS.

Estos misterios son. Primero, la divinidad de Jesucristo, fundamento de nuestra fe: segundo, la muerte de Jesucristo, principio de nuestra esperanza: tercero, el amor de Dios, para con los hombres, motivo de nuestro amor para con Dios.

PUNTO PRIMERO.

De la Divinidad de Jesucristo, fundamento de nuestra fe.

Para acabar Jesus de someter el espíritu de Nicodemus, y obtener una fe perfecta, despues de haberle dicho: si lo que te he enseñado de la regeneracion espiritual, que se hace sobre la tierra, y de que te he dado un ejemplo palpable, no lo crees: ¿cómo me creerás, si te revelo lo que se hace en el seno de Dios; si te descubro los secretos del Cielo, de que aun no ha sido favorecida la tierra? añadió: « Ninguno subió al Cielo, fuera de aquel que bajó del Cielo. El hijo del hombre

que está en el Cielo.... » Como si le hubiese dicho : ninguno puede enseñarte estas verdades celestiales, sino el primogénito entre los hombres : porque *ninguno subió al Cielo* para sacar de allí la ciencia de Dios, *fuera de aquel, que bajó del Cielo*, para la instruccion, y la salud del mundo; y que conversando, y viviendo sobre la tierra no deja de estar actualmente en el Cielo.

Primeramente. *Con estas palabras el Salvador nos enseña, como él ha subido al Cielo.* — Por el Cielo, que nosotros miramos, como el trono de Dios, Jesucristo entiende el seno mismo de la Divinidad; esto es, las tres divinas Personas, que realmente distintas entre sí, tienen una misma naturaleza, y son un solo Dios. Es allá, al seno mismo de la Divinidad á donde como hijo del hombre, Jesucristo ha subido, cuando por su Encarnacion su santa humanidad concebida en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo, fue unida al Verbo de Dios, en unidad de Persona. Desde entonces, en Jesucristo hijo único de Dios, el hombre es Dios, y Dios es hombre : desde entonces el alma santa de Jesucristo fue admitida á la visita intuitiva de Dios, y á todos los consejos de su sabiduría en una manera jamas concedida á criatura alguna, y ella ha recibido todas las gracias, todos los conocimientos, y todo el poder que convenia á su dignidad de Hijo de Dios, y á su calidad de Señor, de Salvador, y de Juez de todo el Universo.

Lo segundo. *Con estas palabras Jesucristo nos en-*

eña cómo ha bajado del Cielo.—Ha bajado por medio e su Encarnacion, cuando este Verbo Divino ha ido hecho carne, y revestido de esta carne ha habitado entre nosotros. Ha bajado, porque su santa umanidad, bien que unida sustancialmente al erbo, dejaba de estar sobre la tierra, de vivir y e conversar con los hombres; y este hombre, ue se veia sobre la tierra, no era otra cosa, que el erbo de Dios, que se habia encarnado, tomando obre la tierra un cuerpo, y un alma como nosotros.

Lo tercero. *Con estas palabras Jesucristo nos nseña cómo él está aun en el Cielo.*—Estaba en él, uando hacia este discurso, y todo el tiempo que e mostró sobre la tierra; porque el Verbo encarándose habia salido del seno de su Padre sin bandonarlo; habia bajado del Cielo, sin cesar de star en él. Estaba en él, porque aunque su santa umanidad estuviese sobre la tierra, estaba siemre sustancial é inseparablemente unida al Verbo la segunda persona de la Santísima Trinidad, y su alma gozaba siempre de la clara vision e Dios.—He aquí quien es el Autor, y el fundamento de nuestra fe. ¿Haremos, pues, nosotros al en creer sobre su palabra todo aquello que nos a revelado, y en sujetarnos enteramente á él? Haremos mal en estar dispuestos, como los Mártires, á derramar nuestra sangre por todas las verades que nos ha enseñado? Los impíos, pues, que e complacen de comparar nuestros misterios, y

nuestras prácticas, con las fábulas, y con las supersticiones de los idólatras, vayan una vez hasta el orgien. Pregunten á aquellos, sobre qué fundamento creen, y obran; y despues confronten su respuesta con lo que forma el fundamento de nuestra fe.

Despues de su Ascension, Jesucristo está siempre sentado á la diestra de Dios su padre, de la que no bajará hasta el último dia, para juzgar los vivos, y los muertos. Nosotros decimos, es verdad, que baja ahora todos los dias del Cielo sobre nuestros altares en la Divina Eucaristía; pero lo hace, con multiplicar su presencia, y no con dejar el Cielo.

PUNTO II.

De la muerte de Jesucristo, principio de nuestra esperanza.

Primeramente. *De la prediccion de esta muerte.*— Jesucristo la anuncia: « Y así como Moises, dijo á Nicodemus, alzó en el desierto la serpiente: de la misma manera es necesario que sea levantado el hijo del hombre. »

Primero. *La muerte de Jesucristo fue predicha, anunciada, y figurada por el Legislador de la nacion Judáica.* Los Israelitas en el desierto habiendo sido mordidos por una multitud de serpientes en castigo de sus pecados *, Moises por orden de Dios

* Num, c. XXI, v. xix.

alzó una serpiente de bronce; la puso sobre un palo, y mirándola los Israëlitas, sanaron de sus heridas. Figura de Jesucristo alzado sobre una Cruz, para librarnos de la serpiente infernal, y del pecado. — Segundo. *La muerte de Jesucristo fue tambien predicha, aun con las mas menudas circunstancias por los Profetas.* Jesucristo en su muerte, como en su vida, fue el cumplimiento fiel, y literal de la ley, y de los profetas — *Esta muerte de Jesucristo fue anunciada por el Precursor*, cuando de él dijo: « veis aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. * » — *Finalmente ha sido predicha por Jesucristo mismo*: desde el primer viage, que hizo á Jerusalen, anunció su muerte en público, y en particular; en el templo, y en la casa; el dia, y la noche. Esto es lo que dijo á los Judíos, que se habian juntado al rededor de él en el templo, añadiéndoles la prediccion de su Resurreccion, despues de tres dias. Aquí tambien habla, y especifica á Nicodemus el género de su muerte, que será el suplicio de la Cruz por la salvacion de los hombres, la anunciará aun otras veces, señalará las circunstancias, y nombrará los Autores. ¿Una muerte así predicha, y así sufrida, y por un fin tan noble, es por ventura una flaqueza, una debilidad? ¿Deberia ser para los Judíos un escándalo, y una necedad para los Gentiles? ¿No debiera ser

* S Juan, c. I, v. XIX.

para los unos, y para los otros un objeto de admiracion, de amor, y de reconocimiento, y el principio de una sólida esperanza y de la mas entera confianza?

Lo segundo. *De la necesidad de esta muerte.* — « De esta misma manera es necesario que sea levantado el hijo del hombre.... » Es necesario que la malicia, la incredulidad de su pueblo lo eleve en alto sobre la Cruz, y que en ella muera. — *Es necesario* de parte de Dios, de parte de los hombres, y de parte de Jesucristo mismo.— *De parte de Dios*: bien podia, sin duda, salvar á los hombres de otras muchas maneras; pero ha escogido, y determinado esta; porque ninguna otra manera de salvar los hombres habria tan plenamente reparado el ultrage, que le habia hecho el pecado: ninguna otra habria publicado tan altamente su grandeza, su justicia, su santidad, y el odio que tenia al pecado: ninguna otra habria tan claramente manifestado su bondad, y su misericordia: y ninguna otra habria hecho resplandecer, con tanta luz, su gloria, y su sabiduría; porque en esta sola muerte ha sabido reunir todos los derechos de su justicia irritada, con todos los favores de su divina misericordia.— *Fue necesario de parte de los hombres.* Esta muerte era el medio mas propio para hacerles conocer la grandeza de Dios, la enormidad del pecado, y los terribles castigos que merece; para hacerles conocer la necesidad en que estan de crucificarse á sí mismos, y animarlos á hacerlo con

resolucion, y valor, á imitacion de su Salvador; y para unirlos á Dios, y á su Redentor, con los lazos de la mas perfecta confianza, del mas vivo reconocimiento, y del amor mas tierno. — *Fue necesario finalmente de parte de Jesucristo.* Una muerte tan ignominiosa, y tan dolorosa, podia solo satisfacer al amor infinito, con que amaba á su Padre, y al deseo ardiente que tenia de rescatarnos de la manera mas abundante, mas gloriosa á Dios, y mas util para nosotros. Esta muerte sola podia procurarle aquella gloria inmensa, de que queria coronarlo su Padre, estableciéndolo mediador entre él, y los hombres. ¡O qué gloria para este Divino Salvador haber reconciliado el Cielo, y la tierra, y haberlo hecho de una manera tan generosa! Si el espíritu de Jesus estuviera en nosotros, comprenderiamos, que *es necesario*, que es util, y que es glorioso para nosotros, el que seamos crucificados con él. Esta verdad nos libraria de muchas penas; sofocaria en nosotros muchas quejas, y las convertiria en júbilo, y en accion de gracias.

Lo tercero. *De los frutos de esta muerte.* — Jesucristo los predice: « para que cualquiera que en él crea, no perezca, sino que tenga la vida eterna...» El primer fruto de esta muerte, es impedirnos el perecer, librándonos de la esclavitud eterna, que incurrimos por el pecado de nuestro primer Padre, y por los nuestros. El segundo es, habernos merecido una vida eterna, con todas las gracias, y todos los socorros necesarios para llegar á ella. —

¡O amadores de la vida! ¿Por qué despreciais vos otros una que es eterna, por estar pegados á un transitoria, y mortal? Pecadores oprimidos baj el peso enorme de pecados sin número: ¿por qu obstinaros en pecar? Alzad los ojos, mirad á Je sus en la Cruz, su muerte ha pagado por vosotro no pereceréis, viviréis eternamente. *Creed solamen en él*: aplicaos los méritos de su sangre, recibien bo los Sacramentos, que él ha establecido. *Cree en él*; escuchadlo como vuestro Maestro; obede cedle como á vuestro Señor; imitadlo como á vues tro modelo; confiad en él como en vuestro Salva dor. *Creed en él*, y contad desde luego con l vida eterna, que os promete, y que os ha merecid con su muerte.— Almas cristianas, ¿para qué toda esas inútiles inquietudes, que sin haceros mejores no hacen otra cosa, que turbaros, y alejaros d vuestro libertador? Vuestros temores lo deshonran y vuestras desconfianzas lo ultrajan: despues d haber moralmente hecho de vuestra parte lo posi ble, si os dejais aun sorprender de ciertos te mores, y penas: esto no procede de que hayai pecado, sino de que teneis poca fe.

PUNTO III.

Del amor de Dios, para con los hombres, motivo de nuestro amo para con Dios.

« Porque Dios (continúa Jesucristo hablando Nicodemus), ha amado al mundo de tal suerte

que ha dado su Hijo Unigénito, para que el que crea en él, no perezca, sino que tenga la vida eterna.... »

Consideremos lo primero que Dios nos ha dado en la persona de su Hijo Unico, el objeto de su ternura, y de sus complacencias *. Cuando Dios nos hubiese dado todos los Angeles, y el universo entero, ¿qué proporcion hay entre estos dones, y el que nos ha hecho dándonos á Jesucristo? Dándonos su Unigénito Hijo, nos ha dado todas las cosas.... Este Hijo es el único heredero del Padre **. El padre, dándonos su Hijo, sabia muy bien, que este heredero liberal, y magnífico, nos dejaria su herencia; y justamente por esto nos lo ha dado. Dándonos su hijo, nos ha dado el Cielo, y la misma divinidad, de que nos ha hecho participantes este Hijo amado, procurándonos la adopcion de hijos de Dios.— ¡Qué sublimes verdades! ¡Qué bondad! ¡Qué amor! O Dios mio, si yo me debo todo á vos por el beneficio de la creacion, ¿qué os daré, ni qué os puedo dar, por el beneficio de la redencion, y de una tal redencion?

Lo segundo. *Observemos á quien ha dado Dios su hijo.* — Al mundo, á los hijos de un padre prevaricador; ellos mismos prevaricadores, y manchados de mil culpas; á un mundo rebelde á su Señor; enemigo de su bienhechor, dado á la idolatría, y á

* Ad Rom. c. VII.

** Ad Hebr. c. I, v. 1, Ad Rom. c. VIII, v. xv.

todas las abominaciones, que son su natural consecuencia. — No la habeis hecho así, o Dios mio, con los Angeles rebeldes: apenas completaron su desobediencia por un solo pecado de pensamiento, y de un instante, no teniendo algun miramiento á su número, á la excelencia de su naturaleza, á los muchos males que ocasionaria su desesperacion, ni á los grandes bienes que pudiera haber traido su conversion; los precipitásteis de lo alto del Cielo á un infierno eterno. ¿Quién os impedia tratarnos con la misma severidad? ¿Y dónde estariamos nosotros, si lo hubiérais hecho? Pero en lugar de un castigo tan justamente merecido, vos nos dísteis á vuestro Hijo único para salvarnos; y vos lo entregásteis á la muerte por todos nosotros sin excepcion *.

Lo tercero. *Examinemos cómo nos ha dado Dios su Hijo enteramente.* — El don que Dios nos ha hecho es sin reserva. Jesus todo entero es nuestro, sus gracias, sus méritos, su vida, sus trabajos, su sangre, su muerte, su gloria, y su misma divinidad. Jesus es nuestro Rey, para gobernarnos; nuestro maestro, para enseñarnos; nuestra guia, para conducirnos; nuestra cabeza, para animarnos: Jesus es nuestra fuerza, nuestra luz, nuestro consuelo, nuestro tesoro, nuestro júbilo, y nuestra vida. Jesus en el pesebre, se ha hecho nuestro modelo; sobre la Cruz, nuestro precio; sobre el altar, nuestra vícti-

* Ad Rom. c. VIII. v. xxii.

ma; en la sagrada mesa, nuestro alimento; y en el Cielo nuestra recompensa. ¡O amor divino, infinito, é incomprensible!

Lo cuarto. *Examinemos á qué fin nos ha dado Dios su Hijo.* —Para salvarnos, y hacernos gozar de una vida eterna. « Porque ciertamente (añadió Jesucristo), no ha enviado Dios al mundo su Hijo, para condenar al mundo, sino para que por medio de él el mundo se salve. El que cree en él no está condenado, pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios... » Dios no ha enviado al mundo su Hijo para juzgarlo, condenarlo, y castigarlo, como lo merecia, sino para salvarlo. El que cree en él está libre de la condenacion, y ya nada tiene que temer, pero el que rehusa creer no tiene necesidad de ser condenado, ya lo está, y persiste en su condenacion, supuesto que no quiere reconocer al único Hijo de Dios, que solo podria librarlo. Este nuevo pecado es el mas grande de todos, y pone el colmo á todos los demas.

Peticion y Coloquio.

No permitais, o Dios mio, que yo sea del número de estos ingratos. ¡Ah! Repararé antes bien, con la eficacia, con el celo, y con el ardor de mi corazon, los ultrages que ellos hacen á vuestro divinor amor. Haced, que con obras animadas de la caridad, hechas en Vos, y por Vos, merezca final-

mente poseeros. Yo me reconozco pecador, y c
mas grande de todos los pecadores; pero aunqu
tan grandemente culpable me arrojo con confianz
en vuestros brazos. El precio de vuestra muerte n
tiene límites, es en mucho superior á mis ofensas
Espero en Vos, o Jesus, aumentad mi confianza
creo en Vos, o adorable Salvador mio, aumenta
mi fe: os amo á Vos, o Divino Redentor mio, au-
mentad mi amor para que pueda veros, y amaro
eternamente en el Cielo. Amen.

MEDITACION XXXIX.

TERCERO, Y ULTIMO TESTIMONIO QUE DA DE JESUCRISTO JUAN BAUTISTA.

San Juan, c. III, v. xxii, xxiii, xxiv, xxv.

« Despues de esto, vino Jesus con sus Discípulos á la Judea, y allí se detuvo con ellos, y bautizaba. Y Juan estaba tambien bautizando en Ennon, cerca de Salim : porque allí habia muchas aguas, y la gente concurria, y eran bautizados. Porque no habia sido aun Juan puesto en prision. Y nació disputa entre los Discípulos de Juan, y los Judíos, en orden á la purificacion. »

Jesucristo despues de haber ganado á la fe á Nicodemus, aquel grande de Jerusalen, y aquel sabio de la Sinagoga, se alejó de la capital : era despues de la fiesta de la Pascua. No dejó la Judea, se detuvo allí algun tiempo, y comenzó á bautizar, no ya el mismo, sino por mano de sus Discípulos. Juan Bautista ya no estaba entonces en Betania sobre la ribera del Jordan : y los Escribas, y Fariseos lo habian verisimilmente forzado á retirarse

á la Judea, donde se detuvo, y bautizó en una ciudad dependiente de Herodes Tetrarca, de quien hasta entonces no habia recibido algun mal tratamiento. Ahora el bautismo de Jesucristo vino á ser una materia de disputa entre los Judíos, y algunos Discípulos del Bautista. Sostenian aquellos el bautismo de Jesucristo, que se administraba en su pais, y que acaso habian ellos recibido : y los Discípulos del Bautista defendian el de su maestro, temiendo que padeceria su reputacion; y que su ministerio vendria á desacreditarse insensiblemente. Llenos, pues, de este espíritu de envidia, corrieron al Precursor, con intencion de darle las quejas.

PUNTO PRIMERO.

Quejas que llevan á Juan Bautista sus Discípulos.

Estas quejas tenian tres objetos: la persona de Jesucristo; su bautismo; y sus Discípulos.

Lo primero. *La persona de Jesucristo.* — Los Discípulos celosos acercándose á Juan Bautista, le dejeron con calor : « Maestro, mira que aquel que estaba contigo á la otra parte del Jordan, de quien tú diste testimonio, bautiza..... » Todo el mundo corre hácia él, *y todos van á él.* Tales son los caracteres, ó sea los funestos efectos de la envidia: primero, ella se extiende en amargas quejas. Los que habian sostenido el bautismo de Jesucristo, no se lamentaban de Juan : despues de haber defendido

su causa, se estuvieron tranquilos, y no le hablaron al Salvador. Aquellos, que hablan sin cesar, contra los que no lo hacen así con ellos, dan bastante á conocer que favorecen la pasion, y no el buen derecho. Guardémonos de escuchar, y mucho mas de creer á estos continuos murmuradores: reprendámolos, ó á lo menos hagamos con nuestro ejemplo que callen. — Segundo: La envidia se manifiesta por medio de un desprecio afectado. Se habla con desprecio de aquel cuya gloria nos ofusca. Una reputacion merecida, luminosa, universal, irrita un corazon envidioso, que se venga por medio de los desprecios, que se esfuerza á manifestar en todas las ocasiones, y que inspira en los otros. *Maestro*, dijeron los Discípulos de Juan, *aquel que estaba contigo á la otra parte del Jordan*, que era como uno de tus Discípulos; que vivia con tus Discípulos; *mira que este* ahora se iguala á tí, usurpa tu empleo, *y bautiza* como tú... Ni siquiera se dignan de nombrarlo; ya no conocen á aquel, que delante de sus ojos sanó tantos enfermos, y obró diferentes milagros. — Tercero. La envidia se desahoga con interpretaciones malignas: que vuelven contra aquel, que persiguen cuanto pudiera serle favorable. Esto algunas veces es efecto de pura malignidad. En los Discípulos de Juan lo era, á lo menos, de un grosero error. *Aquel de quien tú diste testimonio*..... Pensaban que Jesucristo tuviese tanto mayor culpa, cuanto mostraba mayor ingratitud con aquel, que habia dado de él tan honorífico testimonio. — No,

ninguna cosa puede hacer impresion sobre un corazon envidioso. Si se reuniesen en favor de alguno todas las voces, los grandes, los pequeños, los reyes, y los pueblos, el sacerdocio, y el imperio; y se conviniese tambien con estos el mundo entero en darle un ventajoso testimonio, el envidioso le imputa á delito aun el mismo ventajoso testimonio. Ambicion, estratagema, cabala, maldad inaudita. ¡O, y qué ciega es la envidia! ¿Y sucederá algunas veces que aun personas, por otra parte de bien, se dejen sorprender de ella? Examinemos nuestro corazon sobre este punto, y no nos lisongeemos. Si nosotros mismos fuésemos el objeto, no nos inquietemos: ¿comó podremos lamentarnos, despues que Jesucristo mismo ha querido el primero ser la víctima.

Lo segundo. *Las quejas de los Discípulos de Juan tenian por objeto el bautismo de Jesucristo:* « mira, decian, que él bautiza » ... ¿Con qué sentimientos, y con qué miras refieren ellos este hecho, para animar al Santo Precursor contra el Mesías, y empeñarlo á declararse contra este nuevo bautismo, que ellos miraban como una injusta usurpacion del ministerio de su maestro? — De esta manera, o Jesus, la primer práctica de Religion, y primer Sacramento, que habeis instituido, ha experimentado las oposiciones de un celo falso, ciego, y precipitado. Así tambien ahora, cuanto emprenden vuestros siervos por vuestra gloria, debe estar señalado con el sello de la contradiccion. Guardémo-

nos de criticar las obras de piedad que vemos emprender á otros, y no dejemos de emprenderlas nosotros mismos por temor de la crítica. Finalmente suframos con paciencia, sin rebatir injuria con injuria, sin aborrecer, y sin declamar contra aquellos que contra nosotros ejercitan una crítica injusta.

¿De qué sentimientos de júbilo no fue penetrado el corazon de Juan Bautista cuando oyó la relacion, que le hicieron sus Discípulos: *mira que este bautiza?* ¡O! ¡Y cuán agradable fue esta nueva para él, que ya de largo tiempo anunciaba este divino bautismo! Sentimientos de alegría con que debemos nosotros mismos oir estas palabras. ¡O feliz anuncio para todos los hombres! Finalmente *Jesus bautiza;* y con su bautismo nos da un nuevo nacimiento; borra todos nuestros pecados; nos libra de toda la pena en que habiamos incurrido; y nos hace hijos de Dios, y herederos del Cielo.

Lo tercero. *Los Discípulos de Juan se lamentan con él de que muchos siguen á Jesus, todos van á él.* Esto, segun ellos, era un gran desorden, y San Juan no podia emplear mejor la autoridad, que se habia adquirido, que en contener el mal, y desengañar los pueblos... Despues de haber examinado los funestos efectos de la envidia: observemos tambien los artificios, y los medios. Primer artificio: *La exageracion.*— Se exageran el poder, el crédito, la industria, las riquezas de aquellos á quienes se tiene envidia, para hacerlos odiosos. Los ojos de

envidia multiplican las ventajas agenas, para ser á un mismo tiempo el tormento del envidioso, y el medio, de que se sirve, para desacreditar á aquellos cuyos sucesos lo hieren. — Segundo artificio: *La disimulacion.* — El interes, que hace hablar al envidioso, es lo que esconde él con mayor cuidado. La boca dice: *todo el mundo va con él:* y el corazon dice: *ninguno viene con nosotros.* El envidioso no se atreve á lamentarse de lo que le falta; el manifestarlo le haria poco honor; pero lamentándose de lo que tienen los otros, no es sensible á otra cosa que á lo que él no tiene.— Tercer artificio: *La insinuacion.* — Se ingenia el envidioso para mover, y estimular á otros, por el mismo motivo de interes de que él está animado.— Si los Discípulos de Juan temian ser abandonados; daban á entender bastantemente á su Maestro, que él mismo tambien debia temerlo. Con este artificio la envidia se extiende bien lejos, y comunica su veneno á aquellos que por su estado, debieran estar exentos.— ¡Ah! Guardemos nuestro corazon de un vicio tan vil: observemos nuestros discursos, y veamos si la envidia tiene en ellos alguna parte: finalmente guardémonos contra las insinuaciones de los otros.

PUNTO II.

Respuesta de San Juan Bautista á sus Discípulos.

Si estos hombres celosos hubiesen sido Discípu-

los de los Fariseos, hubieran sido verisimilmente durante toda su vida enemigos, y perseguidores de Jesucristo; pero por fortuna suya, su Maestro era San Juan Bautista, que supo instruirlos, sin exacerbarlos. Su respuesta se funda sobre tres puntos.

Primero. *Sobre lo que mira á él mismo:* y de esta primera parte de su respuesta, se pueden deducir cuatro máximas para preservarnos de la envidia. — Primera máxima: *todo bien viene del Cielo.*— « Respondió San Juan, y dijo: no puede el hombre tener cosa alguna, sino le viene del Cielo » ... Como si hubiese dicho: aquel, de quien vosotros me hablais, tiene un poder que no pueden dar los hombres, y que ha recibido del Cielo.— Riquezas, honores, autoridad, crédito, talentos, sucesos, todo viene de Dios, que dispone de ello, como le agrada, sin que ninguno pueda apropiarse por sí cosa alguna contra su suprema voluntad, é independientemente de su providencia. Lo que tenemos nosotros, Dios nos lo ha dado: lo que tienen los otros, Dios igualmente se los ha dado. ¿No es Dios por ventura el dueño de sus dones? ¿Y quién somos nosotros para oponernos á él, y censurarlo?.— Segunda máxima: *Cada uno debe contenerse en los límites de su vocacion, y de su estado, y gloriarse de ello:* « vosotros mismos me sois testigos, como dije: no soy yo el Cristo, sino que he sido enviado á precederlo: » como su Precursor, para prepararle el camino... Esto es: vosotros decís, que yo he dado testimonio á Jesus, y por él vosotros mismos reco-

nocísteis, que él es mas que yo, porque mi testimonio contenia dos cosas: primera, que yo no era Mesías: segunda, que yo era su Precursor; veis aquí lo que de hecho es él, y lo que yo no soy. — Tercera máxima: *No se debe tener otra cosa á la vista, que la gloria de Dios, el interes de Jesucristo, y el bien de las almas.* — « Esposo es aquel, dice San Juan: que tiene la esposa; pero el amigo del esposo, que está en pie á oirlo, se llena de gozo á la voz del esposo. Tal gozo, pues, propio de mí, lo tengo cumplidamente » ... Esto es: Jesus es el *esposo*, á quien se ha dado la Iglesia por esposa. Ahora, que vosotros me anunciais, que la voz del esposo se deja ya sentir, que él mismo habla á su esposa, que la instruye, que la santifica: *Tal gozo propio de mí, lo tengo cumplidamente.* — Tales serán los sentimientos de cualquiera, *que será amigo del esposo*, como San Juan; se alegrará de todo lo que se hará por las ventajas de la Iglesia; por la edificacion de los fieles, y por la salvacion de las almas, por cualquiera que se haga este bien. — Cuarta máxima: *Es necesario alegrarse de la gloria de Jesucristo, aun cuando esta venga procurada con menoscabo de la nuestra... Él debe crecer, y yo bajar.* Tales eran los generosos sentimientos de Juan Bautista.— Conviene, que Jesucristo crezca por la celebridad de su nombre, por el éxito de sus trabajos, por el esplendor de sus milagros, por lo sublime de su doctrina, y por el concurso de los pueblos: y que yo sea oscurecido, olvidado, sobrepujado, y ano-

nadado... Con tales sentimientos un Cristiano es inaccesible á la envidia, y se hace capaz de curarla en otros.

Segundo. *San Juan se explica, sobre lo que pertenece á Jesucristo.* -- «El que viene de arriba es sobre todos : y el que viene de la tierra, á la tierra pertenece, y habla de la tierra; el que viene del Cielo es sobre todos....» Como si hubiese dicho : vosotros haceis entre Jesus, y mí una comparacion, que lo deshonra, y me confunde. El Mesías es un hombre, *que viene del Cielo:* y yo soy un hombre, *que viene de la tierra.* Este hombre Dios, que viene de allá arriba, es superior á Abrahan, y á los Patriarcas, á Moises, y á los Profetas, en una palabra, *es sobre todos*, por cuatro caracteres, que lo distinguen. Primer caracter.. *La divinidad de su origen.* — Los hombres, por grandes que sean, son hijos de la tierra; pero Jesucristo, que habita en el seno de la divinidad, que es Dios, y hombre, el hijo único de Dios : que es, en una palabra, el Verbo Encarnado? *viene de allá arriba, viene del Cielo*, donde estaba desde la eternidad, antes de comparecer sobre la tierra, y no puede compararse con algun hombre. Segundo caracter : *La fuerza de su testimonio.*—El hombre ignora los misterios escondidos en el seno de Dios, y habla solo segun la capacidad de su espíritu, que aun ayudado de las luces de la fe, es siempre infinitamente limitado; pero aquel *que viene de arriba* tiene toda la plenitud de las luces divinas, que ha sacado del seno de

la divinidad, y goza de un conocimiento perfecto, é inmediato de todos los misterios del Cielo—. Ahora Jesucristo, continúa San Juan: *atestigua cosas, que ha visto, y ha oido;* esto es, que sabe con una ciencia cierta, y divina; y apoya su testimonio en obras milagrosas, que no pueden ser de otro, que de Dios. Con todo, *ninguno* (añade) *da fe á su testimonio;* la perversidad de los hombres es tan grande, que bien pocos se encuentran, que esten convencidos de su testimonio hasta hacer profesion de creer en él.... ¡O cuán diferente es el lenguage de la envidia del de el amor! Los Discípulos de Juan se lamentaban, que todo el mundo iba á Jesus; pero ¿quién ama á Jesus como San Juan, podrá contenerse de exclamar con el Santo Precursor, que ninguno sigue á Jesus, siendo tan pequeño el número de los que estan verdaderamente unidos á él? « El que ha recibido su testimonio, prosigue San Juan, este depone, que Dios es verdadero....» ¿Dudaremos nosotros acaso certificar esta verdad? Los Mártires la han sellado con su sangre: señalémosla nosotros á lo menos con nuestras buenas obras, con una viva fe, con una tierna devocion, con una caridad ardiente, y con un amor perfecto. —Tercer caracter: *Lo sublime de la doctrina.*» Porque el que ha sido enviado por Dios, habla palabras de Dios....» Su doctrina es tan superior á la de los hombres, cuanto es superior su origen, y á la tierra el Cielo. Él nos anuncia los secretos, y los atributos de la divinidad, como poseyéndolos en

propiedad : nos descubre las profundidades de Dios impenetrables é inaccesibles hasta nuestros tiempos, y nos vemos en necesidad de confesar, que es un Dios el que habla.—Cuarto caracter *La excelencia de los dones, que ha recibido*, supuesto que Dios no le da el espíritu con medida, y con reserva. *El Padre ama* de tal suerte á su *Hijo* Unigénito, que con el poder de santificar los hombres, de salvarlos, y de gobernarlos, le ha dado el de enseñarles los misterios del Reino de Dios. El Padre ama al Hijo, con un amor eterno, infinito, esencial, y necesario, comunica al Hijo, como Dios, toda la esencia de la divinidad, y lo produce igual á él : y á este Hijo, como hombre, subsistente en el Verbo, y haciendo con él una sola persona, ha comunicado el Espíritu Santo sin medida, y le ha dado toda la plenitud. « En sus manos ha puesto todas las cosas » y le ha concedido un poder sin límites. En el orden de la gracia, y en el de la naturaleza : un poder soberano sobre los corazones, y sobre los espíritus : sobre los cuerpos, y sobre las almas : sobre las sustancias corporales, y espirituales : en el tiempo, y en la eternidad.—¡Qué bella suerte conocer á Jesus, y ser uno del número de los que lo siguen! ¡Qué felicidad recibirlo, poseerlo, unirse á él, y servirlo con fidelidad! ¡Ah! ¡Cuánto es digno de nuestros respetos, de nuestras adoraciones, de nuestros servicios, de nuestra obediencia, y de nuestro amor!

Lo tercero. *Juan se explica sobre aquellos, que*

creen en Jesucristo y sobre los que no creen en él. — *El que cree en el Hijo*, enviado para instruir, y salvar los hombres, *tiene la vida eterna:* esto es, tiene ya en sí la semilla de la vida eterna: *pero el que niega la fe al Hijo* enviado del Padre, se priva de la felicidad prometida á los fieles, *no verá la vida*, y tira sobre sí la indignacion de Dios. Y así entre el que cree, y no cree se pueden considerar cuatro diferencias. Primera: *el mérito.* — El que cree da gloria á Dios, reconociendo su soberana veracidad, por la que es incapaz de engañarnos. El que al contrario, rehusa creer, hace injuria á Dios, como si Dios no hubiese hablado bastantemente claro; ó que pudiese engañarnos, en las cosas que revela, ó en las pruebas que nos da de las revelaciones. — Segunda diferencia: *El estado actual.* — El que cree, *tiene la vida eterna*, la vida de la gracia, que lo hace amigo de Dios, digno del Cielo, y que tiene en sí la prenda, la semilla, y el principio de la vida de la gloria. El que no cree está en la muerte, y en el pecado, que lo constituye enemigo de Dios, y el objeto de su indignacion, y de su cólera. — Tercera diferencia: *el estado futuro.* — En el otro mundo el que cree, gozará de la vida en el Cielo, con aquel en quien ha creido, y esta vida será la union de todos los placeres, y el colmo de la felicidad. El que no cree no tendrá parte alguna en esta vida: será excluido del Cielo: y este, que no podia en la presente vida privarse de un momento de placer terreno, será para siempre pri-

vado de la dulzura de los placeres celestiales, y sumergido en una muerte eterna, que será la union de todos los tormentos. — Cuarta diferencia : *la eternidad.* — Atendamos bien á aquel, que habla, y que nos envia su hijo; á aquel, que nos pide nuestra fe, nuestra obediencia, y nuestro amor. Pensemos, que es un Dios eterno, que promete eternidad, que amenaza eternidad, y que no tiene otros designios, que para la eternidad. Eternidad bienaventurada para el que cree; pero para el que no cree, eternidad infeliz donde será el objeto de la cólera eterna, que se afirmará, y agravará sobre él. Esta cólera, desde ahora está ya sobre él, y él no la siente; pero, si por su infelicidad muere en ella, se dejará sentir sobre él con suplicios horribles, y eternos.

Peticion y Coloquio.

¿Qué cosa no habeis hecho, y qué cosa no haceis aun ahora, o Dios mio, por salvarme, y por librarme de esta muerte eterna? Promesas, amenazas, bondad, amor, ternura, todo lo habeis puesto, y lo poneis aun en obra, para atraerme á vos. ¿Será posible, que todo esto no haga impresion alguna sobre mi corazon? ¡Ah! haced, que aquel espíritu vuestro, que he recibido en el bautismo, pero que he profanado, espire en mí de nuevo, y sobre mí; me libre de mi corrupcion; y me dé un corazon nuevo, y una nueva vida. — O santo bautismo, es-

tablecido por Jesucristo, y perpetuado hasta nosotros sin embargo de la distancia de los lugares, y del intervalo de tantos siglos; me alegro de haberos recibido. Si he tenido la desgracia de violar los empeños contraidos recibiéndoos, hoy los renuevo con todo el fervor de que soy capaz. Renuncio al demonio, y á sus obras: á la carne, y á sus concurrencias: al mundo, y á sus pompas. Quiero siempre creer, y unirme para siempre á vos solo, o Dios mio Salvador mio. Amen.

MEDITACION XL.

COLOQUIO DE JESUCRISTO CON LA SAMARITANA.
San Juan, c. IV, v. I, y XVIII.

El Sagrado Historiador nos hace conocer cuáles fueron los medios que usó la Providencia para conducir bien este coloquio : divide despues este coloquio en dos partes : en la primera la Samaritana reconoce á Jesucristo por un Profeta : en la segunda Jesus descubre á la Samaritana, que él es el Mesías.

PUNTO PRIMERO.

De los medios que uso la Providencia para conducir bien este coloquio.

Lo primero. *Jesus se vió obligado á dejar la Judea :* « Mas cuando Jesus supo que los Fariseos habian entendido que iba juntando mas Discípulos, y bautizaba mas que Juan (aunque Jesus no bautizase, sino sus Discípulos) dejó la Judea, y fué otra vez á la Galilea... »

Jesus entendió de los discursos de los hombres, los que sabia por el conocimiento que tenia del se-

creto de los corazones : esto es, que los Fariseos estaban informados de cuanto hacia. Persuadido, y cierto de que despues de haber insultado, y maltratado á su Discípulo Juan Bautista, no tardarian de emplear contra el Maestro una violencia mas declarada; viendo formarse ya la tempestad, y debiendo dar cumplimiento á la obra de su Padre, antes de padecer, tomó el partido de dejar la Judea, y volverse á la Galilea, acompañado solamente de los cuatro Discípulos, que habia escogido. Pedro, Andres, Jacobo, y Juan. — ¡Providencia de mi Dios! ¡Tus mismos enemigos contribuyen contra sus mismas intenciones al cumplimiento de tus designios! Los doctores de la capital obligan á su Salvador á salir de la Judea; y una pecadora va disponiéndose á empeñar una ciudad de Samaria á abrirle sus puertas; á suplicarle, que entre; y á recibirlo....

Lo segundo. *Jesus se halla obligado á pasar por Samaria... Debia por esto pasar por la Samaria.* — Jesus de intento se habia internado en la Judea, de manera, que debia necesariamente pasar por el pais de Samaria, á no ser, que hubiese hecho un grande rodeo, que las circunstancias de una próxima persecucion no le permitian.... De esta manera parecia, que Jesus huyese solo la persecucion de sus enemigos; pero el Señor corria por la conversion de una pecadora, y con ella á la de todo un pueblo.

Lo tercero. *Jesus se halló en la precision de sen-*

tarse cerca del pozo de Jacob. — « Vino, pues, Jesus á la ciudad de Samaria, llamada *Sicar*, cerca de la posesion, que dió Jacob á su hijo Joseph, y allí estaba la fuente de Jacob : y Jesus cansado del viage estaba así * sentado sobre la fuente : y era ya cerca de la hora sexta. »

Jesus habiendo caminado toda la mañana, y en una estacion calidísima, llegó cerca del mediodía, con sus cuatro Discípulos á las cercanías de una ciudad de la Samaria llamada Sicar, antiguamente Sichem : se halló tan fatigado del camino, que le fue preciso sentarse cerca del pozo, que no estaba lejos de la ciudad, y se llamaba la fuente de Jacob. — Vos os fatigais, o buen Pastor, corriendo tras la oveja perdida, y empleais el tiempo de vuestro reposo en ganarla, y en instruirla. ¡O fatiga de Jesus! ¡Y qué poderosa eres! ¡O reposo de Jesus! ¡Y cuán fecundo sois de gracia, y de misericordia!

Lo cuarto. *Los Discípulos de Jesucristo se hallaron necesitados á ir á la ciudad para comprar la provision de aquel dia, y le dejaron solo.* « Porque los Discípulos fueron á la ciudad á comprar que comer... » Los Discípulos viendo al Señor tan cansado, se fueron juntos á comprar que comer á la ciudad, para venir despues á comer con él. Esta soledad, en que lo dejaron, no era efecto del acaso. Jesus la habia dispuesto, y entraba sin duda en los designios de su sabiduría. A Dios se gusta en la

* Por esto, ó por esta causa, ó motivo.

soledad: y ninguno hay tan ocupado, que si quiere, no pueda encontrar algunos momentos para entretenerse con Jesus.

Lo quinto. *La Samaritana se halló con necesidad de ir á sacar agua.* « Vino una muger Samaritana á sacar agua.... » Ven muger dichosa : tu Salvador te espera : te parecerá al principio ver un acaso, y un encuentro fortuito, pero todo está en él dispuesto por la providencia, y misericordia divina : en pocos momentos verás en tí una mudanza grande : volverás á entrar en la ciudad bien diferente de aquella que saliste. ¡Ah! ¡si se volviese mi corazon tan docil como está para serlo el tuyo por las lecciones de nuestro comun Maestro!

PUNTO II.

La Samaritana reconoce á Jesucristo por un Profeta en la primera parte del coloquio.

Lo primero. *Jesus le pide de beber ; y ella le responde con una palabra de burla.* « Jesus le dice : dame de beber.... Y le dijo aquella muger Samaritana, ¿cómo siendo tú Judío me pides de beber á mí, que soy muger Samaritana? Porque no se comunican con los Samaritanos los Judíos.... » La sed que estimulaba á Jesucristo, no era tanto del calor del viage, ó de la fatiga, como de la conversion de esta muger.— Ay de mí! nosotros somos, sino ministros, á lo menos Discípulos de Jesu-

cristo; ¿dónde estan nuestros viages, nuestros sudores, y nuestras fatigas por la salud de nuestros hermanos? ¿Cuál es nuestra paciencia, y nuestra dulzura con ellos? ¿Quién de nosotros ha experimentado una sed semejante á la del hijo del hombre? — Luego que la Samaritana sacó el agua, Jesucristo quiso humillarse hasta pedírsela; para tomar de allí ocasion de hablarla, de instruirla, y convertirla. Ella no se la niega, pero reconociendo por su hábito, y por el lenguage, que era Judío, le dijo como motejándole: ¿cómo siendo tu Judío, y conociéndome á mí por una muger Samaritana, me pides de beber, cuando los Judios no tienen comunicacion con los Samaritanos*? Ella no sabia que estaba hablando con quien bien presto debia reunir el Samaritano con el Judío: y el Judío, y Samaritano con el Gentil: y formar de todos los pueblos de la tierra uno solo pueblo fiel: no sabia, que ella misma debia estar muy presto dentro de este pueblo escogido.

Lo segundo. *Jesucristo le prometió una agua viva, y ella le pregunta de dónde la ha de sacar.* — Jesus no responde á cuanto el discurso de la muger tiene

* Los Samaritanos aceptaban de la Sagrada Escritura solo los cinco libros de Moises: rehusaban ir á Jerusalen adorar á Dios en el templo; y mezclaban varias supersticiones en el culto, que daban al verdadero Dios. Los Judios los miraban como Paganos: y no les era permitido tener algun trato con ellos: é igualmente les era prohibido recibir de ellos cosa alguna, ni tampoco podian usar de su hábito, ni comer á una misma mesa, ni beber en un mismo vaso: pero la ley no se extendia á prohibirles el tráfico, y el comercio con ellos

de picante: la llama á pensamientos mas serios, estimulando poco á poco su curiosidad. «Respon- «dió Jesus, y le dijo: si supieras el don de Dios: «y quién es el que te dice, dame de beber: tu por «ventura, le hubieras pedido, y habria dado á tí «una agua viva...» ¡Ah! si lo conociésemos bien nosotros mismos, no le negariamos aquello poco, que nos pide, aquella pequeña violencia, aquella debil sujecion á nuestras obligaciones, aquello que desde el principio exige: y nos pondriamos sin duda en estado de recibir la abundancia, y plenitud de los dones celestiales, que nos prepara.

Las palabras de Jesucristo le hicieron á la Samaritana juzgar que era algo mas de lo que ella al principio habia creido: y de hecho, en adelante ya siempre le dió el título de Señor: y como deseaba saber quien fuese, y sospechaba algun misterio en sus palabras, le replicó en manera, de empeñarlo á explicar lo uno, y lo otro: «le dijo la «muger: Señor, tú no tienes con qué sacar agua, y el pozo está profundo; ¿cómo tienes esta agua viva? ¿Eres tú acaso mayor que Jacob nuestro Padre, que dió á nosotros el pozo y él mismo bebió de él, y sus hijos, y sus ganados....? » Las razones, y la dificultad, que aquí propone la Samaritana, representan al vivo los frívolos pretextos, que alegan los pecadores, y los obstáculos que se proponen á sí mismos, y oponen á los movimientos de la gracia, y á los remordimientos saludables de su conciencia.

Lo tercero. *Jesus le explica las cualidades del agua de que le habla, y ella le suplica, y pide que se la dé.* — Jesucristo dejó tambien pasar la comparacion que esta muger hacia de él con Jacob, no queriendo exacerbar una persona, que queria ganar, y le responde solo indirectamente explicándole la diferencia que habia entre el agua del pozo de Jacob, y la que él le prometia.— « Respondió Jesus, y le dijo: todo aquel que bebe de esta agua vuelve á tener sed: pero aquel que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá jamas sed: antes bien, el agua que yo le daré, se hará en él fuente de agua, que brotará hasta la vida eterna... » ¡O! ¡Y cuánta pena experimenta una alma carnal en comprender las cosas de Dios! No se puede imaginar que haya otros bienes fuera de aquellos, que lisonjean la naturaleza... Si la Samaritana no comprendió todo el sentimiento de estas palabras, no dejó de entrever en ellas un misterio de que ardientemente deseaba la explicacion. Fue bastante para el Señor hacerla desear de esta agua, y resolverla á pedirla: « díjole la muger: Señor, dame esta agua para que yo no tenga ya mas sed, ni necesidad de venir aquí á sacarla... » La Samaritana le pide al Salvador de esta agua viva; pero no conoce aun su verdadera virtud, y habla solo con miras las mas ordinarias, y groseras.— Nosotros, que conocemos mejor esta agua divina, que no es otra cosa que gracia del Espíritu Santo, deseémosla, pidámosla; no para librarnos de las necesidades de esta vida; sino

para purgarnos, y purificarnos de nuestros pecados: para apagar el ardor de nuestras pasiones: para librarnos de la sed de los placeres, y de los bienes de este mundo: para que nos impida volver otra vez á los lugares funestos á nuestra inocencia, y á aquellos objetos que nos manchan, que nos disipan, que nos hacen perder inútilmente el tiempo, que nos consumen las fuerzas, y que en vez de apagar, y calmar nuestra sed, no hacen otra cosa que irritarla.

Lo cuarto. *Jesucristo le dice que vaya, y llame á su marido: y ella le responde que no lo tiene.* — Esperaba la Samaritana con impaciencia el cumplimiento de las magníficas promesas que Jesus le habia hecho, cuando le dijo: « y es, y llama á tu marido, y vuelve acá.... » En un sentido ella tenia ciertamenta un marido: pero en otro no lo tenia; porque el que tenia no era legítimo. Esta muger, por satisfacer el deseo grande que tenia de recibir de esta agua viva, que le habia prometido el Salvador, le respondió con priesa: « y le dijo: no tengo marido....» Ella decia la verdad, sin quererla decir; y no pensaba aun en confesar su pecado, ni en reconocer su mala conducta. — Y ves aquí, como queriendo callar la verdad, la verdad misma se manifiesta: y muchas veces cuando nosotros procuramos sofocarla, y esconderla, nuestras mismas acciones, y nuestras palabras la revelan.

Lo quinto. *Jesus le habla de sus desórdenes, y ella lo reconoce por un Profeta*: « y Jesus le dijo:

has dicho bien, no tengo marido: porque has tenido cinco, y el que ahora tienes, no es marido tuyo; en esto has dicho la verdad.... » Una tal declaracion, que la Samaritana estaba bien lejos de esperar, la sorprendió en extremo; pero el agua viva, que habia pedido sin conocerla; esto es, la gracia, comenzaba ya á derramarse en ella, y á penetrarle el corazon; reconoció, que era una grande pecadora, y que el que le hablaba era un Profeta. Cesó de porfiar, y no respondió mas que estas palabras: « Señor veo, que tú eres un *Profeta*.... » ¡Ah! ¡Y qué Profeta! ¡Cuánto mas penetrantes son sus luces, tanto mas amable es su dulzura! De hecho, ó sea, que los cinco maridos, que habia tenido la Samaritana fuesen legítimos, ó que no lo fuesen, como el sexto, ella pasaba una vida desordenada. No obstante esto ¿Jesucristo la reprende, ó le representa con dureza la enormidad de sus culpas? No al contrario, toma ocasion de alabarla por haber dicho la verdad: hace un elogio de su sinceridad; y lo hace en dos diferentes ocasiones. ¡O bondad infinita! — Así tratais Vos al pecador, cuando se humilla, y confiesa sus pecados: parece que os olvidais de todos sus desórdenes, por solo ver, y oir la sinceridad de su confesion.

PUNTO III.

Jesus le descubre, que él es el Mesías, en la última parte del coloquio.

Lo primero. *Pregunta de la Samaritana sobre la religion de los Judíos, y de los Samaritanos.* — La pecadora de Sicar comprendió la mudanza que experimentaba en su corazon; y que se le habia concedido el agua, que habia pedido; y no le hizo ya sobre esto mas preguntas: pero le propuso una cuestion: Cuando un alma se convierte á Dios de sus malas costumbres, no vive ya tranquila en el partido del error.... Esta muger, que al principio del coloquio se burlaba del escrúpulo de los Judíos, comenzó á tenerlo sobre la religion de los Samaritanos.... ¿Y á quién podia ella recurrir mejor, y proponer sus dudas, que á aquel, que con tan justo título, se habia merecido su confianza, y obrado en ella tan grande mutacion? « Señor, le dijo la muger, veo que tú eres un Profeta.... » Y ya que tienes luces tan seguras, dignaos de iluminarme sobre el punto de religion; sobre la cuestion que nos tiene separados de los Judíos; y que mantiene una aversion escandalosa entre los siervas de un mismo Señor: instrúyeme, porque estoy resuelta á abrazar el bien perdido, y asegurar mi salud. « Nuestros padres han adorado (*á Dios en este monte*), y vosotros decís que el lugar, donde es necesario adorarlo, es en Jerusalen.... » ¿Sobre

qué fundais, y sosteneis que Jerusalen es la ciudad, ó que el templo fabricado sobre el monte de Sion, es solo el lugar que Dios ha escogido, y donde le agradan las víctimas que se le sacrifican? Por lo que toca á nosotros, tenemos por cierto que es sobre el monte de Garizin, que está aquí á vuestra presencia; y en el templo que está fabricado en su cumbre: tenemos por prueba el ejemplo de los Patriarcas, que son nuestros padres, y de quienes descendemos. De esta manera los Samaritanos persistian en su cisma, solo por hábito, y por prejuicio. De esta manera los Herejes, aun hoy se apoyan sobre el ejemplo de sus padres, que han fabricado, y frecuentan sus templos, pero si quisieran consultar su primer origen, hallarian á sus padres en las mismas Iglesias, asistentes como nosotros al mismo sacrificio. El cisma de los padres no sirve de escusa á los hijos, que continuándolo se hacen cómplices de sus padres. La Samaritana no tenia actualmente aquella obligacion; porque habiendo venido el Mesías, y su reino debia quitar la ocasion del cisma, con la destruccion del templo, y abolicion de la ley de los Judíos. Ya no se buscaba otra cosa que creer en Jesucristo, y entrar en su Iglesia.

Lo segundo. *Respuesta de Jesucristo.* — « Jesus le dijo: créeme, o muger, que ha llegado ya el tiempo en que ni en este monte, ni en Jerusalen, adorareis al Padre.... » Ahora no es tiempo de ocuparte en estas contiendas; bien presto cesará

enteramente el motivo de esta division entre los Judíos, y Samaritanos : no se pasará mucho sin que se acabe la cuestion de vuestro templo, y del de Jerusalen, en orden á adorar á Dios. No habrá ya sobre la tierra lugar fijo, para ofrecerle el culto que se le debe. Ello es cierto (ya que quieres saberlo) que los Judíos tienen la preferencia sobre vosotros, para hacer las ceremonias públicas de la religion en el lugar, que el Señor ha escogido, y que en esto obran conforme á la revelacion divina; porque « vosotros adorais lo que no conoceis : nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los Judíos.... » Vosotros adorais á Dios en vuestro templo, sin ser autorizados por alguna señal manifiesta de la voluntad de Dios, y no sabeis porque lo haceis. Nosotros al contrario conocemos la voluntad de Dios, y obramos segun sus divinos oráculos. Vosotros ni conoceis al Padre, ni al Hijo : porque no recibís los libros de los Profetas, que os harian conocer al uno, y al otro : y os enseñarian, que el Hijo de Dios, el Salvador del mundo debe nacer del pueblo de los Judíos. Es verdad, que el culto Judáico es, aun en sí mismo, un culto tosco, material, y figurativo, que anuncia al Salvador : « pero vendrá el tiempo, y es ahora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu, y en verdad ; porque tales son los adoradores, que busca el Padre.... » El tiempo viene en que ya no se sacrificarán víctimas legales; en que ninguno estará obligado á escoger ciertos tiempos, y

lugares; en que no se derramará sangre de cabras, ni de toros: las hostias carnales, que Dios mandó se le ofreciesen, eran solo una sombra de un culto mas perfecto, que ahora pide; de un culto verdadero, sincero, interno, y espiritual, que se deberá manifestar con el sacrificio del espíritu, y del corazon: « porque *Dios es espíritu*, y aquellos, que lo adoran, lo deben adorar en espíritu, y en verdad.... »

Nosotros vemos con nuestros ojos el cumplimiento de esta profecía. — Ya subsiste la Iglesia de Jesucristo por el espacio de diez y ocho siglos: los templos de Samaria, y de Jerusalen fueron destruidos, sin que la malicia de un Emperador* haya podido reedificar este, ni el furor de otros muchos destruir aquella. Nosotros vivimos en este feliz tiempo, en que al culto Judáico ha sucedido un culto perfecto; y á los sacrificios carnales de la ley, una hostia divina. ¿Y somos nosotros de los verdaderos adoradores, que busca el Padre Celestial? ¿Adoramos á Dios en espíritu, y en verdad? ¿A la preciosa víctima, que le ofrecemos, unimos el sacrificio sincero de nuestros espíritus, de nuestros corazones, de nuestra vida, y de todo lo que somos?

Lo tercero. *La Samaritana declara que ella espera al Mesías.* — Sabia, que era el tiempo en que se esperaba: no ignoraba la fama, que se habia espar-

* Juliano Apóstata.

cido, de que ya habia venido; y que se manifestaba en la Judea, y en la Galilea, por medio de estrepitosos milagros. En esta disposicion de espíritu ¿podia ella oir este último discurso de Jesucristo, y reflexionar á cuanto le habia dicho primero, sin tener sospechas vehementes, de que el que le hablaba era acaso el Mesías? ¿Ahora qué favor, qué honor no hubiera sido para ella, el haber apagado su sed; y haber tenido con él un particular coloquio; de haberle confesado sus pecados; y de haber probado los atractivos de su dulzura? Pero por otra parte, no se atrevia á lisongearse hasta aquel punto. ¿Por ventura el Mesías (diria dentro de sí) se habria entretenido con una pecadora como yo, y la habria tratado con tanta dulzura, y con tanta circunspeccion? Dividida, pues, entre la esperanza, y el temor; y no permitiéndola el respeto descubrirle su embarazo, tomó el expediente de mudar de discurso, para ser iluminada sobre un punto, que para ella era de suma importancia: « le dice la muger: sé que viene el Mesías, que quiere decir Cristo; cuando este venga, nos lo enseñará todo.... »

Lo cuarto. *Jesus descubre á la Samaritana, que él es el Mesías.*—¡Afortunada muger! Tu Salvador conoce, y sabe perfectamente cuanto tienes en el corazon: conoce el inocente artificio de que te sirves: pero porque ve que te lo ha sugerido la humildad, y el amor, quiere satisfacer á tus deseos; y apagar toda tu curiosidad. Está atenta: escucha

bien esta palabra, que forma la alegría del Cielo, y la esperanza de la tierra : palabra, que no ha salido aun de la divina boca, que va á pronunciarla : « le dice Jesus : yo soy, que hablo contigo.... » ¡O palabra deliciosa! — Jesus no cesa aun de endererzarla á nosotros : ¿pero nosotros estamos atentos á ella? ¡Ay de mí! en mil ocasiones nos habla; pero nosotros no queremos reconocer su voz : el mismo Señor es el que nos habla con aquellos remordimientos, que sentimos dentro de nosotros : con el disgusto del mundo, que experimentamos : con aquellos discursos, con aquella lectura, con aquella palabra, que penetra, y mueve nuestro corazon : por medio de aquel pobre, que implora nuestro socorro, de aquella enfermedad, de aquella afliccion, y de aquella desgracia, que nos humilla. Si nosotros fuéramos dóciles á esta voz divina, ¿de qué consuelo no se llenaria nuestro corazon?

Lo quinto. *Los Discípulos de Jesus llegaron, y se retira la Samaritana.* — Luego que esta muger oyó aquella palabra de Jesucristo : « yo soy, que hablo *contigo*.... » ¿Quién podrá decir los sentimientos de júbilo, de admiracion, de respeto, y de amor, que se levantaron en su corazon? Pero no tuvo tiempo de manifestarlos. Llegaron en el momento los Discípulos, y ella se retiró, ó por mejor decir, voló hacia la ciudad, para exhalar el fuego sagrado, de que ardia su corazon.

Peticion y coloquio.

Señor, vuestra victoria es completa; vuestra conquista es segura: de una pecadora, y de una infiel, habeis hecho una Apóstola: obrad de esta manera en mi alma pecadora: haced de ella una penitente, cristiana, y fervorosa. ¡O Jesus! Yo soy culpable á vuestros ojos de ciertos pecados, en un sentido mas enormes, que los de la Samaritana: porque he tenido mayores socorros, mayores gracias, y mayores luces que ella para evitarlos; pero si he tenido la desgracia de ofenderos, procuraré, á lo menos, con la sinceridad de mi confesion, merecer de Vos aquel elogio, y aquel perdon, que ella mereció, con deciros la verdad. Dadme como á ella, o Divino Salvador, de aquella agua viva, que purgue mi corazon de todo afecto terreno; que todos mis pensamientos se eleven al Cielo: y que la vida eterna, que Vos prometeis, sea el único término de todos mis deseos. Amen.

MEDITACION LXI.

LO QUE PRECEDE A LA CONVERSION DE LOS SAMARITANOS DE SICAR.

San Juan, c. IV, v. XXVII, XXXVIII.

Cuatro objetos deben fijar nuestra atencion en este lugar. Primero, la admiracion de los Apóstoles : segundo, el celo de la Samaritana: tercero, la caridad de Jesus : cuarto, la instruccion, que Jesus hace á sus Discípulos....

PUNTO PRIMERO.

La admiracion de los Apóstoles.

Lo primero. *Esta maravilla es de mucho honor para Jesus.* — « Y entonces llegaron sus Discípulos, y se maravillaban, que discurriese con una muger. »

Esta sorpresa de los Discípulos nos muestra, cuan lejos estuvo siempre Jesucristo de comunicar en particular con las mugeres.... Ella nos enseña, que los pastores son muy expuestos á la censura,

y al juicio de los hombres: que su conducta suministra al público la materia ordinaria de sus reflexiones, y que deben usar toda la diligencia posible para evitar aquellas frecuentes conversaciones, que son ordinariamente poco útiles, muchas veces escandalosas, y siempre peligrosas. La conducta de Jesucristo nos enseña tambien, que un celo sabio, é iluminado debe en este caso señalar los límites, fijando algunas reglas. Las conferencias, que se tendrán con las mugeres, serán ni demasiado frecuentes, ni demasiado largas, siempre que sean lo primero tan raras, que causen admiracion, y sorpresa: lo segundo en lugar tan público, y abierto, que no den sospecha alguna: y lo tercero sobre materias tan santas, que sus consecuencias puedan justificarlas.

Lo segundo. *Admiracion respetuosa hácia Jesus.*— « Pero ninguno le dijo: ¿qué buscas tú, ó qué hablas con ella?.... » Los Discípulos no se atrevieron á preguntarle sobre lo que habia dado motivo á su sorpresa.... Las ovejas no deben jamas juzgar de la conducta de los pastores, ni detenerse en las apariencias. Lo que parece que les suministra materia para discurrir, debe obligarlas antes á callar, porque es muy facil el dejarse sorprender de la admiracion. Aprendamos á deponer un tal espíritu de curiosidad, naturalmente opuesto á la piedad, y tan contrario á la simplicidad de la fe, como á la inocencia de la caridad: aquel hábito de hablar, y de decir mal, que se observa en las personas de pie-

dad igualmente, que en las mundanas; y aquella malignidad tan comun en nuestros dias, dispuesta siempre á juzgar mal de todo, y á interpretarlo todo en la peor parte.

PUNTO II.

El celo de la Samaritana.

« Pero la muger dejó su cántaro, y se fué á la ciudad, y dijo á aquellos hombres: venid, y vereis un hombre, que me ha dicho todo lo que yo he hecho: ¿es él acaso el Cristo?.... » ¡Qué ardor; qué humildad; qué prudencia, qué eficacia en el celo de la Samaritana!

Lo primero. *Celo ardiente*, que le hace olvidarse de ir á comer, por publicar en toda la ciudad el feliz encuentro, que habia tenido. — El celo de la fe, el amor de la verdad, el deseo, la alegría, la sorpresa, y el reconocimiento la animan, la mueven, y la trasportan.... Corre, y está solo atenta á seguir los movimientos de la gracia, y el ardor de aquella caridad pura, que Jesucristo ha encendido en su corazon. Todo es vivo, y todo es animado en las almas, que tienen la dicha de acercarse á Dios, y de escuchar con humildad las palabras interiores, que su espíritu hace sentir en sus corazones.

Lo segundo. *Celo humilde.* — La Samaritana no usa de un tono doctrinal. Sus palabras nada tienen, que pueda dar sospecha, engañar, ni prevenir. No

alega por autoridad los sublimes conocimientos, que se le han communicado, ni los profundos secretos, que se le han revelado: habla solamente de la manifestacion que se le ha hecho de sus propias acciones, y de sus culpas. El pudor, y la vergüenza, sentimientos, que tienen tanta fuerza, é imperio sobre los pecadores; el orgullo, el temor, y la estima de los hombres, de que estan dominadas las almas mundanas; todos estos motivos son despreciados, y sacrificadas todas las mas vivas pasiones. Todo cede á la grandeza de su fe, y de su celo. — El ejemplo de la Samaritana sirve de terrible juicio contra la prudencia de la carne, y contra el vil temor, de aquellos pecadores, que viven en el desorden, y temen verse descubiertos, que han perdido el temor de Dios, y no pueden perder el funesto temor del mundo.

Lo tercero. *Celo prudente.* — Ella no dice, que aquel hombre es el Mesías, y que lo ha asegurado él mismo; se contenta con referir la circunstancia mas sorprendente del coloquio, que ha tenido con él; y con animar aquellos, con quienes habla, á que vayan á ver, y juzgar por sí mismos, si él es verdaderamente el Mesías. — Cuanto mas ridícula se hace una muger, cuando pretende dogmatizar sobre la religion, por mas habil, que se suponga, tanto mas honor se adquiere, y puede hacer del bien, cuando para mantener la fe, é inspirar la piedad, emplea los atractivos de una dulce é ingeniosa insinuacion.

Lo cuarto. *Celo eficaz.* — « Salieron, pues, de la ciudad, y fueron á él....» A esta voz de la Samaritana: *venid á ver* un hombre, que me ha dicho, cuanto yo he *hecho*, toda la ciudad se conmovió, y un gran número de habitadores se dispuso á ir á ver. — ¿Y por qué no se rinden á este convite nuestros incrédulos? ¡Ah! rindámonos á lo menos nosotros: vamos, y veamos, esto es, contemplemos á Jesucristo, sus acciones, y sus palabras, y veamos cuan digno es de nuestro amor, de nuestro respeto, y de nuestra confianza.

PUNTO III.

La caridad de Jesus.

Lo primero. *La caridad le impide tomar el alimento.* — « Y en aquel tiempo le rogaban los Discípulos, y le decian: Maestro come....» Mientras la Samaritana seguia el ardor de su celo, y llamaba los habitantes de Sicar, los Discípulos de Jesucristo le pusieron delante lo que habian traido de la ciudad, y viendo, que no comia, lo exhortaban á que tomase algun alimento. He aquí lo que ocupaba los Discípulos; y he aquí lo que ocupaba á Jesucristo. A pesar de la fatiga del viage, del calor del dia, de la hora ya avanzada, y del cansancio de este Divino Salvador, á otra cosa no atendia, que á la obra de Dios, que habia comenzado, que la Samaritana continúa, y que él quiere

perfeccionar. —O Jesus, vuestra ardiente caridad, y el cuidado de nuestra salud, os hacen olvidar vuestras propias necesidades, mientras nosotros, por necesidades imaginarias, y por vanos entretenimientos, olvidamos nuestra salud, y la de nuestros hermanos. Felices los Pastores, y los hombres Apostólicos, que á vuestro ejemplo, olvidan el cuidado de sus cuerpos, por trabajar en la salud de las almas. Felices los fieles, que á ejemplo de vuestros Discípulos dan á los pastores los socorros, y las ayudas, que les son necesarias.

Lo segundo. *La caridad alimenta á Jesucristo de un alimento desconocido.* —Solicitándolo los Discípulos á que comiese, les respondió: «yo tengo un manjar para alimentarme, que vosotros no sabeis....» El salvador se servia de todas las ocasiones para instruir, y para edificar.... El agua, que le habia pedido la Samaritana, lo habia conducido á hablarle del agua de la gracia, que brota hasta la vida eterna, y el alimento, que le presentaron sus Discípulos, le sirvió de materia para una instruccion apostólica.—El alimento, de Jesucristo es nuestra santificacion. Del mismo modo nosotros le presentamos un alimento celestial, cuando somos dóciles á los impulsos de la gracia, y se lo rehusamos cada vez, que indóciles á ella, seguimos nuestras pasiones.... Acordémonos de esta palabra de Jesucristo: «Yo tengo un manjar de que me alimento, que vosotros no sabeis....» cuando ciertos amigos demasiadamente caritativos, nos ex-

hortan á mitigar, y aflojar en alguna de nuestras prácticas de piedad, de mortificacion, y de celo: y acordémonos sobre todo, cuando el demonio, la carne, y el mundo, nos ofrecen aquellos manjares envenenados, que dan la muerte al alma, lisongeando los sentidos, y las pasiones. Respondamos con Jesucristo, yo tengo un manjar para alimentarme, que vosotros no sabeis, y que tiene para mí unas delicias, que me hacen desabridas, y fastidiosas las que vosotros me presentais.

Lo tercero. *La caridad empeña á Jesucristo á hacer una instruccion á sus Apóstoles.* Los Discípulos por esto se decian el uno al otro: ¿habrá venido alguno, que le haya traido de comer?....» La Samaritana no comprendió al principio el misterio del agua celestial, de que le hablaba el Hijo de Dios: pero no estan mas iluminados los Discípulos sobre la naturaleza, y sobre las circunstancias, y calidades del alimento divino de que les hablaba Jesucristo. Jamas habian sentido otra hambre, que la corporal. No conocian la hambre de la verdad, y la sed ardiente de la justicia. Por esto, no entendiendo, porque Jesucristo difiriese el tomar alimento, se imaginaron, que en su ausencia, alguno le hubiese traido de comer. El hombre es siempre esclavo de los sentidos, si el espíritu de Dios no lo eleva, y le enseña á pensar dignamente de él: y esto es lo que empeñó al Divino Salvador á instruir sus Discípulos sobre las obligaciones del Apostolado. ¡O caridad inmensa é incansable! de

esta manera, o Jesus, prefiriendo las necesidades del prójimo á las vuestras propias, mostrándoos mas solícito de la salud de los Samaritanos, que de la hambre, y de la sed, que os estimulaban: enseñásteis, no solo á los pastores, sino tambien á los fieles, á no dejar las obras de caridad, de piedad, y de misericordia, que les presenta la providencia; y á no preferir las necesidades de la vida, y del cuerpo, á los socorros, que se deben dar á los pecadores, y que pueden llevar sus almas á la vida de la gracia. Hay siempre tiempo para alimentar el cuerpo; pero no siempre se ofrecen las ocasiones favorables, para salvar al prójimo.

PUNTO IV.

La instruccion, que Jesucristo hace á sus Discípulos sobre las obligaciones del Apostolado.

Lo primero. *Jesucristo les explica cuál es el alimento de que ha hablado.* « Les dijo Jesus: mi comida es hacer la voluntad de aquel, que me ha enviado, y de cumplir su obra ....» Como si les hubiese dicho: no os sorprenda, sino atiendo á las necesidades de mi cuerpo: la gracia, que mi Padre ha hecho á esta Samaritana: y el estado feliz, en que la veo, me arrebatan, y me sostienen. ¿No es por ventura una cosa correspondiente al buen orden, que el cuerpo ceda al espíritu? ¿La salvacion de un alma no se debe preferir al pan material?

Si esta preferencia es debida á una alma sola, ¿con cuánta mayor razon lo será á la salvacion de toda una nacion? Veis aquí lo que Dios quiere que yo haga: haré su voluntad, cumpliendo la obra de caridad, que he comenzado: y veis aquí mi comida. — Cuando nosotros trabajamos por la salud del prójimo: cuando cumplimos las obligaciones de nuestro ministerio: cuando en el cumplirlas tenemos que padecer, y que sufrir, consideremos, que cumplimos la voluntad de Dios. Obremos, pues, con ardor, y con alegría; y gustemos la paz, y la consolacion, que se hallan en hacer sobre la tierra lo que Dios pretende de nosotros.... Pensemos, que es obra del Señor, y apliquémonos á darle toda su perfeccion.... Comencémosla, y acabémosla con una entera pureza de intencion, sin que nos quite la mas mínima parte, ó algun respeto humano, ó nuestro amor propio. Haciéndolo así, hallaremos en el cumplimiento de la voluntad divina un manjar delicioso, que fortificará nuestra alma, la hará crecer en virtud, y la conducirá á la perfeccion.

Lo segundo. *Jesus explica á sus Discípulos un proverbio, que no conviene al Apostolado.* — « ¿ No decís vosotros, hay aun cuatro meses, y despues viene la siega? Veis aquí, que yo os digo, alzad los ojos, y mirad los campos, que ya blanquean por la mies... » Se decia por proverbio: hay cuatro meses desde el trabajo de la simienta hasta el de segar la mies... Queria decirles con esto, que no estaban siempre obligados á trabajar; sino que hay un

tiempo de reposo, y otro para el trabajo: los Apóstoles habrian podido creer, que ellos estaban solo en el tiempo de los trabajos de sembrar, habiendo de suceder despues el del reposo: pero nuestro Señor les declara, que estan en el tiempo propio de los trabajos de segar, y de recoger la mies; y que era necesario comenzarlos luego sin demora, y continuarlos sin interrupcion; y los anima alegándoles dos motivos: el primero, la necesidad en que estan los pueblos, y su disposicion. — Alzad los ojos, les dice: mostrándoles los habitadores de Sichar, que corrian en tropas, mirad los campos ya rubios, que esperan la hoz del segador. Las ciudades, las villas, y los lugares estan dispuestos á recibiros. Ya ha llegado el tiempo en que les lleveis la luz del Evangelio. — Alcemos los ojos, y veamos lejos de nosotros naciones enteras, que piden ser instruidas para recibir la fe. Felices aquellos, que Dios les envia, roguemos por ellos; supliquemos al Señor que aumente el número. Veamos al rededor de nosotros, cuántos ignorantes, que suspiran por ser instruidos, y cuántos pecadores, á quienes bastaria algunas veces una sola palabra, para hacerles entrar de nuevo en sí mismos, y convertirlos. Obremos en su provecho, hablemos, y roguemos por ellos. — Segundo motivo, la recompensa del trabajo.— « Y aquel, que siega, recibe la merced, y junta fruta para la vida eterna: para que al mismo tiempo goce el que siembra, y el que siega... » Esta recompensa es la vida eterna, y la dulce satis-

faccion de ver en la posesion de ella á aquellos, para quienes aquí en la tierra hemos sido instrumentos de salud.— ¡Qué alegría, qué amor reinará entre las almas bienaventuradas de los predestinados; entre aquellos, que se han salvado, por ministerio de los otros; aquellos, que en cualquier manera habrán contribuido á la salvacion del prójimo; y aquellos, que en diferentes tiempos, y con diversas ocupaciones, habrán concurrido á formar aquella Iglesia triunfante!... ¿Y tendremos nosotros corazon, despues de esto para mirar tanto por nuestras comodidades, y por nuestros intereses; sin aprovecharnos con ardor de todas las ocasiones, que se ofreciesen, de trabajar por la salvacion de las almas? Y al contrario, ¿cuál será el odio, la rabia, y el furor, de que estarán animados los réprobos, contra aquellos, que con sus ejemplos, con sus discursos, y con sus escritos, habrán concurrido á su reprobacion? ¡Ah! este pensamiento deberia hacer dejar la pluma á aquellos impíos, y sacrílegos Autores, que emplean su talento en destruir la fe, y corromper las costumbres.

Lo tercero. *Jesus explica á sus Discípulos otro proverbio, que se debe aplicar al Apotolado.*— « Porque en esto se verifica aquel proverbio, uno es el que siembra, y otro es el que siega... » Primero. Este proverbio se verifica en el sentido propio, y natural, y nos advierte dos cosas: la primera, que no se necesita hacer un gran capital de la propia vida. Muchas veces unos se aprovechan del trabajo

de los otros; comienzan unos una obra, y cogiéndolos repentinamente la muerte, la acaba otro: nosotros trabajamos, y sembramos, y no permitiéndonos la muerte el gozar los frutos, otro siega, y los recoge. La segunda, que no hemos de trabajar para nosotros solos. — Los que nos han precedido han trabajado para nosotros: debemos dar gracias á Dios, y rogar por ellos: pero es obligacion nuestra trabajar tambien para los que nos seguirán.

Segundo. Este proverbio se verifica aplicándolo á las funciones de los Apóstoles... « Yo os he enviado á recoger lo que vosotros no habeis trabajado; otros han trabajado, y vosotros habeis entrado en su trabajo... » Los Patriarcas, y los Profetas, y los Santos Doctores de la ley habian sembrado: esto es, dispuesto de largo tiempo los espíritus á recibir el Mesías. Cuando los Apóstoles lo anunciaban, y daban su bautismo, segaban el campo sembrado por otros.

Tercero. Este proverbio se verifica aplicándolo á las funciones apostólicas de nuestro tiempo. Los Apóstoles, y sus sucesores trabajaron el terreno inculto de las naciones, y lo sembraron; sus trabajos fueron regados con su sangre, y con la de los mártires; de esta manera ha llegado hasta nosotros la fe. — Es tambien verdad respecto á los particulares, que uno siembra, y otro coge: uno instruye, otro hace nacer los buenos pensamientos, y otro acaba de convertir. Uno dirige en el camino de una vida santa, otro recoge los últimos suspiros

de una muerte preciosa. De este modo la predicacion evangélica forma como dos cadenas, que parten de Jesucristo; de las cuales la una sube hasta el principio del mundo, y la otra baja hasta nosotros, y se extenderá hasta la consumacion de los siglos, hasta el tiempo de la siega última, que será el dia del juicio final.

Peticion y Coloquio.

¡O Dios mio, cuán admirables son vuestras obras! Bienaventurados los que habrán caminado en los caminos de vuestra misericordia, y trabajado para cumplir vuestros designios. O Jesus, si Vos os olvidais del mantenimiento de vuestro cuerpo, por alimentaros de la voluntad de vuestro Padre, que es mi santificacion; ¿cuánto debo yo emplearme en ella? me resuelvo, o Jesus mio: estad conmigo para fortificarme, y bendecid mis esfuerzos. Amen.

MEDITACION LXII.

CONVERSION DE LOS SAMARITANOS DE SICAR.
San Juan. c. IV. v. XXIX, XLV.

Consideremos con el Sagrado Historiador lo primero la docilidad de esta gente : lo segundo su perfeccion : y lo tercero la eminencia de su fe.

PUNTO PRIMERO.

Docilidad de su fe.

Tres cualidades admirables de la fe de los Samaritanos se deben considerar desde el principio de su conversion.

La primera, *Fe pronta.* — « De los Samaritanos de aquella ciudad muchos creyeron en él por las palabras de aquella muger, que aseguraba; él me ha dicho todo lo que yo he hecho... » Los Samaritanos de Sicar estaban persuadidos á que ya estaba cerca el Mesías : para creer en él, solo les bastaba el testimonio de la Samaritana. — Este testimonio no era sospechoso: ella no podia engañarse sobre lo que habia oido al Señor, que le reveló hasta las cosas mas secretas de su vida : por

otro lado no tenia intencion, ni voluntad de engañar á sus conciudadanos; ni para esto tenia interes alguno: y todos la conocian, que era de un caracter incapaz de pensar en esto. — Todos aquellos, que buscan cándidamente la verdad, y sin algun designio de impugnarla, presto quedan persuadidos, y convencidos.

La segunda, *Fe operativa*. « Y viniendo á él los Samaritanos, le suplicaron, que se detuviese en aquel lugar; y se detuvo allí dos dias..... Muchos salieron de la ciudad, y vinieron con la Samaritana á encontrar á Jesus para suplicarle que entrara, y se detuviera en ella algun tiempo. Condescendió el Señor con sus deseos: fué con ellos, y se detuvo allí dos dias... ¡O! ¡y cuán caritativo es Jesucristo! Va con gusto; se detiene dos dias, y conversa de buena gana con aquellos, que lo llaman con espíritu de verdadera fe, y de amor. ¿Quién podrá jamas explicar cuál fue el júbilo de estos nuevos prosélitos? ¿Con qué diligencia vinieron á recibirlo los de la ciudad? ¿Y tu celante Samaritana, con qué sentimientos ves el éxito feliz de tu Apostolado? ¿Con qué satisfaccion viste á tu Maestro divino recibido, como en triunfo, por tus conciudadanos? ¿Con qué ardor lo seguiste por todos los lugares por donde andaba?

La tercera, *Fe atenta*. — « Y muchos mas creyeron en él, en virtud de su palabra. » Muchos se apresuraron para oir á Jesus. Y o ¡con qué gusto se puso el Señor á instruir unos corazones tan bien

dispuestos! De hecho, creció el número de los que creyeron en él... Entonces comprendieron sin duda los Apóstoles de qué comida, y de qué siega les habia hablado Jesus *. — ¡Ah! ¡y cuán al contrario van las cosas entre nosotros! Cada dia se disminuye el número de los creyentes; y se debilita la Fe, porque no se escucha á Jesucristo: y porque en lugar de leer libros de piedad, y de meditar el Evangelio, se leen, y se oyen cosas que lisonjean las pasiones, y encienden una vana, y peligrosa curiosidad.

PUNTO II.

Perfeccion de su fe.

Lo primero. *Su fe es perfecta en el motivo.* — Creen sobre la palabra de Jesucristo: los habitadores de Sicar sentian, y conocian el precio de la verdadera fe, y se alegraban de haberla recibido. La Samaritana queria participar, y gozar de cuanto sucedia: y así se hallaba siempre en compañía de los mas fervorosos... « Y le decian á la muger, nosotros no creemos ya por respeto á tus palabras, nosotros mismos lo hemos oido. »

Aquí se ve cómo las instrucciones de Jesucristo despreciadas en Jerusalen, son respetadas en Samaria... El Samaritano abre los ojos al primer rayo

* Véase la Meditacion antecedente páginas 119, 121, 122.

de la luz divina; cree en Jesucristo al oir sus discursos, y el Judío no cree en él, aun cuando le ve hacer milagros: así se ve muchas veces vacilar en la fe un Cristiano en medio de las luces mas vivas; mientras que el bárbaro, á la voz sola de un Misionero, de un varon Apostólico, cree, y vive segun su fe.

La Samaritana no respondió á las palabras de sus conciudadanos: y bien lejos de ofenderse de lo que le dijeron, queda satisfecha de que solo se atienda á Jesucristo, aunque no hagan caso de sus palabras... Tal es el caracter del verdadero celo siempre lleno de amor, y de desinteres. Por grande que haya sido la humildad de esta muger, siempre será verdad, que si ella no hubiera creido primero, no habria anunciado á sus conciudadanos el Mesías: y estos acaso no hubieran sido iluminados con la luz del Evangelio. ¡Admirable concatenacion de gracias! La salvacion, y la perfeccion de muchos, frecuentemente depende de la conversion de uno solo. — La primera gracia recibida con fidelidad, ó rechazada con obstinacion, es por lo comun el principio, ó de una perfecta santidad, ó de una terrible reprobacion.

Lo segundo. *La fe de los habitadores de Sicar es perfecta en su objeto.* — « Nosotros mismos lo hemos oido; y hemos conocido, que este es verdaderamente el Salvador del mundo... » ¡O! ¡y cuántas verdades se ven unidas en estas palabras! Comprenden todo lo que forma el objeto de nuestra fe:

porque si Jesucristo es el Salvador del mundo, es necesario creer todo aquello, que nos ha revelado, y que la Iglesia nos enseña. — ¡Afortunados Sicaritas! Vosotros sois los primeros, que habeis pronunciado sobre la tierra este nombre divino *de Salvador*, despues de haberle anunciado el Angel á los Pastores de Betlen: vosotros experimentais, y probais, que él verdaderamente es Salvador, no solo de los Judíos, sino tambien vuestro, y de todos los hombres del mundo.

Lo tercero. *La fe de los Samaritanos es perfecta en su duracion.* — « Pasados, pues, los dos dias se partió de allí, y se fué á la Galilea.... » Despues de haberse detenido dos dias en Sicar, partió Jesus; pero no se desvanecieron despues de su partida los frutos de su predicacion. Separándose Jesus de los Sicaritas, les dejó su espíritu, su gracia, y su amor. ¿Quién podrá jamas decir, con qué sentimientos, con qué protextas de fidelidad, con qué acciones de gracias, acompañaron estos fervorosos neófitos el último *á Dios*, que dieron á Jesus? ¿Podrian ellos jamas olvidar el favor, que les habia hecho, las instrucciones, que les habia dado, y las gracias de que los habia colmado?

PUNTO III.

Eminencia de la fe de los Samaritanos.

Lo primero. *Fe eminente que condena la infidelidad de Nazareth, y la rebeldía, y dureza de Jerusalen.* — La primera de estas ciudades habia oido á Jesus : la segunda habia visto sus milagros. La primera era reputada patria de Jesus, porque en ella se habia criado : la segunda, lo era efectivamente, porque era la capital de la Judea, donde habia nacido. Pero viendo que ni la una ni la otra correspondian á sus fatigas, quiso de nuevo tomar la determinacion, que ya habia seguido despues de su bautismo. Se fué hácia la Galilea, donde los pueblos estaban bien dispuestos á recibirlo, y á oirlo. Le alejó de Jerusalen, y no fué á Nazareth « porque el mismo Jesus habia afirmado, que no se concilia respeto un Profeta en su patria... »

Lo segundo. *Fe de los habitadores de Sicar eminente, y muy superior á la fe de los Galileos.*— « Luego que llegó á la Galilea, fue bien recibido de los Galileos, que habian visto todo lo que habia hecho en Jerusalen en el dia de la fiesta : porque ellos tambien habian ido á la fiesta »....

No fue cdenta de toxo motivo humano la fe con que los Galileos recibieron á Jesus. Lo miraban ellos como de su misma patria; y juzgaban, que la gloria de sus milagros debiese recaer sobre ellos

mismos, y hacerlos superiores á los Judíos, que estaban acostumbrados á despreciarlos. Los Sicaritas al contrario, bien que extrangeros respecto de Jesucristo, habian creido en él con una fe perfecta, solo por haberlo oido, y sin haber visto algun maravilloso efecto, á lo menos exterior, de su divina potencia.

Lo tercero. *Fe de los Sicaritas eminente, y que condena la debilidad, y la imperfeccion de la nuestra.*— ¡Ay de mí! Nosotros tenemos la palabra de Jesus, conocemos sus prodigios, y vemos el cumplimiento de sus oráculos, y con todo eso, si defendemos la causa de Jesucristo, ó de su Religion, y si nos decimos cristianos, muchas veces lo hacemos estimulados de nuestra propia gloria, y por no deshonrarnos?

Peticion, y Coloquio.

Afortunados habitadores de Sicar, vuestra fe será el modelo de la mia. ¡O Jesus! estos fieles Samaritanos os reconocieron por su Salvador, y no solo suyo; sino tambien de todo el mundo entero: yo os reconozco por el mio en particular; y no quiero ya otra ciencia, otra felicidad, ni otra consolacion, que serviros, y adoraros en el tiempo para poderos glorificar en la eternidad. Amen.

MEDITACION LXIII.

JESUS ESTANDO EN CANA SANO EL HIJO DE UN SEÑOR, ENFERMO EN CAFARNAUN.

San Juan, c. IV. v. XLIV, LIV.

Admiremos lo primero la solicitud, y cuidado de este padre : lo segundo su fe : lo tercero los beneficios que recibió de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

La solicitud de este padre.

Lo primero. *Observemos su atencion en informarse dónde está Jesucristo*, y *qué camino lleva*.... « Fué, pues, (Jesus) de nuevo á Caná de Galilea, donde habia convertido el agua en vino, y habia un cierto Régulo * en Cafarnaun el cual tenia un hijo en-

* San Gerónimo lo llama *Palatino*, esto es, cortesano del Rey Herodes Antipa, llamado Rey de los Galileos por adulacion. Muchos Intérpretes son de opinion, que Herodes Tetrarca habia dado á este Señor, segun las apariencias Gentil, el Gobierno perpetuo de la Galilea con su territorio ; y por eso se llama Régulo, ó pequeño Rey....

fermo : y habiendo oido decir que Jesus habia venido de la Judea á la Galilea, se fué á él.... »

Este Señor tenia un hijo, objeto de sus ternuras, enfermo en Cafarnaun. El mal era tan violento, que ya no se esperaba remedio sin un milagro. Jesus en esta ciudad habia hecho un gran número : pero entonces estaba ausente : ¡triste situacion para un padre afligido, y en punto de perder lo que mas amaba en este mundo! Pregunta, se informa dónde está Jesus, está atento á todo lo que de él se dice, y finalmente le dan la noticia de que habia partido de la Judea; y que pasando por Samaria, iba á la Galilea.— Si tuviéramos por la salvacion de nuestra alma este mismo cuidado, y esta misma diligencia, que tuvo este padre por la sanidad de su hijo, á su tiempo nos informariamos de cuanto puede contribuir á nuestra perfeccion, y santificacion, y no tendriamos por tan difíciles aquellos medios, que son á propósito para encontrar á Jesus, y en él nuestro socorro, y el alivio de nuestros males.

Lo segundo. *Consideremos el viage que emprende este afligido padre.*— Con el temor de que Jesus llegue tarde á Cafarnaun, se determina á irle al encuentro para suplicarle que apresurase su camino. Para esto no se fia de alguno, deja su hijo por ir á buscarle el socorro; parte sin que puedan detenerlo, ni lo largo del camino, ni la fatiga del viage.— No es esta nuestra conducta, cuando se trata de nuestra salvacion. Cada cosa, por pequeña

que sea, nos espanta, y nos dejamos vencer aun de la mas mínima dificultad.

Lo tercero. *Veamos cuál es la humildad de su súplica.*— « Y le rogaba que fuese á sanar á su hijo que estaba moribundo.....»

Encontró á Jesus en Caná, corrió á contarle el motivo de su afliccion, y solicitó su corazon con confianza, y con humildad.... Si esta oracion fue defectuosa por ciertos respetos; fue no obstante, respetuosa, y fervorosa.— ¡Ah! tengan sobre todo las nuestras estas dos cualidades.

Lo cuarto. *Admiremos la perseverancia de este estrangero.* — Su fe imperfecta tenia necesidad de instruccion : Jesus lo instruyó, y dispuesto á concederle lo que pedia, no quiso manifestarle su voluntad; antes lo reprendió diciéndole; « vosotros si no veis milagros, y prodigios, no creeis.... »

Debemos reflexionar, que Jesucristo antes de obrar en lo externo los prodigios, tuvo siempre en mira el cambiamiento del corazon; por lo cual dijo tambien á este Régulo : vosotros hombres honrados en el mundo por vuestro nacimiento, ó por vuestras dignidades, no recurrís á mí sino impelidos de vuestras necesidades personales : si no concedo milagros á vuestra curiosidad, ninguna otra cosa es capaz de persuadiros, que soy el Mesías; y pretendeis señales extraordinarias, que os distingan en presencia de los hombres, ó que se os concedan prodigios segun vuestras necesidades. Si quedais satisfechos, creeis : de otra manera, ni siquiera

pensais en instruiros.— ¡Ay de mí! ¿No es por ventura esta nuestra conducta? ¿No son las aflicciones temporales, las que nos hacen recurrir á Dios? ¿No hace mas impresion en nosotros una desgracia, ó un accidente, que nuestros espirituales desórdenes, y el peligro de perdernos eternamente?

Humilló Jesus con esta reprension el orgullo del Régulo; pero no dejó de encenderle sus deseos, de animar su esperanza, y de ejercitar su fe; y tanto mas la ejercitaba, cuanto que diciendo estas palabras, no daba señales de disponerse á partir: contaba todos los momentos este desconsolado padre, y siempre temia, que viniese ya tarde el remedio. No obstante esto, bien lejos de disgustarse, se humilla, y renueva sus instancias. « Respondióle el Régulo: ven Señor antes que mi hijo se muera, mi hijo está ya á los extremos; daos priesa antes que se muera.... » Afortunado padre, tu perseverancia será coronada mas aun de lo que tú esperas.... *Ves, tu hijo vive.* De hecho en el momento mismo, Jesus lo sanó en Cafarnaun. — Aprendamos una vez á conocer el Señor á quien servimos. Si nos reprende, si parece que nos desecha, si dilata el oirnos, es siempre su amor el que le hace obrar, y siempre para provecho nuestro. Pidámosle con resignacion los bienes temporales, el éxito de nuestros negocios, la sanidad del cuerpo, y cuando por nuestro bien nos los niegue, inclinemos humildemente la cabeza á su santísima voluntad. Pero los bienes espirituales, pidámoslo-

con instancia, y con perseverancia, que él nos dará siempre mas de lo que le pidamos.

PUNTO II.

La fe de este padre.

Consideremos lo primero. *El principio é imperfeccion de su fe.* — Este Señor, segun las apariencias, Gentil, y descendiente de los antiguos tiranos establecidos en la Galilea, habia concebido, por lo que se le habia dicho en Cafarnaun, una idea imperfectísima de Jesus. Creia, es verdad, que podia sanar á su hijo; pero pensaba que no pudiese hacerlo, sin verlo, tocarlo, y hablarle.... No sabia, que podia obrar sus milagros igualmente desde lejos, que desde cerca: que no era necesaria su presencia, y que bastaba un solo acto de su voluntad. Estaba muy lejos de creer, que Jesucristo fuese el Hijo de Dios, Criador, y Señor del Universo. — ¿Es esta la idea que nosotros tenemos de Jesucristo? ¿La tenemos como nos la representa, y como nos la pide la fe?

Lo segundo. *El progreso de su fe.* — La reprension, que Jesucristo le dió, hizo impresion en su corazon; y cuando lo oyó pronunciar con tono de autoridad: *ves, tu hijo vive*, creyó á su palabra, y se fué: creyó este milagro sin verlo, y dió á conocer, que no era del número de aquellos de

quienes habia dicho el Salvador, que no creen sino ven. — ¿No es por ventura tal nuestro juicio? ¿No se oye aun algunas veces entre nosotros : *quisiera ver un milagro?* Palabra de infidelidad capaz de irritar al Señor : señal de una fe lánguida, y acaso enteramente muerta. Aprendamos de este grande á creer, sin haber visto : en esto consiste el mérito de la fe : y en esta debemos colocar nuestra fidelidad, y nuestra confianza.

Lo tercero. *La perfeccion de su fe.* — Consolado con la firme persuasion, de que su hijo estaba sano, luego al punto se partió... Continuó el dia siguiente su viage, revolviendo sin duda en su pensamiento, lo que Jesucristo le habia dicho.... « Y cuando volvia le salieron al encuentro los criados... » testigos de la repentina sanidad : « y le dieron la noticia de que el hijo vivia.... » A esta nueva, sus expresiones no fueron de una vana alegría.... No cuidándose de sí mismo, fijó sus pensamientos sobre su bienhechor, y quiso examinar con diligencia el suceso, que podia tener consecuencias muy importantes de la salud de su hijo. « Les preguntó por tanto á qué hora habia comenzado á estar mejor : y ellos le respondieron : ayer á la hora séptima lo dejó la calentura : » esto es, á una hora despues del mediodía. « Reconoció en esto el padre, que aquella era la hora misma en que Jesus le habia dicho : *tu hijo vive*, y creyó.... » Comprendió que Jesus no solo habia predicho la sanidad de su hijo; sino que tambien la habia obrado. Sobrecogido, y

con razon, de un poder tan divino, no solamente creyó á la palabra de Jesus, sino tambien en el mismo Jesus. Creyó, que él era el Hijo de Dios, y el Mesías esperado, á quien se debia seguir para conseguir la salud.

Lo cuarto. *El celo de su fe.* — « Y creyó él, y toda su casa.... » La verdadera fe no está privada de celo; una fe viva no está muda, y ociosa. El padre instruyó á su hijo, y á toda su casa sobre las obligaciones, que tenian á Jesus, y les habló con tal eficacia, que empeñó toda su familia á creer en él. — Debemos imitar un tal ejemplo, y principalmente las personas constituidas en dignidad, los padres, y los señores: todos los Cristianos tienen en sus sentidos externos, é internos, una especie de casa, y de familia, que gobiernan, y que deben contener en las reglas de la verdadera fe. Estando, pues, nosotros, ó en compañía, ó solos; hallándonos en cualquier lugar, haciendo cualquiera cosa, nuestros ojos, nuestras orejas, nuestra lengua, nuestra postura, nuestro semblante, nuestra imaginacion, nuestra memoria, nuestro espíritu, nuestro corazon nuestros pensamientos, y nuestros deseos; nuestros designios, nuestras empresas, nuestro trabajo, y nuestro reposo; todo en suma, debe estar ordenado por la fe; todo en nosotros debe anunciar un hombre, que cree, y en quien todo cree.

« Este fue el segundo milagro, que hizo de nuevo Jesus, despues que volvió de la Judea á la Galilea...

El segundo milagro, que Jesus hizo en Caná de Galilea... » Si nosotros hiciésemos reflexion sobre los infinitos acaecimientos de la vida, encontraríamos en ellos con qué alimentar nuestra fe, y nuestro amor para con Dios; veriamos en ellos sensiblemente los efectos admirables de la bondad de Dios, de su providencia, y de su poder. ¡Ay de mí! nosotros solo pensamos en gozar de los bienes de Dios, sin reflexionar sobre aquel de quien los recibimos.

PUNTO III.

Los beneficios recibidos por este Padre.

Primero. *La sanidad de su hijo.* — ¿ Cuántas veces nos ha sanado Dios á nosotros, y á nuestros prójimos de graves enfermedades? ¿ Le hemos dado por ello las debidas gracias? ¡Ah! Acaso el beneficio fue recibido, y olvidado al mismo tiempo.

Segundo. *El don de la fe*, infinitamente mas precioso que la vida. — Tambien nosotros hemos recibido este inestimable beneficio. ¡Ah! no cesemos de darle gracias al Señor...

Tercero. *La severidad con que fue tratado por Jesus.* — Le reprendió públicamente su poca fe; es verdad, pero con esto lo hizo humilde, y entrar en sí mismo. Rehusó conformarse con su peticion, siguiéndolo á Cafarnaun, pero obró en su favor un milagro, y mas grande, y para él mas util de lo que pedia.

Cuarto. *La enfermedad misma de su hijo.* — ¿Quién no se hubiera compadecido de este padre afligido, viéndolo próximo á perder un hijo, que tan tiernamente amaba? Y con todo, esto mismo, que tan digno de compasion lo hacia á los ojos de los hombres, lo debia conducir á Jesus; no solo á él, sino tambien á toda su casa; y ponerlos á todos en el camino de la salud. — ¡Ah! No tenemos una justa idea, ni un justo conocimiento de nuestros verdaderos intereses, cuando nos lamentamos de Dios, ó cuando murmuramos contra las disposiciones de su providencia. ¡Ah! Adoremos su profundidad, y su sabiduría. Imitadores de este padre, aprovechémonos de las enfermedades, y de las aflicciones, para recurrir á Dios, para unirnos á él, y para despegarnos del mundo. — Si nos parece que el Señor usa con nosotros de algun rigor, que rehusa concedernos nuestras peticiones, no nos desanimemos, miremos, antes bien, como favores sus rigores; y estemos bien persuadidos de que cuanto viene de su divina mano es siempre para nosotros el mayor bien.

Peticion y Coloquio.

Hacedme, o Señor, la gracia de conocer esta verdad, y de aprovecharme de ella: haced que me sirva santamente de cuanto vuestra sabiduría, y vuestra bondad dispondrán para mi mayor ventaja. No mireis, Señor, á mis inclinaciones, ni á mis repugnancias: antes bien sostened mi debilidad

cuando os opongais á mis propios deseos. Acrecentad mi fe, hacedla firme, operativa, y perfecta, como lo hiciste con el Régulo del Evangelio. Dadme el celo, que él tuvo, para daros á conocer, y amar. Dignaos de hacerme oir aquella palabra digna de Vos, llena de consolacion: *tu alma está ya sana:* tu alma vive con la vida de la gracia: y despues de haberla librado de sus enfermedades, dignaos tambien de conservarla reconocida, amante, y fiel hasta el último momento de sus combates sobre la tierra. Amen.

MEDITACION LXIV.

LIBRA JESUS UN ENDEMONIADO EN CAFARNAUN.
San Marcos. c. I. v. xxi, xxviii.
San Luc. c. IV. v. xxi, xxxviii.

Consideremos primero, la persona de Jesucristo : segundo, las astucias del demonio, que Jesucristo echa fuera de aquel infeliz : tercero, la conducta del pueblo, testigo de este maligro

PUNTO PRIMERO.

La persona de Jesucristo.

Lo primero. *Su celo en instruir :* « y bajó á Cafarnaun * ciudad de la Galilea.... y entrando el sábado en la sinagoga enseñaba.... » Era Cafarnaun, como ya hemos dicho, el centro de las misiones de Jesucristo. Este Divino Salvador, acompañado de sus cuatro Discípulos, habia ido á Caná, donde hizo el segundo milagro de sanar el hijo del Régulo,

* Se decia bajar á Cafarnaun, porque esta ciudad era marítima; y subir á Jerusalen, porque esta se hallaba situada sobre una montaña.

cortesano del rey Herodes Antipa, á quien los Galileos, por adulacion, llamaban rey; volvió de allí á Cafarnaun, y sin tomar un poco de tiempo para su reposo, empezó á enseñar. Fuera de las instrucciones, que hacia privadamente todos los dias, las hacia tambien públicamente en la sinagoga todos los sábados: porque el pueblo se juntaba á orar, y á oir la explicacion de la Sagrada Escritura. — Buen ejemplo para los Cristianos, que no quieren ir los dias de fiesta á las Parroquias á oir la palabra de Dios, y la explicacion de la Doctrina Cristiana, tan recomendada por la Iglesia, y por varios Concilios; privándose de los socorros de la gracia de Jesucristo, que nos dió ejemplo, y nos convida con su asistencia á estas sagradas funciones.

Segundo. *La autoridad de Jesucristo en su enseñanza.* — « Y se pasmaban de su doctrina, porque los enseñaba, como uno que tiene autoridad, y no como los Escribas... » Los Escribas enseñaban á la manera de los hombres, cuya costumbre es referir, con ostentacion, los sentimientos de otros; y cuyos discursos contienen mas dudas, y congeturas, que verdades sólidas, y ciertas. No enseñaba así Jesus, porque ó revelaba misterios, ó explicaba las Profecías, ó daba reglas ciertas de moral, y de costumbres: lo hacia sin ostentacion, y sin fausto, con seguridad, con precision, y en tono de Legislador, y de Maestro, y con una dignidad, y magestad mas que de hombre. — Así debia hablar el

Hijo de Dios á los hombres, y así conviene que nosotros anunciemos su doctrina.

Tercero. *La potestad de Jesucristo sobre los demonios.* — « Y habia allí en la sinagoga un hombre poseido del demonio, y del espíritu inmundo, el cual exclamó diciendo: ¿qué tenemos que hacer nosotros contigo Jesus Nazareno? Has venido á perdernos? Sé quien eres, el Santo de Dios: y Jesus le gritó diciendo: enmudece, y sal del hombre... Y maltratándolo fuertemente el espíritu inmundo, y dando grandes alharidos salió de él... » Siente mucho el espíritu inmundo salir del corazon de un pecador. Antes de salir, y dejar al miserable, que poseia, le hizo experimentar violentos retorcimientos, convulsiones horribles, y dar grandes gritos: y lo tiró en tierra, en medio de la multitud con tal vehemencia, que hizo creer, que lo habia muerto; pero fue impotente su rabia: el hombre se halló sin heridas sano, y bueno: tanto en el cuerpo, como en el alma. ¡Oh Jesus! adoro vuestro divino poder, dignaos de ejercitarlo sobre mí: haced callar, y echad de mi corazon el espíritu de queja, de crítica, de maledicencia, de que estoy poseido: haced callar, y echad de nosotros los demonios de la impureza, y de la heregía, que no cesan de seducir las almas, que vos habeis formado para que os sirvan, y amen.

Cuarto. *La estimacion, que Jesucristo se adquirió en todo el pais.* — « Y corrió luego su fama por todo el pais de la Galilea: » era bien justo el crédito,

que se habia adquirido Jesus; y todos debian reconocer por las señales de bondad, y de poder, que él era el libertador, que Dios habia prometido al mundo.— Me alegro, o Salvador mio, que empiece vuestro nombre á hacerse conocer: bien presto lo llevarán vuestros Apóstoles hasta los últimos fines de la tierra. ¡Ah! ¡Adórenlo todos los pueblos! ¿Y por qué no puedo yo contribuir á extender, y á acrecentar vuestra gloria?. Haced, Señor, por lo menos, que os glorifique en mí mismo; que medite vuestras grandezas; que goce solo de vos; que piense solo en Vos; que espere solo en Vos; y que os ame solo á Vos.

PUNTO II.

Del demonio.

Primero. *Sus quejas.* «¿Qué tenemos nosotros que hacer contigo, o Jesus Nazareno? ¿Has venido tú para perdernos....? » Esto es: no nos quieras quitar la posesion, que ya tenemos: no nos inquietes: ¿qué tenemos nosotros que hacer contigo? ¿por qué te empeñas tanto en perdernos, y en hacernos la guerra? Semejantes son tambien ahora las quejas del demonio, especialmente del de la impureza, y de la heregía contra el celo, que las persigue: calificado por ellos de amargo, inquieto, y excesivo: y los que las combaten son tachados de hombres inquietos, y peligrosos, que solo buscan

satisfacer su odio, su envidia, y su ambicion, con el pretexto de celo, y que bajo la apariencia de destruir los vicios, tiran á perder las personas. Pretenden, y gritan, que se deje el mundo tranquilo, que cada uno obre segun su capricho, y crea como mejor le parezca. ¿Hacemos acaso, dicen, en esto mal á nadie? ¿dejamos de ser por eso buenos ciudadanos, súbditos menos fieles, y miembros menos útiles á la sociedad? Callad, pérfidos demonios, ¿la pérdida de las almas, que precipitais en el infierno, no es bastante motivo para encender el celo, y hacerlo sordo á vuestros gritos?

Segundo. *Las astucias del demonio:* «despues de esta queja empezó el demonio á confesar á Jesucristo, y á ensalzar su santidad.» *Yo sé quien eres, Santo de Dios.* — Quejas, alabanzas, amenazas, y adulaciones, todo lo empeña el demonio para engañarnos. ¿Quién mas alaba la bondad de Dios, y sus misericordias, que el demonio, y el espíritu de la impureza? ¿Quién hay que hable con lenguage mas devoto, y que haga mayor pompa de las expresiones de la Escritura, y de los Santos Padres, y que se gloríe mas de estar versado en el conocimiento de las cosas de la Religion, que el demonio de la heregía? Callad, demonios engañadores, estas santas expresiones en vuestra boca son otras tantas blasfemias; porque vosotros las interpretais en mal sentido; porque vosotros sacais malas consecuencias; y porque usais de ellas para un perverso fin.

Tercero. *El furor del demonio.* — Obligado el demonio por el imperio de Jesucristo á callar, y á abandonar la presa, da á entender, en el obedecer su rabia, y su crueldad.... Imagen natural de lo que hace sufrir á un pecador, que piensa echarlo de su corazon, y convertirse.... ¡O cuánto le cuesta el ir á declarar sus vergonzosas caidas, y á confesar haber faltado, y seguido el error! ¿Cuánto conviene que combata, para romper sus hábitos, para renunciar á sus prácticas, y para sacrificar aquella pretendida felicidad, con que la ilusion lo deslumbra?.... Corage, almas cristianas, estos son los últimos esfuerzos de un enemigo cruel, cuyo yugo debeis sacudir; sea enhorabuena grave; sea dificil cualquiera pena, que tengais que sufrir: acabad de romper los yerros de esas cadenas, que en vuestra libertad encontrareis vuestra felicidad.

Cuarto. *La impotencia del demonio.* — En vano se atormentó, en vano se agitó; le fue preciso obedecer: en vano al dejarlo lo echó con furia en tierra en medio de la gente; él no le pudo hacer mal alguno: sus esfuerzos, y sus gritos no sirvieron de otra cosa, que de hacer mas manifiesta su flaqueza, y su desesperacion. — Somos nosotros demasiamente dichosos en tener un Salvador tan poderoso: sea pues cruel el demonio: ¿tendremos que temer, si estamos unidos á Jesucristo?

PUNTO III.

Del pueblo.

Primero. *Su admiracion sobre la doctrina de Jesucristo*: « y quedaban maravillados de su doctrina». — Las máximas, que enseñaba Jesucristo, eran las mas puras; y la santidad de su vida correspondia á la de sus discusos. Esto es lo que sorprendia grandemente á los Galileos. No estaban acostumbrados á ver una semejante conducta en sus Doctores, para convencer, y convertir. Estos sabian bien predicar, é instruir; y lo hacian con ostentacion, y con fausto; pero Jesucristo anunciaba, y persuadia sin afectacion, y sin estrépito, las mas sublimes verdades. — Si nosotros escucháramos atentamente cuando Jesucristo nos dicta al corazon, quedariamos aturdidos, como los Galileos. El corazon es el lugar donde él nos enseña, no como los hombres, sino de una manera divina, é inefable. Aquí es donde sin revelarnos otras verdades, que aquellas que nos enseña la fe, nos hace sentir el precio, la belleza, la riqueza, y la importancia; y nos las hace concebir, gustar, y amar.

Segundo. *El aturdimiento del pueblo por el endemoniado.* — Y á la verdad, ¿qué espectáculo podia ser mas espantoso, que este endemoniado, que se veia agitado de crueles convulsiones, y daba horribles gritos? ¡Ay de mí! Mas horror causa el

estado de un alma en pecado mortal, en que reina el demonio: ¿y qué cosa será el infierno, en que se hallarán unidos todos los demonios, y todos los réprobos?

Tercero. *La admiracion del pueblo á la vista del poder de Jesucristo:* «y todos quedaron admirados.» — Habia ya visto el pueblo, que Jesucristo en Cafarnaun mismo, aun sin estar presente, como sucedió en la sanidad del hijo del Régulo, ejercitaba un soberano poder sobre todas las especies de enfermedades; pero no lo habian visto aun mandar al demonio. Esta manera de enseñar parecia tanto mas nueva, cuanto que jamas se habia oido decir, que algun Profeta hubiese ejercitado semejante imperio. El modo, con que habia obrado este prodigio, no era menos admirable que el prodigio mismo. No obstante sus gritos espantosos, sus quejas, y sus adulaciones, el espíritu inmundo, con dos palabras solas de Jesucristo, tuvo á bien callar, y abandonar la presa.

Cuarto. *Los discursos del pueblo sobre lo acaecido.* « Se preguntaban unos á otros: ¿qué cosa es esta? ¿qué nueva doctrina es esta? pues él manda con autoridad aun á los espíritus inmundos, y obedecen.... » Esto es: este hombre predica diversamente de nuestros Escribas, y Fariseos: él es poderoso, tanto en las obras, como en las palabras: los milagros acompañan sus discursos; y tan facil le es hacerse obedecer del infierno, como mostrar el camino del Cielo.... Estas cosas hicieron tal im-

presion en el pueblo, que no se hablaba ya de otra cosa que de la grandeza, y del poder de Jesucristo; por lo que se divulgó luego la fama de él por todo el pais de la *Galilea*. — ¡Ay de mí! ¿Cuáles son nuestros razonamientos? ¿Por qué la grandeza, la bondad, y la potencia de Jesucristo, no suministran jamas materia á nuestros discursos, y á nuestras reflexiones?

Peticion, y Coloquio.

Haced, o Jesus mio, que todo el mundo piense en Vos; que toda la tierra os conozca: y que toda mi alma sea penetrada de Vos: sed, o Jesus mio, el solo objeto de mi admiracion, y de mi amor. Qué suerte para mí mas feliz, que teneros por Maestro. — Instruidme siempre mas, y hacedme la gracia de ser mas fiel á practicar vuestras divinas lecciones. Renovad en mí, o poderoso libertador, las obras de vuestra misericordia: echad de mi corazon el poder del demonio; libradme de su tiranía; concededme que triunfe, y no permitais, que sea su víctima en el infierno. Antes bien, haced que sea conquista vuestra en el Cielo. Amen.

MEDITACION XLV.

SANA JESUS LA SUEGRA DE SAN PEDRO.

San Marc, I, xxix, xxxi. San Luc. c. IV. v. xxxviii, xxxix. San Mat. c. VIII. v. xiv, etc.

Las tres cosas que nos propone el sagrado texto, para esta Meditacion, son primero, la enfermedad de la Suegra de San Pedro : segundo, su sanidad milagrosa : tercero, el uso que hizo de ella.

PUNTO PRIMERO.

Su enfermedad.

« Y saliendo Jesus de la Sinagoga.... Entró en casa de Simon, y de Andres : y la Suegra de Simon estaba en cama con calentura.... »

Las calenturas del alma son las pasiones : la ambicion, los placeres, el interes, la cólera, la maledicencia, la envidia, el orgullo, el amor, el odio : todas estas son calenturas, que destruyen la sanidad del alma, y le quitan la vida de la gracia. — Examinemos de cuál de estas calenturas está enferma

nuestra alma, ó de cuántas especies de calentura está ella atormentda. ¡Ah! gimamos, y lloremos por nuestra desgracia, para animarnos á desear nuestra curacion.

Lo primero. *Consideremos los males que nos ocasionan las pasiones.* — A manera de calenturas violentas, nos atormentan con continuas agitaciones, ya nos dejan helados de temor, ya nos llenan de sospechas, ya de desesperacion : ahora nos encienden de cólera, de despecho, de amor, de odio, luego de llamas de impureza, de estériles deseos, de esperanzas quiméricas. Algunas veces se combaten entre sí mismas, nos destrozan sin piedad, y nos tienen en un violento potro, en un martirio. Todo el mundo conoce nuestra desgraciada situacion; y nosotros solos estamos ciegos : ya llamamos bien al mal, honor á la insolencia, libertad á la esclavitud, y placer al tormento : miramos en una palabra, como nuestro sumo bien, nuestra suma miseria.

Lo segundo. *Consideremos el estado á que nos educen nuestras pasiones.* — A manera de las calenturas, nos ponen en un estado lastimoso de debilidad, de hastío, y de impotencia de tomar un poco de reposo : ya no tenemos fuerzas para combatir á los enemigos de la salud : y sin resistencia alguna nos dejamos llevar de todos los caprichos de las mismas pasiones : el uso, el respeto humano, y la hipocresía son los únicos motivos, para hacer aun alguna cosa buena : y experimentamos un fastidio

positivo para todo aquello, que mira á la verdad, y á la perfeccion, y que nos hace bien presto abandonar la leccion, la meditacion, el examen de la conciencia, la Confesion, y la Comunion; y finalmente nos lleva á un estado en que ya no sabemos, qué cosa es el dulce reposo, que gusta un alma fervorosa en la oracion, en el recogimiento interno, en el ejercicio de la presencia de Dios, en la resignacion en su santísima voluntad, y en la confianza en su divina providencia: y en este estado ¿cuántos pecados no se cometen?

Lo tercero. *Consideremos la mudanza que causan en nosotros las pasiones.* — No desfiguran tanto á una persona unas largas, y continuas calenturas, como desfigura una viva pasion por mas que se busquen todos los medios de ocultarla... Se admiraba antes en aquel joven una dulzura amable, una obediencia pronta, un fervor exacto, una modestia jovial, un gusto de piedad, y de devocion, que edificaba. ¡Ay de mí! ya no es mas aquel que era: ya se encuentra de un humor impaciente, é inquieto: se le oye hablar en tono áspero: ha tomado un aire arrogante, una manera despreciante: insulta en sus discursos: ahora se ve sumergido en una profunda melancolía: despues en una alegría insolente: y al fin en una extrema desesperacion. — ¡O alma! ¡poco ha tan bella, tan pura, y ahora tan vergonzosamente desfigurada! Conoce por lo menos, de donde te viene el mal, para buscar prontamente el remedio.

Lo cuarto, *Consideremos la obstinacion, y la perseverancia de las pasiones.* —No hay calentura tan obstinada, y difícil de curar como una pasion, que ya ha tomado posesion del corazon. Hubiera sido facil resistir á los primeros asaltos del vicio : hubiera sido posible extirparlo al mismo nacer : conocia el vicioso entonces, que podia : se lisongeaba, que podria tambien despues : iba diciendo, que al fin al fin algun dia lo extirparia : pero ahora el infeliz se halla en la precision de mudar lenguage : ya exclama contra la inutilidad de sus esfuerzos : de ahí comienza á gemir : despues al fin se desespera, y hace inútiles todas las tentativas. — No desesperemos nosotros : tenemos un médico caritativo, y omnipotente : recurramos á él con confianza, redoblemos nuestros esfuerzos, y será cierta nuestra sanidad.

PUNTO II.

Sana Jesucristo la Suegra de San Pedro.

Lo primero. *Observemos la intercesion de los Apóstoles.*— « Y encomendaron á él la enferma... » No ignoraba Jesucristo el estado de esta muger : pero era conveniente, que sus Discípulos informados de su poder, y testigos de sus prodigios lo previniesen, y le diesen una prueba de su fe, pidiéndole un milagro. De hecho : con aquella confianza, que Jesucristo deseaba de ellos, intercedieron por

ella. — Empleemos para nosotros la intercesion de estos Santos Apóstoles, y de todos los Santos del Cielo con Jesucristo: encomendémonos á las súplicas de los justos, que viven sobre la tierra: y roguemos por nuestros prójimos, y por nosotros mismos. Pidamos á Jesucristo, lo primero la sanidad del alma; y despues si lo tuviese por conveniente á su gloria, y á nuestra salvacion, la del cuerpo. Y si no nos la concede, pidámosle paciencia, y la gracia de hacer un buen uso de la enfermedad.

Lo segundo. *Observemos la bondad de Jesus.*—« Y acercándose á la enferma, la cogió por la mano, y la alzó.... Y inclinándose hácia ella, mandó á la calentura; y la calentura la dejó.... » Adoro para siempre el divino poder de Jesucristo: pero aquí admiro singularmente su infinita bondad. — Vos lo sabeis, o Dios mio: cuantas veces me habeis visto en el exceso de mis pasiones: vos os habeis llegado á mí con vuestra gracia, y yo me he retirado de vos, con mi resistencia: vos procurásteis mover mi corazon con fuertes remordimientos, y yo los he sofocado con mi disipacion, y con nuevos pecados; vos me alargábais la mano para sacarme del abismo: y yo en vez de valerme de esta mano piadosa, he retirado la mia para sumergirme de nuevo en el desorden.

Lo tercero. *Observemos los sentimientos de la enferma.*— ¡Cuál fue su consolacion cuando oprimida de los dolores vió en su casa al Salvador de Israel¡

¡Cuál su esperanza cuando sintió la impresion de aquella mano omnipotente, que la tocaba! ¡Cuál su júbilo cuando oyó el orden dado para su sanidad: y se halló enteramente libre! — Es necesario, que Jesucristo se acerque el primero al pecador; lo coja, como por la mano, y lo toque con su gracia, para sacarlo fuera del estado en que se halla. Feliz aquel, que tocado, y sanado se emplea en manifestar con la práctica de las buenas obras, sus sentimientos de gratitud.

PUNTO III.

El uso que hace la Suegra de San Pedro de la sanidad.

Lo primero. *La ocupacion.* — « Y ella se alzó, y los servia.... Hallándose perfecta, y repentinamente sana, luego se levantó, hizo preparar la comida, y tuvo la consolacion de servir á Jesucristo á la mesa, á que estaba sentado con sus cuatro Discípulos. Grande ejemplo nos da esta muger en el uso, que hace de la salud, luego que la recuperó. Empleaba en servir á Jesus aquella misma sanidad que la habia restituido. — Tambien nosotros nos debemos servir de los dones del Señor, para su servicio, y para su gloria. ¡Pero ay de mí! ¿Empleamos la salud del cuerpo, que nos ha restituido, y la sanidad del alma, que hemos recuperado con el perdon de nuestros pecados, en servirlo con nuevo fervor? El servicio de Dios con-

siste principalmente en amarlo sobre todas las cosas, y en observar sus preceptos: despues en servir al prójimo: en consolar los afligidos, en sostener los débiles, en instruir los ignorantes, en asistir á los enfermos, en socorrer los pobres, en trabajar por la Iglesia, y en cumplir perfectamente las obligaciones de nuestro estado.

Segundo. *La diligencia de esta muger.* — « Y se levantó, y los servia.... » Si nuestro cuerpo goza de salud, ¿por qué pudiendo emplearla en algun trabajo util, la consumimos en un ocio vergonzoso? ¿Si está sana nuestra alma mediante una sincera conversion, de dónde nace aquella tibieza en obrar, y en abrazar los ejercicios de piedad? ¿de dónde aquella lentitud en la práctica de las buenas obras? *Luego ella se levantó*, porque se trataba de servir á Jesus. ¡Ah! cuando se trata de algun interes nuestro, de algun placer, sabemos usar de toda la diligencia posible, nos hallamos llenos de ardor, estamos fuertes, y gozamos de salud. ¿Con que solo cuando se trata de servir á Jesucristo, nos hemos de hallar perezosos, indolentes, débiles, y descuidados?

Tercero. *La atencion de esta muger.* — Ello es cierto, que debiendo ella servir á Jesus, usó toda la diligencia posible para hacerlo bien: que estuvo atenta á todo, para que nada faltase; y que finalmente, aun cuando tuviese sumo gusto en oir las palabras del Salvador, no se paró á escucharlas, cuando su ministerio se requeria en otra parte:

pero cuando, sin perjuicio de su deber podia oirlas, no le perdió ninguna, teniendo siempre su espíritu ocupado en ellas, mientras que sus manos estaban diligentes á servirlo.—Con una atencion semejante, y con el mismo ardor se debe levantar un pecador convertido. Por medio de continuas buenas obras debe reconocer las gracias recibidas. Y si verdaderamente ha resucitado y vive, lo debe manifestar con movimientos animados, y regulados de la caridad, de la humildad, y de la oracion; y con todas aquellas santas obras, que pide una vida cristiana.

Cuarto. *El afecto de esta muger.*— ¿Quién, jamas, podrá comprender, con qué amor sirvió á Jesus, y á sus Discípulos? Lo tuvó á mucho honor, considerando la grandeza de aquellos á quienes servia: juzgó que era obligacion suya por los beneficios, que habia recibido; y halló en servir al Señor una satisfaccion sensible, considerando la bondad con que acompañaba sus favores.— ¿No servimos nosotros al mismo Señor, y tenemos los mismos motivos para servirlo: ¿pues por qué no lo servimos con el mismo afecto? Cuando se sirve con amor, el servicio es mas exacto, mas dulce, y mas meritorio. Sin este afecto se hace mal aquello que se hace; ó se hace con pena, con caimiento, con náusea, con fastidio, con impaciencia, y con mil quejas, y lamentos; de manera, que un tal servicio merece ser antes castigado, que premiado. Resolvámonos, pues, una vez á obrar siempre por Je-

sus, y por su amor, animemos nuestra fe, y no nos será dificil el encender tambien nuestro fervor.

Peticion, y Coloquio.

Estoy resuelto, o Dios mio, á tener siempre á la vista en mi conducta aquel amor, que viene inspirado de una fe humilde, y laboriosa; á no resistir jamas á vuestros llamamientos, y á seguir en adelante con fidelidad, todas las impresiones de vuestra gracia. Pero mandad vos mismo, o Jesus mio, á las pasiones, que me dominan: extended vuestra mano: socorredme, y guiadme: sacadme del lodo, en que hasta ahora he vivido, y ayudadme, y sostenedme para romper mis malos hábitos: rebatir las tentaciones: y mortificar mis deseos terrenos, y carnales, sin que tenga respeto alguno á los juicios de los hombres, ni á mí mismo. Levantadme hasta Vos para que siempre viva unido á Vos. ¡Ah! haced, que algun dia sean mis sentimientos semejantes á los de la Suegra de San Pedro, cuando en mi última enfermedad os dignareis, o Jesus, de venir á aliviarme en mis dolores, á visitarme en vuestro sacramento, y no contento con extender vuestra adorable mano, á daros á mí todo Vos mismo, y con Vos la prenda segura de una vida inmortal. Hablad entonces, mandad o Divino Salvador mio; á vuestro mandato, desatada mi alma de los lazos de su cuerpo, limpia ya de sus pecados, libre de sus dolores, y victoriosa

de la muerte, os verá sin sombras, y sin nubes, y vivirá eternamente con Vos. Dia feliz ¿cuándo vendrás? ¿Y dónde encontraré yo alivio mientras te veo tan lejos? ¡Ah! sabré bien servirme de la libertad, que aun me queda para ir á encontraros, o Jesus; quiero siempre recibiros, con aquellos mismos sentimientos, que deseo tener en aquel último dia de mi vida. Amen.

MEDITACION XLVI.

MUCHAS SANIDADES OBRADAS EN LA TARDE DEL MISMO DIA.

San Marcos, I. v, xxxii, xxxiv. — San Lucas, c. IV. v. xl, xli. — Y San Mat, c. VIII. v. xvi, xvii.

Jesucristo sana los enfermos, libra los endemoniados, y cumple con estos milagros la Profecía de Isaías.

PUNTO PRIMERO.

Sana Jesus los enfermos.

« Y á la tarde, puesto ya el sol: toda la ciudad se habia juntado á la puerta... Le presentaron muchos endemoniados: y echaba con la palabra los espíritus... y curó muchos afligidos de varios males. Y imponiendo á cada uno de ellos las manos, los sanaba. »

Primero. *La hora tarda del dia no le da fastidio á Jesus.* — A poco tiempo, despues de haber sanado la Suegra de San Pedro, se puso el sol, y con el dia cesó la obligacion del reposo mandado por todo el sábado, que segun el uso constante de los Hebreos, se computaba de una tarde á la otra. Todos los afli-

gidos, que esperaban socorro, deseaban con impaciencia este momento : y apenas llegó , estuvieron prontos, y solícitos, ó para llevar á Jesus sus enfermos; ó para presentarse á sus pies con sus propios males. Este Divino Salvador, dejándose llevar de los movimientos de su caridad , impuso á cada uno de ellos las manos, y los sanó. — No necesitamos nosotros esperar los momentos en que Jesucristo quiera escucharnos, para pedirle gracias : en todas las horas lo hallamos, de noche, y de dia ; todos los tiempos le son oportunos para recibirnos, para escucharnos , y para atendernos : para su caridad no hay hora alguna importuna. — ¿Es, pues, de este caracter nuestra caridad? ¿Nos vamos á Jesus á todas horas? ¿Recibimos á nuestro prójimo en cualquier hora, que recurre á nosotros?

Segundo. *Jesucristo no es molestado por la multitud del pueblo.* — Casi toda la ciudad se habia juntado al rededor de la casa de San Pedro, y tenian sitiada la puerta ; de todos los ángulos de la ciudad de Cafarnaun venian conducidos los enfermos, para presentarlos á Jesus... No fue violentado él, ni se disgustó por la multitud. La importunidad, y abundancia de los suplicantes no pudieron resfriar el poder, y la voluntad , que tenia de contentarlos; antes bien estaba tanto mas satisfecha su bondad, cuanto mayor campo se le presentaba de derramar sus beneficios. Esta multitud del pueblo, que venia con fe para recibir alivio á sus males, era para su corazon un espectáculo bien agradable. —

Este espectáculo se renueva aun en nuestros dias; nosotros vemos el pueblo fiel correr en tropas á los templos, para adorar á Jesus, y pedirle gracias. Unámonos con esta fervorosa multitud; hagámonos su guia, animémosla con nuestro ejemplo, ó á lo menos edifiquémosla con nuestra modestia, y con nuestro recogimiento.

Tercero. *La diversidad de las enfermedades no excede el poder de Jesus.* — Todos los que le presentaron fueron sanados, aunque sus enfermedades, y sus males fuesen grandes, envejecidos, é incurables... « Y curó muchos afligidos de varios males, *dice San Marcos:* todos aquellos, *dice San Lucas,* que tenian enfermos de este, ó el otro mal, los llevaban á él, y puestas en cada uno las manos, los sanaba... » Modelo de la caridad, que deben tener los fieles entre sí, y del celo, que deben tener los ministros, siempre dispuestos á visitar enfermos, á asistir á los pobres, y á consolar á los afligidos.

Cuarto. *La multitud de los enfermos no desanima la bondad de Jesus.* — Habria podido, con un solo acto de su voluntad, con uno solo de sus mandatos absolutos, sanar todos los enfermos, pero no lo hizo: quiere imponer sus manos sobre cada uno de ellos en particular; quiere oir sus súplicas, las unas despues de las otras: quiere dar á todos el consuelo de poderlo ver, y de ser vistos, y tocados por él, aun cuando por sí misma fuese fastidiosa, y repugnante esta funcion. — Esta es la caridad, con que quiere él que sus Ministros nos escuchen en parti-

cular, para romper con una particular absolucion las ligaduras de nuestros pecados, y reconciliarnos con él. Con la misma bondad se da él todo entero á cada uno de nosotros en el Sacramento de su Cuerpo Sagrado, para servirnos de manjar, y sanarnos; para santificarnos, y para unirnos á él: ¡qué bondad!

PUNTO II.

Jesus libra los endemoniados.

Primero. *Le presentaron los endemoniados:* « y echaba con la palabra los espíritus... » El Salvador, que sanaba las enfermedades, tocando los enfermos, echaba los demonios con sola su palabra; para dar á entender, y hacer sentir á estos espíritus orgullosos el absoluto imperio, que tenia sobre ellos. ¡O y cuán poderosa es la palabra de Jesus! Si con ella alimentamos nuestros corazones, estaremos siempre dispuestos para oponerla á las sugestiones del demonio, que con todos sus terrores no podrá resistir á una arma tan poderosa.

Segundo. *Los demonios se ven obligados á confesar á Jesucristo.* — « Y salian de muchos los demonios gritando, y diciendo: tú eres el Hijo de Dios. » ¿Qué significa, pues, esta confesion de los demonios, unida á los espantosos gritos que dan? Son de opinion muchos Santos Padres, que su pecado fue el no haber reconocido el misterio de la En-

carnacion del Verbo; y haber rehusado el someterse al Hijo de Dios, que en la plenitud de los tiempos debia hacerse hombre... Ahora lo reconocen, pero ya muy tarde; experimentan los efectos de su poder, lo publican, y lo detestan. —Impíos, incrédulos, hereges, pecadores de todas las suertes, será doloroso para vosotros, porque demasiadamente tarde, el reconocer, y confesar á Jesucristo, cuando para siempre os echará de su reino, y de su presencia.

Tercero. *Los demonios son obligados á callar.* — Pero él gritándoles, no les permite decir, cómo sabian que él era el Cristo. »

Toma Jesucristo, con los demonios, un tono de amenaza propio de un Señor irritado, y les impone silencio, porque es demasiado malvado su designio en lo que hacen: si alaban, lo hacen por inspirar sentimientos de vanagloria, y alejarnos de Dios, con hacernos cómplices de su orgullo: si estimulan á hacer algun bien, sus miras son de oponerse á las disposiciones de Dios; cuando por el contrario el Espíritu Santo todo lo regula con sabiduría, y dulzura. Jesus sabia en qué tiempo, y á quién debia manifestar su divinidad, y disponia insensiblemente los espíritus á recibir esta grande verdad. El demonio al contrario habria querido precipitarlo todo, descomponer el orden, y la concatenacion de una tan sabia economía, é impedir que el edificio de la Iglesia se elevase sobre este sólido fundamento. — Tal es el artificio que usa el demonio; cuando no puede

retraer una alma del servicio de Dios; la embiste con la indiscrecion, le presenta la idea de una santidad, y de una virtud, que no conviene á su estado, le inspira los deberes de una penitencia superior á sus fuerzas, á fin de disgustarla, y echar por tierra de este modo el edificio de la perfeccion. Guardémonos de un tal engaño : vivamos dependientes de los avisos de un sabio director ; sigamos con simplicidad los caminos que nos enseña la gracia: dejémonos guiar del espíritu de Dios; y contentémonos con caminar poco á poco , segun el grado de luz , que se nos comunica. Apliquémonos ante todo á las obligaciones de nuestro estado, y á las sólidas virtudes de la humildad , de la obediencia , de la caridad , y de la mortificacion , no fiándonos de cualquiera deseo vivaz , y activo, que nos estimule á obrar sin reflexion, y sin consejo.

Cuarto. *Los demonios son confundidos en su ciencia.* — « Y no les permitió decir, que lo conocian..... » Sabian , es verdad , los demonios , que Jesus era el Cristo; pero no tenian un conocimiento tan seguro , y exacto de este misterio , como lo tenemos nosotros por medio de la fe : su ciencia estaba solo apoyada sobre congeturas. Tenian fuertes persuasiones de la Divinidad de Jesucristo; porque no ignoraban las promesas , las Profecías , y el tiempo de su cumplimiento ; pero su incertidumbre era tal , que miraban este Divino Salvador, como capaz de pasiones , de vanagloria , de ambicion, de temor, de difidencia, y de pusilanimidad.

Por esto, intentaron, aunque en vano, en todo el tiempo de su vida, hacer pruebas de su virtud: siempre quedaron confundidos, y todos sus esfuerzos sirvieron para manifestar mas su divinidad. En esta, y en todas las demas ocasiones contribuyeron sus mismas perversas intenciones, á su mayor gloria, ó sea con las palabras, que el furor arranca de su boca; ó sea con el silencio, que son forzados á observar. ¡Somos nosotros muy dichosos en tener un tal Salvador! Qué desgracia seria la nuestra, si saliese bien á los demonios, que no tienen sobre él poder alguno, el separarnos de él, y arrebatarnos consigo. — Mas estemos bien seguros de que serán siempre impotentes sus esfuerzos, si nosotros velamos sobre nosotros mismos, y estamos unidos á Jesucristo: si, por desgracia, vinimos á perdernos, la culpa es nuestra.

PUNTO III.

Jesus cumple la Profecía de Isaías.

« Para que se cumpliese lo que fue dicho por Isaías Profeta *, que dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y cargó con nuestras dolencias.... »

Tan digna es de admiracion la manera con que el Profeta predice nuestra redencion, como la que tiene Jesucristo en cumplir la Profecía. Jesus viene á librarnos del pecado, y de nuestras espirituales

* Cap. LIII. v. IV.

enfermedades; de la cólera de Dios, de la esclavitud del demonio; y del infierno: esta redencion, y libertad tan preciosa para nosotros, era invisible á nuestros ojos, y por esto mas propia para hacer impresion sobre nuestros corazones: pero se hizo sensible con sanar las enfermedades del cuerpo, y con remediar los males temporales, que son la primera pena del pecado. Anuncia, pues, el Profeta la redencion de estos males sensibles, y Jesus la comienza con librarnos de ellos. Dentro de poco veremos al mismo cargarse de nuestros dolores; aquí vemos que los quita. — Nosotros lo vemos ejercitar un absoluto imperio sobre toda suerte de enfermedades, sanar enfermos, librar endemoniados, y darnos con esto una prueba sensible de ser nuestro Redentor, y nuestro Salvador. Ahora toca á nosotros reconocer las obligaciones, que le tenemos, y comprender bien en qué manera nos ha librado de aquellos males, que sufrimos aun, y de que tanto nos lamentamos.

Lo primero. *Jesus nos ha librado de nuestros males, con haberles mudado la naturaleza, por medio de sus méritos.* — Nuestras penas, sin Jesus, eran puras penas: suplicios, que castigaban nuestros pecados sin purgarlos, y atormentaban al pecador sin purificarlo; pero este Divino Salvador, con cargárselas, las ha elevado, ennoblecido, y divinizado. Por sus méritos, son un preservativo contra el pecado, que muy frecuentemente se cometeria, y una satisfaccion por el pecado cometido: son el

homenage mas puro, que podemos ofrecer á Dios; y el origen de muchos méritos, que podemos adquirir en su presencia. — ¡O santas aflicciones, quién habrá, pues, que no os estime, que no os desee, y que no os busque! No sufrimos ya como hijos de Adan, sino como miembros de Jesucristo. Estando ya libres por él de nuestras penas ¿por qué las volveremos otra vez á tomar? Siendo ya por él hijos de Dios ¿por qué volveremos otra vez á la dura condicion de esclavos? Pudiendo por él sufrir con tanta gloria ¿por qué sufriremos aun sin espíritu de religion, sin virtud, y sin mérito?

Lo segundo. *Jesus nos ha librado de nuestros males, con haberles quitado el oprobio con su ejemplo.* — Habiendo él sufrido por nosotros, es para nosotros cosa gloria el sufrir como él, y por él. ¿Qué penas del cuerpo, y del espíritu podemos tener nosotros, que Jesucristo no haya sufrido, y aun mucho mayores? Despues del ejemplo de este Dios hecho víctima por nosotros, en vez de lamentarnos de sufrir mucho ¿no debemos antes dolernos de que no sufrimos bastante? Si para con el mundo es despreciable la pobreza, y la humillacion, este es el desprecio, y el oprobio, que sufrió Jesucristo, y de que un Cristiano debe gloriarse; porque este sufrimiento le procura la mas perfecta semejanza, que puede tener con el Hijo de Dios. — ¡Bienaventurado el que conoce este misterio! Pidamos nosotros su inteligencia al que es su Divino Autor.

Lo tercero. *Jesus nos ha librado de nuestros ma-*

les, con haber endulzado su rigor, con su gracia. — Nuestras penas, sin Jesus, eran un peso gravoso, bajo del que estaban oprimidas nuestras fuerzas.— Jesus, con cargárselas, nos ha merecido la gracia, que los fortifica, y nos hace capaces de sufrirlas con paciencia, con resignacion, y aun con alegría. ¡Y ah¡ ¿Qué fuerzas comunica la gracia, aun á los mas débiles? ¿Qué uncion esparce sobre las cruces mas pesadas? ¿Qué dulzura hace gustar en el caliz mas amargo á la naturaleza? El mundo no lo puede creer; pero lo saben por experiencia los amigos de Jesucristo; y el mundo mismo se ve algunas veces forzado á confesar esta verdad en tantos hechos, de que es testigo, y en tantos ejemplos, que admira.

Lo cuarto. *Jesucristo nos ha librado de nuestros males, habiéndolos hecho de poca duracion.* — Nuestras penas, sin Jesus, hubieran sido eternas: pero con cargárselas, las ha mudado en temporales. Las abrevia tambien algunas veces en esta vida, cuando sensible á nuestras súplicas, nos restituye la sanidad. Las abrevia tambien poniendo fin á nuestra vida, con la que acaban todas las penas de aquellos, que tan bien se han servido de ellas, que ya nada les queda que purgar. Las abrevia finalmente en la otra vida, porque si aun quedan algunos que sufrir, los méritos de Jesucristo aplicados á aquellas santas almas, por medio de los sufragios de la Iglesia, apresuran su libertad, y la posesion de su eterna felicidad.

Peticion y Coloquio.

O Jesus, persuadido yo de esta verdad, ya no os pediré prodigios, para librarme de mis aflicciones; solo os pediré vuestra gracia para servirme bien de ellas. Sí, o Señor, estoy dispuesto á sufrir, aquí en la tierra, cuanto os agrade; con tal que con vuestro divino socorro, haga un santo uso de mis sufrimientos: y con tal que pueda evitar los suplicios del infierno, que he merecido, y gozar la eterna felicidad comprada con vuestra sangre, y prometida á todo Cristiano virtuoso, y paciente en las tribulaciones. Amen.

MEDITACION XLVII.

JESUS RECORRE LA GALILEA.

San Marc. c. I. v. XXV, XXXIX. — San Luc. c. IV. v. XLII, XLIV. — San Mat. c. IV. v. XXIII, XXV.

PUNTO PRIMERO.

Jesus se dispone á su mision con la oracion.

« Y levantándose bien presto por la mañana; salió, y se fué á un lugar solitario, y allí hacia oracion... »

Primero. *Jesus se alza muy temprano por la mañana, para orar.* — La mañana es el tiempo mas propio, para la oracion; el que pierde, en el sueño, las horas de la mañana, no recogerá el maná del Cielo. Se presentan las distracciones; las ocupaciones mundanas nos solicitan; falta el tiempo, y de aquí viene que se experimenta despues náusea para la oracion. El jornalero, el artesano, el hombre constituido en empleo, y el literato se levantan por

la mañana, estimulados de su deber, de la necesidad, del interes, ó del placer. El hombre de oracion debe estar animado de todos estos motivos; y muchos mas aun del ejemplo de Jesucristo. El levantarse es la primera accion del dia; la manera con que la hacemos decide ordinariamente del fervor, ó de la frialdad de todas las demas. Este es el primer homenage que debemos ofrecer á nuestro Criador, el cual sacándonos del sueño, nos saca, por decirlo así, de la nada: nos da de nuevo la vida; nos restituye á nosotros mismos; y parece que cria de nuevo el mundo para nosotros: démonos priesa á gozar de sus beneficios, y á mostrarle nuestro reconocimiento.

Segundo. *Jesus se retira al desierto para orar.* — Se levanta antes que el sol, y saliendo de la casa de Pedro al vislumbre de los crepúsculos, se interna en un lugar desierto, donde lejos del tumulto de la ciudad, se abandona enteramente al fervor de su oracion. — Se puede orar en todos los lugares, aun en medio de las ordinarias ocupaciones, mediante el interno recogimiento; la atencion á la presencia de Dios; la rectitud de la intencion; y fervorosas aspiraciones. Pero hay una oracion á que cada dia se debe destinar un tiempo mas continuado, y para esta se debe buscar el desierto. Nosotros lo encontraremos en nuestros templos abiertos desde la mañana para la oracion. Lo podemos hallar en nuestras casas, y allí atender á la oracion, antes de darnos á otras ocupaciones: y sobre todo

lo debemos buscar en nuestro corazon. No oraremos jamas, como se debe, si no formamos en nuestro corazon un desierto, una soledad, desembarazándolo de toda inquietud, de todo pensamiento, y de todo objeto extraño, para que solo pueda entretenerse con Dios sobre las necesidades del alma, y sobre el objeto de la oracion; presentándonos delante de Dios, como si solo él, y nosotros existiésemos en el universo. Pero, ¡ay de mí! cuántos se ponen en la oracion, rezan ciertas oraciones, y aun las de obligacion, y por falta de estas disposiciones, se puede decir con verdad que no oran.

Tercero. *Jesus ora en el desierto.* — Luego que Jesus llegó al desierto, pasó todo el tiempo, que se detuvo allí en la oracion. — Bienaventurados aquellos, que separados del mundo, viven en el desierto de la religion, si en ella atienden á la oracion. Nosotros salimos de nuestras casas, vamos al templo, allí nos estamos; ¡pero ah! ¿qué hacemos allí sino oramos? Nos hallamos algunas veces en la soledad, sin ocupaciones: ¿y por qué no nos aprovechamos de esta comodidad para orar? ¡somos ciertamente insensatos! Queremos mas angustiarnos, y comunicar á otros nuestros afanes, buscar distracciones, y entretenimientos frívolos, que gustar en la soledad las dulzuras de la oracion. O Divino Jesus, ¿por qué os disteis tanto á la oracion en el desierto? Por mí, y por mi salvacion, para merecerme la gracia, que necesito, y para darme ejemplo; á vuestro ejemplo, pues, ninguna cosa

emprenderé sin orar: y á ejemplo vuestro seré exacto, recogido, constante, y fervoroso en mis oraciones.

PUNTO II.

Jesus se despide de los Cafarnaitas que se oponian á su mision.

« Y Simon lo siguió, y los que estaban con él, y encontrándolo, le dijeron: todos te buscan, y él les dijo: vamos por las aldeas, y ciudades vecinas, para que tambien allí predique, porque para este fin he venido.... Y las turbas lo buscaban, y llegaron hasta donde él estaba: y lo detenian, porque no se partiese de ellos: y les dijo: es necesario, que aun en otras ciudades evangelice yo el reino de Dios; porque para esto he sido enviado.... »

Lo primero. *Los Cafarnaitas buscan á Jesus;* lo buscan con diligencia.... Del mismo modo, que la tarde antecedente, se juntaron por la mañana al rededor de la casa de Pedro, donde suponian, que estuviese aun Jesus; pretendiendo, y pidiendo verlo, con toda aquella eficacia, que les inspiraban, ó sus necesidades, ó su reconocimiento. — Lo buscaban con amor; no tienen ya en mira sus temporales intereses, ó la sanidad de sus enfermedades, sino deseosos de su doctrina, quieren oirlo, y aprovecharse de sus lecciones. — Lo buscan con constancia.... Jesus no estaba ya en la casa.... Pedro lo buscó, y no hallándolo, por for-

tuna congeturó que lo podria descubrir en la soledad. Llevó consigo á su hermano Andres, y á los otros Discípulos, para dar cuenta al Salvador de cuanto sucedia en Cafarnaun: mas la turba lo siguió; y saliendo á tropas de la ciudad, tomó la resolucion de buscar tambien con ellos á Jesus, sin perdonar atencion, ni fatiga: y determinada á no volver á entrar, sin haber hallado primero á su bienhechor. — ¿Es este acaso el deseo con que nosotros buscamos á Jesus? Cuando se busca con la diligencia, que hemos admirado en los Cafarnaitas, es imposible que no se encuentre....

Lo segundo. *Los Cafarnaitas encuentran á Jesus.* — Lo encuentran siguiendo á San Pedro. El ardor del pueblo era grande; pero el de Pedro era mucho mas vivo. Él no se engaña, en orden al lugar del desierto donde se hallaba Jesus: vuela el primero á la frente de los otros Apóstoles, Andres, Jacobo, y Juan, y el pueblo lo sigue. — Para encontrar á Jesus conviene seguir esta cabeza visible de la Iglesia; es necesario estar unido á ella: fuera de este camino, fuera de la Iglesia, erramos sin guia en el desierto, y nos formamos mil diferentes caminos á la medida de nuestros caprichos, pero sin que alguno de ellos nos guie á Jesus.

Lo tercero. *Los Cafarnaitas se esfuerzan á detener á Jesus.* — Lo ven dispuesto á dejarlos, y no lo pueden consentir: le suplican que no los abandone; y aun usan una especie de violencia: ¡y oh! cuán agradable fue esta al corazon de Jesus? Y si

no se rindió, supo no obstante recompensarla. ¡Ah! seria ciertamente mayor nuestra felicidad; si tuviésemos la misma propension, y el mismo apego á este Divino Salvador: si tuviésemos el mismo deseo de detenerlo con nosotros, y de estar siempre con él.... En vano este pueblo reconocido suplicó á Jesus que no lo dejara: no me detengais, les dijo: las aldeas, y las ciudades vecinas me esperan; yo debo predicar á ellas, como á vosotros, la palabra de Dios, deben tambien ellas participar de mi mision.... Vamos, dijo á sus Apóstoles: venid conmigo, recorramos las ciudades, y las aldeas, para que yo predique en ellas el Evangelio, para esto he venido al mundo, á este fin he sido enviado. — Esta es la regla, que debemos tener tambien nosotros. ¿Para qué, pues, hemos sido enviados? ¿á qué fin hemos venido al mundo? ¡Ah! No debemos regular nuestra conducta sobre la estima, sobre el amor, sobre la aprobacion de los hombres; sino sobre la voluntad de Dios; sobre el fin de nuestra vocacion; y sobre los deberes de nuestro estado; sin tener miramiento alguno á nuestras comodidades, á nuestro reposo, á nuestros intereses, ni á nuestra gloria.

Oida la respuesta de Jesus, se volvió el pueblo á la ciudad, sin hacer mayor instancia esperando ver en ella, dentro de poco, su bienhechor, y quedaron con Jesus los cuatro Discípulos para acompañarlo en su mision. — Por mas necesarias, que nos parezcan, para nuestra perfeccion, las luces de un director, dejaria de ser inocente nuestra adhe-

sion á él, cuando se opusiese á las órdenes de Dios, y de la obediencia; y cuando llevásemos á mal, que su celo se extendiese á otros, queriéndolo estrechar para nosotros solos.

PUNTO III.

Jesus comienza su mision.

Consideremos lo primero : *sus trabajos.* — « Y Jesus andaba rodeando toda la Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el Evangelio del reino... Y echaba los demonios... »

Jesus desde el principio de su ministerio, pasó toda su vida en el trabajo, y en la oracion. — De la misma manera el hombre verdaderamente apostólico debe sostener su mision, con el ejercicio continuo de su caridad, y de su celo emplearse con el mismo gusto en las funciones oscuras, que en las luminosas; trabajar con la misma intencion para la salvacion del pobre, que para la del rico; y haciendo guerra al demonio echarlo de todos los corazones : su celo se debe extender á todo lugar, y á toda persona.

Lo segundo. *Los milagros de Jesucristo.* — « Y se esparció la fama de él por toda la Siria; y le presentaron todos aquellos, que estaban indispuestos, y afligidos de diversos males, y dolores; y los endemoniados y lunáticos, y los paralíticos; y los sanó.... »

La fama del Salvador voló de la Galilea á la Si-

ria; y se esparció en toda aquella provincia. Aun de este pais, cuyos habitadores eran casi todos Paganos, le llevaron diversos enfermos, que todos fueron curados. ¿Y seremos nosotros solos, los que no recurriremos á Jesucristo, para que nos libre de nuestras enfermedades? Nosotros instruidos de la fe, nosotros que sabemos de cuantos males estamos internamente afligidos; ¿no haremos por nuestras almas, lo que estos pueblos hicieron por conseguir la sanidad de sus cuerpos?

Lo tercero. *Los sucesos de Jesucristo.* — «Y lo siguió una gran turba de la Galilea, de la Decapoleos, y de Jerusalen, y de Judea, y del pais de la otra parte del Jordan... »

¡Qué espectáculo tan tierno, ver todas estos pueblos unidos entre sí, ir detras de Jesucristo, y seguirlo en tropas para oir sus divinas instrucciones. Vamos tambien nosotros, unámonos á esta turba de fieles, sigamos á Jesus, y acrecentemos la gloria de su triunfo...

Peticion, y Coloquio.

A Vos voy, o Jesus, resuelto á seguiros, y á no abandonaros ya jamas. Dadme un espíritu atento, para escuchar vuestras lecciones, y un corazon docil para praticarlas. Os doy mil gracias, o Divino Salvador, por las penas, y fatigas que sufrísteis por anunciarnos el Evangelio. — Bienventurados aquellos, que estan encargados por Vos para continuar

vuestros trabajos, y que en las ciudades, y en las campañas estan ocupados en instruir los pueblos. Dadles, Señor la gracia de imitaros, y á mí la de trabajar, segun mi estado, para gloria vuestra, con practicar las leyes de vuestro santo Evangelio: me uno, y me agrego; o Jesus, á aquella turba de enfermos, que Vos sanásteis: yo soy, lo confieso, el mas miserable de todos ellos. Mi alma se halla agravada de toda suerte de males, y de enfermedades; Vos solo la podeis sanar. Adoro vuestro poder, Redentor adorable, invoco vuestra caridad; ¿seré yo, por ventura, el único, que Vos no saneis? Miradme, o Señor, mi sanidad manifestará vuestra potencia, y contribuirá á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION XLVIII.

PREDICACION DE JESUCRISTO, Y PESCA MILAGROSA, EN LA BARCA DE SAN PEDRO.

San Lucas. c. V, v. i, xi.

Primero, Jesucristo predica en la barca de San Pedro: segundo, sobre la palabra de Jesucristo San Pedro hace una pesca milagrosa: tercero, Jesucristo indica el grande misterio escondido bajo de este hecho.

PUNTO PRIMERO.

Jesus predica en la barca de San Pedro.

« Y mientras lo cercaba una multitud de pueblo, por oir la palabra de Dios, se mantenia cerca del Lago de Genesareth; y vió dos barcas en la ribera del Lago... Los pescadores habian salido á lavar las redes: entró en una barca, que era la de Simon; le pidió que se alejase un poco de la tierra, y sentado, enseñaba desde la barca á las turbas... »

Lo primero. *Consideremos la solicitud, y la ansia del Pueblo:* estando el Señor en la ribera del Lago

de Genesareth, se halló cercado de una multitud del pueblo, que hambriento de su doctrina, se habia juntado de varias partes; y por todas lo estrechaban, y lo oprimian. — ¡Oh! ¡y cuánto era edificante, y agradable á Jesucristo este concurso! ¿Tenemos nosotros el mismo ardor por leer, por meditar la palabra de Dios, y por oir hablar de Dios? ¡Ah! muchos Cristianos estiman mas leer, y oir cosas inútiles, frívolas, peligrosas, y malas: examinemos nuestro corazon, y determinémonos á reformarlo.

Lo segundo. *Admiremos la bondad de Jesus.* —El alboroto era tan grande, que solo podia ser oido de los pocos, que estaban mas vecinos á él. Quiso remediar el desorden, sin disgustar á estos fervorosos oyentes, que se llevaba tras sí su persona; y que con tanto valor correspondian á los secretos movimientos de la gracia. Vió dos barcas, que estaban paradas en la ribera del Lago. Los pescadores habian saltado á tierra, y se empleaban en lavar sus redes. Una de las barcas era de Pedro... Jesus entró en ella...

Es probable que Jesus hubiese llegado el dia antecedente á Betsaida, ciudad puesta cerca del Lago, y patria de Pedro: acaso se hallaba ya allí algunos dias antes, lo que habrá dado ocasion á Pedro, y á los dos hermanos Jacobo, y Juan, de ir á pescar. Es tambien probable que Andres se hallase con Pedro su hermano, aunque aquí no se nombra. Habiendo, pues, subido en la barca de Pedro, *le*

pidió que se alejase un poco de la tierra. El Salvador se sentó en la barca, de donde, como de la cátedra de la verdad, instruyó la multitud del pueblo, que se habia puesto en filas en la ribera; y que despues se volvió bendiciendo á Dios. ¡ Qué bondad, y qué dignacion de Jesucristo para contribuir á la satisfaccion, é instruccion de este pueblo! — La misma tiene ahora para nosotros por medio de tantos discursos de piedad, como se hacen en su Igesia. — ¿ Pero asistimos nosotros? ¿ Buscamos nosotros lo que nos pueda edificar, y corregir de nuestros defectos? ¿ O pensamos solo al lenguage, al estilo, ó á lo que puede lisongear nuestro espíritu?

Lo tercero. *Meditemos la suerte feliz de Pedro.* — De las dos barcas, escogió Jesucristo la de Pedro. Desde esta barca enseñaba, y con esto anunciaba á este Apostol, en una manera oculta, y misteriosa la suprema dignidad, á que lo debia elevar algun dia en su Iglesia... Queria con esto enseñarnos, que la Iglesia simbolizada en esta barca, y gobernada por los sucesores de Pedro, seria hasta la consumacion de los siglos la silla, y el centro de la verdad. — ¿ Recibimos nosotros nuestra enseñanza de esta silla, y de esta barca de Pedro? Los discursos, que hacemos, los Predicadores de que nosotros gustamos, los libros de religion, que leemos ¿estan sellados con el sello de esta autoridad? — Sin esto, ó sean luminosas las máximas, que se nos anuncian; ó sublimes los sentimientos, ó afectuoso el lenguage que se usa para instruirnos, y persuadirnos; no

se podrá jamas decir, que Jesucristo es quien nos enseña; será el maestro de las tinieblas, de los errores, y de la mentira, que pretende envenenarnos, y engañarnos.

PUNTO II.

Sobre la palabra de Jesucristo, San Pedro hace una pesca milagrosa.

Lo primero. *Observemos la obediencia de San Pedro.* — « Y luego, que acabó de hablar, dijo á Simon: guia mas adentro, y echad vuestras redes para pescar, y Simon le respondió, y dijo: Maestro, nos hemos fatigado toda la noche para pescar, y nada hemos cogido. Con todo eso, sobre tu palabra echaré la red... » Obediencia ciega, por la que Simon sacrifica sus propias luces. — Siendo práctico en el ministerio, sabia, que el mediodía no era tiempo tan favorable para pescar, como el tiempo de noche: sabia por experiencia de muchas veces, que en aquella parte de mar no habia peces: pero cuando se trata de obedecer, no sirven los discursos. — Obediencia llena de confianza: si San Pedro expuso al Señor sus sentimientos, y sus reflexiones, no lo hizo por empeñarlo á revocar la orden, sí solo por mostrarle la confianza, que tenia en él, y en su palabra. Con todo esto, *le dijo*, sobre tu palabra, voy seguramente á echar la red... Esto no quiere decir voy á hacerlo por obedeceros

porque vos lo mandais. Esta seria una obediencia de accion, y no de juicio, y de voluntad: queria sí decir: voy á hacerlo sobre vuestra palabra, persuadido, que obrando en vuestro nombre, y por orden vuestro, no será inutil, vano, y sin provecho mi trabajo. — Finalmente obediencia pronta: dichas estas palabras, echaron la red Pedro, y sus compañeros sin esperar del Salvador respuesta, explicacion, nuevas órdenes, ni nueva seguridad. — ¿Es tal nuestra obediencia á los superiores, que sobre la tierra hacen las veces de Jesucristo?

Lo segundo. *Observemos el éxito de la obediencia de San Pedro.*— « Y habiendo hecho esto, encerraron una gran cantidad de peces, y se rompia su red. Y hicieron señas á los compañeros, que estaban en la otra barca, para que fuesen á ayudarles; y fueron, y llenaron las dos barcas, de manera, que casi se iban á fondo. »

Apenas echaron la red, advirtieron que habian cogido una gran canditad de peces; temieron que se rompiese en sus manos, y desesperaron de sacarla sin ayuda: hicieron señal á los pescadores de la otra barca, para que vinieran á ayudarles; estos se acercaron, y se halló la pesca tan abundante, que las dos barcas llenas casi se hundian. — ¿No nos debe empeñar esta maravilla á no desconfiar jamas de nuestro Dios, y asimismo á obedecerle con prontitud?

Lo tercero. *Observemos los sentimientos, que inspira este milagro.*— Visto por Simon Pedro se echó

á los pies de Jesucristo, diciendo: « apartaos de mí, Señor, porque yo soy un hombre pecador: porque él, y cuantos estaban con él quedaron pasmados de la pesca, que habian hecho de peces, y lo mismo le sucedió á Jacobo, y Juan hijos del Cebedeo, compañeros de Simon: y Jesus le dijo á Simon, *no temas...* »

Habian visto los Discípulos obrar muchos milagros á su Maestro; pero este los llenó de espanto. Siendo ellos pescadores de profesion eran mas capaces de comprender la grandeza. Pudieron ver sin temor á su Maestro mandar en tierra á los demonios, y á las enfermedades, y hacerse obedecer de ellos; pero cuando vieron su poder penetrar hasta los abismos del mar, llamar los peces, y unirlos á su gusto, se pasmaron de forma, que ellos, y todos sus compañeros quedaron como mudos, é inmobles del terror, y ni siquiera se atrevian á levantar los ojos para mirar á su bienhechor: Pedro, que en sus sentimientos era mas vivo, y mas resuelto sin comparacion, que todos los demas, venció su temor, y recobradas todas sus fuerzas, se arrojó á los pies de Jesus, y le dijo: Señor, no merezco yo teneros en mi compañía, ni en mi barca: apartaos de un pecador como yo: no soy digno de poseeros.— ¡O santidad admirable! ¡Cómo osamos nosotros ponernos en vuestra presencia! O por mejor decir: ¿cómo nos presentamos á Vos con tan poco respeto, y con tan poco temor?— *Jesus dijo á Simon, no temas.*— Con que yo, Señor, debo decir, que vuestra bondad es

igual á vuestra potencia, y que la una y la otra son infinitas. No se deben ya alejar de Vos los que os temen, ni los que os aman, aunque sean pecadores: humillándose ellos con corazon sincero delante de Vos, Vos les disipais sus temores, y los asegurais, que les concedereis vuestros favores. Creerse indignos de Jesucristo, por respecto á su grandeza, y conservar al mismo tiempo un tierno amor por su persona, son los medios mas seguros, para no separarnos jamas de él.

PUNTO III.

Jesus indica el misterio escondido bajo este hecho.

« Y Jesus dijo á Simon, no temas, de ahora en adelante pescarás de los hombres. » Esto es, no te aturdas; no solo no te has de alejar de mí, sino que de esto has de comprender, que este es el tiempo de abandonarlo todo, y de seguirme. Esto que has visto, es solo una figura de lo que yo quiero obrar por vuestro ministerio: de ahora en adelante pescadores de peces, debeis mudaros en pescadores de hombres... Por estas palabras quedaron tan fortificados los primeros Discípulos del Salvador, y tiradas á tierra las barcas, « lo dejaron todo, y lo siguieron... » Con estas palabras nos hace tambien Jesus comprender, que esta pesca fue, no solo un milagro, sino tambien una figura, y una predic-

cion de otro mayor; esto es, de la propagacion del Evangelio por medio de los Apóstoles, y de sus sucesores: prediccion, que debe sumamente consolar á los que vemos su literal cumplimiento.

Primero. *En la abundancia de esta pesca espiritual.*— Todas las partes del mundo, todos los reinos de la tierra, todas las naciones, todos los climas, todas las lenguas han recibido el cristianismo. La barca de Pedro ha atravesado todos los mares : sus redes misteriosas se han extendido de una extremidad del mundo á la otra, de oriente á occidente, del setrention al mediodía : en ellas se han unido á tropas los habitadores del mundo antiguo, y del nuevo : y este pescador de peces se ha convertido en doctor de todas las naciones. — ¿Pudiéramos nosotros creer un tal prodigio si no lo viéramos con nuestros mismos ojos?

Segundo. *Cumplimiento de la prediccion de Jesucristo en la manera con que se ha hecho esta pesca.* — Esta se ha hecho en una manera, que parecia la menos propia para un éxito feliz.... Se hizo al mediodía; esto es, se presentó al mundo la religion cristiana tal cual es en sí misma, sin doblez, sin artificio, sin disimulo. Ha propuesto á la sabiduría del mundo la excelencia de sus dogmas, sin discursos : y ha opuesto á la corrupcion la severidad de su moral, sin mitigarla en parte alguna : á la supersticion, la unidad de su culto, y á la persecucion, la verdad de su fe, y á pesar de este mediodía, con esta simplicidad, y con esta ingenuidad, ha

vencido al mundo, lo ha traido á su seno, lo ha ganado, y ha triunfado.

Tercero. *Cumplimiento de la prediccion de Jesucristo en aquellos por quienes fue hecha esta pesca.* — Esto es, en Pedro, y sus cólegas en el Apostolado.... De esta manera se ha figurado, y cumplido en la pesca de los hombres, la prediccion, y la figura, encerrada en la pesca de los peces.... Con tales instrucciones ponia el Salvador bajo los ojos de sus Discípulos en una manera sensible la historia de su Iglesia, la serie de los trabajos, la regla de sus obligaciones, y la imagen de sus sucesos.... A Dios solo conviene esta manera de enseñar. No ha sido jamas secta alguna participante de este milagro, ni jamas ha producido Apóstoles, estando separada de la Iglesia, y de la comunion romana. Los Novatores, es verdad, han podido pervertir los Cristianos; pero jamas los han hecho. Bajo pretexto de pretendida reforma han podido engañar los Católicos: pero su celo, siempre de acuerdo con sus pasiones, y con sus intereses, no los ha empeñado á abandonarlo todo por la predicacion del Evangelio. No hay Iglesia cristiana, aunque hoy herética, ó cismática, que no reconozca por su Apostol primero á alguno de sus sucesores en la Silla Apostólica.

Peticion, y Coloquio.

Os doy infinitas gracias, o Dios mio, por haberme hecho nacer en vuestra santa Iglesia, ninguna cosa me separará de ella: multiplicad los operarios evangélicos, reunid á ella todas las naciones; y haced que entren de nuevo aquellos que por su desgracia la han abandonado: haced en una palabra, que se forme una grey, un solo rebaño, bajo un solo Pastor. Amen.

MEDITACION XLIX.

SERMON DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. V, v. i, iv.

Observemos primero cuál fue la preparacion para este sermon ; y despues meditemos las dos primeras Bienaventuranzas.

PUNTO PRIMERO.

Preparacion para el sermon.

« Y viendo Jesus las turbas, subió á un monte ; y habiéndose sentado, se acercaron á él sus Discípulos : y abierta su boca, los enseñaba diciendo : » despues de la pesca milagrosa de San Pedro, Jesus, acompañado de sus cuatro Discípulos, continuó su carrera Apostólica. Corrian de todas partes las gentes á tropas por verlo, y oirlo : hallándose un dia oprimido de la multitud, se subió sobre un monte, y sentado abrió su boca para enseñar.

Consideremos lo primero quien enseña : es Jesus, el Verbo de Dios, hecho hombre, la sabiduría

increada, Dios mismo. — Escuchémoslo con respeto, y con atencion.

Lo segundo. *Consideremos el lugar donde enseña*: enseña sobre un monte visible á todo el mundo.... La ley antigua se publicó sobre un monte: y sobre un monte tambien empieza Jesucristo á publicar la nueva: pero esta no es como aquella del Sínai acompañada de truenos, y relámpagos: todo aquí respira amor, y quietud. ¡O Jesus mio! ¡O amable legislador mio!

Lo tercero. *Consideremos á quien enseña*: son todos aquellos, que lo siguen, y quieren escucharlo. — Sentado Jesus, se le acercaron sus Discípulos: esto es, no solo Pedro, Andres, Jacobo, y Juan, sino tambien otros muchos, que hacian profesion de ser sus Discípulos, y de seguirlo en todas partes: detras estaba el pueblo, y todos lo oian con silencio. — Nada nos impide el ir á Jesus: y estaremos tanto mas cerca de él, cuanto mas dispuestos estemos para escucharlo, y practicar su doctrina.

Lo cuarto. *Consideremos la manera con que enseña.* — Se digna de enseñar él mismo.... A los primeros hombres les habia hablado por ministerio de Angeles: á los Judíos en el desierto, por el de Moises: á Moises por el de un Angel: en el antiguo testamento abrió la boca de los Profetas: y despues la de sus Apóstoles; pero aquí habla él mismo. Los oráculos, que hemos de meditar fueron pronunciados por su misma divina boca. ¡Qué

bondad de Jesus! ¿Y qué derecho no tiene él para exigir nuestro reconocimiento, y docilidad?

Lo quinto. *Consideremos la doctrina que enseña*: es el camino de la verdadera felicidad, y de la perfeccion.— Habla Jesus, no para darnos aquellos vanos conocimientos, que no hacen otra cosa, que fomentar la curiosidad de los hombres sin saciarla, y que no nos pueden contentar, ni hacer virtuosos: si bien para darnos la idea de la verdadera felicidad, y los medios de adquirirla. — ¿Y qué otra ciencia nos puede interesar mas á nosotros, que esta? Recibamos, pues, con ansia, y con atencion sus divinas instrucciones: jamas ha podido la sabiduría humana inventar otras semejantes. Suministran ellas la prueba mas convincente; y la apología mas bella de nuestra santa religion contra sus enemigos. Tales leyes, tal doctrina, y tantos secuaces prueban, que el legislador es el hijo, y el enviado de Dios.

PUNTO II.

Primera bienaventuranza.

« Bienaventurados (dijo Jesucristo) los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos....» Unos son pobres de espíritu respecto de los bienes, que hay fuera del hombre. Otros respecto á los bienes, que hay en el hombre. Examinemos estas

dos cosas, despues meditemos las ventajas, que nos traen estos diversos bienes.

Lo primero. Los pobres de espíritu respecto á los bienes, que hay fuera del hombre, se dividen en tres clases. Unos son pobres por eleccion, otros por necesidad, y otros por afecto.

Los pobres por eleccion, que se llaman pobres voluntarios, son aquellos, que con libre renuncia se han despojado de sus bienes, y se han obligado con voto á no poseer jamas sobre la tierra cosa alguna en propiedad, y á servirse solo de ellos con dependencia. Si aquellos sentimientos de despego de las cosas del mundo, de humildad, y de mortificacion con que se debió hacer una tan generosa renuncia perseveran aun en ellos: estos se pueden llamar verdaderamente *pobres de espíritu.*

Los pobres por necesidad son aquellos, que por la condicion de su nacimiento, ó por algun accidente ordenado por la providencia, hallándose escasos de bienes, ó privados del todo de ellos, viven en estrechez, ó experimentan los rigores de la necesidad. Si estos contentos con su suerte, la sufren con humildad, y resignacion, sin desear trocarla, y sin envidiar la de los ricos, se pueden llamar tambien *pobres de espíritu.*

Finalmente los pobres por afecto son aquellos que por una especie de necesidad, se hallan en medio de las riquezas: si estos las poseen sin apego del corazon, sin orgullo, y sin inquietud por aumentarlas: si estan dispuestos á perderlas con pa-

ciencia: si se sirven de ellas con temor, con sobriedad, y moderacion; si las emplean en socorro del prójimo, en la propagacion de la fe, en el servicio de Dios, y no en el fausto, ni en el lujo, ni en las delicias de una vida viciosa: estos se pueden llamar con razon *pobres de espíritu.* — ¿En qué clase de estos pobres estamos nosotros?

Lo segundo. Hay pobres de espíritu en orden á los bienes, que estan dentro del hombre. — Tres especies de bienes se pueden considerar dentro del hombre, de que lo debe despegar la pobreza de espíritu. Los primeros son los bienes del cuerpo, como la belleza, la sanidad. Lo segundos son los bienes naturales del alma, como la ciencia, las luces, los talentos; y aquello, que por medio de estos adquieren los hombres, como el crédito, el amor, y la estimacion. Los terceros son los bienes sobrenaturales del alma, que no son necesarios para nuestra perfeccion; como las consolaciones espirituales, los gustos sensibles, las dulzuras de la devocion. — Como un pobre recibe con reconocimiento la limosna de las manos de su bienhechor, debemos recibirlos de las de Dios, cuando nos los conceda: debemos poseerlos con humildad, como propios de Dios, y no nuestros: nos debemos servir de ellos con temor, y siempre á gloria de Dios: debemos sufrir su pérdida con resignacion; y pensar, que no fueron criados para nosotros, sino para Dios; á Dios solo nos hemos de apegar, y no á sus dones. Si nosotros nos esforzamos á adelantarnos

cada dia mas en esta pobreza de espíritu, en esta entera privacion de nosotros mismos, mayor será entonces nuestro aprovechamiento en la perfeccion, y en los caminos de Dios.

Lo tercero. De la felicidad de los pobres de espíritu. — Son bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos.... El reino puede significar:

Lo primero. *En el Cielo*: la posesion de Dios, y de toda su gloria, de todas sus delicias, de toda su eternidad, á la que los pobres de espíritu tienen un derecho asegurado por el mismo Dios. — ¡Qué ventaja! ¡Qué cambio! Un poco de tierra, cuya inquieta posesion dura un momento, con un reino eterno.

Lo segundo. *En nuestros corazones*: la gracia santificante, la justicia habitual, el estado de la gracia, por quien reinan en nosotros Dios, su amor, y su justicia, este es el reino, que poseen los pobres de espíritu, en que procuran cada dia establecerse mas, perfeccionarse, y enriquecerse por medio de las obras de piedad, de virtud, y con el santo uso de los sacramentos, mientras que los ricos del siglo apegados á los bienes de la tierra, viven olvidados de Dios, y con una conciencia, por lo comun, cargada de pecados, y de injusticias.

Lo tercero. *En la Iglesia*: el Evangelio de Jesucristo. — Este reino de Dios ha sido anunciado á los pobres de espíritu: ellos solos lohan recibido, y con simplicidad conservan la fe.... Pero al con-

trario, el amor de las riquezas, el temor de perder su fortuna, ¡o! ¡y á cuántos Paganos ha impedido el abrazar el cristianismo! ¡á cuántos Hereges el volver al gremio de la Santa Iglesia! ¡y cuántos, que se glorian de Católicos, por el desreglado afecto á los bienes de la tierra, descuidan de todo aquello que mira á la fe; no toman por ella algun interes, y no la defienden, aun cuando estan en la actualidad estrechamente obligados! ¡desgraciadas riquezas! ¿quién habrá que no os tema, y no os aborrezca? ¡santa pobreza! ¿quién habrá, que no os ame, os busque, y os desee? ¡feliz, y santo despego de cuanto no es Dios! — Mirad Cristianos; esta es la primera máxima de religion, que Jesucristo anuncia: la primera bienaventuranza, que nos propone. Puestos en posesion de esta, con facilidad conseguiremos las otras.

PUNTO III.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

El segundo caracter de un Cristiano fiel es la mansedumbre: aprendamos á conocerla en toda su extension.

Lo primero. *Consideremos en qué consiste la práctica de esta virtud:* y primeramente, cuál es la manera de practicarla: ella debe ser cristiana: tener por principio la caridad, y la humildad; no el genio, el temperamento, el interes, el deseo de agra-

dar, ó de engañar: debe ser sincera, y no fingida ni aparente: debe mostrarse en toda la persona; en el semblante, en los gestos, en las palabras, en el tono de la voz: y sobre todo, debe tener su asiento en el corazon. — ¿La mansedumbre que nosotros practicamas tiene este caracter? — Segundo. ¿En qué ocasiones se debe practicar? — Estas son frecuentes, y cotidianas. La mansedumbre se debe ejercitar tanto en las cosas pequeñas, como en las grandes, que ocurran; sufriendo cualquiera cosa adversa, y desagradable, sin alterarse, y sin irritarse. Preveamos, pues, estas ocasiones y estemos siempre dispuestos á practicarla.— Tercero. ¿Con qué personas debemos nosotros ejercitar la mansedumbre? Con nuestros superiores, con nuestros inferiores, con nuestros iguales, con los grandes, con los pequeños, con todos los hombres en general, y con cada uno en particular. Todos tienen derecho á que nosotros suframos cuando nos molestan, y nos causan algunos disgustos, porque del mismo modo nosotros queremos que nos sufran los otros.

Lo segundo. *Examinemos cuáles son las excusas con que pretendemos cubrir los de la mansedumbre.* Primeramente: el objeto que nos molesta; él es tan desagradable, y tan incómodo, que nos parece imposible, ó á lo menos difícil, el poderlo sufrir: pues con todo, el caracter de la mansedumbre es vencer las dificultades: sin ellas la mansedumbre no seria virtud, y por consiguiente, no tendria

algun mérito. — Segundo : se alega por excusa el propio natural : yo soy, dice uno, naturalmente vivo. ¿Pero qué? ¿Pretendemos acaso nosotros practicar las máximas de Jesucristo, solo cuando son conformes á nuestro natural? Él nos pide que venzamos este natural; que pongamos un freno á nuestras pasiones; que nos moderemos en nuestros prontos; que se destruyan los malos hábitos; y que se sustituyan los buenos : para esto es necesario usar violencia; no haciéndola, en vano nos lisongeamos de ser sus Discípulos, y de tener parte en su recompensa. — Tercero : el celo por el buen orden : mas el verdadero celo está lleno de mansedumbre. Si alguna vez toma un tono severo; lo hace sin ímpetu de cólera, y sin amargura. — ¡Ah! No despreciemos una virtud, que Jesucristo pone aquí en un grado el mas elevado : virtud tantas veces recomendada; y de que él mismo ha dado tan esclarecidos, y perfectos ejemplos. Se lisongean algunos, que el faltar á esta virtud, sea solo culpa ligera, pero se engañan, porque no ven el escándalo, que causa un espíritu austero : no ven la llaga mortal, que hace en el corazon del prójimo una palabra dura, áspera, y mortificativa.

Lo tercero. *Meditemos el premio prometido á la mansedumbre.* — Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra... Esto es la tierra de los vivientes, la tierra prometida; el Cielo donde en una eterna paz gustarán las dulzuras de un perfecto amor. Poseerán tambien la tierra, esto es, el

imperio de su corazon. Nuestro corazon es en cada uno de nosotros, una tierra, un reino, en que continuamente se sublevan mil sediciosos movimientos, los cuales reprimidos desde el principio de la mansedumbre, podemos poseer en paz nuestra alma, y en el alma al Dios de la paz. — Si esta paz no reina en nuestro corazon, no puede reinar el espíritu de Dios, con cuyo socorro conseguimos la victoria de nuestras pasiones : con razon, pues, Jesucristo se ha servido de esta expresion, *ellos poseerán la tierra.* Sí, sobre esta tierra, que nosotros habitamos, por medio de la mansedumbre, podemos grangear las ventajas, que en vano buscaremos en otra parte : cuántas conversiones estrepitosas : cuántos establecimientos religiosos ha obrado la mansedumbre, los cuales, sin ella, no se hubieran podido esperar? ¿No es la mansedumbre la que ha puesto al cristianismo en la posesion de toda la tierra, poseida tanto tiempo por los Paganos?

Peticion y Coloquio.

Sed en adelante, o Jesus mio, mi modelo; enseñadme á ser, como Vos, manso, y humilde de corazon; á poseer mi alma, y á desterrar de mi espíritu la inquietud, y la aspereza de mis palabras : dadme una afabilidad enemiga de las contiendas, de las quejas; la mansedumbre, que se gana todo el mundo : dadme una paciencia, que jamas se canse :

concededme tambien, que me despoje de todas las cosas, á lo menos en el afecto, para practicar la pobreza evangélica, para quien Vos reservais los tesoros de vuestra misericordia. Amen.

MEDITACION L.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. V, v. v, vii.

PUNTO PRIMERO.

Tercera bienaventuranza.

« Bienaventurados los que llora, porque ellos serán consolados... » En la opinion de los hombres las lágrimas son la porcion de los infelices; pero en el juicio del Hijo de Dios son el indicio de la felicidad... Conviene, pues, examinar de qué origen dimanan estas, para saber cuando se tiene derecho á esta bienaventuranza: para esto se pueden distinguir tres diferentes lágrimas: primera, lágrimas de la naturaleza: segunda, lágrimas de la religion: tercera, lágrimas de la oracion.

Primera. *De las lágrimas de la naturaleza.* — Consideremos primero quien son aquellos que por la naturaleza estan condenados á las lágrimas. ¡Ay

de mí! todos los hombres, ninguno exceptuado; el mundo está lleno de afligidos, que lloran. Las lágrimas brotan por todas partes: ¡y oh! ¡de cuántos, y cuán diferentes motivos vienen exprimidas! La pérdida de los bienes, del honor, de la salud: la muerte de los parientes, y de los amigos; la envidia de los concurrentes; la persecucion de los enemigos, y otros mil motivos de afliccion hacen derramar en todas las condiciones de personas lágrimas amargas, que solo se pueden endulzar por la religion.

Consideremos lo segundo, ¿qué medios deben practicar para ser bienaventurados aquellos, que lloran por la necesidad de la naturaleza? —Estos son bienaventurados, si se sirven de sus aflicciones para apartarse de las criaturas, y unirse con Dios: si reconociendo sus penas, como venidas de la mano de Dios, las sufren con paciencia, y resignacion; con espíritu de penitencia, y para satisfacer por sus pecados; llegando hasta sufrirlas con amor; y reconociendo, que Dios los castiga, y los purga, haciéndolos semejantes á su hijo.

Consideremos lo tercero, ¿en qué son bienaventurados los que así lloran? Son bienaventurados « porque serán consolados. » — Lo serán en el Cielo, de donde está desterrado todo motivo de afliccion, y donde poseerán en Dios una perfecta felicidad. — Lo serán sobre la tierra, por medio de las internas consolaciones, de las gracias particulares, por las cuales conocen, que tiene Dios pesadas

sus lágrimas, y medidas sus aflicciones; y porque viven seguros, estan contados por Dios todos sus suspiros; y porque esperan, que serán abundantemente premiados. — Lo serán tambien sobre la tierra, por medio de consolaciones exteriores: porque si Dios los aflige por una parte; multiplica por otra sus favores; pues Dios ordinariamente no permite, que todas las aflicciones vengan de un golpe, y por todas partes sobre una persona. ¡Pero ingratos de nosotros, que nos lamentamos de él, por los bienes de que nos priva; y lejos de agradecerle los bienes de que nos colma, abusamos de ellos para ofenderle, y condenarlos!

Segunda. *De las lágrimas de la religion.* — Y en primer lugar, ¿quién son aquellos, que por la religion estan condenados á las lágrimas? — Primeramente son todos los Cristianos, que en virtud de las promesas hechas en el santo bautismo, han renunciado á las pompas, á las fiestas, á las alegrías; y á las vanidades del mundo: despues aquellos, entre los Cristianos, que ó viviendo en el siglo, ó habiéndose por eleccion de estado, separado de él, profesan una vida mas santa, y mas perfecta.

En segundo lugar, ¿qué cosa deben practicar estos para ser bienaventurados, si instruidos del espíritu de su vocacion, y conservándolo detestan las felicidades mundanas, aborrecen el fausto, el orgullo del siglo; huyen los placeres, las alegrías, y las delicias del mundo; y entablan, por el con-

trario, una vida seria, retirada, ocupada, laboriosa, y penitente.

En tercer lugar, ¿en qué son estos bienaventurados? — Son bienaventurados »porque serán consolados. » — Serán consolados en el Cielo, donde gozarán una alegría pura, y proporcionada á su penitencia, á su fervor, y á sus lágrimas. — Serán consolados sobre la tierra, gustando cuanto tiene de consolante una buena conciencia en todos aquellos que cumplen las obligaciones del cristianismo, y de la perfeccion. — Y serán consolados tambien sobre la tierra, por la estimacion, por la confianza, y por el amor, que se conciliarán de las personas honestas, y buenas; esto les dará corage y ánimo, para sufrir el peso, y para soportar el rigor, sin que por esto sea el motivo, ó la recompensa de su virtud.

Tercera. *De las lágrimas de la oracion.*— ¿Cuáles son estas lágrimas? — Innumerables son los manantiales, que nos abre la oracion. — Lágrimas de celo, á vista de los males, que sufre la Iglesia: de los escándalos, que se cometen; de los ultrages, que se hacen á Dios por los pecadores; á vista del número infinito de almas, que se abandonan á una vida desordenada, y se condenan para siempre. — Lágrimas de penitencia, á vista de nuestros pecados, y de nuestra cotidiana infidelidad. — Lágrimas de tristeza; considerando la duracion, la miseria, y los peligros de nuestro destierro. — Lágrimas de compasion, meditando las penas, los

tormentos, y el sufrimiento de Jesucristo. — Lágrimas de devocion, adorándolo en la Eucaristía. — Lágrimas de ternura recibiéndolo en la comunion. — Lágrimas de amor, contemplando la suma amabilidad de Dios, la grandeza, y la inmensidad de sus beneficios. — ¿Pero quién podrá contar todos los manantiales de lágrimas, que el Espíritu Santo hace brotar en un corazon fiel, y docil á sus operaciones?

Son bienaventurados todos aquellos, que derraman tales lágrimas « porque serán consolados. » — En el Cielo, donde se enjugarán todas las lágrimas, y donde plenamente, y para siempre gozarán del Dios de toda consolacion. — En la muerte, la cual será para ellos llena de dulzura, y que será un ensayo de los bienes eternos, que tanto han suspirado. — Serán tambien consolados en sus mismas lágrimas. ¡Ah! ?Quién podrá decir, cuál es la dulzura de las lágrimas, que hacé correr el amor divino? Si conociéramos su precio, y su amabilidad, no tendriamos dificultad de arrojar de nuestro corazon toda vana alegría, por solo llorar: á las lágrimas consagrariamos todos los momentos libres de nuestras ocupaciones, ellas serian nuestro manjar por el dia, y por la noche nuestra bebida; ellas serian todas las delicias de nuestra vida.

PUNTO II.

Cuarta bienaventuranza.

« Bienaventurados aquellos, que tienen hambre, y sed de justicia; porque ellos serán hartos. »

Consideremos lo primero. *¿ Qué cosa se debe entender por este bien de la justicia, que tanto se debe desear?* — La justicia en este lugar significa el hábito de todas las virtudes, y el cumplimiento de todas nuestras obligaciones. Nosotros la llamamos santidad, perfeccion, gracia santificante, amor de Dios, y union con Dios. Y así como se puede crecer cada dia en esta justicia, debemos desear adquirirla, y crecer en ella cada dia. La justicia tomada en este sentido, es nuestro único bien : él solo es el que nos pertenece; y que es todo entero, intrínseco, é inherente á nuestra alma, la cual recibe de ella la nobleza, la grandeza, la belleza, y la riqueza. Todos los otros bienes estan fuera de nosotros; nosotros podemos ser despojados de ellos á pesar de nosotros mismos : tal es la ciencia misma; tales son los talentos, de que el alma tiene solo el uso transitorio : el capital está, como en depósito en los órganos del cuerpo, del cual una sola fibra, que se desconcierte, basta para perderlo todo, y hacerlo desaparecer. — La justicia es un bien puro, y sin mezcla; todos los otros traen consigo su veneno :

la ciencia hincha; los placeres nos hacen afeminados; los honores nos deslumbran; las riquezas nos endurecen el corazon: pero la justicia encierra en sí todas las virtudes, y se opone á todos los vicios.— Finalmente la justicia es un bien eterno, pero no imperdible. ¡Ay de mí! Muchas veces se pierde, y siempre por nuestra culpa, siendo de su naturaleza eterno, é incorruptible. La muerte nos despojará de todos los otros bienes, sin que nos quede cosa alguna; pero la muerte nos dejará nuestra virtud toda entera, y aun la hará mas perfecta. ¿Pues no es una grande locura el afanarnos, y desear con tanta constancia, y ardor los bienes de la tierra, y no desear los solos verdaderos de nuestra santificacion, y de nuestra perfeccion?

Lo segundo. *Qué cosa es el deseo de la justicia; y cuál debe ser?* — Este deseo debe ser vivo, y ardiente, como la hambre, y la sed: debe formar toda nuestra ocupacion; seguirnos en todo lugar, y arder en nuestro corazon dia, y noche. Debe sofocar todos los deseos contrarios, y dominar todo aquello, que no se puede unir con él. Este deseo debe ser operativo, y eficaz, como la hambre, y la sed: debe hacernos estar atentos á todas las ocasiones, que se nos pueden presentar de santificarnos, solícitos á buscarlas, y prontos á cogerlas, y aprovecharnos de ellas. Se debe hallar en todas nuestras acciones, en todas nuestras palabras, y en todas nuestras empresas, y acciones. ¿Qué no se hace, qué no se resuelve por poder satisfacer, y

apagar la hambre y la sed? Finalmente este deseo debe ser bien regulado, y racional, como la hambre, y la sed son en un hombre sano. No nos debemos formar ideas quimericas de una santidad, que no nos conviene : se debe restringir á la esfera de nuestro estado, y entonces practicando todos los dias las mismas buenas obras, podremos todos los dias crecer en santidad, y en perfeccion. Ni debemos tampoco desear vivamente dones sublimes, y extraordinarios, como son los raptos, las revelaciones, y los gustos sensibles; sino limitarnos al mas precioso de todos los dones, que es hacer la voluntad de Dios, y hacerla todos los dias en una manera la mas generosa, la mas interna, y la mas pura. Finalmente no debemos pretender, aun ejercitando las virtudes de nuestro estado, llegar á ser impecables : deseemos sí, y procuremos huir de todo pecado, y aun de toda imperfeccion; pero si cayésemos en alguna culpa, como caeremos cada dia, no nos conturbemos, no desesperemos : humillémonos, condenémonos á la penitencia, purifiquémonos, estemos atentos sobre nosotros mismos, y continuemos á desear la justicia con mayor ardor.

Lo tercero. *¿Qué cosa es, y dónde se halla la saciedad, y la hartura de la justicia?* — Se encuentran en el deseo mismo de la justicia. — Los deseos profanos atormentan, é inquietan el corazon, que se abandona á ellos : porque su objeto está ausente, está lejos, es dificil, y algunas veces imposible de conseguirse, y siempre incapaz de satisfacer, aun

cuando se posee. El deseo de la justicia, por el contrario, llena al alma de consolacion, porque contiene, y suministra su objeto: deseando amar á Dios, y unirse con él, ya lo amamos, y ya nos hemos unido á él. ¡Feliz deseo, que es la posesion del bien, que se desea! Deseemos, pues, sin cesar crecer en la justicia, y en la perfeccion, que sin cesar nosotros creceremos en ellas: en todos los accidentes, y en todas las acciones de la vida se halla esta saciedad, esta hartura. Procurando nosotros santificarnos en todas las cosas, en todas nos santificaremos. Ninguna cosa en el mundo nos lo puede impedir; antes todo puede contribuir, y todo nos puede ayudar.

Hállase esta hartura en la doctrina del Evangelio, tal cual la ha recibido la Iglesia, y nos la explica á nosotros. En ella encuentra el alma recta, y que busca la justicia de qué satisfacerse plenamente. Encuentra la verdadera idea de la sanidad, sus reglas, motivos, medios, y perfecto modelo. Ninguna cosa fuera de ella puede satisfacer, ni poner tranquila el alma, ni en esta, ni en la otra vida. Se halla esta hartura en el uso de los Sacramentos, fuentes de las gracias, y de la justicia, y sobre todo en el sagrado convite de la Eucaristía, en que recibimos al justo por excelencia, que quiere él mismo ser nuestra justicia. ¡Bienaventurada una alma hambrienta de este manjar divino, y sedienta de esta preciosa bebida! Aquí se saciará su hambre, y se apagará su sed á proporcion de la hambre, y

sed con que llegue. Dilatemos, pues, nuestros deseos: cuanto estos serán mas grandes, tanto mas satisfechos quedarán. A la medida de nuestros deseos seremos participantes del bien, que se nos presenta; jamas podremos agotarlo, siendo infinito. ¡O feliz deseo! ¡O hambre! ¡O sed deliciosa! Devorad mi alma para que pueda saciarse á su gusto en este manantial infinito de bienes, y de delicias. Finalmente se hallará esta hartura, esta saciedad en el Cielo, donde exentos para siempre del pecado, separados para siempre de los pecadores, y admitidos á la compañía de los justos, viviremos con ellos en el reino de la justicia, y poseeremos, sin temor de perderlo, al Dios autor de toda justicia.

PUNTO III.

Quinta bienaventuranza.

« Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.... » Se puede socorrer al prójimo: primero en sus necesidades corporales: segundo en sus necesidades espirituales: tercero en sus defectos.

Lo primero. *De la misericordia con el prójimo en sus necesidades corporales:* dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar los encarcelados, asistir á los enfermos, dar posada á los peregrinos, rescatar los cautivos, y enterrar los muertos, son las obras de misericordia

— ¿Y de qué manera las ejercitamos nosotros? ¿Nos aprovechamos de las ocasiones, que se ofrecen para ejercitarlas? ¿Las practicamos nosotros segun nuestra posibilidad, y segun la necesidad del prójimo, como quisiéramos, que se hiciese con nosotros, si nos halláramos en sus mismas circunstancias, y como deseamos que Dios lo haga con nosotros? Ahora, pues, ¿cómo ejercita Dios con nosotros las obras de misericordia? Nos ha proveido de bienes, nos ha dado con qué alimentarnos, con qué vestirnos; gozamos de salud, y de libertad, y nos ha dado habitacion en que alojarnos, y acaso con magnificencia: pues demos á Dios gracias porque nos ha colmado de tantos bienes, y reflexionemos, que no nos los da para nosotros solos: que no se puede hallar en ellos felicidad mayor, ni podemos sacar de ellos mayores ventajas, que con hacer participantes tambien á los infelices, y corresponder de esta manera á sus designios: esto es, imitando su bondad, acrecentando nuestro mérito, y mereciendo para nosotros la abundancia de sus gracias.

Lo segundo. *De la misericordia en socorrer al prójimo en las necesidades espirituales.* — Las obras de misericordia espirituales son principalmente, corregir con prudencia, y caridad al que yerra, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos, dar buen consejo al que lo ha menester, rogar á Dios por los vivos, y por los difuntos. — ¿Cómo ejercitamos nosotros estas obras? ¿Cuántas veces

dejamos de reprender por vileza, y por respetos humanos, ó solo lo hacemos por capricho, por espíritu de crítica, y con aspereza? ¿Estamos nosotros atentos para instruir aquellos, que dependen de nosotros? Si no los instruimos ¿tenemos cuidado, á lo menos, de hacerlos instruir en los misterios de la religion, y en sus obligaciones para con Dios? ¡Ay de mí! ¡Cuántos se contentan solo con verlos instruidos en las ciencias profanas, y en la ciencia del mundo! ¿Presentándose las ocasiones, damos nosotros lecciones de piedad, de virtud; ó por el contrario, lecciones de vanidad, de impiedad, de irreligion, y de libertinage? ¿Y cómo escuchamos nosotros las aflicciones de nuestros prójimos? ¿Quién sabe si en lugar de consolarlos, no los desechamos, y acrecentamos su afliccion?.... ¿Los consejos, que nosotros damos, son segun el mundo, ó segun el Evangelio: para la salvacion, ó para la ruina de las almas! ¿Finalmente satisfacemos en nuestras oraciones, y con las que podemos grangear de otros, á las obligaciones, que tenemos para con los difuntos, y para con los que aun viven? ¡Ay de mí! En vez de esta misericordia tan expresamente repetida, y recomendada en el Evangelio, ¡cuánta crueldad, y cuánta inhumanidad en toda nuestra conducta! — ¿Pero de qué manera ejercita Dios con nosotros estas obras de misericordia? — Nos reprehende con remordimientos saludables, y llenos de dulzura. Y nosotros ¡cuántas veces hemos buscado todos los medios para sofocarlos en nos-

otros; y acaso tambien en otros! Nos ha hecho nacer en el seno de la Iglesia, y en ella nos ha rodeado de luces, y de instrucciones. Pero ¡o Dios! las hemos despreciado por dedicarnos á las ciencias frívolas é inútiles; ó acaso, por recibir lecciones del mundo, del error, y de la impiedad. Dios está siempre dispuesto á oirnos, y consolarnos en nuestras aflicciones ¿pero si no recurrimos á él, sino á las criaturas; y en estas buscamos el consuelo, no tendrá motivo de lamentarse? Mil inspiraciones nos iluminan todos los dias, y nos excitan al bien. Mas ¿cuál es nuestra fidelidad en seguirlas? ¡Ah! Demos gracias á Dios porque hasta ahora no ha retirado enteramente de nosotros su misericordia, aun á vista de nuestra ingratitud: y para merecerla siempre mas, estemos siempre atentos á ejercitarla con nuestros prójimos.

Lo tercero. *De la misericordia en sufrir al prójimo en sus defectos.* — Muchas cosas debemos sufrir en el prójimo, y de parte del prójimo. Hay injurias atroces, y faltas de atencion considerables, á que se debe conceder un generoso perdon: mas frecuentes son las faltas ligeras, y se necesita olvidarlas, y sufrirlas: se deben disimular otros muchos defectos, de genio, de modales enfadosos, y desagradables. ¿Y cómo ejercitamos nosotros estas obras de misericordia? ¿Perdonamos las injurias con sinceridad, y sin deseo de venganza? ¿Olvidamos las ofensas sin fomentar la memoria en nuestro espíritu, sin exagerarlas en nuestra imaginacion,

sin exasperar nuestro resentimiento en el corazon, sin hacer mencion de ellas en nuestros discursos; y sin dar parte á aquellos, que juzgamos poder indisponer contra quien nos ofende? — ¿Soportamos los defectos del prójimo, sin notarlos afectadamente, sin hacerlos ver con ojos malignos, y sin hablar con desprecio? ¿Creemos nosotros que jamas ofendemos á nadie, y que no tenemos defectos, que nos sufran los otros? ¡Ah! ¡Cuánta necesidad tenemos de que Dios ejercite con nosotros su misericordia!

Peticion y Coloquio.

¡O Dios mio! ¡dónde estaria yo ya en este punto sin vuestra divina bondad!... Enormes delitos, y sin número; ofensas multiplicadas todos los dias, defectos considerables, continuas imperfecciones, maneras desagradables, y opuestas á vuestra santidad, forman el plan de toda mi vida: y esto es lo que me arrojaria en los horrores de la desesperacion, si no supiese, que vuestra misericordia es infinita. Para derramar sobre mí todos sus efectos, solo me pide, que yo use de misericordia con los otros. Vos me lo perdonareis todo, si yo todo lo perdono. Vos mismo me lo habeis asegurado: ¿Y quién soy yo para compararme con Vos? ¡O dulce ley! ¡O ventajosa condicion! ¡O Jesus! Quiero ejercitar en toda tu extension la misericordia, para participar de vuestra eterna misericordia. Amen.

MEDITACION LI.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. V, v. VIII, XII.

PUNTO PRIMERO.

Sexta bienaventuranza.

« Bienaventurados los de limpio corazon; porque ellos verán á Dios... » ¿ Qué cosa es la pureza del corazon? ¿ Cuáles son los prejuicios, que se forman contra esta virtud? ¿ Y cuáles serán finalmente sus recompensas ? Examinemos por partes esta materia.

Lo primero. *¿ Qué cosa es, y en qué consiste la pureza de corazon ?* — Tres grados se distinguen en la pureza de corazon. — El primero, es el estado de gracia, que pertenece á la vida purgativa. En este primer grado un corazon puro es un corazon acrisolado, y purgado de la mancha del pecado

mortal, y apartado de todo afecto al pecado venial, de manera, que reina en él el amor de Dios : y en él habita la gracia santificante : esto se llama *ser justo.*

El segundo grado es un estado de virtud, que pertenece á la vida iluminativa. En este segundo estado está un corazon puro, del cual se han extirpado los hábitos malos para sustituir otros santos, de manera, que en él ya estan mortificadas, y sujetas las pasiones, y con facilidad practica la virtud : esto se llama *ser virtuoso.*

El tercer grado es un estado de santidad, que pertenece á la vida unitiva. En este tercer grado un corazon puro es un corazon despegado de todas las criaturas, y unido solo á Dios. Ninguna criatura lo puede mover; solo Dios lo mueve : no halla otro gusto, ni otro placer, otra consolacion, otro dolor, otra tristeza, otro deseo, otro temor, otro afecto, y amor, que segun Dios, por Dios, y por el cumplimiento de su santísima voluntad : esto se llama *ser santo.*

Contentarse con el primer grado, ó verdadero, ó pretendido, sin aplicarse eficazmente á adquirir los otros dos, se llama estado de tibieza, estado peligrosísimo en el negocio de la salud. Nuestro corazon es como un centro, donde todo va á parar. Nuestros sentidos exteriores se complacen en extenderse por todas partes, y llenarse de mil impuros objetos, que penetran despues hasta el corazon: es necesario tener en esclavitud los sentidos, y en-

cadenarlos, para poder permitirles solo lo necesario. Nuestro espíritu, nuestra imaginacion, y nuestra memoria son facultades inquietas, que sin cesar envian mil vapores, cuya malignidad va á parar al corazon.

Es necesario tenerlas sugetas, y ahuyentar con imperio todo pensamiento, toda imaginacion, y todo recuerdo, no solo desreglado, ó peligroso, sino tambien inutil. El corazon finalmente es un terreno ingrato, que las mas veces produce solo espinas, y veneno; afectos desordenados, deseos injustos, intenciones pecaminosas: conviene arrancar, sin compasion, hasta la última fibra, estas impuras producciones, y desarraigarlas tantas cuantas veces renacen.

Lo segundo. *¿ Cuáles son los prejuicios, que se forman contra la pureza de corazon?* — Primer prejuicio: *vivir de esta manera es un vivir triste, é infeliz.* — ¿Pues qué? ¿Nuestra felicidad puede venirnos del pecado, de las pasiones, ó de las criaturas? ¿Acaso no son estos los principios, y el origen de todas nuestras penas, de todos nuestros afanes, y de todas nuestras desgracias? ¿No nace de este cruel imperio la funestísima, y durísima esclavitud, que experimentamos? ¡O Dios! ¡Qué dulzura gusta un alma, que ha roto sus lazos, que se ha puesto en libertad, y que solo está unida á Vos! — Segundo prejuicio. *Una tan continua atencion es casi imposible.* — ¿Pero la gracia no hace todas las cosas posibles? Hubo Santos, hubo almas puras de

todas las condiciones, y aun de aquella en que nosotros nos hallamos, que siguieron una vida semejante: es verdad que se encuentran dificultades, y que para adquirir esta pureza de corazon, se requieren atenciones, y aplicacion; pero sin dificultades no se consigue bien alguno. Tienen su dificultad las ciencias, y las artes: mas las dificultades no impiden el adquirirlas, y aprenderlas. Estas dificultades se allanan á proporcion de los progresos, que se hacen; y en fin el gusto de haberlas vencido recompensa la fatiga, que ha costado el vencerlas. Lo que al principio parece imposible, se hace facil con el uso. Por otra parte, estas dificultades nos suministran un medio de dar á Dios testimonio de nuestro amor, y por dificil que sea lo que viene mandado, por el amor, es dulce, y facil. — Tercer prejuicio: *Esta perfecta pureza de corazon no es de precepto.* — Antes es de precepto indispensable; y de precepto, que esencialmente deriva de la grandeza, y de la santidad de Dios. De hecho, ¿no basta una, aunque mínima impureza para cerrarnos el Cielo, donde nada entra, ni puede entrar manchado? ¿y para purgar nuestra alma, se requiere algo menos, que las llamas del purgatorio? ¡Ah! Entonces se comprenderá cuál ha sido la locura de cambiar algunas penas ligeras, que purificándonos aquí, hubieran tambien aumentado nuestra corona, con aquellos suplicios, que se sufren allá, como puro castigo, sin que le agraden á Dios, y sin mérito alguno nuestro.

Lo tercero. ¿ *Cuáles son las recompensas para los puros de corazon?*—Aquellos, que tienen puro el corazon *verán á Dios*. Lo verán en sus obras; en el establecimiento, y conservacion du su Iglesia; en los santos libros, que contienen sus oráculos, y en todos los acaecimientos, que son efecto de su providencia: le verán en sus internos favores: sí, las luces, las consolaciones, las delicias sobrenaturales que Dios se complace de tiempo en tiempo inundar un corazon puro, tienen tanto de divino, y de inefable, que en su comparacion, son horrores, y tormentos todas las delicias de la carne, y del mundo. Finalmente lo verán en sí mismo en el Cielo. Entonces, cuando los dolores de la última enfermedad, los sacramentos, las preces, y oraciones de la Iglesia habrán acabado de purgar esta alma; entonces, cuando una muerte santa habrá sellado, con la perseverancia final, su fidelidad; vendrá ella á ser admitida á ver á Dios cara á cara; á gozar de él, y á amarlo con un amor beatífico, y eterno. ¡O recompensa digna de la bondad de un Dios! — ¿Creeré yo que hago mucho, por mas que haga, para poseerla? ¡O pureza de corazon, qué preciosa eres, y qué digna de todas mis atenciones!

PUNTO II.

Séptima bienaventuranza.

« Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.... » Examinemos cuáles son las obligaciones del hombre pacífico, tanto por lo que mira á la paz pública, cuanto á la paz privada, y doméstica, y en qué consiste su bienaventuranza.

Lo primero. *¿Cuáles son las obligaciones del hombre pacífico, por lo que toca á la paz pública?* — El amor de la pública paz exige, en primer lugar, atencion para no turbarla nosotros mismos. Para no turbar la paz, y tranquilidad del Estado, de una comunidad, obedezcamos á las leyes, y á aquellos que mandan, sin quejarnos, sin criticar, y sin lamentarnos. Para no turbar la paz de la Iglesia sometámonos á sus leyes, y á las decisiones de sus Pastores, sin buscar cavilaciones, y equívocos. Para no turbar la paz del público, no lo importunemos con nuestras particulares quejas, con escritos, y y con manifiestos, con apologías, ó sátiras, que no sirven de otra cosa, que de desunir los espíritus, y fomentar partidos. En segundo lugar, el amor de la pública paz pide celo, para restablecerla, cuando está turbada. Para contribuir á esto, debemos no tomar algun partido entre los particulares: decla-

rarnos siempre á favor de la obediencia, y de la sumision debida á la potestad legítima; y finalmente procurar, ofreciéndose la ocasion, y segun el grado de nuestra autoridad, dulcificar los espíritus, y hacerlos entrar otra vez en su deber, y en los caminos de la paz. En tercer lugar, el amor de la pública paz pide paciencia, y oracion. No pudiendo nosotros contribuir en cosa alguna para su restablecimiento, contentémonos con gemir, suplicar á Dios, y orar. Si fueren inútiles nuestros lamentos, estemos en silencio, y pensemos en sacrificarnos. Aun cuando la paz fuese desterrada de toda la tierra, nada nos impedirá el tenerla en nuestro corazon, con nosotros mismos, y con Dios.

Lo segundo. *¿Cuáles son las obligaciones del hombre pacífico, en orden á la vida privada, y doméstica?* — Debe en primer lugar estar atento á no turbarla por sí mismo, á reprimir su índole, á medir sus palabras, y á regular sus acciones de manera, que no falte á alguna de las obligaciones de respeto, de urbanidad, de caridad, debidas al prójimo. En segundo lugar, necesita tener celo para contribuir al restablecimiento de la paz entre aquellos, que la han perdido: celo lleno de dulzura, y de caridad, para sosegar los espíritus, unirlos, reconciliarlos. Lleno de prudencia, para no entrar en quejas, que de nada sirven para el bien de la paz. En tercer lugar, debe hacer sacrificios, para conservar la paz con aquellos, que la turban; sacrificio de sus derechos, de su reputacion, y del

punto de honor. No ama la paz, quien nada quiere sacrificar al bien de la paz. — ¡Ah! De ahora en adelante tengamos por regla, el no responder á cada palabra, el no dar fe á ciertas relaciones, el no atender á los malos tratamientos, el no resentirnos de las ofensas, y el no hacer alguna resistencia á las pretensiones. Nos mirará acaso el mundo como necios, y sin espíritu, como viles, é insensatos, como culpables, y viciosos. Pero ¡ah! dejemos decir al mundo, y pensemos en las palabras de Jesucristo.

Lo tercero. *¿Cuál es la felicidad de aquellos, que son pacíficos?* — Son felices, lo primero porque son hijos de Dios, de quien cumplen la voluntad, siguen el ejemplo, y hacen bendecir su nombre. Los que turban la paz son al contrario, hijos del demonio, de quien siguen las inclinaciones, imitan las obras, y promueven los designios. Lo segundo son felices, porque serán reconocidos por hijos de Dios, no solo sobre la tierra por las personas honestas, y de bien, cuyo juicio es siempre de una grande consolacion, sino tambien por los malos, y por los perversos el dia del juicio final: *estos son*, dirán, *aquellos que hemos maltratado, y despreciado, que mirábamos, y reputábamos como insensatos, ¡de qué gloria estan rodeados! Miradlos ahora en el número de hijos de Dios.* ¡Ah? Nos engañamos, nosotros somos los insensatos. Lo tercero son felices, porque serán tratados como hijos de Dios, y admitidos á la heredad del Padre Celestial,

donde gozarán una paz perfecta, deliciosa, y eterna; mientras que aquellos, que la habrán turbado, tendrán por habitacion un lugar de horror, y de suplicio, donde reinará una guerra eterna, y un eterno desorden.

PUNTO III.

Octava bienaventuranza.

« Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia: porque de estos es el reino de los *Cielos*... »Examinemos en qué consiste esta persecucion del mundo, ó sea contra la virtud de los justos, ó sea contra el celo de los Apóstoles, y meditemos las ventajas de esta persecucion para los hombres apostólicos.

Lo primero. *Persecucion del mundo contra la virtud de los justos.*— Hay varias especies de esta persecucion. Primera: *Persecucion abierta*, para la que se emplean amenazas, violencias, y malos tratamientos, para inducir al pecado, y alejar de la virtud, y de la piedad; ó hacer abandonar la profesion de una vida retirada, y perfecta.— *Persecucion maligna*, porque se desacredita, se hace ridícula, y se exponen al desprecio, la virtud, y los virtuosos.— *Persecucion hipócrita* por la que, bajo el pretexto de oponerse á los defectos, y á los abusos, se declama contra la devocion, y contra los

devotos; poniéndose de aquí las miras contra los Eclesiásticos, y los Religiosos. ¡Ah! Si estos declamadores tuvieran verdaderamente compasion, ¿cómo publicarian los defectos, que á las veces se hallan aun en las personas buenas? Gemirian antes, que hablar, ó hablarian en otros términos, en otros sitios, en otro tono, y de una manera menos injuriosa, y menos general. Segunda. Observemos la gravedad de los delitos de los perseguidores: ultrajan los amigos de Dios, cuyas oraciones debieran solicitar. ¿Mas creerán ellos, que Dios no tomará venganza? Son ministros del demonio, y cooperadores de su odio, y de su envidia contra los hombres, ocasionando la ruina de las almas, entre las cuales muchas no tienen ánimo para entrar en el camino de la virtud, y otras para perseverar. Se cierran á sí mismos el paso, para volver á Dios, y se ponen en un estado de endurecimiento, de que no habrá cosa alguna, que pueda retirarlos. ¡Ah! Guardémonos de ser de este número. Si no tenemos ánimo para ser fervorosos, no tengamos á lo menos la flaqueza de aborrecer á aquellos que lo son, antes bien procuremos amarlos, y estimularlos, y cuando se presente ocasion seguir su partido. Tercera. ¿Cuál es la felicidad de los perseguidos? No os desanimeis vosotros, que sois el objeto de la persecucion del mundo; antes alegraos; porque ella establece en vosotros el reino de Dios, y de su gracia; os asegura la posesion del Evangelio, cuyas leyes seguís: os da derecho al reino de los Cielos, á

donde se llega por el camino del padecer, y finalmente porque ya os toca á vosotros este reino.

Lo segundo. *Persecucion del mundo contra el celo de los Apóstoles.* — « Bienaventurados sois (continúa Jesucristo) cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo por causa mia... » Las otras bienaventuranzas las propone Jesucristo en una palabra: pero en esta insiste, y la declara; porque era de suma importancia para su Iglesia, é igualmente necesaria á los Apóstoles, para sostenerse en su ministerio, y á los fieles para reconocer á los Apóstoles. Infeliz Jerusalen, que perseguiste é hiciste morir los profetas, tu endurecimiento ya se completó, y es irremisible! ¡Ah! Guardémonos de hacernos participantes de su pecado: honremos á aquellos que padecen, y sufren por Dios, por la religion, y por los intereses de la virtud, y cuando sea necesario defendamos su causa. Bienaventurados nosotros, si de algun modo nos hacemos participantes de sus oprobios.

Lo tercero. *Las ventajas de la persecucion para los hombres apostólicos.*— « Gozaos, y alegraos (continúa Jesucristo) porque vuestra recompensa es muy grande en los Cielos; pues así han perseguido tambien á los Profetas, que fueron antes que vosotros... » La primera ventaja, que trae la persecucion á los varones apostólicos es de preservar su virtud de los escollos de la vanidad, y del amor propio, de la disipacion, y del amor del mundo,

de la seguridad, y de la relajacion. — La segunda ventaja es de aumentar, y acrecentar su recompensa. ¡O! ¡y cuán grande será ella en el Cielo! Felices perseguidos, alegraos sin término solo de pensar en una tan grande felicidad: os convida Jesucristo mismo á que os alegreis. ¡O! ¡y cuán digna es de envidia vuestra suerte! — La tercera ventaja es de poner el colmo á su gloria. La persecucion ha hecho á los Apóstoles semejantes á los Profetas; y hace los hombres apostólicos, semejantes no solo á los Profetas, y á los Apóstoles, sino tambien á Jesucristo... No os desanimeis, pues, en vuestras persecuciones, Ministros del verdadero Dios; miradlas como glorioso patrimonio de vuestra mision; porque si de este os priva... ¡Ah! temed que esta calma funesta sea efecto de vuestra flojedad, y ociosidad, y de vuestras complacencias por el mundo, por sus vicios, y por sus errores. Temed, que sea para vosotros ocasion de relajacion, y de corrupcion: temed que el mundo, que si no os persigue, será porque vosotros no le contradecís, bien presto os despreciará: y finalmente el Señor irritado de vuestra vileza, sustituirá otros operarios mas fieles que tomen sobre sí las persecuciones, que vosotros rehusais, y os quiten la corona, que no habeis tenido el valor de merecer.

Peticion y Coloquio.

¡O Dios mio! ¿con qué para vivir en vuestro santo temor, y en la piedad, debo esperar el pesar mi vida en el desprecio del mundo? ¡qué gloria para mí, si tengo por enemigos solo los vuestros! ¡o Jesus mio! ¡feliz si puedo sufrir alguna cosa por Vos, que tanto habeis sufrido por mí! Todos los males, que yo puedo sufrir, sean siempre, o Señor, el efecto de mi fidelidad, y de mi amor por la justicia, pero no el efecto de vuestra justicia divina. Dadme el espíritu de paz, para con los enemigos mismos de la paz: un espíritu de bondad, de afecto, de cuidado, y de ternura para con todos los hombres, un espíritu de union, que me aplique incesantemente á reunir los corazones, y los espíritus: á desterrar la discordia, á componer las diferencias, y á sofocar la zizaña. Finalmente dadme, no solo con los otros, sino aun tambien conmigo mismo, aquella paz, que sobrepuja todo entendimiento, y que no puede dar el mundo. Purgad, con vuestro santo espíritu, mi corazon, o Dios mio: encended en él el fuego de vuestro amor: haced, que siempre ilustrado con su luz, é inflamado de su ardor, siga en mis costumbres, y en mi vida aquella inocencia, y aquella pureza de alma, que solo es digna de vuestro amor aquí en la tierra, y que sola debe poseeros para siempre en el Cielo. Amen.

MEDITACION LII.

DEL CUMPLIMIENTO DE LA LEY.

San Mateo. c. V, xiii, y xx.

Jesucristo nos enseña aquí: primero, cuáles son los medios: segundo, cuál es la obligacion: tercero, los motivos de cumplir con la Ley.

PUNTO PRIMERO.

Medios para cumplir la Ley.

Los medios para cumplir con la Ley se sacan del ministerio de los Apóstoles, y de los Pastores. Las órdenes, que Jesucristo ha encargado á sus Ministros, y los privilegios, con que los ha honrado, son todos á nuestro favor, y los medios, que se deben emplear para cumplir las órdenes recibidas miran tambien á nosotros mismos.

Lo primero. *Jesucristo ha revestido de su autoridad á sus Apóstoles, para corregir, y reprender.* « Vosotros sois la sal de la tierra, que si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? Ya no es buena

para cosa alguna, sino para ser echada fuera, y pisada por los hombres.... » Los Apóstoles, y los Pastores son la sal de la tierra, para que nos preserven de la corrupcion del pecado, con la sabiduría de sus consejos, de sus exhortaciones, y de sus correcciones, con la predicacion, y con la administracion de los Sacramentos. Es sublime su empleo; pero no deja por esto de ser para ellos peligroso; porque si cae el Pastor ¿quién lo levantará? si falta ¿quién lo corregirá? si se extravía ¿quién lo volverá otra vez á entrar en camino? si pierde el gusto á su estado, y á su deber ¿quién se lo volvera?... ¿No será, pues, este arrojado de Dios, y despreciado de los hombres, como una sal fatua, insípida, inutil, que deberia arrojarse en los caminos, para que fuese pisada por los pasageros? ¡oh! ¡y cuán dificil es la conversion de un Sacerdote, que ha abandonado á Dios! A sus primeras caidas se seguirá la ceguedad, y la dureza del corazon. Mas si quieren estos vivir en el temor, y en la humildad, mediten las amenazas de Jesucristo. Nuestra obligacion es examinar con qué docilidad, con qué diligencia, y con qué reconocimiento recibimos esta sal, que no se nos niega, y qué fruto sacamos.

Lo segundo. *Jesucristo ha confiado á sus Apóstoles, y á los Pastores su doctrina para enseñar:* « vosotros sois la luz del mundo; no puede estar escondida una ciudad edificada sobre un monte · ni se enciende la antorcha, y la meten bajo del ce-

lemin, sino sobre el candelero, para que dé su luz á toda la gente de casa... » Los Apóstoles, y los Pastores son la luz del mundo : luz segura, que guia los hombres á su fin, á Dios, á la verdad, á la felicidad eterna. — Toda otra luz, que venga de otra parte, que tenga otro origen, es error, es tinieblas, y guia seguramente al precipicio : luz universal, que ilumina todo el mundo, y que deben seguir todos los hombres. Luz pura, que no sufre division, ni mezcla : luz sublime, elevada sobre los sentidos, sobre los prejuicios, sobre la razon : luz resplandeciente, visible á todos los ojos, que la quieran ver, y que solo no ven los que se distraen con obstinacion por no verla. El cuerpo de los primeros Pastores, la doctrina católica, y apostólica : la Iglesia que enseña es aquí comparada por Jesucristo á una ciudad situada sobre un monte, que no se puede esconder. No podrán jamas llegar á ella los torbellinos de polvo, que el mundo se esfuerza á levantar contra ella. Estos no sirven de otra cosa, que de cegar á aquellos, que los lavantan. Cualquiera, que tenga el corazon recto, no puede deslumbrarse ; ve sin oscuridad la Iglesia fundada por Jesucristo ; sigue constante, y sin dudar su enseñanza, y se sujeta sin restricciones á sus órdenes. Cada Iglesia particular viene comparada en este lugar á una casa, y está sujeta á su Pastor, cuya enseñanza es la antorcha que debe estar sobre el candelero para alumbrar á toda la gente de casa. ¡Ay *del Pastor, que por temor* tiene escondida la luz

bajo del celemin! ¡Ay si la deja apagar, con no conservar la comunicacion con el cuerpo de los Pastores, que es la luz del mundo! pero esta siempre subsiste, y basta para iluminarnos: ahora bien ¿caminamos nosotros al resplandor de esta luz? ¿seguimos esta doctrina?

Lo tercero. *Jesucristo ha comunicado á los Apóstoles, y á los Pastores su santidad para edificar.* « Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos.... » No habria tenido éxito feliz la predicacion de los Apóstoles, aunque acompañada de milagros, si no hubiera ido acompañada tambien de la santidad. ¿Qué éxito pues tendrá la predicacion de un Pastor de Almas, de un Ministro de la Iglesia, si privada de la compañía de los milagros, lo está tambien de la virtud? El gran medio de persuadir es dar buen ejemplo: mas el precepto de edificar con una vida santa, no se ha dado solamente á los Pastores: tambien á los padres, á las madres, á los señores, y señoras, y tambien á todos los fieles en particular. — ¿Cómo, pues, imitamos nosotros á los Apóstoles, y á los Santos? ¿Cómo nos aprovechamos de los buenos ejemplos que nos dan? ¿Cuáles son los ejemplos, que nosotros damos? ¿En nuestras buenas obras tenemos siempre en mira la gloria de nuestro Padre Celestial, ó acaso aquella que nos podemos merecer para nosotros mismos?

PUNTO II

Obligacion de cumplir la Ley.

Esta obligacion se funda sobre la naturaleza de la misma ley, que es una ley divina, cristiana, é invariable.

Lo primero. *Ley divina.* « No habeis de creer (dice Jesucristo) que he venido á desatar la ley, ó los Profetas: no he venido á desatarla, sino á cumplirla.... » Esta ley tiene su origen en Dios, y no puede venir de otra parte; porque solo Dios conoce perfectamente lo que el hombre debe á Dios; lo que debe á sí mismo; y lo que debe á aquellos, con quienes el Criador le ha ordenado, que habite.... Esta ley la ha revelado Dios á los Patriarcas, y la ha estampado en el corazon de todos los hombres; pero los hijos de los hombres se olvidaron de la revelacion, y borraron en sí mismos la estampa, para quebrantarla con mayor audacia, con mayor insolencia, y con mayor tranquilidad.... La escribió despues Dios de su misma mano en las tablas, que dió á Moises; pero los Israelitas descuidaron de su leccion, y de su práctica: los Profetas autorizados por Dios frecuentemente renovaban su memoria, explicaban sus obligaciones, y tuvieron cuidado de dejar en sus escritos estos testimonios de su celo.... Estos preceptos de la moral

son invariables, contenidos en la ley, explicados por los Profetas, á que Jesucristo frecuentemente llama, *la ley*, *y los Profetas:* y esta divina ley tomada en este sentido, es la que nuestro Señor no ha venido á desatar, y de la que encarga aquí la entera observancia.

Lo segundo. *Ley cristiana;* esto es, renovada por Jesucristo en su Evangelio: explicada, y establecida por Jesucristo en toda su extension, en toda su pureza, y en toda su santidad, y aun perfeccionada por el mismo Jesucristo, para proporcionarla al culto mas perfecto, que ha establecido entre los hombres.... Con razon, pues, dice Jesucristo, que no ha venido á destruir la ley divina, sino á proponérnosla en toda su plenitud, en toda su extension, y en toda su perfeccion.

Lo tercero. *Ley invariable, é indispensable.* « Porque en verdad os digo, que si no pasa el Cielo, y la tierra, no caerá un ápice solo de la ley hasta que todo se cumpla.... » Mientras tanto que subsistirán los Cielos, y la tierra, mientras tanto que habrá bajo del Cielo y sobre la tierra hombres capaces de conocer á Dios, subsistirá, y obligará la divina ley de Jesucristo: tendrá fieles observadores hasta el fin de los siglos: y ni uno de sus preceptos, aunque sea el mas ligero, será quebrantado impunemente. — Jesucristo protesta, que ninguna cosa de su ley se pasará en olvido: y con todo eso, ¡oh, ¡y cuántas infidelidades! ¡cuántas prevaricaciones! dice la verdad Jesucristo, él es autor absoluto, é

invariable, y su palabra será infalible. Pues si deben perecer los Cielos, y la tierra antes que su palabra, y antes que su voluntad, temblemos; y si queremos librarnos de una pérdida inevitable, abracemos, y ejecutemos cuanto él nos manda.

PUNTO III.

Motivos de cumplir con la Ley.

Estos motivos se sacan primero de la desgracia, que experimentan aquellos, que habrán quebrantado la ley, y enseñado á otros á quebrantarla: segundo, de la felicidad de aquellos, que habrán observado la ley, y enseñado á otros á observarla: tercero, de la insuficiencia de las virtudes mundanas.

Lo primero. *Desgracia de aquellos, que habrán quebrantado la ley, y enseñado á otros á quebrantarla.* — « Por tanto, cualquiera, que quebrantara uno de estos mandamientos mínimos, y así enseñara á los hombres, será llamado mínimo en el reino de los Cielos... » Aquí por reino de los Cielos entienden todos los Intérpretes, el juicio final. Ahora pues, si en el juicio será desechado en el último lugar, y debajo aun de los simples trasgresores, el que habrá quebrantado, y enseñado á quebrantar el mas ligero precepto; ó por mejor decir, uno

de aquellos preceptos, que el mundo mira como ligeros; ¿qué será de aquellos, que habrán quebrantado, ó enseñado á quebrantar los mas esenciales mandamientos; aquellos, que aun el mismo paganismo se ha creido obligado á observar? ¿Cuál será la vergüenza de estos engañadores cuando verán millones de almas corrompidas por sus libros, por sus teatros, y por sus pinturas, y las verán condenadas? ¿Qué suplicio deberán esperar, no solo estos, sino tambien aquellos que habrán cooperado á sus pecados, vendiendo, despachando, llevando, comunicando, y publicando estas infames producciones? ¿Y aquellos, que revestidos de autoridad, no habrán tenido suficiente vigilancia, ni suficiente severidad para impedirlo?

Lo segundo. *Felicidad de aquellos, que habrán observado la ley, y enseñado á los otros á observarla.* — « Pero aquel, que habrá obrado, y enseñado; este será tenido por grande en el reino de los Cielos... » Aquellos, que habrán observado la ley, y enseñado á otros; ó sea con su ejemplo, ó sea con sus discursos, serán grandes en aquel último dia. ¡O grandeza digna de envidia! ¿Quién habrá, que dotado de algun talento, se haga insensible á esta gloria sólida, é inmortal? Esforcémonos, segun nuestro estado, no solo á practicar la ley, sino tambien á enseñarla, y á contribuir, segun todas nuestras fuerzas, á establecer en todos los corazones el amor de esta divina ley; que segun la medida de nuestros trabajos, y de nuestro celo, participa-

remos de la gloria, y de la recompensa de los Apóstoles.

Lo tercero. *Insuficiencia de las virtudes mundanas.* — « Porque yo os digo, que si vuestra justicia no fuese mas abundante, que la de los Escribas, y Fariseos, no entrareis en el reino de los Cielos..... » Tres defectos tenia la justicia, esto es, la virtud de los Escribas, y Fariseos, como se infiere de la reprension, que mas adelante les hizo el Señor. Ella era del todo exterior, sin darles cuidado alguno lo interno: limpiaban lo exterior de la taza, y tenian llenas de injusticia las manos. Se atacaba á las cosas menudas, y á las observancias ligeras, y descuidaba de las esenciales: pagaban la décima de la yerba buena, y del tomillo, y no tenian caridad para con Dios, ni para con el prójimo. Finalmente era hipócrita, buscando solo la estimacion de los hombres, y descuidando de la de Dios. Pedian, y estimaban ser vistos; querian ser saludados con respeto, recibidos con honor, y que en las concurrencias los honrasen con los primeros asientos. — Con esta virtud no se entra en el reino de los Cielos. ¿Es la nuestra mas perfecta, mas interior, mas esencial, mas humilde? ¡Ay de mí! Ya no tenemos Escribas, y Fariseos, que corrompan la ley; pero tenemos cristianos mundanos, que la reducen á una aparente, y superficial bondad; y que á las máximas del Evangelio sustituyen las del mundo, que estan ya mas corrompidas que las de los Fariseos. Virtud de mundo, virtud de pompa, virtud

insuficiente para entrar en el reino de los Cielos, virtud fingida, que oculta, y esconde vicios verdaderos, y digna de eterna reprobacion.

Peticion y Coloquio.

¡Ah Dios mio! Quiero aplicarme con vuestra santa gracia á practicar las verdaderas virtudes, que pedís de mí, observando vuestra santa ley en toda su extension, segun la letra, y segun el espíritu; con pureza de intencion, y con entera fidelidad. ¡O ley santa, y adorable! ¡cuán dichoso soy yo de conocerte! ¡Pero infeliz, por haberos quebrantado tantas veces! Perdonad, Señor, mis pecados pasados, dadme el amor de vuestra santa ley para que en adelante ponga en ella todo mi cuidado, y sea la única regla de mi conducta. Amen.

MEDITACION LIII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

Explicacion de los tres preceptos de la ley de Dios, que pertenecen al homicidio, al adulterio, y al juramento.

San Mat c. V, XXI, XXXVII.

PUNTO PRIMERO.

El homicidio.

Primero. *De los pecados prohibidos con el homicidio.* — « Oísteis, que fue dicho á los antiguos, no matarás; y quien matare será reo en juicio: pero yo os digo, que todo aquel, que se enoja contra su hermano, será reo en juicio: y el que dijere á su hermano raca *, será reo en el Concilio: y quien

* *Raca* quiere decir hombre insulso, ó ligero.

dijere tonto, será reo de la Gehenna * del fuego.. » Con este precepto se prohiben los pecados de obra, como el matar, cortar algun miembro, herir, y dar de golpes á alguno sin derecho, sin autoridad, por motivo de cólera, de brutalidad, de odio, de venganza, ó de capricho... Se prohiben tambien los pecados de palabra: palabras de maledicencia, de calumnia, de desprecio, de insulto, y de ultrage, proferidas por odio, por malicia, ó por cólera. Tambien se prohiben los pecados puramente internos; como los movimientos de la cólera, de enfado, y de odio, por los que interiormente nos airamos contra el prójimo, nos alegramos de sus desgracias, deseamos hacerles mal, ó que les venga. Todos estos pecados, sino, que venga la malicia disminuida por cualquiera circunstancia, son gravísimos en el tribunal de Dios. Observemos los grados, que aquí pone Jesucristo.

Explicando los Escribas, y Fariseos este precepto de la ley hablaban solo del homicidio. Todos lo miraban como pecado capital, y digno del juicio. Ahora Jesucristo quiere que la simple cólera, que está en el corazon, sin manifestarse, con palabras ni con alguna accion, sea mirada con los mismos ojos, que miraban los Fariseos el homici-

* *Gehenna* ó *Gehennon* era un Valle ameno cerca de Jerusalen en la falda del monte Moria, donde en algun tiempo sacrificaron los Hebreos al Idolo de Baal sus propios hijos, consumiéndose con el fuego y de aquí se tomó la costumbre de aplicar la misma voz al fuego eterno del infierno.

dio; que es decir, como digna de juicio; esto es, de ser llevada, y presentada á los tribunales de los superiores, que tenian autoridad para condenar á muerte. Quiere tambien que una palabra injuriosa, aunque solo contenga una mediana injuria, cuando se dice con cólera, se mire como uno de los mayores delitos, que eran juzgados por el consejo, ó sea gran sinedrio, que podia solo conocer de los cometidos contra el Estado, y contra la Religion. Finalmente quiere que una palabra, que incluya una injuria atroz, se mire como un delito, para cuyo conocimiento no baste la justicia humana, y para cuyo castigo no sean suficientes todos los suplicios temporales. — Así decide y pronuncia Jesucristo Soberano Juez del universo. ! Qué cosa será pues en su presencia el homicidio? Velemos con mas escrupulosa atencion, no solo sobre nuestras operaciones, sino tambien sobre todas nuestras palabras, para no ofender á ninguno : regulemos tambien todos nuestros movimientos interiores, y aun los mas escondidos en los senos de nuestro corazon.

Segundo. *De la obligacion de reparar enteramente todo el mal, que se ha ocasionado al prójimo.* « Si tú, pues, estás ya para hacer tu oferta en el altar; y allí te viene á la memoria, que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu oferta delante del altar, y ves á reconciliarte primero con tu hermano, y despues vuelve á hacer tu oferta » .... Si has hecho alguna injuria á tu prójimo en sus bie-

nes; si retienes alguna cosa suya, si le has ocasionado alguna pérdida, si le has hecho algun daño, se necesita restituir, é indemnizarlo enteramente. — Si has hecho algun daño á su reputacion, á su honor, á su crédito, se necesita hacer todos los esfuerzos para restituirlo en el grado primero de estimacion, y de honor. Si le has ultrajado, ofendido, ó mortificado, se necesita aplacarlo, y darle satisfaccion: finalmente si crees que tu prójimo tiene alguna cosa contra tí, aunque tú no tengas culpa, aunque tú no le hayas dado algun motivo, no debes perdonar diligencia alguna para quitar su prevencion, destruir sus sospechas, disipar los sombras, que pueda haber, y para restablecer la caridad en su corazon, y hacer revivir entre vosotros dos la union, y la buena armonía. Sin haber procurado de tu parte una sincera reconciliacion, no esperes que Dios reciba tus súplicas, ni tus sacrificios: no pienses que serás admitido al sacramento de la reconciliacion, y menos presumas recibir en la santa comunion el Dios de la paz, y de la caridad, que nos ha impuesto esta ley, y esta obligacion.

Tercero. *De la obligacion de reparar inmediatamente la injuria hecha al prójimo.* — « Acomódate presto con tu contrario, mientras estás con él en camino: no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro, y seas puesto en la carcel »..... Has de acomodar, si puede ser en el mismo dia, la diferencia que hay entre

tí, y el prójimo; has de reparar el daño luego: cuanto mas lo dilates, tanto será mas grande, y mas difícil de satisfacer, y mas considerable, mas profunda, y mas difícil de curar la llaga. — Guárdate de diferirlo á la muerte, que tal vez te vendrá de sorpresa; y entonces por lo regular te ocuparán otros pensamientos: y ó no tendrás toda la libertad, y comodidad para cumplir esta obligacion, ó no lo podrás hacer perfectamente. Tú, y el ofendido sois como dos litigantes, que se encaminan á encontrar su comun juez: antes de llegar componte con tu contrario: mientras estais en el camino, podeis acomodar vuestras diferencias mejor de lo que hará la justicia, cuando llegue á conocer vuestra causa. ¡O! y con qué rigor te juzgará! Si tuvieses la desgracia, ó la imprudencia de dilatar esta obligacion hasta la muerte, en aquel punto, á lo menos, no seas tan temerario, que des un paso así terrible sin poner primero en orden un negocio tan esencial. Piensa que se trata de un todo para tí: que el tiempo aprieta, que los derechos, que has atropellado de tu prójimo, te acusarán en el tribunal de Dios vuestro Juez, y que te condenará con todo el rigor de su justicia.

Cuarto. *Del castigo de aquellos, que mueren sin haber reparado el mal, que han hecho al prójimo.* — « Te digo en verdad (continúa Jesucristo) que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.... » La sola idea de la prision hace temblar, y estremece: pero ¡ay de mí! ¿Qué cosa son las mas

horribles prisiones en comparacion de aquella de fuego á que condenará á los culpados la justicia divina? Si vuestra culpa es venial, no saldreis de la prision antes de haber satisfecho á todo el rigor de la justicia divina: pero si fuese mortal, ¡y o cuán poco es necesario para hacerla tal á los ojos del Soberano Juez! Jamas, jamas saldreis de aquella prision, y de aquel fuego de que está llena; porque no llegareis jamas á pagar vuestra deuda: ni jamas estareis en estado de satisfacer por ella.

PUNTO II.

Del adulterio.

Primero. *Cuán vergonzosos son aun á los ojos de los hombres los pecados de la impureza.* — « Habeis oido que se dijo á los antiguos, no cometerás adulterio.... » Los que estan culpados del pecado de la impureza ¿no admitirian sufrir cualquiera cosa antes que ver descubiertas sus prácticas, y revelado su pecado? Si por acaso se descubre el secreto, con que buscan ocultarlo; ¡qué vergüenza! ¡qué escándalo para el público! ¡qué confusion! ¡qué infamia para ellos! ¡Cuánto se procura evitar semejante deshonor! ¿A qué excesos no llegan algunas madres, á las veces, por cubrir su pecado! Olvidadas de la dulzura de su sexo, y de la propia cali-

dad de madres, aunque á riesgo de la propia vida, no tienen reparo de llegar á un bárbaro parricidio. —¿Qué otro pecado mas que este hace las Confesiones, y Comuniones sacrílegas? ¿Cuántos atormentados de su conciencia, y no pudiendo sufrir el secreto oprobio, de que se sienten cubiertos, van hasta los pies del Sacerdote, sin tener aliento para descubrir la profundidad de sus llagas? ¿Cuántos, aun al descubrir sus pecados, suprimen por vergüenza, circunstancias esenciales, y hacen inutil la ya comenzada, pero imperfecta acusacion! ¡Cuántos combatidos entre el temor de Dios, y la vergüenza, han cedido, vilmente á esta; y se han alejado de los Sacramentos, antes que animarse á hacer la necesaria Confesion de sus abominaciones! Los cómplices mismos entre sí, y en el secreto de sus desórdenes, se avergüenzan de su prostitucion, y de sus excesos. Ellos mismos, en aquellos intervalos en que se deja oir la razon, no pueden por menos de despreciarse, de aborrecerse, y de detestarse mútuamente... Aun los mismos libertinos, que á las veces se glorian de no tener pudor ni vergüenza, se llenarian de confusion, si el público supiese la historia de los horrores á que se han abandonado. El Ateista, y el Deista, aunque insensibles á tantos otros oprobios, de que estan cubiertos, no lo son á este; y se querrian persuadir que este vergonzoso vicio no tiene nada que ver con su irreligion. Ahora, pues, ¿si este pecado es tan infame á los ojos de los hombres, qué cosa será á

los ojos de Dios? ¿Qué cosa será á los ojos de Dios un alma manchada de estos pecados, que causan horror á los pecadores mismos?

Segundo. *Cuán poco basta para hacernos culpables de impureza á los ojos de Dios.* — « Pero os digo, que cualquiera que mira una muger para desearla, ya ha cometido en su corazon el adulterio con ella.... » Bastan para llevar el adulterio en el corazon un pensamiento detenido con complacencia, ó con reflexion, un deseo consentido, ó una mirada acompañada de deseos: mas si es adúltero el que mira de esta suerte ¿será inocente aquella que de propósito provoca á que la miren? ¡Ay de mí! ¡Cuántos pecados secretos hay que se descuidan, y sofocan en nosotros mismos! El orgullo, el deseo de conservar nuestra reputacion, el temor de comparecer imprudentes, y desarreglados, serán acaso el motivo: pero si el temor de Dios no penetra nuestra carne, y sujeta todos nuestros sentidos, nuestro corazon bien presto quedará culpado; y manchado el corazon, ya hemos perdido la inocencia, y el honor á los ojos de aquel que ve todo el corazon.

Tercero. *El sacrificio, que se debe hacer para preservarse de la impureza.* — « Y si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo, y arrójalo de tí; porque es mejor para tí que perezca uno de tus miembros, que el que sea arrojado: todo tu cuerpo en el infierno: y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela; y arrójala lejos de tí; porque es mejor para tí que

perezca uno de tus miembros, que el que vaya todo tu cuerpo al infierno... » Esto es, á cualquiera costa por grande que sea, debes renunciar con un generoso sacrificio todo aquello que es de tu estimacion, y te es mas necesario en el mundo, si en ello hubiese ocasion de caida, y de escándalo : y esto aunque fuese, por decirlo así, tu ojo ó tu mano derecha. ¿Te atemoriza por ventura esta proposicion? ¡Ah! Advierte, y reflexiona, que se trata de evitar el infierno. ¿En semejante caso se deberá tener respeto á lo mas amado, y á lo mas necesario? Aquí se trata de procurarte una vida eterna : ¿á este precio podrás hallar alguna cosa, que sea muy dificil? ¿No te debe por el contrario parecer todo ligero? Tu sacrificio no solo debe ser generoso, sino tambien entero. No se debe poner alguna demora, ni tener algun respeto. — Arráncate el ojo ; córtate la mano. Esto es, arranca de tu corazon aquellas inclinaciones, aquellos objetos, que las fomentan ; y pierde hasta la memoria de ellos.—Rompe aquellos empeños, aquellos lazos, corta aquellos placeres, aquellos divertimientos : huye aquellas compañías, que son el escollo de la inocencia. — Finalmente tu sacrificio debe ser irrevocable de suerte, que ya en adelante nos tengas la libertad de retratarlo. Arrancado de su lugar el ojo, cortada la mano, es necesario arrojarlos lejos de tí. — No basta quitar de los ojos del prójimo aquellos libros, aquellos versos, aquellas canciones, aquellas pinturas ; es necesario echarlos

al fuego. Si el mundo entero te escandaliza, pon entre tí, y el mundo una muralla insuperable. ¡Ah! ¿No será mejor para tí vivir eternamente en el Cielo, despues de haber estado en el mundo desconocido, y mortificado, que arder eternamente en el infierno, despues de haber gozado en el mundo de tu libertad, de tus placeres, ó por mejor decir, despues de haber estado en el mundo esclavo de tu pretendida libertad; y despues de haber sido la víctima de tus pretendidos placeres?

Cuarto. *Con cuanta severidad castiga Dios la impureza.* — No hablamos de las penas con que la castiga en este mundo, son gravísimas, y muchas veces se hacen públicas, como el oprobio, y la infamia, que suelen redundar en toda una familia, la disipacion de los bienes, y la total ruina de una casa, las enfermedades, y males horribles, que despues de haber cruelmente, y por largo tiempo atormentado el cuerpo, lo llevan á la tumba; el castigo mas severo está reservado para cuando comparezca en el tribunal de Dios un corazon manchado de una impureza mortal, y ¡ay de mí! es condenado, para ser arrojado en las llamas del infierno, para arder allí eternamente. — Tiembla, y se horroriza á esta palabra el deshonesto, se turba, grita, y pregunta. ¿Qué proporcion hay entre un suplicio eterno, y un gusto momentáneo! Por esta razon de proporcion entre el gusto, y la pena, seria tambien necesario negar la existencia de las penas temporales, que se originan de la impureza; pues estas exceden

con mucho á los placeres, que se han gustado: y con todo estas penas existen, y destruyen este especioso argumento. Mas los decretos de Dios no van regulados por la debil luz de la razon: Dios solo conoce de qué naturaleza es el pecado: y cuál debe ser el castigo de una criatura, que desobedece á su criador, que desprecia igualmente su autoridad, su amor, sus recompensas, y sus amenazas. Dios solo conoce la fuerza, que se necesita oponer á nuestra depravacion; y qué amenazas se deben hacer, para aterrar á los pecadores. ¡Ah! ¡cuántos santos son deudores al terror, que inspira el pensamiento del infierno, de haber llegado á la posesion del sumo bien, ó por una entera inocencia, ó por una sincera penitencia! ¿Y por qué nosotros no los imitamos? ¿Por qué no nos privamos de aquellos placeres, de que conocemos la nada, y la brevedad, para preservarnos de aquellos suplicios, que segun nosotros son tan desproporcionados? ¿Por qué no nos aplicamos á merecernos la recompensa eterna, que nos está prometida, y que ciertamente tambien poquísima proporcion con los sacrificios, que de nosotros pide Dios, aun cuando á nosotros nos parezcan de grande peso?

PUNTO III.

Del juramento.

Primero. *Del juramento por el santo nombre de Dios.* — « Ademas oísteis (continúa Jesucristo) que se ha dicho á los antiguos, no perjurarás: mas cumplirás al Señor tus juramentos. » Pero yo os dijo, que de ningun modo jureis. — Veamos primero lo que prohibia á este propósito la ley antigua. Cuanto al juramento, que mira á lo pasado, ó al presente, ó por el que se asegura, que una cosa *es*, *ó fue*, la ley prohibia en términos formales el tomar el nombre de Dios en vano. Esto es, el perjurar, ó jurar en falso por el nombre de Dios. Cuanto al juramento, que mira á lo futuro, por el que se promete, ó se asegura, que una cosa *será*, prohibia el faltar á los votos que se habian hecho al Señor, ó á las promesas hechas al prójimo con juramento; cuando estas obligaciones no contenian algo de injusto, ó de irracional. — De hecho, en estos dos casos el juramento falso es uno de los delitos mas graves, que se puedan cometer; porque se trae con él á Dios por testigo, y fiador; ó por decirlo mejor, por cómplice de la falsedad. Es un delito, que aun en esta vida ordinariamente lo castiga Dios severamente. Veamos ahora lo que á este propósito prescribe la ley de Jesucristo.

La ley nueva da á la antigua toda su extension, y toda su fuerza, y ordena lo primero no jurar absolutamente: esto es, no solo el no hacer juramentos falsos, pero ni tampoco inútiles, aunque sea verdad lo que se jura; porque es un faltar al respeto debido á la Magestad de Dios, emplear la autoridad de su nombre sin necesidad, ó por decir cosas vanas, ó (la que será mucho peor) malas, é ilícitas. Ordena lo segundo no jurar absolutamente: esto es, no solo por el santo nombre de Dios, sino tambien por las criaturas: porque jurar por las criaturas es jurar por las obras de Dios, y esto es jurar en algun modo por el mismo Dios, como continúa despues á explicar nuestro Señor. Ordena lo tercero no jurar en algun modo; pero esto no quiere decir, que no sea jamas lícito el jurar: no podian tomar en este sentido las palabras de Jesucristo los que las oian: sabiendo por otra parte que la Escritura, que él les explicaba todos los dias, ordena jurar cuando es necesario por el nombre del Señor; y que alaba á aquellos, que juran cuando la necesidad lo pide. Ninguno, fuera de algunos Hereges *, han podido sostener este sentido. Estos leyendo la Escritura, sin guia, é interpretándola á su gusto, han encontrado su ruina, donde deberian encontrar su edificacion: justo castigo de Dios por su temeridad: deberian haber tenido atencion al ejemplo de San Pablo, el cual

* Los Anabaptistas, y Wiclifistas.

toma á las veces á Dios en testimonio de la verdad, que anuncia: deberian haber creido á la Iglesia, que aprueba el uso de los tribunales, en que se pide el juramento á los testigos, que son preguntados, y que ella misma pide para asegurarse de la obediencia, y de la fe de aquellos que eleva á alguna dignidad. — Se opondria á la doctrina de la Iglesia el que osase afirmar, que ninguna cosa es mas contraria al Espíritu de Dios, y á la doctrina de Jesucristo que estos multiplicados juramentos.

Segundo. *Del juramento por las criaturas.* — « Pero yo te digo, que no jures de modo alguno, ni por el Cielo, porque es el trono de Dios: ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies: ni por Jerusalen, porque es la Ciudad del gran Rey... Ni jurarás por tu cabeza, pues no puedes hacer blanco ó negro uno de tus cabellos... » Las criaturas nos representan á Dios, y sus divinas perfecciones: esta es la relacion que tienen cuando se emplean en el juramento: no pudiendo las criaturas por sí mismas dar testimonio de la verdad, que nosotros afirmamos: el jurar por ellas, es jurar por el nombre, y por la verdad del mismo Dios; por esto está prohibido lo uno, y lo otro: y en el uno, y otro caso es necesario seguir las mismas reglas. — Siendo de otra naturaleza el juramento que hacemos por nosotros mismos, está tambien prohibido por una razon diferente. El juramento hecho por el nombre de Dios, ó por las criaturas, es una simple aseveracion por la verdad, de que tomamos á Dios por testigo.

El juramento por nosotros mismos á la aseveracion añade la imprecacion, por la cual nos sacrificamos á los castigos, y á la muerte, si decimos la falsedad; y esto justamente está prohibido, porque nosotros no somos dueños de nosotros mismos, sino siervos de Dios nuestro Señor: y el sacrificarnos de tal manera, es disponer de nosotros mismos, cosa, que no podemos hacer sino en el caso que la ley permite.

Tercero. *De la idea de las criaturas relativamente á la contemplacion.* — La idea bajo la cual nos representa el Señor la relacion de las criaturas con Dios, es tan noble, y tan magnífica que puede servir, no solo para hacernos conocer la naturaleza del juramento, sino tambien para elevarnos á Dios por medio de la mas sublime contemplacion. Primero. *El Cielo es el trono de Dios:* allí está sentado Jesucristo á la diestra del Padre Omnipotente: allí está la Santísima Trinidad, el Dios eterno, y único, manifestando toda su gloria, y comunicando toda su felicidad á sus criaturas: respetemos, pues, aquella bienaventurada mansion. Segundo. *La tierra es el escabel de sus pies:* mientras que vivimos sobre ella, estamos continuamente á los pies del trono de Dios: al pie de este trono fue sacrificado el Cordero sin mancha, fue derramada su sangre, y se derrama aun todos los dias ofrecida en sacrificio perpetuo, allí podemos hacer que se oigan nuestras plegarias ,podemos aplacar la justicia del Altísimo, y traer sobre nosotros su misericordia : allí se concede el perdon; y allí se distribuyen las gracias. —

¿ Pues cómo nos atrevemos á profanar un tal lugar con el juramento, y con nuestros desórdenes? Tercero. *Jerusalen es la ciudad del gran Rey*. Jerusalen era el asiento de los Reyes de Judá, y en esta calidad le pertenecia á Jesucristo; ella poseia el solo, y único templo del universo, destinado al culto legítimo del verdadero Dios, y como tal, era la ciudad santa, y el centro de la Religion: todo aquello, pues, que pertenece á Dios, nos debe inspirar un santo, y religioso respeto. — Siendo nosotros dependientes de Dios, é impotentes de volver blanco, ó negro uno solo de nuestros cabellos, no podemos ni aun jurar por nuestra cabeza, porque vendriamos á proferir un juramento vano, inutil, é injurioso á la Magestad Divina.

Cuarto. *De la simplicidad de nuestros discursos*.— « Sea, pues, vuestro hablar, sí, sí: no, no: porque lo demas viene de cosa mala... » No solamente debemos evitar el juramento formal, sino tambien cuanto se le puede asemejar, como muchas palabras en que falta solo una sílaba, ó un acento, para ser un juramento: otras muchas, que ofenden los oidos religiosos, y que ordinariamente se llaman juramentos; y finalmente, todas las expresiones que llevan consigo la exageracion; debemos evitar aquella redundancia de palabras, porque en ella siempre hay algo de malo, de peligro, y de escándalo: porque ella viene del espíritu maligno, y de nuestro enemigo, que busca todas las ocasiones de hacernos caer; y porque procede de un mal principio, que

hay en nosotros: esto es, del orgullo, del fausto, de la presuncion, de la cólera, de la obstinacion, del amor propio, de la avaricia, y del interes. — Examinemos, pues, nuestras palabras, y regulémoslas escrupulosamente con la celestial doctrina de Jesucristo, en cuyo tribunal debemos dar cuenta estrecha, sin que una sola se pueda escapar de su conocimiento, y de su justicia.

Peticion y Coloquio.

Inspiradme, o Dios mio, un religioso respeto á vuestro santo nombre, y á todo aquello que pertenece á Vos. ¡Ah! ¿por qué no puedo yo reparar con mis obsequios, y con mi amor todas las blasfemias, y todos los falsos juramentos, que os deshonran, tanto en vuestro santo nombre, como en vuestras criaturas? Haced, que honrándoos en Vos mismo, y en aquellas cosas, que os representan, esté atento sobre todas mis palabras, de las cuales ninguna haya que no os glorifique. Concededme que os sirva con un cuerpo casto, y que evite todas las ocasiones de pecar, para que me haga agradable á vuestros ojos con la pureza de mi corazon. Hacedme la gracia de sofocar dentro de mí hasta los mas mínimos movimientos de cólera, y de aversion. Imprimid en mi alma una ley de inalterable dulzura: dadme la resolucion de humillarme, para reparar mis culpas: perdonadme todo aque-

llo que he hecho, dicho, ó pensado contra la caridad, y concededme una exacta atencion para serviros en adelante. Amen.

MEDITACION LIV.

CONTINUACION DEL DISCURSO EN EL MONTE.

DE LAS OBLIGACIONES DE UN CRISTIANO PARA CON EL PROJIMO EN TRES DIFERENTES OCASIONES.

San Mateo. c. V, v. xxxviii, y sig.

Cuáles sean las obligaciones de un Cristiano para con el prójimo injusto, y violento: para con el prójimo indiscreto, é importuno: y para con el prójimo enemigo, y perseguidor: aprendámoslas de Jesucristo mismo.

PUNTO PRIMERO.

Obligaciones del Cristiano para con el prójimo injusto, y violento.

« Habeis oido que se ha dicho, ojo por ojo; diente por diente. Pero yo os digo, que no resistais al mal.... » La ley evangélica prohibe á todo hombre privado la ley del Talion; y sustituye reglas de perfeccion, que en ciertos casos llegan á ser de estrecha obligacion.... La ley llamada del

Talion, por la que se hacia padecer al reo el mismo mal, que él habia hecho á los otros, fue establecida por Moises, para regular el juicio de los Magistrados; pero la autoridad, que daba esta ley á los tribunales de la justicia, fue usurpada por los particulares: cada uno se arrogaba el derecho de poder hacer al prójimo todo el mal, que habia recibido de él. A este abuso opuso Jesucristo el precepto de no resistir á la injusticia, y á la violencia. Es verdad que esta nueva ley de Jesucristo no prohibe indiferentemente en todos los casos, ni á todos los Cristianos el recurrir á la autoridad pública, para pedir justicia. Esta ley miraba especialmente á los Apóstoles, y á los Cristianos perseguidos, que muchas veces se han visto en la obligacion de practicarla literalmente; y aun hoy dia se pueden hallar en la misma obligacion los sucesores de los Apóstoles, y los mismos Cristianos. La obligacion, pues, que mira á todos es de revestirse del espíritu de esta ley, y de guardarse, sobre todo, de dar en los extremos opuestos. — ¿No adoptamos nosotros por ventura las máximas, que Jesucristo quiere aquí destruir? ¿No estamos acaso habitualmente dispuestos á dar mal por mal? ¿Cuántos hay, que conservan la memoria de las ofensas hasta que se ofrece la ocasion de vengarse? ¿Y quién sabe si nos contentamos con dar segun la medida del mal recibido, aun en los términos de la ley antigua ojo por ojo, diente por diente? ¡Ah! se siguen por lo comun las impresiones ciegas de la pasion, y del

odio, que no se contentan jamas con los términos de la moderacion. — Examinemos aquí nuestro corazon, y reformémonos segun la ley del Evangelio, porque por ella seremos juzgados. Nuestro Señor despues de haberla propuesto así en general, la aplica á tres diferentes casos, y la explica con tres ejemplos.

Primero. *Cuando seamos ultrajados hasta con golpes.* — « Mas si alguno te hiriere en el carrillo derecho, preséntale tambien el otro.... Confrontemos con esta máxima nuestra paciencia : si los ultrajes, y malos tratamientos, de que nos quejamos, son de esta naturaleza, veamos con qué generosidad los debemos sufrir ; pero si se trata de una palabra, de un gesto, de un mal semblante, de una cosa de nada, que nos ofende; avergoncémonos de vernos tan distantes de la perfeccion del Evangelio , y de tener sentimientos tan opuestos á los de Jesucristo.

Segundo. *Cuando seamos despojados de nuestros bienes, hasta dejarnos perdidos, y arruinados.*— « Y á aquel que te quiere poner pleito, y quitarte la túnica ; cédele tambien el manteo.... » Comparemos nuestra conducta con esta máxima. Si los agravios, que nos hacen, llegan á este exceso, aprendamos con qué desinteres los debemos mirar : pero si nos dejamos llevar de nuestro natural , y prorumpimos en injurias por una palabra, que ofende en un punto nuestro honor, ó nuestra vanidad , ó por una pequeña pérdida, por un daño ligero, por la privacion de una pequeña ganancia , que no nos

quita aun nuestras comodidades, si hacemos formar procesos por cosas de poco valor, ó por un derecho de ninguna consecuencia: ¡ah! reconozcamos cuán lejos estamos de Jesucristo.

Tercero. *Cuando seamos molestados hasta ser tratados como esclavos.* — « Y si uno te obligare á correr por una milla, ves con él otras dos.... » Comparemos nuestros sentimientos con esta máxima: si se nos hacen vejaciones como esta, aprendamos con qué dulzura las debemos sufrir: pero si aquello, que se nos manda, nos viene impuesto por la legítima autoridad; si es conforme á nuestro estado, y á nuestro empleo; si nos es cosa honorífica; si tiene por objeto el bien público, la gloria de Dios, y el alivio del prójimo: con lamentarnos, como solemos hacer, damos bien á entender, que hasta ahora nada hemos aprendido en la escuela de Jesucristo.

PUNTO II.

Obligaciones del Cristiano para con el prójimo indiscreto, é importuno.

Primero. *Cuando se nos pide alguna cosa*, esta es la ley de Jesucristo, que debemos observar: *da á cualquiera que te pida.* — Aun cuando tu prójimo te pidiese un bien, que fuese util para tí; si él juzga que es conveniente para él, dáselo.... Tu desinteres, tu caridad, y la observancia de la ley de Jesu-

cristo serán para tí un bien infinitamente mas precioso que aquello, que le has dado: pero si solo te pide un servicio, un socorro, un consejo, una palabra, una audiencia favorable, un momento de atencion: ¿cómo tienes corazon para negárselo? Examinemos ahora cuantas repulsas damos cada dia contra el espíritu de esta ley de desinteres, y de paciencia, que aquí nos da Jesucristo: y reflexionemos, que nuestros desvíos son aun mas contra la ley de la caridad, si aquello, que se nos pide es algun alivio necesario á la pobreza, al embarazo, ó á la angustia, en que se halla el prójimo. Consideremos que estos son aun mucho mas contra la ley de la justicia, si aquello, que se nos pide es una obligacion de nuestro empleo, ó de nuestro estado, ó una consecuencia de los empeños, que hemos contraido, como si un acreedor nos pide aquello, que le es debido; un criado, que pide su salario, un operario, ó un mercader, que piden su paga.

Segundo. *En orden á dar prestado, esta es la ley de Jesucristo:* « y no vuelvas, ni apartes la cara de aquel, que te pide prestada cualquiera cosa.... » Cuántos pretextos, cuántos rodeos, cuántas falsas escusas para desembarazarnos de aquellos, que nos piden prestado! ¡En todas estas escusas cuántas mentiras! ¡Qué mala voluntad! El prestar á usura es para el avaro un manantial de injustas riquezas; mas el préstamo hecho segun el espíritu del cristianismo, puede llegar á ser para el hombre

fiel un manantial de méritos, cuyos productos serán tanto mas abundantes, cuanto son mas frecuentes las ocasiones de prestar; y tanto mas seguros cuanto menos lisongea esta buena obra el amor propio, y la vanidad.

Tercero. *En otras muchas cosas tenemos aun obligacion de sufrir la indiscrecion, y la importunidad del prójimo:* seamos, pues, compasivos, y suaves; pues así nos lo enseña la ley de Jesucristo.— No temamos ser engañados; porque si alguna vez llegamos á experimentar algun daño, nos lo recompensará el mismo Señor, que dió la ley. Cuando nos hallamos en la imposibilidad de dar al prójimo lo que nos pide, mostrémosle á lo menos nuestra buena voluntad de servirlo, y el dolor que tenemos de no poderlo hacer. Comencemos con no desecharlo con aspereza; guardemonos aun mas de darle en rostro con su indiscrecion, ó de hablar, y lamentarnos con otros: en una palabra, entendamos bien el espíritu de esta ley de amor: regulemonos en todas las ocasiones con el prójimo, como con un hermano tiernamente amado: este es el espíritu de Jesucristo; vistámonos de él, si queremos ser sus discípulos, y participantes de sus mas íntimos favores.

PUNTO III.

Obligaciones del Cristiano para con el prójimo enemigo, y perseguidor.

«Habeis oido (continúa Jesucristo) que fue dicho, amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo: mas yo os digo; amad á vuestros enemigos....» Se abusaba de la ley antigua, que ordenaba destruir las naciones enemigas, é idólatras, aplicándola á las privadas enemistades... La ley no mandaba aborrecer ni aun á los pueblos con quienes se hacia la guerra. — La ley de Jesucristo no prohibe á los pueblos cristianos el armarse para las guerras justas, y necesarias; pero prohibe el aborrecer á alguno; manda amar á todos los hombres, aunque sean enemigos.

Lo primero. *Un Cristiano de nadie debe ser enemigo.* — La enemistad puede estar en el corazon, en las acciones, y en las palabras. *En el corazon*, cuando tenemos odio, antipatía, aversion, y desprecio: cuando nos alegramos del mal, de la afliccion, ó de la humillacion de una persona: cuando nos entristecemos del bien, que se le hace, de su contento y del éxito feliz de sus negocios. — Al levantarse en nosotros estos sentimientos contra alguno, combatámoslos con fuerza, y no estemos tranquilos hasta que del todo los hayamos extirpado de nuestro corazon. — *En las acciones:* per-

siguiendo, afligiendo, mortificando, destruyendo, en cuanto es posible, á aquel que no se ama. ¿Hay alguno que de esta manera sea el objeto de nuestra persecucion? — *En las palabras;* contradiciendo, tratando descortés, ó incivilmente, ofendiendo, criticando, censurando todo aquello que hace, dice, ó emprende una persona, que aborrecemos; descubriendo sus defectos, hablando de ellos, publicándolos, exagerándolos, ó calumniándolos de otra manera. — Cuando hablemos de alguno, preguntémonos á nosotros mismos: ¿hablaria yo así si este fuera un amigo á quien yo amase? Haciéndolo así, de nadie seremos enemigos. Si alguno nos creyese su enemigo, hagamos todos nuestros esfuerzos para desengañarlo: y no nos persuadamos con facilidad, que alguno nos tiene aversion.

Lo segundo. *Un Cristiano á nadie debe tratar como á enemigo.* — « Haced bien á aquellos, que os aborrecen; y rogad por aquellos, que os persiguen, y calumnian... » Esto es, si teneis un enemigo, que no podeis ganar, que manifiesta su odio contra vosotros, que os persigue, que os calumnia; su injusticia no debe alterar en vosotros la caridad; esta es vuestra obligacion: *en el corazon* debeis amarlo: os debeis afligir de su mal, os debeis alegrar de su bien, y desearle otros mayores: *en vuestras acciones*, debeis hacerle bien si se ofrece la ocasion, ayudarlo, socorrerlo, prevenirlo, tratarlo siempre con buen modo: *en vuestras palabras*, solo el bien debeis hablar de él; jamas lamentaros de su mal

proceder con vosotros : hablando con él, lo debeis hacer con dulzura, y en términos que obliguen : finalmente debeis rogar á Dios por él, no solo por su conversion, en lo cual puede acaso haber alguna ilusion, sino tambien por su salud, por su prosperidad, por el feliz suceso de sus negocios. ¡ Ah ! si se observase siquiera una de las dos partes de estas reglas, ¡ cuántas enemistades cesarian !

Lo tercero. *Cuál es el modelo del Cristiano para llegar á esta perfeccion?* Lo primero, debe imitar un modelo divino : « para que seais hijos de vuestro Padre Celestial, que está en los Cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos, y malos; y llueve sobre justos, é injustos... » ¡ Ah ! nosotros, que nos lamentamos de la dificultad de cumplir la ley, que nos intima Jesucristo de amar á nuestros enemigos, pensamos que somos Cristianos, hijos de Dios, adoptados por Jesucristo. ¿ Será acaso mucho el pedirnos que imitemos á nuestro Salvador? Pues veamos con qué bondad este tierno Padre hace resplandecer su luz, y esparce su rocío igualmente en favor de aquellos que lo sirven, y de aquellos que lo ofenden. — ¿ No murió Jesucristo por sus enemigos ? ¿no ha rogado por los que lo crucificaron ? ¿ hasta cuándo hemos de hablar de nuestra flaqueza, sin hacer jamas cuenta con los socorros de la gracia?

Lo segundo. *El Cristiano debe exceder un modelo humano.* — ¿ Por qué si amais á aquellos, que os aman, qué premio tendreis? ¿ No hacen lo mismo

aun los Publicanos? ¿Y si saludais solo á vuestros hermanos, qué cosa haceis demas? ¿No hacen esto mismo los Gentiles...? » ¡Oh! ¡qué modelo, y que ejemplar nos pueden ser los Paganos, los Gentiles, y los Publicanos! —Con todo eso, confrontémonos, y comparémonos con ellos, y hallaremos acaso que no somos mas que ellos. Nosotros amamos á aquellos que nos aman; tenemos buen modo con los que hacen lo mismo con nosotros; fácilmente hacemos bien al que nos lo hace, ó de quien lo esperamos. Ahora, pues, obrando de esta manera, solo por nosotros mismos, solo por el mundo, y nada por Dios, ¿qué recompensa esperaremos? ¿y qué? ¿no esperamos por ventura alguna? ¡No hemos llegado aun á este estado: pero ello es cierto, por lo menos, que si nosotros esperamos nuestra fortuna de los hombres, bajo la condicion de amar al enemigo, nada nos costaria el amarlo: ¿no hará impresion alguna en nosotros una recompensa eterna, que podemos adquirir de Dios al mismo precio? ¡oh! reflexionemos, que si somos insensibles á las recompensas eternas, que nos promete Jesucristo, no podremos evitar los castigos eternos con que nos amenaza.

Lo tercero. *El Cristiano en todas sus cosas se debe proponer un modelo universal.* — « Sed vosotros perfectos, como es perfecto vuestro Padre que está en los Cielos..... » Debemos tener siempre delante de los ojos las perfecciones infinitas de nuestro Padre Celestial, no solo en esta materia, sino tam-

bien en todas las demas virtudes, para obrar, juzgar, y querer como él; y por esta conformidad de acciones, de juicio, y de voluntad, hacernos en todo semejantes á él. ¡ Oh ! esta sí que es una ley verdaderamente dulce, divina, y digna del Hijo de Dios que nos la da.

Peticion y coloquio.

Todo es posible con vuestra gracia, o Dios mio, dádmela : yo os seré fiel ayudado de vuestros divinos auxilios, vuestra misma paciencia será la regla de la mia. No solo sufriré sin resistencia, sin quejas, sin amargura todo el mal que se me haga, sino que estaré dispuesto á despojarme, á dar prestado, á dar, y á amar tambien á aquellos que me habrán hecho mal. Los amaré aun en el mismo tiempo que mas vivamente me muestren su odio : los amaré con un amor sincero, y de afecto; les haré todo el bien que pueda, rogando á Dios que tambien se lo haga. — ¿ Qué hombre me podrá parecer odioso, cuando Vos os interesais en que yo lo ame? ¿ y creeré yo acaso que hago en esto mucho, á trueque de hacerme digno de pertenecer á Vos, como á mi Padre, por medio de la caridad que es el verdadero espíritu de los hijos de Dios? Así sea.

MEDITACION LV.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. VI, v. i, xviii.

DE TRES SUERTES DE BUENAS OBRAS.

Primero, respecto al prójimo, el sacrificio de nuestros bienes con la limosna: segundo, respecto á Dios, el sacrificio de nuestro espíritu con la oracion: tercero, respecto á nosotros mismos con el sacrificio del ayuno.

PUNTO PRIMERO.

Respecto al prójimo, el sacrificio de nuestros bienes con la limosna.

« Mirad que no hagais vuestras buenas obras en la presencia de los hombres, con el fin de ser vistos por ellos: de otra manera no sereis premiados por vuestro Padre, que está en los Cielos: » esto es, huid atentamente los escollos de la vanidad. Las buenas obras que haceis, como la li-

mosna, la oracion, y el ayuno, no las hagais en presencia de los hombres para ser vistos, y para haceros notar: de otra manera serán para vosotros perdidas, y no os merecerán alguna recompensa de vuestro Padre, que está en los Cielos.... Este precepto no es opuesto al otro que arriba dió Jesucristo, de edificar al prójimo con nuestras buenas obras; porque en un hombre que vive bien hay siempre muchas obras buenas que no se pueden esconder. Por otra parte, aun en las buenas obras que se deben hacer públicamente para edificar, ó para evitar el escándalo, no se necesita buscar la propia gloria, sino únicamente la gloria de Dios, y la edificacion del prójimo. Ahora, pues, el medio mas eficaz para asegurarse en estas ocasiones de la rectitud de nuestras intenciones, y de hacer muchas buenas obras en secreto, entre Dios, y nosotros, y fuera de la vista de los hombres es el que enseña Jesucristo.... « Cuando haces la limosna, no suenes la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas, y en las plazas, para ser honrados de los hombres: os digo en verdad que estos ya han recibido su premio: mas cuando tú hagas limosna, no sepa tu siniestra lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea secreta: y tu Padre que ve en lo oculto, te recompensará por esto. »

Primero. *Se necesita hacer la limosna.* — Jesucristo supone que nosotros conocemos este precepto, y que lo cumplimos; pero consideremos aquí con

atencion como lo cumplimos: ¿la limosna que nosotros hacemos corresponde á nuestras fuerzas? Consideremos primeramente que todo lo que tenemos nos lo ha dado Dios, Padre comun de todos los hombres. Sea, pues, mucho ó poco lo que él nos ha dado, él quiere que demos parte de lo que tenemos á aquellos hermanos nuestros que tienen aun menos que nosotros, y que estan necesitados. Si nos ha llenado de bienes, no es ya para que los consumamos en el lujo, en el juego, en los placeres, y en mil cosas superfluas, mientras nuestros hermanos estan en necesidad, y en la miseria. ¡O! ¡y cuántos gastos inútiles pudiéramos escusar si quisiéramos socorrer á los pobres! Nada debiamos gastar para nosotros, sin hacer participantes de ellos á los pobres. — Segundo. Dios recompensa la limosna, él ve lo que damos, ve aquello de que nos privamos, ve la manera, y la generosidad con que lo damos... Es infinita, y eterna la recompensa que nos destina. Ninguno premiará los gastos que hacemos para nosotros: estos van perdidos, perecerán todas nuestras riquezas, y conservaremos solo aquello que hubiésemos dado á Dios, y por Dios... ¿Practicamos una obra tan excelente? ¿Estimulamos tambien á practicarla á aquellos que dependen de nosotros? ¿Les hacemos conocer sus ventajas? Deben los padres Cristianos acostumbrar á sus hijos desde la primera edad á dar la limosna: no son capaces de otra cosa entonces aquellas tiernas manos que de esta buena

obra ; y su corazon no será jamas tan capaz de recibir sentimientos de compasion por las miserias del prójimo. La herencia mas preciosa, que se les puede dejar, es formar en su corazon la caridad ; hacerla crecer en ellos con los años, y hacerles aprender el uso mas glorioso, y mas util de las riquezas.

Segundo. *Se necesita hacer la limosna, sin buscar en ella la estimacion, y los aplausos de los hombres.* — Comprar la estimacion de los hombres al precio de la limosna, es comprarla bien cara : pues es comprarla al precio del Cielo mismo, que debia ser la recompensa de la limosna. ¡O! ¡Cuántas buenas obras nos hace perder el veneno de la vanidad, que en ellas se introduce! Examinemos cuantas cosas hacemos para ser estimados, y aplaudidos de los hombres : reflexionemos que todo esto está ya perdido para nosotros, sin que jamas podamos esperar recompensa alguna de Dios. ¡Ah! ¡Qué pérdida! ¿No es una necedad hacer en sí toda la obra de virtud, y perder al mismo tiempo todo el mérito?

Tercero. *Se necesita hacer la limosna sin tener vanidad en nosotros mismos.* — Escondamos á nuestros propios ojos nuestras buenas obras, no reflexionando sobre ellas, y olvidándolas ; ó pensemos en ellas solo para reprendernos de lo poco que hacemos por Dios, la frialdad con que lo hacemos, y el poco amor con que animamos nuestras operaciones : busquemos por testigo de nues-

tras obras solo á aquel que ha de ser el Juez : si nosotros ahora las tenemos escondidas, aquel Padre Celestial que todo lo ve, y todo lo premia con liberalidad, las hará conocer el dia de la recompensa á todo el universo junto ; y entonces cuanto menos de gloria hubiésemos buscado en la tierra, la recibiremos con mayor abundancia en el Cielo.

PUNTO II.

Respecto á Dios, el sacrificio de nuestro espíritu con la oracion.

Tres defectos que debemos evitar en la oracion. Primero. *La hipocresía.* — « Y cuando hagais oracion no sereis como los hipócritas que aman el orar en pie en las sinagogas, y en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hombres : en verdad os digo, que ya han recibido su premio... » La hipocresía incluye la singularidad, la ficcion, y el respeto humano. Para evitar la singularidad hagamos las oraciones públicas en los lugares destinados para esto ; roguemos con un semblante, y con un exterior modesto, como lo hacen las personas de sólida piedad, sin afectacion, y sin alguna de aquellas maneras capaces de llamar sobre nosotros los ojos, y la atencion de otros. — Para evitar la ficcion tengamos cuidado de orar efectivamente cuando estemos en el lugar de la oracion, y en postura de quien ora : de otra manera, nosotros

engañamos. Para evitar el respeto humano, oremos, porque estamos en la presencia de Dios, y no porque nos ven los hombres: de otra manera perdemos todo el fruto de nuestras oraciones. ¡Oh! ¡Y cuántas oraciones perdidas! ¡Cuántas oraciones hipócritas! Oraciones de presencia, oraciones de cuerpo, oraciones de lengua, en que el corazon no tiene parte alguna: fantasmas de oracion, pura ilusion, tiempo perdido, recompensa perdida. ¡Ah! Reparemos lo pasado con sinceras, y verdaderas oraciones.

Segundo. *La disipacion.* — « Cuando tú harás oracion entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora á tu Padre en secreto: y tu Padre que ve en lo secreto, te dará la recompensa... » O sea que oremos en casa, ó sea que oremos en la Iglesia: se debe evitar toda disipacion, y distraccion. Queriendo orar en casa, elijamos un tiempo libre, entremos en nuestra cámara, cerremos la puerta, y aquí solos con Dios, no pensando en otra cosa, despues de ponernos en su presencia, como si en el mundo estuviera solo él, y nosotros, no teniendo otra cosa delante de nuestros ojos, enderecémosle nuestras súplicas; hablémosle con el mayor secreto, y con lo mas íntimo de nuestro corazon. — ¿Quién sabe si jamas hemos probado á orar de este modo? ¡Ah! ¿Cuántas horas, en que no tenemos, ó sabemos qué hacernos, ó que empleamos inútilmente, podriamos consagrar á un ejercicio tan santo? El tiempo no se habria perdido: Dios nos veria en esta soledad, y nos prepararia una recompensa en el Cielo; y

nos daria un gusto anticipado sobre la tierra por medio de las internas consolaciones de que habria inundado nuestra alma. Orando en el lugar público de la oracion, entremos en el secreto de nuestro corazon; cerremos todas las puertas de nuestros sentidos; no oyendo nuestros oidos otra cosa que el servicio divino; no viendo otra cosa nuestros ojos que las sagradas ceremonias que lo acompañan; no profiriendo otra cosa nuestra lengua que las alabanzas divinas que se cantan: aquí nos verá nuestro Padre Celestial, aquí nos distinguirá, aquí nos recompensará. ¡Oh! ¡Y cuán comunes son las quejas, á proporcion de las distracciones, que nos sobrevienen en el tiempo de la oracion! ¿Pero qué hacemos nosotros para impedirlas? Nos ponemos en oracion, sin preparacion, sin precaucion, y aun sin pensar en lo que vamos á hacer; pensando solo en hacer todo lo posible por desocuparnos de una obligacion que nos pesa: vamos á la oracion con un corazon todo disipado, lleno de mil profanos objetos que de ninguna manera procuramos desechar de nuestro espíritu: en el lugar de la oracion, nos tomamos la libertad de verlo todo, de notarlo todo, allí nos atrevemos á hablar, allí entablamos conversacion, y despues nos lamentamos de las distracciones. ¡Ah! Lamentémonos de nosotros mismos. Nuestro Padre conoce, sí, conoce nuestra debilidad, y escusa las distracciones que no tenemos enteramente libertad de evitar; pero aquellas que provienen de nuestra flojedad, de nuestro poco

respeto, y de nuestro poco amor á él, no podrán jamas escusarse en su presencia.

Tercero. *La multitud de nuestras palabras.* — No querais en vuestras oraciones usar de muchas palabras, como los Gentiles que piensan que por mucho hablar serán oidos... » Nos prohibe nuestro Señor en estas palabras la abundancia de las palabras en nuestras particulares peticiones, como contrarias al espíritu de la misma oracion. Un corazon humilde, y aniquilado habla poco; cuanto mas se habla menos se ora. No saliendo del corazon las palabras que se pronuncian, es lo mismo que si no se orase : el discurso, y la oracion son dos cosas muy diferentes : aquel es obra de la imaginacion, y del espíritu, esta del corazon, y de un corazon que siente sus necesidades. La oracion debe estar principalmente compuesta de sentimientos mas que de palabras. Por otra parte, la peticion es sola una parte del ejercicio que se llama oracion. La oracion, fuera de esto, contiene alabanzas, ofrecimientos, adoracion, accion de gracias : esto se hace con el canto de los salmos, y de los himnos, y de los libros santos, con toda la liturgia, ó el oficio de la Iglesia : la prohibicion de Jesucristo no se debe aplicar á la oracion tomada en este sentido, sino á aquella que cada uno hace á Dios, para pedirle aquellas cosas que necesita, ó alguna gracia particular : esto es : nuestro Señor prohibe el multiplicar las palabras con ideas semejantes á aquellas de los Paganos. Los paganos no tenian de sus falsos

Dioses aquellas ideas que nosotros debemos tener del verdadero Dios... Creian que sus Dioses podian estar ausentes, y muy lejos de ellos, no los consideraban informados de sus necesidades, y siempre dispuestos á socorrerlos, y á aliviarlos. Pensaban, pues, de darse á entender á fuerza de palabras para moverlos, y alcanzar de ellos el efecto de sus súplicas. Pero no es así de nuestro Dios, de nuestro Padre, él está siempre presente, él oye en todo lugar, ve nuestros deseos, conoce nuestras necesidades, y quiere socorrernos. « No seais, añade Jesucristo, como estos, porque vuestro Padre sabe antes, que le pidais, de qué cosa teneis necesidad... » ¡Qué bello motivo de amor, y de confianza para nosotros! Finalmente, aunque Dios conoce nuestras necesidades, y quiere librarnos de ellas, pretende con todo eso que le supliquemos, para tenernos en una dependencia saludable, para conservar en nosotros la humildad, por medio del conocimiento que debemos adquirir de nuestras mismas necesidades á fin de exponerlas, y para establecer entre él, y nosotros un comercio lleno de fe, de amor de confianza, y de accion de gracias. Oremos, pues, con fervor, y con perseverancia *.

* La oracion del Padre nuestro la reservamos para la Meditacion siguiente.

PUNTO III.

Respecto á nosotros mismos el sacrificio de nuestro cuerpo con el ayuno.

« Y cuando ayuneis, no os pongais tristes como los hipócritas; porque desfiguran sus rostros, para dar á entender que ayunan. En verdad os digo, que han recibido su galardon : mas tú cuando ayunas unge tu cabeza, y lava tu cara; para que tu ayuno no sea manifiesto á los hombres, sino á tu Padre Celestial, el cual está en él secreto : y el Padre Celestial, que lo ve en él secreto te dará la recompensa.... » Tres suertes de tristeza se deben aquí huir.

Primera. *Tristeza de vanidad, para ser alabados por la penitencia que hacemos.* — Queremos hacer saber á los hombres que ayunamos; ó si el ayuno es público, y de precepto, queremos hacer ver que nos cuesta mucho : que somos generosos, y mortificados : y que tenemos fervor, y mérito en ayunar. De esta manera con la mortificacion misma, que inspira la vanidad, sacrificamos nuestro cuerpo al demonio. ¿Qué cosa ve, pues, el Divino Criador en este cuerpo desfigurado por satisfacer al orgullo, y ganarse la estimacion de los hombres? No ve otra cosa, que una imagen orgullosa del demonio : un espíritu doble, un corazon infiel, una alma de un hipócrita.

Segunda. *Tristeza de fingimiento, y disimulo; para hacer que nos dispensen de la penitencia.* — Nos mostramos débiles, y abatidos á los ojos de los hombres, para que juzguen que estamos inhábiles para ayunar, y necesitados de dispensa.... Tenemos fuerzas para abandonarnos á los placeres tumultuosos, mas á propósito para desconcertarnos la salud, que el mas austero ayuno: entonces nos perfumamos, disimulamos nuestra edad, la propia vejez, y la debilidad: y estamos enfermos, y lánguidos cuando la ley nos manda que ayunemos. — Hipocresía de una nueva especie de la que mas, que de la primera se dejan engañar hoy en dia los cristianos.

Tercera. *Hay tambien una tristeza de sensualidad, para no experimentar el peso de la penitencia.* — Nos lamentamos de la multitud de los ayunos, y de las abstinencias de la Iglesia: nos lamentamos de la escasez de los manjares, que contentarian nuestro gusto: nos lamentamos de cuanto puede mortificarnos en el ayuno: á las veces se trueca la naturaleza del ayuno, y se le hace, que sea una ocasion de delicia, y de sensualidad. Esto es ayunar delante de los hombres, pero no delante de Dios. El ayuno que Dios quiere, y que premia, es una verdadera mortificacion acompañada del espíritu de penitencia, de un corazon contrito, y humillado: es aquel que se hace con intencion de satisfacer á la justicia de Dios, de castigarnos por nuestras culpas, y de sujetar una carne rebelde, que ha sido la causa de

ellas: es aquel con que nos privamos de los placeres de los sentidos para hacernos mas capaces de gustar de los del espíritu; y con que nos apartamos de las satisfacciones de este mundo para suspirar con mayor ardor por los bienes del Cielo. — ¡O! ¡cuántos ayunos; cuántas abstinencias perdidas! Porque en vez de hacerlas delante de Dios, y con espíritu de penitencia, las hacemos delante de los hombres, por costumbre, por respetos humanos, y por no aparecer hombres sin fe, y sin religion.

Peticion, y Coloquio.

¡Ah Señor! porque teneis tanta bondad de tener en consideracion las mortificaciones que me impone vuestra ley, no perderé ya jamas el fruto de mis penas: lo poco que yo hago, lo haré á lo menos con una intencion recta de agradaros, y de santificarme: me aplicaré á orar bien: esto es, con fe, con atencion, con amor: asistiré á mis hermanos en sus necesidades; y no tendré, en cuanto esté de mi parte, mas testigo que Vos solo, de mis limosnas, de mi oracion, y de mi penitencia, para merecer así el premio, y la recompensa en el Cielo. Amen.

MEDITACION LVI.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. VI, v. IX, XV.

DE LA ORACION DOMINICAL, Ó SEA EL PADRE NUESTRO.

Antes de examinar las tres primeras peticiones que miran á Dios : y las otras cuatro , que miran á nosotros mismos : consideremos los sentimientos con que debemos rezar esta oracion.

PUNTO PRIMERO.

De los sentimientos con que debemos rezar la oracion del Padre Nuestro.

Primero. *Reconocimiento, y fidelidad respecto á aquel que nos ha enseñado esta oracion :* « *vosotros, pues, orad así.* » — Admiremos la bondad infinita de nuestro Señor ; pues nos ha enseñado él mismo los términos con que quiere que le pidamos ; y por haber extendido él mismo , por decirlo así , la sú-

plica que quiere que le presentemos.... ¿Y dudaremos aun despues de esto, que no querrá recibirla, y que no querrá oirnos?.... Esta oracion teniendo un Dios por Autor, no puede dejar de ser perfecta. Ella es, en efecto, el compendio de todo el Evangelio: incluye todo aquello, que Dios ha pensado por nosotros; y todo aquello que debemos hacer por él. Contiene todas nuestras obligaciones, y todas nuestras necesidades. Esta oracion debe regular todos nuestros pensamientos, nuestra vida, y todos nuestros movimientos; de manera, que nuestro corazon debe suspirar incesantemente por los objetos que en ella pedimos; y los debe desear continuamente sin tener otros deseos.

Segundo. *Amor, y confianza en aquel Señor á quien enderezamos esta oracion.* — Nosotros la enderezamos á Dios; ¿pero con qué nombre se nos manda que lo llamemos en nuestro socorro, y en nuestra ayuda? No ya con el nombre de Señor, de Criador, de Juez, de Omnipotente, sino con el nombre de Padre. *Vosotros, pues, orad así. Padre nuestro.* ¡O nombre lleno de dulzura, y de amabilidad! Llamamos á Dios nuestro Padre: Jesucristo mismo nos lo manda; él mismo nos da el derecho. Todas las veces que el Señor mismo habla de Dios en orden á nosotros, lo llama siempre. « Vuestro Padre.... Vuestro Padre os ve.... Vuestro Padre os recompensará... Vuestro Padre conoce vuestras necesidades.... » ¡Qué gloria! ¡Qué felicidad! Qué motivo de confianza!

Tercero. *Caridad fraterna en orden á nosotros, que hacemos esta oracion.* — Nosotros somos todos hijos de Dios por la creacion, pero fuera de este beneficio comun á todos los hombres, somos hijos de Dios por un título aun mas particular, y mas eminente: esto es, por la adopcion en Jesucristo. Por este título, en calidad de cristianos somos todos hermanos en Jesucristo: formamos con él, que es el primogénito de todos los hombres, una sola familia, de quien todos los intereses son comunes, y comunes tambien deben ser las peticiones. ¿Se puede desear entre nosotros un vínculo mas fuerte, mas estrecho, y mas sagrado de la mas tierna, y mas sincera caridad?

Cuarto. *Despego de la tierra, y deseo del Cielo en atencion al lugar donde hacemos, y á donde enderezamos esta oracion.* — « Padre nuestro que estás en los Cielos.,. » Hasta aquel trono de vuestra gloria elevamos nuestros pensamientos, y nuestros votos, o tierno Padre, que nos habeis formado á vuestra imagen, que nos habeis dado la vida de la gracia, que siempre habeis tenido cuidado de proveer á nuestras necesidades: en calidad de hijos vuestros, ¡o! ¡qué respeto, que obediencia, qué ternura, qué temor, qué amor os debemos! ¡O Padre Omnipotente que reinais en lo mas alto de los Cielos! ¿qué cosa es la tierra en vuestra presencia? ¿Qué cosa pueden todas las criaturas contra Vos, y contra aquellos que Vos protegeis? O Padre mio, tened piedad de vuestros hijos, que estan aun sobre la

tierra? ¿Cuándo me llamareis de mi destierro, o Padre caritativo, y compasivo, para admitirme en mi verdadera patria? ¿Cuándo me reunireis á mis hermanos, que estan con Vos, para no separarme ya jamas: á mis hermanos que reinan con Vos en el Cielo para reinar yo tambien con ellos para siempre?

PUNTO II.

De las tres primeras peticiones que miran á Dios.

Primera peticion. *Santificado sea el tu nombre.* — Adorado, glorificado, con culto público, uniforme de todas las naciones. Renunciando todas ellas sus supersticiones, no reconozcan ni adoren otro Dios que Vos. Sea santificado con la pureza de costumbres de aquellos que os conocen, y con la santidad de su vida: sea santificado de todas las lenguas; todas lo alaben, todas lo bendigan en la adversidad, y en prosperidad: ninguna lo ultrage, ninguna lo blasfeme, ninguna lo deshonre: conózcaos todo hombre, ámeos todo corazon, y sírvaos como mereceis ser servido. Haced que yo en particular, mas favorecido de vuestras gracias, os sirva con tanto temor, religion, y vigilancia, que en mis obras hechas á gloria vuestra, y de vuestro santo nombre, se conozca que adoro en Vos el verdadero Dios, el Dios santo, el Dios omnipotente.— La gloria, pues, del Señor, que es el objeto de esta

peticion, debe ser el primer objeto de nuestros deseos. Pero ¡ah! ¿Qué celo tenemos nosotros por esta gloria de Dios? ¿Qué hacemos nosotros para procurarla? ¿Empleamos todas nuestras fuerzas para hacer conocer al Señor, para hacerlo servir, y amar, y para conocerlo, servirlo, y amarlo nosotros?

Segunda peticion. *Venga á nos el tu Reino* — Esto es, el reino del Evangelio; de vuestra Iglesia en todos los paises de la tierra. Reconozcan todos los pueblos aquel que vos les habeis dado por Mesías, por Rey, por Salvador, y por Juez. — Venga á nuestros corazones el reino de vuestra gracia: reinad en ellos de soberano, todo se os rinda, todo se os sugete, nada se os resista.... Venga, despues de esta vida, el reino de vuestra gloria: no nos priven de él nuestros pecados. La penitencia nos vuelva á poner en el camino que á ella nos guia: y vuestra misericordia, concediéndonos el perdon, y el don de la perseverancia final, nos ponga en la posesion de aquel reino pacífico, y bienevanturado, donde sumergidos en el mar de las delicias de una vida eterna, gocemos de la abundancia de toda suerte de bienes: esto es, de bienes dignos de Vos, o Dios mio!, dignos de nuestro nacimiento divino, de la santidad de nuestro estado. Tales son sin duda nuestros deseos; pero hagamos tambien todos nuestros esfuerzos, para establecer en los otros, y principalmente en nosotros mismos el Reino de Dios, y des-

truir el reino del mundo, el reino del pecado, el reino del amor propio, y de las pasiones.

Tercera peticion. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo.*—Humíllense, y ríndanse á vuestra voluntad todos los hombres sin distincion, Judíos, y Gentiles.... Hágase tu voluntad sobre la tierra por todas las criaturas que os conocen, como la hacen en la feliz mansion de la bienaventuranza los Angeles, y los Bienaventurados.... Desterrad, Señor, al profundo del infierno toda injusticia, toda ingratitud, toda rebelion, y no haya otra cosa sobre la tierra, como en el Cielo, que corazones sumisos á vuestra ley.... Yo en particular os someto el mio; abrazo, adoro, y me resigno con toda mi alma al cumplimiento de vuestra suprema voluntad, la cual, sin perjuicio de la libertad de los hombres sobre la tierra, como en el Cielo, gobierna todas las cosas, todo lo hace servir á los designios de su gloria, y á las miras de su providencia: en todos los acontecimientos, aun los mas funestos de la vida reconoceré, o Dios mio, vuestra adorable voluntad, que se cumpla sin ser menos santa, y menos adorable en aquello que permite sobre la tierra, que en aquello que manda en el Cielo.... Esta continua mira de la voluntad de Dios, que fue siempre la mira dominante de Jesucristo, debe ser el principio de nuestros deseos, y de nuestras acciones.... ¿Pero son así nuestros sentimientos? Rezamos estas palabras: ¿pero cuántas veces hacemos lo contrario de lo que

pedimos?.... En el Cielo todo obedece á Dios con prontitud, con exactitud, con puntualidad, con júbilo, con amor: ¿es esta la manera con que nosotros le obedecemos? ¿Hacemos así su voluntad, cumpliendo sus preceptos, ó los de aquellas personas que nos gobiernan en su lugar? ¡Ay de mí! Nuestra voluntad, respecto á la suya, está como la carne respecto al espíritu en una manifiesta oposicion, en una funesta, y continua contradiccion..... ¡O propia voluntad sin la cual no hubiera infierno! ¿Cuándo te someterás á aquella voluntad sumamente amable, y perfectamente amada, que hace el mérito de los fieles sobre la tierra, y la felicidad de los bienevanturados en el Cielo?

En estas tres peticiones podemos reconocer el misterio de la Santísima Trinidad; y enderezar cada una de ellas á cada persona divina: la primera al Padre, como á la fuente de toda santidad: la segunda al Hijo, que ha establecido sobre la tierra el Reino de Dios: la tercera al Espíritu Santo, que es la voluntad, y el amor del Padre, y del Hijo. A estas tres peticiones podemos tambien referir los actos de las tres virtudes teologales: mirando la primera como relativa á la fe, la segunda á la esperanza, y la tercera á la caridad.

PUNTO III.

Las otras cuatro peticiones que pertenecen á nosotros.

Cuarta peticion. *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.* — Esto es, primero el pan terreno, y material para la vida temporal de nuestro cuerpo: danos, no riquezas, no comodidades de la vida, sino lo necesario para sustentarnos: tanto cuanto exige la necesidad: sin lujo, sin abundancia.... Os lo pedimos solamente para hoy, porque ¿de qué sirve inquietarnos hoy para mañana, á que no estamos seguros de llegar? — Segundo. Dadnos el pan espiritual de la palabra en la instruccion, en la leccion, en la meditacion, en la oracion, para la vida espiritual de nuestra alma.— Tercero. Danos finalmente el pan celestial de la Eucaristía para el sustento de nuestra alma, para la resurreccion de nuestro cuerpo, para la vida eterna del uno, y de la otra. -- Examinemos aquí cuál es nuestro ardor, y cuál nuestro gusto, para estas tres suertes de panes: y si estamos encargados por la providencia para distribuirlo á otros, observemos con qué atencion lo hacemos....

Cuarta peticion. *Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* -- La mas urgente de mis necesidades, o Dios mio, es el ser librado de las inmensas deudas que he

contraido con Vos por el pecado: me atrevo á rogaros encarecidamente, que me las perdoneis como yo perdono sinceramente todas aquellas que mis hermanos han contraido conmigo. Sé que no hay proporcion alguna entre mis pecados, y las injurias que puedo yo haber recibido.... ¿Y qué cosa es esta indulgencia de que yo soy capaz, en comparacion de vuestra infinita bondad?.... Con estas palabras pronunciamos nosotros la sentencia de nuestra absolucion, ó de nuestra condenacion... Dios quiere perdonarnos todas nuestras ofensas, por grandes que sean, y perdonarnos enteramente, olvidarse, abolir, y borrar todos nuestros pecados: quiere perdonarnos todos los dias, porque todos los dias lo ofendemos, quiere perdonarnos luego que nosotros se lo pidamos, y aun nos previene con su gracia, y por medio de sus ministros; y es el primero que nos solicita para que volvamos á él.... Con que nosotros de nuestra parte debemos perdonar.... Esto lo prometemos, y á esto nos empeñamos, rezando esta oracion.— Perdonemos tambien á los que nos han ofendido, perdonémoslo todo sin excepcion alguna, perdonemos enteramente, olvidémonos, sepultemos en el silencio, borremos de nuestro corazon las ofensas, que perdonamos, sin conservar resentimientos, ni memoria; obligándonos á no hablar, ni menos á dolernos, ni quejarnos: perdonemos todos los dias sin que llegue á cansarse nuestra paciencia, ni á restringirse nuestra caridad: perdonemos luego que el prójimo reconoce su propia

falta : facilitémosle tambien la reconciliacion : prevengámoslo nosotros mismos.

Sexta peticion. *Y no nos dejes caer en la tentacion.* — Alejad de nosotros las ocasiones que nos suscita el demonio, y de que frecuentemente se sirve para perdernos : son estas , á las veces tan peligrosas ; y hay circunstancias tan críticas , que apenas las pueden sostener, y resistir los mas fuertes , y los mas valerosos. Vos solo, o Dios mio , Vos solo con vuestra gracia, y vuestra providencia, podeis alejar de nosotros esta suerte de tentaciones : no permitais que seamos expuestos á ellas.... Hay tentaciones inevitables, y que vuestra providencia permite que las encontremos : sean estas de la naturaleza que se fuesen ¡ah! no nos abandoneis en ellas : no permitais que entren en nuestra alma escuchándolas , y cediendo. Haced , Señor , que luego que las notemos , nos retiremos , que nos defendamos , que peleemos, que resistamos, y las desechemos.... Haced tambien que la tentacion vencida así con vuestra gracia , redunde en ventaja nuestra , y aumente nuestro mérito, nuestra confianza, y nuestra humildad.... Haciéndoos, o Dios mio , esta peticion , os prometemos huir nosotros mismos la tentacion : examinar las ocasiones , los lugares , y las personas que puedan ser para nosotros de ocasion , y que ya acaso lo han sido para nuestra ruina : prometemos huirlas absolutamente , y con todas nuestras fuerzas.... Os prometemos no provocar, ni traer á alguno á la tentacion , ni ser á otro motivo

de caidas, ocasion de escándalo, ni hacer, ni decir, ni escribir, ni atender cosa que pueda perjudicar á la salvacion, ó á la perfeccion de otros.

Séptima peticion. *Mas líbranos de mal.* — Del mal temporal. — No nos envieis aflicciones, ó calamidades que sean para nosotros ocasion de pecar: ó que puedan producir en nuestro espíritu olvido, ó negligencia, para cumplir nuestras obligaciones. No nos reduzcais á una extrema pobreza que nos provoque á quejas; que nos precipite en una desesperacion, ó que altere nuestra fe. — Libradnos de los castigos temporales que merecemos por el abuso de vuestros beneficios: libradnos sobre todo de los castigos espirituales, del mal del pecado, del mal del infierno: libradnos del espíritu maligno, del demonio, y del hombre escandaloso, y engañador, que hace el oficio del demonio: libradnos de la tiranía de nuestras propias pasiones; y hacednos dignos de entrar en aquel feliz estado de libertad, y de paz, destinado á vuestros hijos: estado dichoso, en que ya no habrá vicios, no habrá pecados, ningun escándalo, ninguna caida: en que la virtud será pura, la piedad dominante, la santidad perfecta, y la felicidad segura. — Queda una dificultad que suele nacer sobre la peticion quinta del Padre nuestro. He pecado, dice alguno, ¿pero me habrá ya perdonado Dios? ¡Cruel incertidumbre! Escuchemos á nuestro divino Salvador; y admiremos su bondad: él mismo nos encarga que calmemos nuestras inquietudes, y nos anima....

« Porque si (prosigue) perdonais á los hombres sus pecados, vuestro Padre Celestial os perdonará igualmente vuestros pecados; pero si vosotros no perdonais á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.... » ¿Cómo, pues, podemos nosotros no perdonar? Y perdonando ¿cómo podremos no esperar?

Peticion y Coloquio.

¡Ah! no me presentaré ya jamas, o Señor, á la oracion con un corazon exasperado. Para que vos deis oidos á vuestra infinita bondad, yo mismo cumpliré con mi deber. Caritativo, y compasivo para con mis hermanos, experimentaré que Vos sois un Padre lleno de bondad, y de misericordia: Vos me haceis en cierta manera árbitro de mi suerte; y quereis recibir de mí la medida de vuestra indulgencia. Yo me mostraré facil á ceder á las injurias que me hicieren mis hermanos: injurias ligeras en comparacion de aquellas que yo he cometido contra vos.... Con esta disposicion, o Padre Celestial, haré frecuentemente la oracion que me enseñó vuestro divino hijo. Cada dia, y sin cesar pediré con fe, con amor, y con atencion la santificacion de vuestro nombre, la venida de vuestro nombre, la venida de vuestro reino, el cumplimiento perfecto de vuestra santa voluntad, los bienes que necesito para el cuerpo, y para el alma,

el perdon de mis pecados, la gracia para no cometerlos ya jamas; y que me libreis de la mala inclinacion que me lleva á ellos; y de todas mis miserias, mediante una santa muerte, y una gloriosa resurreccion. Amen.

MEDITACION LVII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. VI, v. xix, xxxiv.

DEL DESPEGO DE LOS BIENES DE LA TIERRA, Y DEL CUIDADO DE ENRIQUECERSE DE LOS BIENES DEL CIELO.

Consideremos lo primero, la diferencia que se halla entre los bienes de la tierra, y los del Cielo : lo segundo, cuál es el engaño ordinario sobre este punto : lo tercero, el pretexto de que algunos se sirven para escusar este engaño.

PUNTO PRIMERO.

La diferencia que se halla entre los bienes de la tierra, y los del Cielo.

La diferencia de estos bienes se halla en su misma naturaleza, en su adquisicion, en su conservacion, en su posesion, y en el gozar de ellos.

Primero. *En su naturaleza.* — « No querais acumular tesoros sobre la tierra, donde el orin, y la

polilla los consumen; y donde los ladrones los desentierran, y los roban; procurad acumular tesoros en el Cielo, donde el orin, y los gusanos no los consumen, y donde los ladrones no los desentierran, ni los roban... » Los tesoros de la tierra consisten en oro, plata, en piedras preciosas, en ricas ropas, en hábitos pomposos, en magníficos ornamentos, y muebles, en tierras, en casas, en espléndidas habitaciones, y en vastas posesiones.— Ahora, pues, ¿qué cosa es todo esto? Tierra, y lodo. ¿Qué cosa son todos los otros bienes de la tierra, la gloria, la reputacion, los honores, los placeres? Viento, humo, nada, y origen de corrupcion... Los tesoros del Cielo consisten en actos de virtud, de mortificacion, de templanza, de paciencia, de caridad, de sumision á la ley, de resignacion en la voluntad de Dios, en obras de misericordia, en limosnas, en oraciones: estos son los verdaderos bienes del hombre, dignos de ser colocados en el Cielo. ¿Qué bienes son los que nosotros tenemos en mira?

Segundo. *Estos bienes se diferencian entre sí, en su adquisicion, y en su aumento.*— Los bienes de la tierra son difíciles de adquirir, se necesita negociar, se requieren talentos, buenas ocasiones, y muchas veces nos faltan todas estas cosas: no se pueden adquirir, sin privar á otro de ellos, y muchas veces otros los adquieren, y nos privan á nosotros.— Los bienes del Cielo estan á nuestra disposicion, para adquirirlos, basta querer: la gracia se obtiene con la oracion: en todos los instantes de la vida se

nos presentan por sí mismas las ocasiones de practicar la virtud. La atencion á enriquecernos de estos bienes, no perjudica á ninguno, y ninguno se puede lamentar de que le perjudicamos. Los bienes del Cielo, y de la tierra se diferencian en su aumento: el corazon es igualmente insaciable, ó sea que se deje llevar del amor de los bienes celestiales, ó del amor de los bienes de la tierra: incesantemente desea aumentarlos en lo que hace que consista su felicidad: el que desea solo los bienes del Cielo tiene la consolacion de poder aumentarlos todos los dias, y todos los instantes del dia: un suspiro, un deseo, un simple pensamiento aumenta su tesoro; sano, enfermo, velando, durmiendo, nada puede impedir el enriquecerse siempre mas: cualquiera cosa que haga ó sufra, si obra, y sufre por Dios, todo se le reputa por mérito. Somos, pues, insensatos en buscar otros bienes, y no los del Cielo.

Tercero. *Estos bienes se diferencian en su conservacion.*— ¡O! ¡A qué desgracias, y á qué accidentes estan expuestos los bienes de la tierra! El orin los consume, los gusanos lo roen, la vejez los destruye, los ladrones los roban, los incendios los devoran, los naufragios se los tragan, los pleitos los agotan, y otros mil accidentes aniquilan cada dia las mas luminosas fortunas. No son mas sólidos los otros bienes: la gloria se deslustra con la calumnia de la envidia, y de la cabala: los placeres se turban con la censura, con los celos, y con la infidelidad, ó se desconciertan con la pobreza, ó con la enfer-

medad: caen por sí mismas las grandezas, el peso solo de su propia vanidad basta para abatirlas: y cuando no bastase esto, lo que han levantado unas pasiones, otras lo destruyen: y por lo menos ¿cuántas inquietudes no traen consigo el temor de todos estos peligros, y el cuidado de evitarlos...? El que tiene su tesoro en el Cielo está libre de estos cuidados, seguro de todo accidente, nada mas tiene que temer, que á sí mismo.

Cuarto. *Estos bienes se diferencian en su posesion.* — La posesion de los bienes de la tierra debilita el corazon. El corazon participa de la naturaleza de los bienes que ama. « Porque en donde está tu tesoro allí está tambien tu corazon... » ¿Qué cosa es un corazon que pone su felicidad en los bienes de la tierra? Un corazon servil, material, bajo, terreno, vil, despreciable, que solo se alimenta de quimeras, y de ligerezas, ¿fue acaso criado para esto?... Al contrario un corazon que trabaje solo por Dios, y que tiene su tesoro en el Cielo, es un corazon noble, generoso, elevado, sublime, celestial, y divino... ¿Queremos, pues, saber dónde está nuestro tesoro? Examinemos donde está nuestro corazon; examinemos hácia qué objetos se deja llevar por sí mismo, y cómo naturalmente: de qué objetos se ocupa con mas gusto, y mas tiempo: si son del Cielo, ó de la tierra... La posesion de los bienes de la tierra ciega el espíritu, y la razon: « la antorcha de tu cuerpo es tu ojo, si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo será luminoso: pero si tu ojo fuere

malo, todo tu cuerpo será tenebroso... ¿Pues si la luz que hay en tí son tinieblas ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas...? » Esto es, vuestro espíritu, vuestro juicio, vuestra razon son para vuestra alma lo que vuestra alma es para vuestro cuerpo. Si teneis los ojos sanos, puros, y no viciados por algun cuerpo extraño, todo vuestro cuerpo será iluminado. Vos sabeis como estais, donde poneis el pie, donde meteis la mano, lo que debeis hacer, y lo que debeis evitar, y huir: en una palabra, vos estais, y vos trabajais en la luz, y vivís seguros. Tal es la suerte de aquel que trabaja por el Cielo. Este experimenta que se halla, y camina en la luz: que ha tomado el buen partido, que no está fuera del camino: ve las cosas como son en sí, y las estima por lo que valen... Pero si vuestro ojo está viciado, si no es simple, si está por decirlo así, cubierto de una espesa nube, ¿cómo discernirá los objetos? ¡Ay de mí! ¡Cuál es la ceguedad de quien ama solo los bienes de la tierra! ¿Cómo ve este los objetos á que da la preferencia? Gusta solo, solo estima los bienes de la tierra: duda si habrá otros, si habrá otra vida, un paraiso, una gloria, y un infierno; y se persuade aun algunas veces que no los hay. Pues si su razon, que se le ha dado para regularlo, y dirigirlo, está oscurecida con estas especies de tinieblas ¿qué será de las demas potencias del alma, que por sí mismas estan ciegas, y no tienen luz, ni pueden gobernarse de otro modo que por la de la razon?... ¿En qué abismo de pecados no lo

precipitan la concupiscencia, la inclinacion al mal, y todas las pasiones, y afectos desreglados de su corazon? En vano hace ostentacion de una pretendida bondad, una razon ciega de las pasiones no reconoce otra bondad, que el arte de esconder sus delitos. ¡Oh! ¡y cuán importante es el purificar continuamente el ojo de nuestra alma, el fortificarlo con la luz de la religion, y de la fe: y no dejarlo oscurecer de las máximas del mundo, de las sugestiones del demonio, y de los engaños de las pasiones...!

Quinto. *Tambien se diferencian estos bienes en el gozar de ellos.* — Los bienes de la tierra se gozan solo pendiente la vida: poco importa que se gocen toda la vida, que se gocen plenamente, tranquilamente, y en una manera capaz de hacer que el hombre esté verdaderamente contento... Gozo imperfecto, inquieto, y brevísimo. La muerte lo acabará todo, nos acabará á nosotros, y todas las cosas... Al contrario, el gozo que acompaña los bienes celestiales, será perfecto, eterno, y seguro de su eternidad... ¡Qué miseria? ¡Qué infelicidad es apegarse á los bienes de la tierra, á unos bienes transitorios, mientras que podemos adquirir el Cielo, y una eterna felicidad!...

PUNTO II.

De un engaño ordinario sobre este artículo.

Este engaño consiste en querer hacernos á un mismo tiempo un tesoro sobre la tierra, y un tesoro en el Cielo. Servir á Dios, y al mundo : ser felices en este mundo, y en el otro : gozar, durante la vida, de los bienes de este mundo, y en la vida futura de los del otro mundo : en una palabra, servir á dos señores opuestos, lo que absolutamente no se puede hacer de modo alguno, « ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro ; ó al uno sufrirá, y al otro despreciará... No podeis servir á Dios, y á las riquezas... » Esto es imposible, porque cada uno de estos señores pide de nosotros cosas que nosotros no podemos dividir entre los dos.

Lo primero. *Nuestro amor.* — Nosotros tenemos un amor solo, y este no puede ser de dos objetos al mismo tiempo, y principalmente de dos objetos tan diferentes, como son Criador, y criatura : el Cielo, y la tierra : la vida presente, y la vida futura : la virtud, y el vicio : la caridad, y la codicia : no se puede amar el uno sin aborrecer el otro. Lo sabemos por nuestra propia experiencia.

Lo segundo. *Nuestra estimacion, y aprecio.* —

Tampoco podemos dividir entre estos dos señores nuestra estimacion, y aprecio, ó darla á los dos al mismo tiempo: ¿quien mira como felices aquellos que viven entre la abundancia, en el lujo, en los honores, y en los placeres, qué caso podrá hacer de la pobreza voluntaria, de una vida humilde, escondida, y mortificada? La mira con desprecio, y le parece una verdadera necedad.

Lo tercero. *Nuestra obediencia, y nuestros servicios.* — Es aun mas sensible, y perceptible, la imposibilidad de dividir nuestros servicios, y nuestra obediencia entre estos dos señores; porque las leyes que nos dan son enteramente opuestas: el avaro no conoce la ley de la justicia, ¿pues cómo obedecerá á la ley de la caridad, y de la limosna? El ambicioso no conoce la ley de la modestia, ¿pues cómo obedecerá á la ley de la humildad? El voluptuoso no conoce la ley de la moderacion, y de la conveniencia, ¿pues cómo obedecerá á la ley de la mortificacion, y de la penitencia?

Lo cuarto. *Nuestra complacencia, y nuestro gusto.* — No se pueden gustar las cosas del Cielo, y al mismo tiempo las de la tierra; complacerse en Dios, y agradar al mundo. Nos lamentaremos tal vez de no sentir gusto en nuestros ejercicios de piedad: de no encontrar aquella dulzura en la práctica de la devocion; pero no nos debemos maravillar; esto procede de querer servir á dos señores, dividir entre ellos nuestros servicios, y seguir alternando sus leyes. Desengañémonos: re-

nunciemos al mundo, á la tierra, á nuestras pasiones, á nosotros mismos, para unirnos únicamente á Dios: entonces gustaremos todo aquello que le pertenece á él, y á su servicio.

Lo quinto. *Nuestras atenciones, y nuestros pensamientos.*— De la misma fuente nace aquella multitud de pensamientos que nos cercan, y nos importunan en la oracion. Nos lamentamos de nuestras distracciones. ¡Ah! lamentémonos antes de nuestra ilusion. Queremos servir á dos señores, que es cosa imposible: si sirviéramos á uno solo; si á Dios solo quisiéramos agradar; si en él solo reuniéramos todo nuestro amor, nuestro aprecio, nuestros servicios, y nuestro gusto, nuestras complacencias, nuestras atenciones, y nuestros pensamientos; en él solo encontraríamos nuestra felicidad por el tiempo, y por la eternidad.

PUNTO III.

De un pretexto de que algunos se sirven en esta materia.

El temor de quedar desproveidos de los bienes de la tierra, es el pretexto ordinario para escusar el cuidado excesivo de procurárnoslos, pero esto nace de nuestra depravacion.

Lo primero. *De un corazon ingrato que olvidado de los beneficios ya recibidos, no ve que ellos mismos son una prenda de aquellos que debemos esperar.*

« Por tanto os digo (añade Jesucristo) : no os afaneis por aquello con que habeis de sustentar la vida, ni por aquello con que habeis de vestir al cuerpo : ¿no vale mas la vida que el alimento; y el cuerpo no vale mas que el vestido...? » Dios nos ha dado el alma, y el cuerpo : al cuerpo ha unido nuestra alma, y en esto consiste nuestra vida presente. ¿Cómo podemos temer despues de esto que quiera que nos falte el alimento para sustentar nuestra vida, y el vestido para cubrir nuestro cuerpo?

Lo segundo. *Este pretexto nace de un corazon distraido que no reflexiona sobre los milagros de la providencia, que el mundo ofrece á nuestros ojos.* « Mirad (prosigue el Señor) las aves del Cielo que no siembran, ni siegan, ni llenan sus graneros, y vuestro Padre Celestial las alimenta : por ventura ¿no sois vosotros mucho mas que ellas? ¿y porqué os angustiais por el vestido...? Considerad como crecen los lirios del campo, no trabajan, ni hilan : y yo os digo, que ni Salomon con toda su esplendidez se vistió jamas como uno de estos.... Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana viene á parar en un horno, viste Dios así, ¿cuánto mas á vosotros gente de poca fe? ¿No queríais ser demasiadamente solícitos diciendo que comeremos, ó que beberemos, ó de qué cosa vestiremos....? » Mirad con qué cuidado tan particular alimenta Dios las avecillas que vuelan por el aire; mirad con qué magnificencia, con qué variedad, y hermosura

ha sabido vestir las flores que cubren la tierra, y que no deben durar mas que un dia; y con todo eso, ni ha dado á aquellas la fuerza para sembrar, ni para recoger; ni á estas la industria para urdir, ni para hilar, ¿y pensais vosotros que os olvidará Dios, que no solamente es vuestro Criador, sino tambien vuestro Padre? ¿Vosotros por quien ha hecho todo aquello que hay en el Cielo, y en la tierra? ¿Vosotros á quien ha dotado de razon, de industria, y de talento? ¿Vosotros para quien ha destinado una vida inmortal, y bienaventurada? ¡Ah! ¿Dónde está vuestra fe?

Lo tercero. *Este pretexto viene de un corazon pagano que no confia en Dios, y nada espera.* — « Porque tales son los cuidados de los Gentiles... Vuestro Padre sabe de qué cosas teneis necesidad.... » ¿Creeis vosotros que el Dios que adoramos, es como el Dios de los Paganos, un Dios ciego, impotente, insensible? ¡Ah! Él es Padre, y Padre mas que otro alguno, ¿Y no tendremos jamas con él sentimientos de confianza propios de hijos? Es por ventura un vano título aquel dulce nombre de Padre, que todos los dias le damos?

Lo cuarto. *Este pretexto viene de un corazon orgulloso que confia en sí mismo, y que no hace otra cosa que atormentarse inútilmente.* « ¿Pero quién hay entre vosotros que, con todo su pensar, pueda añadir á su estatura un codo...? » En efecto, ¿dónde van á parar todas nuestras inquietudes? ¿Tenemos por ventura algun poder sobre la naturaleza?

¿De qué sirven todas esas reflexiones; todos esos discursos sobre las estaciones, sobre los vientos, y sobre las lluvias? Discursos superfluos que solo sirven de hacer ver nuestro apego á los bienes de la tierra. ¡Ah! Reconozcamos nuestra impotencia, y el soberano poder de quien ha criado, y gobierna el mundo; y pongamos en él toda nuestra confianza. El tiempo que perdemos en reflexiones quiméricas, seria mucho mejor emplearlo en la oracion, y en pensar en nuestra santificacion.

Lo quinto. *Este pretexto viene de un corazon irracional que busca aquello que no depende de sus diligencias, y no busca lo que depende de ellas.* — Buscad, pues, en primer lugar el reino de Dios, y su justicia; y se os añadirán todas estas cosas: no andeis cuidadosos por el dia de mañana, porque el dia de mañana á sí mismo se traerá su cuidado: bástale al dia su propio afan... » Pensemos únicamente en santificarnos; trabajemos por merecer el reino de Dios, que se nos ha prometido; practiquemos las obras de justicia; enriquezcámonos de los bienes del Cielo, y no nos faltarán los de la tierra. Ninguno fue arruinado jamas por el pensamiento de trabajar por su propia salvacion, y por hacer todas las obras buenas que le son posibles. Lo que arruina muchas veces, es la envidia, la codicia, y el deseo de ganar mucho, el lujo, el juego, el ocio, y la disolucion. Hagamos cada dia lo que debemos hacer, y lo que de nosotros depende, sin inquietarnos por lo que vendrá. A cada dia le basta

su afan, su atencion, y su trabajo. No se nos prohibe por esto una providencia sabia y moderada: lo que se prohibe es una inquietud inutil que nos distraiga de nuestras presentes obligaciones, y que llegue hasta perturbar nuestra alma, y á que no nos contengamos en unos justos límites. El que nos prohibe la demasiada solicitud, nos manda que trabajemos.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor ¿podré yo aun tener tanto cuidado, tanta solicitud, y tanta actividad por las necesidades de la vida, y por los bienes frívolos, y falsos de la tierra? No: todas mis miras, todos mis pensamientos en adelante se convertirán hácia el Cielo, hácia aquellas verdaderas riquezas, cuya posesion debe ser eterna, y llenar para siempre mis deseos. El Cielo: allí estará mi tesoro, y por consiguiente mi corazon. Por medio de buenas obras, puras, y santas, me enriqueceré para mi verdadera, y eterna patria. Dos señores incompatibles no dominarán ya jamas en mi corazon; no estaré ya mas tiempo indeciso, y suspenso, Dios mio, no hay imperio mas dulce, mas justo, y mas racional que el de vuestro amor: no hay imperio mas injusto, mas cruel, mas ciego que el del amor de las riquezas del mundo, y de mí mismo. Esté lejos de mí aquel amor de la vida,

y de todo aquello que ella pide : : me mantendré sin inquietudes con solo lo necesario. Si me abandono á vuestra providencia, ¿podrá ella abandonarme? Despues de un trabajo, y de un cuidado razonable, reposaré tranquilo, en orden á mis necesidades, sobre vuestro corazon paterno. Soy vuestro hijo, hijo que habeis formado á vuestra imagen, y destinado á una eterna felicidad. Sí : Vos sois mi Padre, y sabeis mis necesidades, y así no me podrá faltar cosa alguna, á no ser que me haga indigno de vuestros cuidados con mi desconfianza. No pensaré en otra cosa, que en merecer el Cielo, y en adquirir las virtudes que me puedan asegurar su posesion. Amen.

MEDITACION LVIII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. VII, v. 1, XIV.

TRES COSAS QUE SE REQUIEREN ESENCIALMENTE PARA LA SALUD.

Estas son primero, respecto del prójimo, la caridad. Segundo, respecto de Dios, la oracion. Tercero, respecto de nosotros mismos, la mortificacion.

PUNTO PRIMERO.

Respecto del prójimo, la caridad.

Lo primero. *Guardémonos de perjudicar al prójimo, y de ofenderlo con pensamientos juzgando mal de él.* — « No querais juzgar para que no seais juzgados: porque segun vuestro juzgar sereis vosotros juzgados; y con la medida que midiéreis sereis medidos vosotros. ¿Y por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo.... ?» No

juzguemos ni condenemos las acciones, y las palabras de nuestros hermanos, sino queremos ser juzgados nosotros, y condenados. Interpretemos, y echemos á buena parte aquello que pueda ser así interpretado. No condenemos lo que podamos excusar, ni examinemos la conducta del prójimo que no está á nuestro cuidado, no penetremos sus intenciones, supongamos siempre que son buenas, excusemos sus defectos, y pensemos en nosotros. Esta es la razon de esta obligacion. El juicio de nuestra parte es incompetente, porque no hemos sido constituidos jueces de los otros: de parte del prójimo nuestro juicio es siempre injusto, porque su causa nos es desconocida, y no podemos saber lo que él tiene en el corazon: de parte de Dios nuestro juicio es injurioso; porque juzgando usurpamos sus derechos.... Juicio que tambien tiene una especie de rebelion; porque siendo nosotros culpables nos metemos á jueces, y emprendemos el juzgar á aquellos que dependen, como nosotros, de un mismo tribunal, y que por lo comun son menos culpados que nosotros.... La recompensa, ó el castigo del cumplimiento ó quebrantamiento de esta obligacion, es este: si nosotros no juzgamos ni condenamos á nuestro prójimo; si lo escusamos en todas las cosas; tampoco nosotros seremos juzgados ni condenados, seremos escusados, y tratados con indulgencia. Al contrario, si condenamos con rigor, y severidad á nuestro prójimo, seremos tratados de la misma manera. Está en nuestra libertad escoger

la manera con que queremos ser tratados por Dios; porque él medirá su conducta con la nuestra. Si somos jueces favorables para con los otros, lo encontraremos lleno de indulgencia para con nosotros; si somos críticos severos, y censores sin piedad, esperemos un juicio sin misericordia. Esta obligacion que mira á las personas privadas entre sí, no quita derecho alguno á aquellos que por su oficio, ó por su estado estan encargados de juzgar á otros. La Iglesia, y los magistrados tienen este derecho en una manera diferente, y cada uno debe conformarse con el juicio de aquellos que sentencian con autoridad.

Lo segundo. *Guardémonos de dañar, y molestar al prójimo con nuestras palabras, reprendiéndole sus defectos.* — « ¿O cómo dices á tu hermano, deja, sacaré la paja de tu ojo, y se está viendo una viga en el tuyo? Hipócrita, sácate tú primero la viga de tu ojo, y entonces serás para sacar la paja del ojo de tu hermano.... » No nos propasemos á reprender á otros sin autoridad; mucho menos á condenarlos, censurarlos ó criticarlos en su ausencia; el celo, que es el ordinario pretexto de una semejante censura, es un celo hipócrita; porque esconde la malignidad de un corazon depravado; porque se deleita en hacerlo comun, porque esconde un orgullo secreto, el cual se complace de ver al otro humillado, y él se ensalza á medida que oprime al prójimo, y que quiere hacer creer que él está tan libre de defectos, cuanto es mas ardiente y atrevido en reprender los agenos; y porque esconde

una ceguedad deplorable, por la que vemos un hilo de paja en el ojo del prójimo, mientras no advertimos que tenemos una viga en el nuestro, ¡Hipócritas! Si tenemos celo, comencemos á sacar la viga que nos ciega; despues veremos cómo se ha de sacar la paja que nos desagrada en el ojo del prójimo... Sea esta, pues, nuestra regla, cuando nuestro empleo ó la caridad nos obliga á reprender á otro, antes de reprenderlo, echemos la vista sobre nosotros mismos, y no se nos hará dificil el reprenderlo con dulzura y con caridad.

Lo segundo. *Guardémonos de dañar al prójimo con nuestras acciones, haciendo cosas que lo pongan en ocasion de ofender á Dios;* jamas hagamos cosa que pueda ser á otros ocasion de hacer mal, ó de hacerse peores de lo que son.... « No querais dar las cosas santas á los perros; y no arrojeis vuestras perlas á los puercos, no sea que las pisen con sus pies; y vueltos hácia vosotros os hagan pedazos....» Toca á la prudencia regulada por la luz divina, distinguir los juicios malignos y temerarios de los pensamientos y sentimientos del celo y de la obligacion que pide el Señor; discernir aquellos que conviene apartar de los Sagrados Misterios; y conocer las ocasiones en que es necesario callar para no irritar los pecadores, y aquellas en que es necesario hablar aun con peligro de la propia vida.... Nosotros entre tanto no imitemos aquellos furiosos animales inmundos, suframos con humildad los saludables desvíos que se nos

hacen, escuchemos con docilidad los avisos caritativos que se nos dan, y aprovechémonos de las preciosas instrucciones que se nos hagan.

PUNTO II.

Respecto á Dios la oracion. Examinemos el objeto, el motivo y la condicion de esta obligacion.

Segundo. *El objeto de la oracion.* — « Pedid y se os dará: buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá... » La obligacion de orar consiste en pedir á Dios su gracia. Debemos pedirla con ardor, porque tenemos una grandísima necesidad: con humildad, porque somos indignos, y Dios no está obligado á dárnosla: con perseverancia, porque es un bien precioso, y merece ser constantemente solicitado; y porque muchas veces hemos abusado de ella, desechándola cuando se nos ofrecia. Esta obligacion de orar consiste en buscar el Reino de Dios; esto es pidiéndole á Dios la gracia, debemos de nuestra parte, con la gracia que él nos da, hacer cuanto depende de nosotros: buscar los medios de agradarle, de practicar su ley, de vencer nuestras pasiones, de santificarnos y salvarnos... Busquemos este reino de Dios en la meditacion, en la leccion de los libros devotos, en la práctica de las buenas obras, en la frecuencia de Sacramentos: Busquémoslo en la Iglesia, en el retiro, en la compañía de las personas devotas, y piadosas. Pero ¡ah!...

¿Dónde buscamos nosotros, y qué buscamos? Buscamos el distraernos, y el contentarnos, y no el santificarnos. El hombre está en una continua agitacion; se ve que busca; ¿pero qué es lo que halla? ¡Cuántos pensamientos, cuántos movimientos por la fortuna, por los placeres, por la gloria! ¿Y por qué no se busca así la salud? Nos lamentamos de nuestras pasiones, de nuestros malos hábitos, que decimos, no podemos vencer, ¿pero buscamos los medios de vencerlos? Antes bien, ¡ay! se busca todo aquello que puede fomentarlos, y inflamarlos.... Finalmente, la obligacion de la oracion consiste en llamar á la puerta; esto es, en solicitar constantemente, que se nos abra para entrar á la comunicacion con Dios; para podernos entretener con él en una manera la mas íntima, y con una especie de familiaridad... Este Dios de bondad nos llama á un tan alto grado de honor, y se ofrece á admitirnos á su confianza, si nosotros tenemos á bien el desearla. Parémonos, pues, como los cortesanos en esta puerta misteriosa, de que habla Jesucristo; parémonos sobre todo en la oracion, y en la comunion con un profundo recogimiento, esperando el feliz momento en que se nos abra... Llamemos con respeto, por medio de ardientes deseos, de gemidos llenos de amor; perseveremos con constancia; guardémonos atentamente de alejarnos, y de distraernos, aunque poco, por el temor de perder el momento favorable. Finalmente abierta ya la puerta, entremos con confianza; gocemos de los favores

de nuestro Dios ; gustemos con reconocimiento las dulzuras de sus palabras : y no salgamos , á no ser que sea, con nuevo deseo de volver bien presto, y de llamar de nuevo. Sean como se fuesen las luces que el Señor nos comunique, y sea el que se fuese el grado de confianza á que nos admita , siempre hemos de ir adquiriendo mas , y adelántandonos, por consiguiente , siempre á llamar, hasta que se abra la puerta misma del Cielo. ¡Ah ! si supiéramos de qué bienes inefables goza un alma en estas divinas comunicacions; renunciariamos con gusto al mundo , y á nosotros mismos, por poderlas participar.

Lo segundo. *El motivo que debe animarnos á cumplir con la obligacion de la oracion , es la certidumbre del éxito.* — La certidumbre de obtener cuanto pidamos ; de hallar cuando busquemos , y de entrar siempre que llamemos... « Porque todo el que pide recibe : y el que busca halla : y al que llama se le abre... » Esta certidumbre se funda sobre la promesa de Jesucristo ; pues suyas son estas palabras. Está fundada sobre la bondad de Dios ; siendo Dios el sumo Bien , la suma Bondad , pide extenderse continuamente, y comunicarse : Está fundada sobre la calidad de Padre , de que Dios se reviste en orden á nosotros ; « ¿O quién de vosotros es el hombre (dice Jesucristo) que pidiéndole su hijo pan, le dé una piedra? ¿O si le pidiere un pez , por ventura le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar cosas buenas que se os han dado

á vuestros hijos ; ¿ cuánto mas vuestro Padre que está en los Cielos, dará bienes á los que se los pidan ? » Dios es un Padre mas tierno , y mas lleno de amor por sus hijos que cualquier otro Padre que pueda haber sobre la tierra : ¿ Pues cuándo hemos de tener en él aquella confianza que conviene á unos hijos? ¿Por qué le miramos siempre como un dueño absoluto, como un Juez inexorable, como un vengador severo; y no como un Padre tierno y benéfico? ¡ Ah ! Nosotros sabemos que somos hijos rebeldes, ingratos, indóciles : Pues volvámonos hijos obedientes, y sumisos, y entonces recurramos á él con confianza : pidamos , busquemos , llamemos , que nosotros encontraremos , se nos dará lo que pidamos , y se nos abrirá la puerta. ¡ Ah ! si fuese así con el mundo ¿ qué diligencias no haríamos ? Pero no es así ; se pide , y nadie da : se busca , y nada se encuentra ; se llama, y todas las puertas se quedan cerradas. ¡ O engaño ! Corremos tras los bienes, que se niegan á nuestras diligencias, y huimos de aquellos que se nos presentan : privados de este modo de los unos , y de los otros estimamos mas vivir en la miseria , y en el disgusto, que recurrir á aquel que solo puede enriquecernos , glorificarnos, y hacernos felices.

Lo tercero. *Cuál es la condicion de la oracion.* — O por mejor decir, de su éxito... « Haced, pues, á los hombres todo aquello , que quereis, que hagan con vos : porque en esto está toda la ley, y los Profetas... » Dios se empeña en oir nuestras oraciones,

pero con la condicion, que ademas de esta segunda obligacion de la oracion para con Dios, cumplamos tambien la primera, esto es, la caridad con el prójimo, con nuestros hermanos, con la condicion de que el prójimo obtenga de nosotros aquellos que nos pida; que encuentre en nosotros el socorro que nos pida: que se le abra la puerta, cuando tocare á ella. En una palabra, tratando al prójimo, como nosotros mismos queremos ser tratados de los otros hombres, y de Dios mismo. Estas dos obligaciones estan esencialmente unidas entre sí: todo lo que queremos que hagan con nosotros los hombres, hagámoslo nosotros tambien por ellos. Esta máxima es breve, pero es el compendio de todas nuestras obligaciones para con el prójimo: comprende todo lo que la ley ha prescripto, y han anunciado los Profetas sobre esta materia. Examinemos, como practicamos nosotros esta ley, ó en cuántas maneras la quebrantamos cada dia... Quiere Dios, que esta máxima, que es el vínculo que entre sí une los hombres con él: esta es la condicion que pone á todas las promesas que nos hace. ¡Oh! No la perdamos de vista: la pide en calidad de Padre de todos los hombres, y jamas nos dispensará.

PUNTO III.

Respecto de nosotros la obligacion de la mortificacion.

« Entrad por la puerta estrecha : porque es ancha la puerta, y espacioso el camino que conduce á la perdicion, y son muchos los que van por él : Cuán angosta es la puerta, y cuán estrecho el camino que lleva á la vida; y cuán pocos son los que la encuentran!»....Tienen los hombres delante de sí, y á su eleccion dos caminos opuestos, uno estrecho, y otro espacioso.

Primero. *¿ Cuál es el camino espacioso ? ¿ Cuál es la puerta, cuya entrada es grande ?* Este camino, y esta puerta es por donde se entra fácilmente sin incomodidad, y aun casi sin advertirlo : por aquí se entra siguiendo las propias inclinaciones, las propias ideas, las propias pasiones. En este camino se anda como se ha entrado ; sin incomodidad, sin mirar á donde se va, sin pensar á lo que se hace. ¡Ah! se piensa, se habla, se obra siempre como se quiere : y como este camino es tan frecuentado, la multitud de los que caminan por él, hace que se autoricen, y se justifiquen los unos con el ejemplo de los otros : que vivan entre sí seguros sobre los peligros, que tal vez se presentan al espíritu ; que se animen los unos á los otros ; que se exciten, y aun que se arrastren por adelantarse

á grandes pasos en un camino tan gustoso, donde todo rie, y está sembrado de flores: pero finalmente este camino conduce, y lleva á la perdicion.... ¡O insensatos!.... ¿No llegará jamas esta verdad á herir en vuestros corazones? ¿No servirá jamas de materia á vuestras mas serias reflexiones. ¿A dónde correis? ¿En qué vendrán á parar estos gustos, estos placeres, esta fortuna, esta grandeza? ¿Cuál será el término de una vida toda llena de pecados, y delitos?.... Será la perdicion, el infierno, un suplicio eterno.... ¿Qué os servirá entonces haber vivido segun vuestras inclinaciones perversas; haber sido feliz algunos dias que desaparecerán como un sueño: y el haberos precipitado en una miseria que no tendrá fin?

Lo segundo. *¿Cuál es el camino estrecho? ¿Cuál es la puerta cuya entrada es angosta?* — Es aquella en que para entrar es necesario abajarse, incomodarse, humillar el propio espíritu bajo el yugo de la fe, restringir las propias inclinaciones en los límites de la ley: en este camino no se camina á la buena, y con descuido; se requiere atencion en cada paso, á fin de no salir fuera de él. Las pasiones oprimidas, y estrechadas hacen un continuo esfuerzo para restablecerse, y para contenerlas es necesario una vigilancia, y una fuerza continua. En este camino el espíritu prueba consolaciones; pero la naturaleza está atormentada. Este camino es frecuentado de pocos, hay muchos, que ni aun lo conocen, ni se cuidan de conocerlo, no sa-

ben dónde está, ni en qué consista. Pocos entran, y poquísimos son los que perseveran. Algunos comienzan bien; pero presto, cansados de la violencia, se vuelven á su antigua libertad; é insensiblemente se van metiendo en el camino ancho, y allí perecen.... Finalmente este camino conduce á la vida. ¿Pero qué vida? A la verdadera vida, vida por excelencia; á la vida, en cuya comparacion la vida presente es una muerte continua. La vista de esta vida beata, y eterna forma los fervorosos, los sostiene en este mismo camino, les hace caminar, y perseverar en él con alegría, y con gozo..... Tantos como se cansan, pierden la constancia, y lo abandonan, es porque viven olvidados de esta vida eterna — ¡Ah! ¡Y cuán dulce es á la hora de la muerte haber caminado por el camino estrecho! Las penas se habrán pasado, la recompensa jamas se acabará.

Lo tercero. *Hagamos reflexion sobre lo que Jesucristo dice de estos caminos.* — Primero: *no nos deben sorprender las palabras del Señor sobre estos dos caminos:* esto es, sobre el gran número de aquellos, que van á la perdicion, y sobre el corto número de aquellos, que llegan á la vida.... Esta es una verdad, ¡ay de mí! demasiadamente palpable, y visible; que un gran número entre los hombres busca solo el saciarse en el breve espacio de la vida presente, con desprecio de la ley de Dios, y de su Evangelio, y que poquísimos son los que viven habitualmente en gracia.

Segundo.... *No nos deben escandalizar las palabras de Jesucristo.*— Dice el pecador. *¿Luego se condenará todo el mundo?* No : hay muchos, que nosotros vemos : hay otros muchos que no vemos, é ignoramos, que hallan el medio de salvarse ; y su salvacion justificará la sabiduría de Dios, y condenará la necedad del pecador.... Dice mas.... *¿Habrá criado Dios tantos hombres para condenarlos?* No : porque él no cesa de iluminarlos, de advertirlos, de estimularlos, y de solicitarlos al bien ; pero al mismo tiempo condena al infierno á cualquiera que haciéndose gravemente culpado de pecado mortal, muere en ese estado, y en su desgracia. Y no importa, que sea tan grande el número de los prevaricadores ; antes por lo mismo son mas aborrecibles, como por el contrario el pequeño número de los Justos los hace mas amables. ¡Ah! Sin este pequeño número, que detiene el rayo de su ira, exterminaria á todos los pecadores de la tierra.

Tercero.... *No deben desanimarnos las palabras de Jesucristo.*— Aunque sea pequeño el número de aquellos que se salvan, y aunque fuera menor, nosotros podemos ser de este número. Dios nos llama á él ; sola está en nosotros el seguir su voz ; y corresponder á su gracia. Al contrario cuanto mas pequeño será el número, tanto mas glorioso será estar en él ; y la misma dificultad nos debe dar ánimo, y esfuerzo. ¿Ya que se aman tanto las distinciones sobre la tierra, puede haber mejor oca-

sion de distinguirse para la eternidad? ¡Ah! Avergoncémonos de confundirnos con esta tropa de hombres perdidos, que por encenagarse en el pecado, se olvidan de Dios. Pongámonos de la parte del pequeño número que tiene valor para consagrarse á la virtud, y declararse por Dios en medio de la perversidad del siglo que ha llegado á ser ya casi general.

Cuarto.... *Las palabras de Jesucristo solo deben instruirnos, y cautelarnos.*— Aprendamos de ellas á no regular nuestra conducta sobre la multitud; á distinguir los dos caminos, y á escoger con acierto.... Si alguno me ofende, luego al punto se levanta en mi corazon el deseo de la venganza, si lo sigo: este es el camino ancho: si lo reprimo, lo perdono, y olvido la ofensa; esta es la virtud, este es el camino estrecho. Así se puede hablar de otras ocasiones de huir el mal, y de practicar el bien. — Aprendamos tambien de estas divinas palabras á vivir siempre en la humildad, y en la desconfianza de nosotros mismos. Muchos son los que se pierden, puedo yo tambien perderme... No puedo tener seguridad: todo depende de mi fidelidad, de mi constancia, y de mi perseverancia: ¿por qué pues soy siempre debil, voluble é inconstante.

Peticion y Coloquio.

Vos solo, o Salvador mio, sois la misma fortaleza : me llego á Vos, y de Vos no quiero separarme. ¡Ay de mí! ¡No me abandoneis por un solo momento! ¡No os pierda yo de vista! dirigid todos mis pasos, regulad todas mis acciones, y todos los movimientos de mi corazon : espero con el socorro de vuestra gracia que seré del pequeño número que estará unido estrechamente con Vos durante la vida, y que os alabará durante la eternidad. Amen.

MEDITACION LIX.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. VII, v. xv, xvii.

DE TRES SUERTES DE ENGAÑOS EN EL NEGOCIO DE LA SALUD.

Primero, engaños en la doctrina: segundo, engaños en las obras: tercero, engaños en los conocimientos.

PUNTO PRIMERO.

ngaños en la doctrina.

Primero. *Jesucristo nos impone la obligacion de estar atentos para huir de los falsos Profetas.* — « Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos rapaces... » El artificio, y la malicia de los falsos profetas nos obliga á esta atencion. Temen de mostrarse tales cuales son, temen descubrir sus designios, y exponer francamente sus pensamientos,

y sus dictámenes: se esconden, se enmascaran, y se cubren con la piel de las ovejas: se venden por hijos de la Iglesia: sumisos á todas sus decisiones, pero no dejan de servirse de equívocos, de mentiras, y de algunas palabras engañosas que se dejan caer. Colocan la Iglesia donde mejor les parece, y no reconocen otras decisiones, que aquellas que no tocan á sus errores. Hacen ostentacion de no trabajar, sino únicamente por Dios: se venden por enviados de él, y prometen conducir la gente la salud: confirman sus promesas con la autoridad de la vida: se autorizan á sí mismos con la regularidad, con el celo, con la modestia. Su exterior es edificante, y compuesto; pero bajo de un hábito tan simple, tan despreciable, y tan mortificado, esconden un espíritu de furor: llevan por todas partes la desolacion, la division: son lobos rapaces en medio de una grey. Las ovejas deben huirlos: los Pastores deben desviar las ovejas de ellos... Se escusan con decir que ellos no se meten, ni se empeñan en disputas de religion: pero esto muestra, ó que no conocen dos cosas bien diferentes, ó que hacen poca cuenta de su salvacion, y de su religion.... No estan todos obligados á entrar en la sustancia de las materias disputadas entre los católicos, y los hereges; pero todos estan obligados á guardarse, y no fiarse de los falsos profetas: á no seguir una doctrina condenada, y reprobada por la Iglesia, como falsa, y contraria á la fe de Jesucristo..... Este es un precepto de Jesucristo. Si por

falta de esta atencion viene alguno á ser engañado es inexcusable. .. Decir que no se quiere hacer juicio de alguno, es tomar en contrario sentido las palabras del Señor, y no reflexionar que en el mismo capítulo en que ha prohibido el juzgar, manda estar con atencion.

Lo segundo. *Jesucristo nos enseña el medio de conocer los falsos profetas.* — « Por sus frutos los conocereis : ¿por ventura cogen ubas de los espinos, ó higos de los abrojos ? Así todo arbol bueno lleva buenos frutos , y el mal arbol lleva malos frutos : no puede arbol bueno llevar frutos malos; ni el arbol malo llevar frutos buenos..... No estan todos en estado de conocer el artificio , que reina en los discursos , y en los escritos de los falsos profetas : por otra parte no pueden los Pastores notar , y especificar todos los libros malos , ni todos los falsos doctores : cuando lo hacen , no hay peligro de engaño. Quien no obedece entonces á los Pastores, no corre riesgo de ser engañado, lo está ya.... ¿Pero cómo se han de distinguir los falsos profetas que estan escondidos aun, y enmascarados? Quien tiene el corazon recto encuentra un medio facilísimo.... Se conoce el arbol por sus frutos. Considérese el fruto de su doctrina , donde van á parar sus discursos : si las palabras afectadas , si un semblante de piedad, y una continua direccion tienen por fin el libertinage , la corrupcion , el interes , y la avaricia una vida delicada , y sensual; si un espíritu de reforma , un lenguage de la mas pura caridad ,

un celo austero, y riguroso conducen á la independencia, y al desprecio de los legítimos Pastores; ó si por el contrario máximas cómodas, reglas fáciles hacen caminar por un camino ancho, y espacioso, y poco conforme al Evangelio, en que se dejan quietas, y pacíficas las pasiones: míralo bien: este es, ya se ha quitado el velo: se le cayó la máscara, está conocido el artificio. En este caso son engañados solo los que quieren: tales frutos no pueden venir sino de un arbol malo. Al contrario, un cuidado sumo de la pureza, una continua vigilancia sobre nosotros mismos, un trabajo continuo á hacernos violencia, y mortificarnos, la humildad de corazon, y la sumision del espíritu á toda legítima autoridad, una caridad real, un celo prudente, y benigno, una dulzura inalterable, el silencio en las injurias, la paciencia en las injurias, la paciencia en las afrentas, y contradicciones: estos, estos son frutos nada sospechosos, y que no pueden proceder sino de un arbol bueno.

Lo tercero. *Jesucristo nos manifiesta el castigo de los falsos profetas, y de sus secuaces.*— Tendrán estos la suerte de un arbol malo... « Todo arbol que no lleva fruto bueno, será cortado, y echado al fuego... » Los profetas tienen sus partidarios que los alaban, y canonizan: pero Jesucristo los reprueba: son los ídolos de sus discípulos, pero estan bajo el anatema de la Iglesia, y serán presa del infierno. ¿Qué les servirá el haber turbado la tierra, y el haber triunfado de un pueblo ignorante, y debil,

cuando ellos que habrán sido las cabezas de la rebelion, y todos sus secuaces despues de pagar el comun débito de la muerte, arderán en las llamas eternas? ¡Ah! si pensaran estos seriamente en aquel fuego terrible que debe ser la porcion de los que mueren fuera de la Iglesia, no triunfarian de los males de esta afligida madre, no la insultarian en sus trabajos, y no abandonarian el tronco sólido, é inmoble de este arbol inmortal, por unirse á las ramas cortadas, áridas, y destituidas de jugo. ¡Ah! Digámoslo de una vez claro, estemos atentos, pensemos las consecuencias, guardémonos de los falsos profetas: nuestro Señor nos ha enseñado á conocerlos, y nos lo repite aun. « Los reconocereis por sus frutos.... »

PUNTO II.

Engaños en las obras.

Se necesita hacer buenas obras. — « No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese entrará en el Reino de los Cielos... » Reconocer á Jesucristo por Señor, y Dueño, enviar algunos suspiros hácia el Cielo, invocarle algunas veces, y pedirle su gracia, no basta: es necesario con esta gracia poner mano á las obras: no nos abrirán la puerta del Cielo los

suspiros, los gemidos ociosos, ni una esteril invocacion; conviene juntar las buenas obras: no nos engañemos sobre la naturaleza de estas obras: muchas parecen buenas á nuestros ojos, y á los de los hombres, y no lo son á los ojos de Dios: para que estas sean buenas realmente deben ser hechas: primero segun la voluntad de Dios: segundo por Dios: tercero en el amor de Dios.

Primero. *Nuestras obras deben ser hechas segun la voluntad de Dios.*— Esto es, en la religion que Dios ha dado á los hombres, en el estado que Dios ha destinado á cada uno, con las reglas de la obediencia debida á los superiores legítimos. De aquí se sigue que las obras mas santas en sí mismas, las mas penosas, las mas heróicas, si se hacen con perjuicio de las obligaciones de nuestro estado, contra las reglas de la obediencia, sin una especial mision, segun nuestro capricho, y no segun la voluntad de Dios; serán tantas obras inútiles para el Cielo, ó serán malas, y no se podrá esperar de ellas algun premio. Al contrario, quien se estrecha exactamente á la voluntad de Dios, aunque haga las cosas mas comunes, y escondidas á los ojos de los hombres, y á los del amor propio, este entrará en el Reino de los Cielos, y recibirá una recompensa completa. ¡Verdad bien instructiva, y consolante!

Segundo. *Debemos hacer nuestras obras por Dios.* — « Muchos me dirán en aquel dia, Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre; no hemos

echado en tu nombre los demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros? Y entonces yo les diré claramente: nunca os conocí... » Predicar, escribir, reprender, corregir las costumbres, convertir los pecadores, hacer obras de caridad y aun milagros, si todo esto se hace por vanidad, por interes, por ambicion, por amor propio, todo será perdido para aquellos que no habrán tenido otro motivo en sus operaciones... Jesucristo les responderá que no los conoce, que no los ha tenido jamas en su servicio, que jamas hicieron cosa alguna por él, y que nunca no los ha conocido. Al contrario, reconocerá por suyos aquellos que en lo poco que habrá hecho, habrán tenido sola la mira de agradarlo, de cumplir sus obligaciones, de hacerlo conocer, y amar, y de procurar su gloria.

Tercero. *Debemos hacer nuestras obras por el amor de Dios y en estado de gracia.* — Basta una pasion que se cebe en nuestro corazon, una impureza secreta, un amor desordenado, un apego vicioso, un sentimiento de odio, de aversion, de envidia contra el prójimo, una maledicencia grave, una calumnia, un daño considerable que se debe reparar; en una palabra, basta un solo pecado mortal que no se haya aun perdonado, para corromper, y aniquilar todo el bien que por otra parte se pueda hacer, sin que obra alguna pueda contrapesarlo. Todo lo demas lo reputará Jesucristo en su juicio por nada. En medio de todas estas buenas obras que nos deslumbran, discernirá él este pecado, y no

verá, por decirlo así, otra cosa que este pecado que constituirá nuestro estado de pecador, y de réprobo... Esto supuesto, hagamos capital de las obras hechas en este estado: presentémonos con ellas á Jesucristo, que esta será la respuesta que él mismo nos asegura que nos dará. « Apartaos de mí vosotros que cometeis la iniquidad... » ¡Ah! ¡cuántos se engañan, y se ciegan al presente que en aquel dia serán desengañados! ¡Pero ay! será ya tarde; pues desengañémonos ahora, aun tenemos tiempo de corregir nuestro error.

PUNTO III.

Engaños en los conocimientos.

Lo primero. *¿Cuán grande es la necesidad de conocer, y de saber la ley de Jesucristo?* « Por tanto, todo aquel que oye estas mis palabras... » Son nada todos los conocimientos, si no se hacen servir para la salvacion, y para la gloria de Dios. Cada uno, segun su estado, debe cultivar las artes, y las ciencias; pero si para aquí, si en estas pone toda su satisfaccion, toda su felicidad, toda su gloria, y olvida la ciencia de la salud, que Jesucristo vino á enseñarnos: ¡oh! ¡y en qué deplorable engaño cae! ¡cuántos se consumen por el estudio, y por lucir, que no querrán dar un momento á la meditacion de la ley de Dios, á la leccion del Evangelio, ó de

un libro de piedad! ¡sois ciegos si os gloriais de vuestras luces estando en las tinieblas! La muerte os quitará todos esos pensamientos frívolos, y transitorios, y os hará comprender que la ciencia que habeis despreciado era la única que merecia vuestras atenciones: comprendereis entonces que el uso que debiérais haber hecho del espíritu que Dios os dió, era de estudiar su ley, de meditarla, de profundizar en ella, de ocuparos de ella, y de hacer de ella todas vuestras delicias.

Lo segundo. ¿*Cuál es la sabiduría del que conoce, y practica la ley de Jesucristo*? — « Por tanto, todo aquel que oye estas mis palabras, y las practica, será comparado á un sabio que fundó su casa sobre la piedra; y cayó la lluvia, crecieron los rios, los vientos soplaron, y se enfurecieron contra ella, y no cayó porque estaba fundada sobre la piedra...» No basta conocer la ley de Dios, es necesario practicarla: no se trata aquí de uno de aquellos conocimientos de especulacion, ó de ostentacion; se trata de una ciencia práctica. El que escucha al Salvador, el que arregla su vida sobre la doctrina que predicó, es semejante á aquel que fundó su casa sobre la piedra..... Caen las lluvias, la inundan los rios, soplan los vientos, todo se une para arruinarla; pero porque está fundada sobre la piedra, sostiene todos los ataques, tolera todas las tempestades, y permanece inmoble. Tal es la suerte de quien pone en práctica las palabras de Jesucristo. Bien pueden llover sobre él adversidades, y desgracias; bien

pueden sublevarse, y bramar al rededor de él las pasiones, y las persecuciones; bien pueden desencadenarse los demonios, y emplear contra él su rabia, pero su fe, su religion, su virtud, son el edificio fundado sobre la piedra: esto es, sobre la práctica constante de las máximas de Jesucristo; y nada lo podrá mover, ni aun la muerte lo echará por tierra, antes servirá para fortificarlo, para consagrarlo, y para ponerlo al seguro, para siempre, de todos los asaltos.

Lo tercero. *¿Cuál es la necedad del que conoce, y no practica la ley de Jesucristo?* « Y todo el que oye estas mis palabras, y no las cumple, será semejante á un hombre necio que edificó su casa sobre la arena, y vino la lluvia, la inundaron los rios, y soplaron los vientos, y se enfurecieron contra ella, y cayó, y fue grande su ruina.... » Con que escuchar las palabras de Jesucristo sin aprovecharse de ellas, y oir sus máximas, sin practicarlas, es lo mismo que hacerse semejante á un necio que edifica su casa sobre la arena: viene la lluvia, la inundan los torrentes, y los vientos soplan; la casa que está sin cimientos cae, y no representa otra cosa que ruinas: ¡tristes reliquias! ¡qué perdida para este infeliz! ¡qué necedad! ¡ay! mucho mas grande es mil veces la necedad, y locura del que oye las palabras de Jesucristo, del que conoce su ley, y no la cumple, ni la practica: sin tener quien lo sostenga, las adversidades con su peso lo oprimen; y sin tener fuerza para resistir, el hervor de

las pasiones lo arrastra, y los artificios del demonio lo engañan. ¡ Oh ! Dios, cuántas caidas ! ¡ cuántos pecados! Bien presto pierde la fe, y la esperanza, y se aplica solo á sofocar algunos remordimientos que aun le quedan, y con que pudiera todavía, si los escuchara, salvarse : pero solo le sirven para su tormento, y le anuncian su total ruina, porque los combate, y los desecha... ¡ Ay de mí ! ¿No somos nosotros, por ventura, semejantes á este insensato? Se nos explica todos los dias la ley de Dios ; se nos repiten las palabras de Jesucristo ; nos anuncian su voluntad, sus castigos, y sus premios; asistimos á las instrucciones, las oimos ; y con todo eso salimos tan frios como si no nos tocara lo que se ha dicho... Ocupados en mil frívolos objetos, nos agitamos, trabajamos, y edificamos sobre la arena; ¡insensatos! La muerte destruirá todos estos vanos edificios que se alcanzaron con tan grande costo; y no quedará otra cosa que la verguenza de haber sido engañados, y el dolor de no poder ya remediar la falta.

Peticion y coloquio.

¡ O deplorable miseria ! ¡ Cuándo comenzaré á ser sabio, y á fabricar sobre la piedra sólida ! ¡ Ay de mí ! ¡Soy ciertamente miserable! Conozco, Dios mio, vuestra ley, la adoro, consiento á ella; propongo, y os prometo practicarla, pero en el mo-

mento de la accion, en el instante de la práctica, escucho mi pasion, satisfago mi inclinacion, me olvido de mis resoluciones, y quebranto mis promesas! ¿Qué me direis, o Jesus mio, cuando seré presentado á vuestro juicio? ¿Cuál será mi suerte? Será aquella del arbol esteril que no ha producido algun fruto; ó si ha producido alguno, ha sido malo? Vos, pues, tendreis derecho de desecharme, como cargado solo de obras de iniquidad. ¡Ah! Y como es cierto que toda mi vida está llena, y tejida de ellas: ¿qué será, pues, de mí, o Divino Salvador, si Vos no teneis piedad de mí? ¡Oh! Iluminad mi espíritu, cautivad mi corazon, para que verdaderamente contrito repare mis desórdenes, y para que desengañado de mis falsas virtudes, comience á practicar las verdaderas, aquellas que serán reconocidas por Vos en la eternidad. Amen.

MEDITACION LX.

FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.
ADMIRACION DE LAS TURBAS.
San Mat. c. VII, v. xxviii, xxix.

Esta admiracion tiene por objeto lo primero la doctrina que Jesucristo enseña ; lo segundo, la autoridad con que enseña : y lo tercero, la manera con que enseña.

PUNTO PRIMERO.

Admiracion de la doctrina de Jesucristo.

« Y sucedió que habiendo Jesus acabado de hablar, las turbas se admiraban de su doctrina... » El primer objeto de la admiracion de este pueblo fue la doctrina de Jesucristo: admirémosla tambien nosotros para seguirla siempre con mayor empeño.

Lo primero. *Doctrina perfecta* : porque regula, y hace perfecto todo el hombre... Y primeramente, respecto de sí mismo, le enseña á despreciar, y á echar de sí todo aquello que puede desanimarlo, y corromperlo. Forma un hombre verdadero, sólido, constante, generoso, casto, y desinteresado...

Respecto al prójimo, lo hace dulce, modesto, humilde, sumiso, sociable, compasivo, benéfico, afable, generoso, y sincero. Finalmente respecto á Dios: lo une á él con un amor filial, con la mas tierna confianza, con el deseo continuo de agradarle, y de hacer su voluntad.

Lo segundo. *Doctrina perfecta:* porque ilumina todo el hombre... No solo le enseña todas sus obligaciones, sino que tambien le hace conocer la nobleza de su origen, que es Dios mismo su Criador. La miseria de su caida, y consiguientemente su corrupcion, su natural debilidad, y su esclavitud bajo el imperio del demonio, las ventajas de la redencion, su fin, y su glorioso destino.

Lo tercero. *Doctrina perfecta:* porque fortifica todo el hombre, afirmando la ligereza de su espíritu con las reglas inmutables de la fe, animando su corazon con motivos proporcionados á su estado, y á sus necesidades: motivos de temor, pero de un temor capaz de arrestar el curso de las mas fuertes pasiones, y de apagar todo su fuego con la idea de un mal tan terrible que no se puede pensar sin horrorizarse: motivos de esperanza, y de una esperanza capaz de hacernos emprenderlo todo, y sufrirlo todo con la idea de una felicidad infinita, y eterna, cuya posesion nos está prometida, y asegurada, si somos fieles. Motivos de amor, y de un amor ardiente; y generoso, bastante á sostenernos en cualquiera ocasion, porque otra cosa no es, que Dios mismo, el objeto de este amor; un Dios Criador,

infinito en todo género de perfecciones; un Dios Salvador; hecho como uno de nosotros, para hacerse nuestra cabeza, y darnos ejemplo: un Dios Santificador, que esparce la caridad en nuestros corazones, nos sostiene, y nos anima con la fuerza interior de su gracia. ¡O doctrina celestial! ¿Quién podrá no admiraros? ¿Quién podrá no amaros? ¿Qué cosa es la doctrina de los hombres, de los Filósofos, de los impíos en comparacion de esta? Doctrina monstruosa, que deja al hombre en su debilidad, lo abandona á sí mismo; y sin algun socorro: que deja al hombre en sus tinieblas, sin enseñarle á dónde va, ni para qué fin ha sido puesto en este mundo: que deja al hombre en su total corrupcion, y mayormente lo sepulta en ella; lo hace audaz, para cometer toda suerte de delitos, de pecados, de infamias: lo debilita, y lo degrada aun mas abajo de la condicion de bestia: y doctrina detestable, que solo puede hallar secuaces entre hombres perversos, disolutos, sin pudor, ó hipócritas de profesion...

PUNTO II.

Admiracion de la autoridad con que enseña.

« Porque los enseñaba como quien tiene autoridad... » El segundo objeto de la admiracion del pueblo fue la autoridad con que enseñaba.

Lo primero. *Autoridad de Jesucristo incontestable.*

— Ella está fundada sobre títulos divinos. « Yo os mando... Y ya os he dicho... » Pero yo os digo... etc. Autoridad de mediador entre Dios, y el mundo, á quien deben unirse todos los hombres. « Sois bienaventurados cuando los hombres os maldecirán... Y dirán de vosotros falsamente todo mal por causa mia... » Pedid, y se os dará... etc. Autoridad de hijo de Dios... « aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, este entrará en el Reino de los Cielos... » Autoridad de Juez Soberano de todos los hombres. « Muchos me dirán en aquel dia, etc. Y entonces yo protestaré á ellos que jamas los he conocido, retiraos de mí... »

Lo segundo. *Autoridad inimitable.* — Ningun hombre ha hablado jamas sobre la tierra con una autoridad como la de Jesucristo; ni aquellos que Dios ha enviado á instruir á los hombres como Moises; ni aquellos que han comparecido para engañar á los hombres, como tantos seductores que han formado diferentes sectas. Ninguno de estos, no obstante el gran deseo que han tenido de adquirirse crédito, ha sido tan atrevido que se haya usurpado títulos tan gloriosos, que al fin no hubiera podido sostener, y que antes hubieran contribuido á destruir que á establecer su autoridad. Si en el curso de los siglos se ha visto cualquier fanático atreverse á imitar algunos rasgos de este divino lenguage, se vió disiparse con ellos, y aun antes su extravagancia... Vos solo, o Jesus mio,

habeis podido tomar estos divinos títulos, y sostener su gloria. Vuestra religion fundada sobre ellos, ha resistido á la discusion de los filósofos, y á la persecucion de los tiranos, bajo de estos títulos os rindo mis obsequios, me llego á Vos, escucho solo vuestras palabras, y quiero conformarme en todo á vuestra santa Ley.

Lo tercero. *Autoridad incomparable.* — ¿Y quién son aquellos que en nuestros dias osaron sublevarse contra Vos, o Jesus, y contradecir á vuestra doctrina? ¿De dónde vienen estos? ¿Cuáles son sus títulos? ¿Cuál es su autoridad? Ni comparecen siquiera, ni se atreven á manifestar su nombre. ¿Y serán estos los doctores que he de escuchar? ¿Y me fiaré de ellos? ¿Es posible, o luz divina, que tengamos corazon para abandonaros á Vos por seguir maestros tan oscuros, y tan despreciables, sin nombre, sin autoridad, y vagamundos?

PUNTO III.

Admiracion de la manera con que Jesucristo enseña.

« Porque él los instruia... No como sus Escribas, y Fariseos... » Su manera de enseñar era:

Lo primero. *Simple, y popular*, sin ornamentos estudiados, sin elocuencia afectada, sin fausto, sin orgullo. Hacia sensible é inteligible todo aquello que decia, y lo acomodaba á la capacidad de todo el mundo.

Lo segundo. *Era noble, y afectuosa*, llena de magestad, y de sentimientos...

Lo tercero. *Era clara, y precisa*: sin rodeos, sin equívocos, sin disputas, sin controversias... Sobre este modelo se formaron los Apóstoles, y se deben formar tambien los predicadores del Evangelio: no enseñaban así los Escribas, y Fariseos... Fuera de que no podian anunciar una doctrina tan sublime, ni hablar con la misma autoridad; no se explicaban con aquella nobleza, con aquella simplicidad, con aquella claridad, con aquella elevacion de sentimientos, con aquella uncion divina, que hacian amar en Jesucristo al predicador que enseñaba, y la virtud que persuadia, no se veia otra cosa en sus discursos que debilidad en el razonar; incerteza, y variacion en la doctrina; y afectacion, y vanidad en el lenguage: y esto es justamente lo que se halla tambien ahora en los escritos de los hereges, y de los impíos, un lenguage florido, y elegante hace todo su precio: del resto solo se hallan sofismas, falsos razonamientos, disimulacion, equívocos, insinuaciones artificiosas, sátiras amargas, y motes indecentes; el fruto, pues, de su leccion es inquietud en el alma, indecision en el espíritu, alejamiento de Dios, disgusto á la virtud, aversion al bien, y desprecio práctico de toda suerte de obligaciones.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Alejad de mí, o Señor, estos hombres peligrosos, estos libros sediciosos, y engañadores que alhagan, y lisongean los oidos, solo para corromper el espíritu, y el corazon. No escucharé jamas á estos hombres frívolos: no leeré jamas sus obras perversas. Haced que en adelante guste solo de vuestra santa palabra, y de los maestros que me la expliquen, con aquella autoridad que viene de Vos, y que solo puede darla vuestra Iglesia: á este enseñamiento divino, simple, preciso, seguro, é invariable someto, o Dios mio, mi espíritu, y mi corazon; y con el socorro de vuestra gracia estoy resuelto á uniformar á él toda mi conducta. Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DEL TEXTO EMPLEADO EN LAS MEDITACIONES DE ESTE SEGUNDO TOMO.

(El asterico * indica el fin del capitulo.)

SAN MATEO,

Capitulos.		Versiculos.		Meditaciones.		Páginas.
IV.	—	XVIII, XXII.	—	XXXV.	—	36
V.	—	XXIII, XXV *.	—	XLVII.	—	174
	—	I, IV.	—	XLIX.	—	193
	—	V, VII.	—	L.	—	204
	—	VIII, XII.	—	LI.	—	218
	—	XIII, XX.	—	LII.	—	231
	—	XXI, XXXVII.	—	LIII.	—	241
	—	XXXVIII, XLVII.	—	LIV.	—	259
VI.	—	I, VIII.	—	LV.	—	270
	—	IX, XV.	—	LVI,	—	282
	—	XIX, XXXIV.	—	LVII.	—	295
VII.	—	I, XIV.	—	LVIII.	—	309
	—	XV, XXVII.	—	LIX.	—	324
	—	XXVIII, XXIX.	—	LX.	—	336
VIII.	—	XIV, XV.	—	XLV.	—	153
	—	XVI, XVII.	—	XLVI.	—	163

SAN MARCOS.

Capitulos.		Versiculos.		Meditaciones.		Páginas.
I.	—	XVI, XX.	—	XXXV.	—	36
	—	XXI, XXVIII.	—	XLIV.	—	144
	—	XXIX, XXXI.	—	XLV.	—	153
	—	XXXII, XXXIV.	—	XLVI.	—	163
	—	XXXV, XXXIX.*	—	XLVII.	—	174

SAN LUCAS.

IV.	—	XXXI, XXXVII.	—	XLIV.	—	144
	—	XXXVIII, XXXIX.	—	XLV.	—	153
	—	XL, XLI.	—	XLVI.	—	163
	—	XLII, XLIV *.	—	XLVII.	—	174
V.	—	I, II.	—	XLVIII.	—	183

SAN JUAN.

IV.	—	XXIX, XXXIV.	—	XXXI.	—	1
	—	XXXV, XLI. *	—	XXXII.	—	10
II.	—	XI, I.	—	XXXIV.	—	26
	—	XIII, XXV.	—	XXXVI.	—	44
III.	—	I, XXII.	—	XXXVII.	—	58
	—	XXII, XXV.	—	XXXIX.	—	84
IV.	—	V, XXVI.	—	XL.	—	98
	—	XXVII, XXXVIII.	—	XLIV.	—	144
	—	XXXIX, XLV.	—	XLII.	—	127
	—	XLVI, LIV.	—	XLIII.	—	134

INDICE

DE LAS MEDITACIONES DE ESTE SEGUNDO TOMO.

Páginas.

MEDITACION XXXI. Segundo testimonio que da al Pueblo San Juan Bautista de Jesucristo. 1

— XXXII. Jesus comienza á juntar Discípulos. 10

— XXXIII. Otros dos Discípulos se unen á los primeros. 8

— XXXIV. Del milagro obrado en las Bodas de Caná. 26

— XXXV. Jesus se dispone á ir á Jerusalen. 36

— XXXVI. Primer viage de Jesus á Jerusalen para la fiesta de la Pascua. 44

— XXXVII. Conferencia de Jesus con Nicodemus. 58

— XXXVIII. De otros misterios que Jesus reveló á Nicodemus. 72

— XXXIX. Tercero, y último testimonio que da de Jesucristo San Juan Bautista 84

— XL. Coloquio de Jesus con la Samaritana. 98

— XLI. Lo que precede la conversion de los Samaritanos de Sicar. 114

Páginas.

Meditacion XLII. Convierte los Samaritanos de Sicar. 127
— XLIII. Jesus estando en Caná, sana el hijo de un Señor, enfermo en Cafarnaun. 134
— XLIV. Libra el Señor un endemoniado en Cafarnaun. 144
— XLV. Sana Jesus la Suegra de San Pedro. 153
— XLVI. Muchas sanidades obradas en la tarde de aquel mismo dia. 163
— XLVII. Recorre Jesus la Galilea. 174
— XLVIII. Predicacion de Jesus, y pesca milagrosa en la barca de San Pedro. 183
— XLIX. Discurso de Jesus en el monte; de las dos primeras bienaventuranzas. 193
— L. Continuacion del discurso en el monte; de las tres primeras bienaventuranzas siguientes. 204
— LI. Continuacion del discurso en el monte; de las tres últimas bienaventuranzas. 218
— LII. Continuacion del discurso en el monte, del cumplimiento de la ley. 231
— LIII. Continuacion del discurso en el monte. Explicacion de tres preceptos de la ley de Dios en orden al homicidio, al adulterio, y al juramento. 241
— LIV. Continuacion del discurso en el monte; de las obligaciones del Cristiano para con el prójimo en tres suertes de ocasiones. 259
— LV. Continuacion del discurso en el monte; de tres suertes de buenas obras. 270
— LVI. Continuacion del discurso en el monte. De la oracion del Padre nuestro. 282
— LVII. Continuacion del discurso en el monte. Del despego de los bienes de la tierra, y del cuidado de enriquecerse en los bienes del Cielo. 295

MEDITACION LVIII. Continuacion del discurso en el monte. De tres cosas que esencialmente se requieren para la salud. 309

— LIX. Continuacion del discurso en el monte. De tres suertes de engaños en el negocio de la salud. 325

— LX. Fin del sermon ó discurso de Jesucristo en el monte : admiracion del Pueblo. 336

FIN DE LOS INDICES.

248.3
D76
Duchesne
AUTHOR
Evangelio Meditado, El
TITLE
vol. 2